

A·MALET - J·ISAAC

o

❧ LOS·TIEMPOS
MODERNOS ❧ ❧

LIBRERIA HACHETTE S. A.

LOS
TIEMPOS MODERNOS

CURSO DE HISTORIA UNIVERSAL

PARA USO DE LA ENSEÑANZA MEDIA

MALET (ALBERTO). — *Curso de historia*. Tres preciosos volúmenes en 12º encartonados que comprenden:

- 1º EL ORIENTE. — *Prehistoria; Egipto; Sumeria; Caldea; Asiria; Babilonia; los Hebreos; los Fenicios y los Persas*. Un volumen de 190 páginas, ilustradas con numerosos grabados y mapas.
- 2º GRECIA. — *La civilización egea; Grecia; Esparta, Atenas; las Colonias griegas; las Guerras Médicas y la Decadencia de Atenas*. Un volumen de 160 páginas con numerosas ilustraciones y mapas.
- 3º ROMA. — *Italia primitiva; las Conquistas romanas; Conquista de las Galias; Establecimiento del Imperio; El Cristianismo y el Bajo Imperio*. Un volumen de 190 páginas con abundantes grabados y mapas intercalados en el texto.

A. MALET y J. ISAAC. — *Curso de historia*. Tres preciosos volúmenes en 12º encartonados:

- 1º LA EDAD MEDIA. Un volumen.
- 2º LOS TIEMPOS MODERNOS. Un volumen.
- 3º LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA. Un volumen.

Los tres volúmenes están ilustrados con numerosos grabados y mapas intercalados en el texto.

SCHRADER (F.) y GALLOUEDEC (L.). — *ATLAS CLÁSICO DE GEOGRAFÍA*, que comprende 60 páginas, 184 mapas en cartulina en colores, 44 noticias y 127 figuras en negro y colores. Un volumen en 4º, encartonado.

13092
CURSO DE HISTORIA UNIVERSAL
PARA USO DE LA ENSEÑANZA MEDIA

Alberto MALET

Profesor agregado
de la Universidad

J. ISAAC

Inspector General
de la Instrucción Pública

LOS TIEMPOS MODERNOS

EDICIÓN ENTERAMENTE REFUNDIDA
Y PUESTA AL DÍA

Con la colaboración de
NARCISO BINAYÁN

Profesor en el Colegio Nacional de la Universidad de La Plata, etc.

OBRA ILUSTRADA CON NUMEROSOS GRABADOS Y MAPAS

LIBRERIA HACHETTE S. A.

49, Maipú — Buenos Aires

**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**

*Queda hecho el depósito que
marca la ley N° 11.723.*

Reservados para todos los países los derechos
de reproducción, traducción y adaptación.

*Copyright by Librería Hachette, S. A.,
Buenos Aires, 1940*

LOS TIEMPOS MODERNOS

CAPÍTULO PRIMERO

ÉPOCA DEL RENACIMIENTO

ANTECEDENTES : La expansión artística del Renacimiento es ad-
EL mirable, pero más admirable son sus frutos en el
HUMANISMO orden intelectual: fué una especie de revolución in-
 telectual que señala el fin de la Edad Media y el co-
 mienzo de la Moderna.

Esa revolución es la obra de los *humanistas*. Se llamaba así —de la palabra *humanus*, que significa pulido, cultivado— a los que se consagraban al estudio de los antiguos y que con sus trabajos hicieron familiares a sus contemporáneos las obras y las ideas de los grandes escritores de la Antigüedad. Los humanistas fueron, ellos mismos, *escritores*, que se esforzaron en imitar a los antiguos maestros en la forma y en el espíritu; fueron también *coleccionistas*, que hallaron un gran número de escritos de la Antigüedad, olvidados o perdidos durante la Edad Media; *eruditos* que trabajaron para restituir el texto exacto de estos escritos, a menudo alterado por los copistas, y extraer de ellos su verdadero sentido; fueron, finalmente, *profesores*, y como tales, introdujeron las lenguas y literaturas antiguas en la enseñanza, de la que fueron pronto la base, con el nombre de humanidades.

La expansión del humanismo tuvo consecuencias múltiples y muy importantes. El humanismo derrotó a la enseñanza tradicional de las universidades: desarrolló un espíritu nuevo, de libre investigación y de libre examen, que es el *espíritu moderno*.

Del humanismo nacieron no sólo un *renacimiento literario* —es decir, la transformación de las literaturas bajo la influencia de la Antigüedad— sino también un *renacimiento científico*,

es decir, el retorno a los métodos fecundos de observación y de experiencia que han creado la ciencia moderna. Por otra parte, aunque muchos humanistas continuaron adictos a la Iglesia en lo tocante a la fe, otros llegaron a rechazar esta autoridad: el humanismo los condujo, sea a la *Reforma protestante*, sea al *libre pensamiento*, es decir, a doctrinas filosóficas y morales que no están fundadas en la religión.

La imprenta fué el gran vehículo del humanismo: hasta mediados del siglo XV los libros eran *manuscritos*, es decir, copiados a mano.

Copiar un solo libro requería muchísimo tiempo. De aquí que fueran pocos y, naturalmente, costasen caros. A fines del siglo XIII, una Biblia copiada con cuidado valía cuatrocientos o quinientos francos. Así se comprende que, en las bibliotecas de ciertos conventos, se tuviera la precaución de sujetar los libros a los estantes con cadenas de hierro.

En las postrimerías del siglo XIV, la creación de las universidades exigió que se buscara el medio de obtener libros más rápidamente; se imaginó, pues, grabar el texto en madera, lo cual se llamó *xilografía* (escritura en la madera). Se dibujaban las letras en una plancha de madera y después se ahondaba ésta alrededor de cada letra, de manera que el texto apareciera en relieve; formada la página de madera, se entintaba ésta y se ponía encima una hoja de papel, para obtener una página del libro.

El procedimiento resultaba todavía costoso y exigía siempre mucho tiempo. Las letras o *caracteres* eran inmóviles, y no podían servir para la composición de otro libro. A principios del siglo XV, *Lorenzo Coster*, vecino de Harlem, ciudad de los Países Bajos, imaginó separar los caracteres y hacerlos móviles, lo cual permitía, cuando se acababa un libro, componer otro con las mismas letras.

Pero los caracteres de madera se deterioraban muy pronto. Poco después de 1440, *Juan Gutenberg*, un alemán de Maguncia, establecido en Estrasburgo, conocedor del procedimiento de Coster, imaginó grabar los caracteres en *hueco*. Así obtuvo *moldes* o *matrices* en los que bastaba vaciar una aleación de antimonio y de plomo para obtener letras móviles; de esa manera tuvo cuantas quiso. El primer libro que *imprimió* Guten-

berg fué una Biblia, en 1457. Como el papel era, por otra parte, barato, le fué fácil multiplicar los libros.

La imprenta se difundió muy rápidamente. En 1500 ya había impresores por toda Europa.

De todas las invenciones, ninguna ha sido tan importante en la historia como la imprenta. Los contemporáneos comprendieron inmediatamente que se «*sacaría de ella provecho y utilidad para el desarrollo de la ciencia*». Desde el año 1500 se podían comprar por una suma equivalente a 2 francos y medio los libros que, cincuenta años atrás, valían trescientos francos. La imprenta, ha puesto los libros y, por consecuencia, la ins-

**Item apres l'enterremēt dudit
corps eut grosse altercation entre
ledit grant escuier & les aultres
escuiers & scuirie dudit roy & les
religieulx dudit saint Denys pour**

FRAGMENTO DEL PRIMER LIBRO FRANCÉS IMPRESO EN FRANCIA.

La imprenta, inventada hacia 1440 por Juan Gutenberg, fué introducida en París, en la Sorbona, en 1470. El primer libro francés, que se imprimió en París, fué la colección de las Grandes Crónicas de Francia. El fragmento que se reproduce aquí se refiere a los funerales de Carlos VII, en el que se lee fácilmente: «Item après l'enterrement dudit corps eut grosse altercation entre ledit grant escuier et les aultres escuiers d'escuirie dudit roy et les religieulx dudit Saint Denys pour...» (1)

trucción al alcance de todo el mundo. Ella ha sido para las ideas lo que el ferrocarril es para el comercio: un medio rápido de comunicación; ella ha hecho posible la universal difusión del pensamiento y, por tanto, ha provocado nuevos descubrimientos y muchas transformaciones políticas esenciales. Desde el día en que se descubrió la imprenta, la humanidad ha progresado más en cuatrocientos cincuenta años que en los tres o cuatro mil años que precedieron. La imprenta ha sido y es aún el instrumento indispensable del progreso y de la libertad.

(1) «Item, después del entierro de dicho cuerpo hubo gran altercado entre el expresado gran caballero y los otros caballeros de las cuadras de dicho rey, y los religiosos de dicho San Dionisio para...»

La importancia que tuvo en el momento de su invención fué enorme: aseguró el triunfo del humanismo, poniendo los autores antiguos, latinos o griegos al alcance de todos. En todas las ciudades italianas se fundaron casas impresoras, que fueron los principales hogares del humanismo.

PRECURSORES
DEL
RENACIMIENTO
EN ITALIA

El humanismo apareció en Italia en el siglo XIV y tuvo por iniciadores a dos escritores italianos: Petrarca y Boccacio, el primero sobre todo. Los dos eran florentinos como el Dante, también precursor, del que ya nos hemos ocupado (1).

Petrarca (1304 - 1374), vivió mucho tiempo en Francia, al servicio de los papas de Avignon; en Provenza escribió sus famosos *Sonetos*, compuestos a la gloria de Laura, a la que el poeta amaba idealmente.

Boccacio (1313 - 1375), contemporáneo y amigo de Petrarca, había nacido en París, hijo de un comerciante italiano y de una francesa. Se hizo escritor por admiración a Petrarca y deseo de igualarlo: fué prosista y poeta; su *Decamerón*, recopilación de cien cuentos y novelas cortas, es considerado como la primera obra maestra de la prosa italiana.

Pero Petrarca y Boccacio no escribieron sólo en italiano. Durante su vida, Petrarca debió lo mejor de su gloria a una epopeya latina, *África*, consagrada a la segunda guerra púnica, que le valió en Roma los honores de un triunfo celebrado al modo antiguo, en 1341. Ambos escritores buscaron con pasión los manuscritos de los escritores antiguos y hallaron algunos, a veces en estado lamentable, en las bibliotecas de los conventos.

La influencia profunda que Petrarca ejerció, se explica por el ardor de sus propios sentimientos: fué el primero en dar el ejemplo del culto apasionado por la Antigüedad, que era el rasgo distintivo del humanismo. Este culto le dió el gusto del pensamiento libre, de las ideas claras y claramente expresadas, y, por lo tanto, el desdén por la escolástica, que todos los humanistas posteriores compartieron, prefiriendo las enseñanzas de las universidades.

(1) Véase nuestro libro *La Edad Media*.

DIFUSIÓN DEL
HUMANISMO
EN FRANCIA Y
ESPAÑA

El humanismo italiano no demoró en expandirse por toda Europa, porque la vida universitaria tenía el mismo carácter internacional de la Edad Media: muchos estudiantes franceses, alemanes, ingleses, concurrían a las universidades italianas.

Cambiando de países el humanismo no cambió sus caracteres, pero sí sus tendencias. Fuera de Italia el humanismo fué menos literario: más preocupado por la religión y la moral. En Inglaterra y en Francia se desarrolló un humanismo cristiano, que se contrajo al estudio de los textos sagrados con la misma pasión que se estudiaban los textos profanos de la Antigüedad. Iniciado en Italia, donde se estudiaba el hebreo al lado del latín y del griego, tomó pronto mayor incremento en Alemania (1) y en Inglaterra.

Francia fué, en el siglo XVI, uno de los principales focos del humanismo. Pero los humanistas franceses fueron principalmente eruditos: publicaron numerosas ediciones críticas de los textos antiguos; perfeccionaron el conocimiento de las lenguas griega y latina, se aplicaron a la búsqueda en los textos de datos sobre la historia, las costumbres, los usos, las leyes, por reconstruir el cuadro de la civilización antigua.

Sin embargo, en Francia se mantenía la Sorbona, es decir, la Facultad de Teología, como una fortaleza de la escolástica, y se mostraba obstinadamente hostil a los eruditos nuevos, a la enseñanza del griego y del hebreo. Pero Francisco I, que tenía inteligencia viva, espíritu amplio, el gusto de las bellas letras y de las artes, se interesó personalmente en estos estudios y creó, en 1530, los *lectores reales*, encargados de enseñar griego y hebreo, que podían trabajar y enseñar con toda libertad, pues eran funcionarios del rey. A pesar de los ataques de la Sorbona progresó, y al morir Francisco I tenía doce cátedras, no sólo de latín, griego y hebreo, sino también de filosofía, matemáticas, geografía, medicina. La creación de los lectores reales, que formaron más tarde el colegio de Francia, aseguraron el triunfo del humanismo sobre la escolástica.

En España el Renacimiento se hizo sentir con intensidad cuando ya el país estaba consolidado políticamente por la obra de los Reyes Católicos. En el mismo año en que subían al trono de Castilla los ilustres monarcas, se introducía la imprenta en España. Pero ya a principios del siglo, Alfonso V de Aragón, hermano de Juan II —padre de Fernando el Católico

(1) Véase página 45.

—que había sido rey, más de Nápoles que de Aragón, familiarizó a los españoles con el Renacimiento italiano. Muchas anécdotas pintan su ingenuo interés por la cultura. Así se dice que una mosca se posó en su nariz sin que la advirtiera, tanto era el interés con que escuchaba, absorto y boquiabierto, a un orador florentino.

CAPÍTULO II

EL RENACIMIENTO ITALIANO

I

CIRCUNSTAN-
CIAS QUE FAVO-
RECIERON EL
RENACIMIENTO
ITALIANO

En los siglos XIV y XV, ningún país tiene tanto interés como Italia. Por su actividad económica, su civilización y aun algunas de sus instituciones políticas, se puede decir que a pesar de recordar la Grecia antigua, ofrece el primer esbozo de vida moderna. Sus industriales, sus comerciantes, sus banqueros, son los más emprendedores y los más avisados. Sus escritores y sus artistas crearon el admirable movimiento del Renacimiento. Sus estadistas —improvisados casi todos ellos, porque llegaban al poder llevados por las luchas incesantes de las facciones— rompieron audazmente con las tradiciones feudales y perfeccionaron el arte de gobernar y de negociar: son los ingeniosos *tiranos*, sin escrúpulos y sin prejuicios, que, no obstante, no se preocupan de la unificación del país. Es cierto que existe cierta tendencia a la concentración, pero al fin del siglo XV cinco principales Estados dominan en Italia: la República de Venecia, el Ducado de Milán, la República de Florencia, los Estados de la Iglesia y el Reino de Nápoles.

La función desempeñada por Italia en el Renacimiento se debe a muchas causas, algunas de las cuales son: la riqueza de las ciudades italianas y, como su consecuencia, el mecenato, el pasado histórico de Italia y la supervivencia de la tradición romana sobre su suelo, por fin, y sobre todo, el genio creador de sus artistas y de sus escritores. Sobre éste actuó la influencia de los antiguos y se produjo una resurrección del espíritu antiguo que, fecundando aquellos espíritus, produjo esa maravillosa renovación de la civilización.

A INFLUENCIA
ANTIGUA EN
LAS ARTES

Las ruinas de los monumentos romanos eran innumerables en Italia. Ellas facilitaron modelos que, naturalmente, los italianos prefirieron a los procedentes de Francia, puesto que éstos eran extranjeros —Rafael debía llamarlos bárbaros y *góticos*—, en tanto que los primeros eran como modelos nacionales. De aquí, desde la primera mitad del siglo XV, el abandono de los arcos quebrados, característicos de la arquitectura francesa, la desaparición de la ojiva, y que volvieran a emplearse los arcos de medio círculo o de medio punto romanos; de aquí la substitución de los pilares formados de haces de columnitas por las columnas simples, y la reaparición de las pilastras y de los capiteles clásicos: dórico, jónico y corintio; de aquí el empleo de los frontis triangulares y de las decoraciones grecorromanas, óvolos, volutas y hojas de acanto, en lugar de los follajes nacionales: hiedra, roble, col, cardo, etc., que empleaba el arte ojival. Todos estos pormenores caracterizan la arquitectura del Renacimiento en Italia.

Las ruinas romanas no dieron de manera exclusiva modelos a los arquitectos; los bajorrelieves de los arcos de triunfo, señaladamente los del arco de Tito y los de la columna de Trajano, en Roma, los ofrecieron a los escultores y pintores. A muy felices excavaciones se debió el hallazgo de estatuas, entre otras el *Apolo* llamado del Belvedere y el grupo del *Laocoonte*, que fueron estudiados con pasión. Donatello, y más tarde Miguel Ángel, dibujaron todos los modelos antiguos que encontraron en Roma. Ahora bien, los antiguos conocían admirablemente las proporciones del cuerpo humano y atendían a representarlo perfecto, desnudo y cuidándose únicamente de la forma y la belleza. En la Edad Media era diferente: los artistas, por escrúpulos de devoción, velaban el cuerpo con vestidos. Preocupados en traducir sentimientos y reproducir con fidelidad lo que veían, representaban la fealdad lo mismo que la belleza. Los italianos rompieron con esa tradición de la Edad Media y se consagraron a la escuela antigua; en seguida reaparecieron en el arte la desnudez pagana y el culto apasionado de la forma.

A INFLUENCIA
LITERARIA
ANTIGUA

Pero mucho más que con las obras artísticas y las ruinas de los monumentos, la Antigüedad influyó con los *escritos* de todo género, literarios, históricos y filosóficos, latinos y griegos, que se encontraron en los siglos XIV y XV. Las obras latinas, verbigracia los

Discursos y las *Cartas* de Cicerón, y una parte de las obras de Tácito, que se encontraron en las bibliotecas de los conventos, principalmente en el siglo XIV. No se acostumbraba en esas bibliotecas proteger los manuscritos contra los roedores, y, además, sucedía con frecuencia que, en razón del alto precio del pergamino, se borrraban, lavándolos o raspando los textos antiguos, para copiar en su lugar oraciones y fabricar devocionarios que los monjes vendían a los fieles (1); ello explica que se hayan perdido tantos autores antiguos. Petrarca y Boccaccio se cuentan entre los investigadores más asiduos y más afortunados de manuscritos antiguos.

En cuanto a los autores griegos, Platón en particular, casi ignorados en Europa occidental, donde en muchas universidades no se sabía ni aun leer los caracteres griegos, se conocieron en el siglo XV, gracias, en primer lugar, al cardenal *Besarión* (1393-1472), natural de Trebisonda y residente en Italia, que gastó más de millón y medio de francos en reunir una biblioteca de seiscientos manuscritos griegos. Posteriormente, cuando la toma de Constantinopla por los turcos (1453), muchos sabios bizantinos fueron a buscar refugio en Italia y contribuyeron a desarrollar allí el gusto por los estudios griegos. Al mismo tiempo, la invención de la imprenta permitió multiplicar los libros y poner al alcance de todos las obras nuevamente descubiertas. Así se conocieron las ideas de los más célebres escritores de la antigüedad griega y latina, y los escritores se inspiraron en ellas y se esforzaron en imitarlas: hubo, pues, una verdadera *resurrección del espíritu antiguo*, y eso es lo que propiamente debe llamarse *renacimiento*.

Cúpole a Italia esta obra, porque Francia —que podría haberla realizado continuando su gloriosa tradición cultural— estaba empobrecida por la Guerra de los Cien Años. Las ciudades italianas, en cambio, tenían una extraordinaria vitalidad: infatigables en el trabajo y en el lucro, enriqueciéndose por la industria, el comercio y la banca. Italia era el país más rico de Europa.

Era además, el mejor organizado, el que contaba con la

(1) El manuscrito antiguo que conserva huellas de una escritura anterior borrada intencionalmente, se llama *palimpsesto*. En nuestros días se han descubierto medios físicos y químicos que permiten avivar las escrituras imperfectamente borradas,

sociedad más refinada, el que estaba en mejores condiciones para comprender y admirar la belleza, para buscar, al mismo tiempo que todos los refinamientos del lujo, todos los placeres del espíritu. Banqueros florentinos, nobles mercaderes de Venecia, prelados romanos, príncipes napolitanos, tiranos y aun *condottieri*, todos quisieron tener palacios, estatuas, cuadros, bibliotecas, dar fiestas espléndidas en un espléndido decorado. Fueron los más suntuosos e inteligentes de los *Mecenas* (1).



LORENZO DE MÉDICIS

Lorenzo de Médicis (1448-1492) logró apoderarse del corazón de sus gobernados por su elocuencia, por sus maneras y, sobre todo, por su generosidad, que le valió el nombre de El Magnífico. Las luchas que debió sostener contra los enemigos exteriores e interiores no le impidieron favorecer las artes ni cultivarlas él mismo. Sus

Poesías fueron editadas en el siglo XVIII.

Éstos hacían edificar monumentos, palacios, castillos e iglesias; encargaban estatuas y cuadros, y pagaban generosamente a los autores; creaban bibliotecas, pensionaban a los eruditos y les concedían dinero y honores; llamaban a los artistas y humanistas para vivir en compañía de ellos y los trataban como si fuesen grandes personajes y a veces como individuos excepcionales a quienes todo estaba permitido. Lorenzo de Médicis hacía de Miguel Ángel, joven escultor, el compañero de sus hijos y de sus sobrinos. El papa León X quería elevar al pintor Rafael a las más altas dignidades eclesiásticas, y hacerle cardenal. El célebre cincelador Benvenuto Cellini, culpable de un asesinato, fué acusado ante el papa Pablo III. «Hombres únicos en su arte, como Cellini, no deben someterse a las leyes», respondió.

En Italia, los más generosos Mecenas fueron, en Florencia, los Médicis, y, en Roma, la mayor parte de los papas.

En Florencia, *Lorenzo de Médicis*, llamado *el Magnífico*

(1) Llámaseles Mecenas recordando al famoso protector de Virgilio y Horacio.

(1448 - 1492), se rodeó de una verdadera corte de sabios, escritores y artistas. Llevó el culto de la antigüedad griega hasta el punto de celebrar en su palacio fiestas en memoria de Platón, al que erigió una estatua en sus jardines.

En Roma, *Julio II* (1503 - 1513) proclamaba que las bellas letras eran «dinero para los plebeyos, oro para los nobles y diamantes para los príncipes». Emprendía la reconstrucción de la famosa basílica de San Pedro, proyectada ya por el papa Nicolás V, y llamaba a trabajar en ella a Bramante, a Miguel Ángel y a Rafael. Su sucesor, León X (1513 - 1525), un Médicis, continuó la obra empezada.

En Francia, el Mecenaz por excelencia fué el rey *Francisco I*. Protector de los sabios, creó el *Colegio de Francia*, como vimos, donde se enseñaron primero el latín, el griego, el hebreo y las matemáticas, y más tarde la geografía y la medicina. Protector de las artes, hizo iniciar la construcción del Louvre y empezar o continuar la de los castillos de Chambord, de Amboise y de Fontainebleau. Compró y encargó cuadros a los grandes artistas italianos, a Rafael y a Leonardo de Vinci, que llamó a Francia con Benvenuto Cellini y otros.

LA CURIOSIDAD
CIENTÍFICA.
CIENCIAS NATU-
RALES Y ASTRO-
NÓMICAS

Se ha visto cómo en las universidades de la Edad Media el respeto supersticioso de ciertos autores, especialmente de Aristóteles —un Aristóteles conocido por traducciones latinas de traducciones árabes—, y el método escolástico habían paralizado todo espíritu de investigación, de observación y de experiencia y, por lo tanto, impedido todo progreso científico. Sin duda, algunos espíritus superiores, como Roger Bacon, habían reconocido la superioridad del método experimental, pero su voz había sido acallada.

Con el humanismo reaparecieron la libertad de pensar, la confianza en la razón y en la crítica. Petrarca osó poner en duda la autoridad irrecusable de Aristóteles: «Creo que Aristóteles fué un gran hombre y muy sabio; pero, después de todo, no fué sino un hombre; ha podido ignorar algunas cosas y aun muchas». El estudio de las obras de Aristóteles en su texto original hizo descubrir que su pensamiento había sido a menudo deformado. El conocimiento de otros autores, casi ignorados hasta entonces, como Platón, demostró que no

había entre los antiguos una doctrina única, ni certidumbre absoluta. Entonces algunos espíritus comprendieron que era necesario buscar la ciencia fuera de los libros y por caminos que no fueran el simple razonamiento sobre los textos.

El gran artista *Leonardo de Vinci* (1452 - 1519), genio universal, fué también el primer gran sabio moderno. Comprendió claramente que la ciencia no podía progresar sino por la observación y la experiencia, por una parte, y el razonamiento matemático, por la otra. Los manuscritos de Leonardo prueban que su genio de invención se adelantó a los siglos y presintió las soluciones modernas, tanto en las ciencias puras como en sus aplicaciones prácticas. Desgraciadamente, Leonardo no tuvo tiempo de publicar sus trabajos; su obra permaneció ignorada.

En el siglo XVI todas las ramas de las ciencias se beneficiaron, más o menos, con el espíritu nuevo y con el afán de trabajo que caracterizó la época del Renacimiento. En las ciencias naturales, la *anatomía humana*, es decir, el conocimiento de la estructura del cuerpo humano, se desarrolló rápidamente, con gran beneficio de la medicina y de la cirugía, sobre todo cuando se osó diseccionar los cadáveres en las facultades. El cirujano *Vesalio* (1514 - 1564), de Bruselas, médico de Carlos V, publicó en 1543 una descripción precisa «de la estructura del cuerpo humano». Fué acusado de haber abierto el cuerpo de un hombre todavía vivo y condenado a muerte por la Inquisición, pero su castigo se conmutó por una peregrinación a Tierra Santa, a cuyo regreso murió en un naufragio. El médico español *Miguel Servet* (1509 - 1553) descubrió la «pequeña circulación de la sangre» entre el corazón y los pulmones. El cirujano francés *Ambrosio Paré* (1517 - 1590) substituyó la cirugía bárbara que se practicaba entonces por una cirugía racional: mostró, por ejemplo, que para detener las hemorragias, en caso de heridas o de amputaciones, el empleo del hierro rojo o del aceite hirviendo era inútil y que bastaba practicar la ligadura de las arterias. El suizo *Paracelso* (1473 - 1541) renovó la medicina empleando productos químicos, como el antimonio.

Pero el mayor descubrimiento científico de esta época fué el del polaco *Copérnico* (1470 - 1543), que debía revolucionar la astronomía y tener sobre todas las ciencias y sobre todas las formas del pensamiento humano las más profundas repercusiones. Copérnico fué llevado por una serie de observaciones y de cálculos a concluir que —contrariamente a la teoría de Ptolomeo, que era artículo de fe para la Edad Media— la tie-

rra giraba alrededor del sol, y no el sol alrededor de la tierra. El sistema de Copérnico fué muy resistido: todavía a principios del siglo XVII sus adversarios consiguieron que la autoridad religiosa lo condenara « como contrario a las Escrituras » (1616).

Estas resistencias que sufrieron casi todos los sabios explican la lentitud con que las ciencias se desarrollaron.

CAPÍTULO III

EL RENACIMIENTO DE LAS ARTES EN ITALIA

INCIPALES
NTROS DEL
NACIMIENTO
ITALIANO

En la época del Renacimiento cada ciudad italiana era un foco artístico. Los artistas de talento, las obras y aun las obras maestras son legión. Jamás se ha producido en un país tan gran número de ellas en el mismo tiempo. Pero en esa tierra privilegiada hubo una ciudad, Florencia, privilegiada entre todas. La ciudad de los Médicis, que ya al comienzo del siglo XIV había sido la cuna del Dante y del Giotto, conserva hasta el fin del siglo XV la primacía intelectual y artística; dió nacimiento a la mayor parte de los grandes artistas de la época: Brunelleschi, Ghiberti, Donatello, Masaccio, Botticelli, Miguel Ángel y muchos más. Florencia, en el siglo XV, bajo Cosme I de Médicis o Lorenzo el Magnífico, no puede ser comparada sino a la Atenas del tiempo de Pericles.

La más bella época de Florencia corresponde a lo que los italianos llaman el *Quattrocento*, es decir, el siglo XV. En la historia del Renacimiento italiano, el *Quattrocento* forma el primer período cuyos caracteres son el ahinco en el trabajo, la curiosidad científica y, por lo tanto, el perfeccionamiento de la técnica, las investigaciones múltiples en todas direcciones y, por consiguiente, la variedad de los talentos y de las obras. Aquí pueden discernirse dos corrientes principales que a menudo se entrecruzan en un mismo artista y en una misma obra: una de fuerza decreciente que continúa la tradición de la Edad Media, la otra de fuerza creciente que lleva a la tradición antigua.

La arquitectura fué la primera en volver, con *Brunelleschi* (1377 - 1446), a concepciones, formas y decoraciones inspira-

das en la Antigüedad: lo que se llama el « estilo clásico ». La iglesia de San Lorenzo, que construyó en Florencia, se parece a una basílica romana. Brunelleschi debió, sobre todo, su gloria al *domo* gigantesco con que cubrió el coro de la catedral de Florencia.

Bramante, de Urbino (1444 - 1514), completó la obra de Brunelleschi, abandonando el estilo ojival en sus construcciones en Milán y Roma, llenas de soltura y ligereza. Es obra



HOSPICIO DE NIÑOS EXPÓSITOS EN FLORENCIA.

Fotografía.

Este claustro, cuyo plano se debe a Brunelleschi (1377 - 1446), puede tomarse como tipo de la arquitectura italiana, inspirada en el arte románico. Las arcadas de medio punto reposan en columnas de capiteles grecorromanos. Las ventanas están coronadas con frontones triangulares. El conjunto es desnudo, e impresiona por su sencillez elegante y fría.

suya la iglesia de San Pedro, en Roma, la más magnífica iglesia del Renacimiento.

En escultura dos artistas de genio perfeccionaron la técnica del arte y le dieron una soltura incomparable. *Ghiberti* (1378 - 1455) esculpió las puertas de bronce del *Bautisterio* de Florencia. Si la primera fué ejecutada en el estilo tradicional, la segunda fué una revelación: estaba decorada con diez bajo-relieves, verdaderos cuadros de bronce, donde por el modelado,

las dimensiones y las líneas el artista llega a dar la ilusión del espacio: Ghiberti había encontrado las leyes de la perspectiva.

Donatello (1383 - 1466), en obras de vibrante vitalidad, realistas como las obras del arte francés o flamenco, mostró una ciencia nueva del cuerpo humano: fué el primero en esculpir cuerpos desnudos, perfectos, y en erigir una gran estatua ecuestre.

El camino recorrido por la arquitectura, desde Brunelleschi hasta Bramante, es parejo con el de las otras artes.

Tantos trabajos e investigaciones condujeron, a fines del siglo XV y principios del XVI, a la magnífica eclosión del Renacimiento: librado éste, enteramente, de las tradiciones de la Edad Media e impregnado totalmente de pensamiento antiguo, encontró su expresión perfecta. La «edad de oro» del Renacimiento vió la desaparición del realismo y el triunfo del estilo clásico.

Como era natural, el elasicismo triunfó en Roma, que heredó la supremacía artística de Florencia: lo debió no sólo a la gloria de su pasado, a sus ruinas, a sus excavaciones, sino a los dos papas ya mencionados: Julio II y León X.

Sin embargo, otras ciudades también tuvieron un papel importante. Ludovico el Moro logró atraer a Milán a Leonardo de Vinci desde 1483 hasta 1499. En Venecia el Renacimiento comenzó más tardíamente, pero se prolongó, gracias a una admirable escuela de pintura, hasta fines del siglo XVI.

CAPÍTULO IV

LAS ARTES Y LA LITERATURA RENACENTISTA

Entre todos los artistas, casi innumerables, los más grandes fueron, por orden de nacimiento, *Leonardo de Vinci, Miguel Ángel y Rafael*.

Miguel Ángel (1475 - 1564) nació en Caprese (Toscana). Protegido primero por Lorenzo de Médicis, después empleado en Roma por todos los papas, a partir de Julio II y de León X, fué el genio más poderoso y completo del Renacimiento, y uno de los más grandes que haya conocido el mundo. Aunque él decía que era escultor, fué también pintor, arquitecto, ingeniero y poeta, y fué sobresaliente en todo. En escultura, sus obras más notables son: en Roma, el grupo de la Virgen teniendo en sus rodillas a Cristo, grupo que los italianos llaman *Pietà*, y nosotros *Virgen de las Angustias*, y la admirable y colosal estatua de *Moisés*, ejecutada para la tumba del papa Julio II; en París, en el Museo del Louvre, dos *Esclavos*, destinados primitivamente a la misma tumba; en Florencia, las *tumbas de los Médicis* con seis estatuas: las estatuas sentadas de Lorenzo y Julián de Médicis y las magníficas estatuas yacentes que representan la *Aurora*, el *Día*, el *Crepúsculo* y la *Noche*. Como arquitecto, dió los planos de la prodigiosa *cúpula de San Pedro*, de Roma, de 42 metros de diámetro por 123 de altura. Como pintor, y a petición de Julio II, pintó en la Capilla Sixtina del Vaticano la serie de *Profetas y Sibilas*, muchos cuadros tomados de la Biblia y el estupendo, inmenso y terrible fresco del *Juicio Final*. El día en que este fresco se mostró al público, Roma entera acudió y permaneció « estupefacta y maravillada ».

Lo que caracteriza el genio de Miguel Ángel es la fuerza

y la *gravedad*. Toda su obra es expresiva de poder y muchas veces deja una impresión de tristeza. Las figuras tienen proporciones más que humanas y músculos exageradamente robustos muchas veces. Todas tienen la fisonomía seria y con frecuencia hasta dolorosa. Y es que la índole de Miguel Ángel



MIGUEL ÁNGEL (1475 - 1564).—LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS.

Iglesia de San Pedro, en Roma.—Fotografía Alinari.

Cristo muerto está tendido en las rodillas de su madre. En este grupo de mármol, que Miguel Ángel esculpió cuando tenía veinticuatro años, hay una gracia que no se encuentra en sus obras posteriores, cuyo carácter dominante es el poder y la fuerza.



LEONARDO DE VÍNCI (1452 - 1519).—LA VIRGEN DE LAS ROCAS.
Museo del Louvre.—Fotografía Neurdeín.

A la izquierda, estimulado por la Virgen, un niño —San Juan— se arrodilla, uniendo las manos ante el Niño Jesús que, sostenido por un ángel, levanta la mano para bendecirle.

era melancólica y que a su tristeza nativa la acrecentaba el espectáculo que ofrecía su patria, Florencia, reducida a la servidumbre, e Italia humillada a los pies de los invasores franceses, alemanes y españoles.

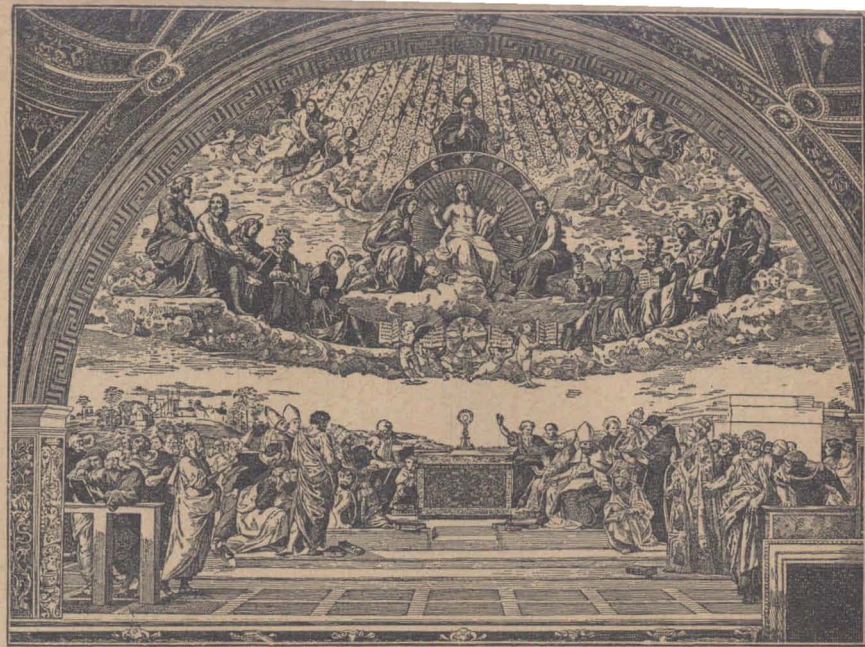
LEONARDO DE VINCI *Leonardo de Vinci* (1452-1519) era florentino, como Miguel Ángel, y como él fué un genio y un artista casi universal: escultor, arquitecto, físico, ingeniero, matemático y pintor. Como ingeniero, ejecutó una parte de los trabajos para el riego de la llanura de Lombardía. Ningún espíritu fué más curioso que él: había querido aprender de todo, y había estudiado de todo. Ha dejado voluminosos manuscritos, ilustrados con numerosos dibujos, que le muestran ya preocupado en los problemas cuya solución se ha encontrado en los últimos años, como el de la *aviación*. Quien proclamó, como él lo hizo, que en materia científica eran necesarias la *observación* y la *experimentación*, merece ser considerado como uno de los precursores de los sabios modernos.

Pero Leonardo de Vinci debe su gloria principalmente a los cuadros que pintó. Su obra más bella y potente, la *Cena*, en Milán, está hoy, por desgracia, casi completamente destruída. El Museo del Louvre posee algunas de sus obras más bellas, tales como la *Virgen de las Rocas* y un retrato de mujer cuya sonrisa es misteriosa e irónica, universalmente conocido con el nombre de la *Gioconda*.

A diferencia de los otros artistas del Renacimiento, Roma disfrutó muy poco de él, y Francisco I consiguió atraerlo a su corte, donde murió poco después de haber llegado.

RAFAEL *Rafael* (1483-1520) era hijo de un pintor de la pequeña ciudad de Urbino. La vida fué tan dulce para él como penosa para Miguel Ángel, pues a este gran artista le sonrió constantemente el buen éxito. Sobrino de Bramante, que lo patrocinó, el papa Julio II lo llamó a Roma cuando tenía sólo veinticinco años. Casi inmediatamente (1508-1513) produjo las obras más acabadas, tales son los frescos de las *Stanze* o *cámaras* del Vaticano, la *Escuela de Atenas*, que resume la historia de la filosofía, el *Parnaso*, que resume la de la poesía, y, sobre todo, la *Disputa del Santísimo Sacramento*, que resume la historia de la Iglesia y de la cual se ha dicho «que es la más alta expresión de la pintura cristiana, y más que una obra maestra, una época en el florecimiento del ingenio humano». Rafael, colmado de honores y a quien no llamaban sino con

De esta pintura se ha dicho que es «más que una obra maestra»; seguramente, es un maravilloso modelo de composición artística. Arriba, el Padre Eterno tiene un globo en la mano izquierda, y con la derecha hace el ademán de bendecir. Debajo y en el centro de una gloria está Jesucristo con la Virgen a su derecha y San Juan Bautista a su izquierda; le rodean los evangelistas y los profetas, presididos estos últimos por Moisés y Daniel. Debajo de Jesucristo aparece la paloma, símbolo del Espíritu Santo. En la tierra y en torno de un altar en que está expuesto el Santísimo Sacramento, se ven papas, obispos y cristianos ilustres entre otros el Dante, con corona de laurel, que aparece a la derecha y detrás de un papa. Este fresco, impropriamente llamado la Disputa del Santísimo Sacramento, simboliza la religión.



RAFAEL (1483 - 1520).—LA DISPUTA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.
En el Vaticano, Roma.—Fotografía Anderson.

el sobrenombre de *divino*, fué, en particular bajo el papado de León X, como el ministro y ordenador supremo de las bellas artes en la corte pontificia. Encargado de dirigir las construcciones de San Pedro y del Vaticano, no por eso dejaba de continuar sus trabajos como pintor. La obra de Rafael es inmensa. Al mismo tiempo que sus frescos, es decir, las grandes pinturas hechas en las paredes de las *Stanze* con colores disueltos en agua de cal y extendidos sobre una capa de estuco fresco, pinturas que también hizo en las *Logias*, pintaba innumerables cuadros de caballete, es decir, en lienzo y de pequeñas dimensiones, fácilmente transportables. Los asuntos son unas veces religiosos, como la *Santa Familia*, del Louvre, que Rafael dió a Francisco I, y la *Madona de San Sixto*, en Dresde, y otros mitológicos, como el *Triunfo de Galatea* o la *Historia de Psique*, en Roma. El exceso de trabajo y de placeres, según se dice, lo mató cuando estaba en el apogeo de la gloria, a la edad de treinta y siete años.

Caracterizan las obras de Rafael la *belleza*, la *gracia* y la *ciencia de la composición*, y nos impresionan por la serenidad, la dulzura y la vida feliz que expresan. Muy diferente de los artistas de la Edad Media, que eran *realistas*, es decir, que se dedicaban a reproducir con exactitud los tipos humanos que veían en torno suyo, Rafael sólo pintaba rostros agraciados: cuando le faltaban hermosos modelos, los imaginaba. Como decía él, «trabajaba según cierta idea que tenía en el pensamiento». Fué el más grande de los pintores *idealistas*. Sólo en su imaginación han existido la mayor parte de esas *madonas* y vírgenes suyas, cuya belleza es tan dulce y perfecta. Por otra parte, nadie ha sabido llevar más lejos el arte de la composición pictórica, esto es, disponer y distribuir las figuras de manera que formen grupos lógicos y armoniosos. Cabe decir de él que si algunos pintores han podido igualarle, ninguno, por lo menos, le ha sobrepujado.

Leonardo de Vinci, Miguel Ángel y Rafael son los nombres más grandes del Renacimiento italiano; pero no representan por sí solos todo ese Renacimiento. En la misma época florecieron otros grandes artistas, tales fueron el *Correggio* y los pintores de Venecia, *Ticiano*, el *Tintoretto*, el *Veronés* y otros más, que bastarían para hacer imperecedera la gloria artística de Italia, y su primacía, por lo menos en pintura, respecto de los demás países.

En el centro del cuadro están Jesús y la Virgen; a la derecha, unos criados escancian el agua convertida en vino; un grupo de músicos en que cada figura es un retrato (Ticiano toca el contrabajo y el mismo Veronés la viola) está en primer término; a la izquierda y en la esquina de la mesa se ven Carlos V, cuya copa tiene un negrito; al lado de Carlos V están Isabel, reina de Francia, y Francisco I. Detrás de la balaustrada hay varios criados que trinchan unos, y otros llevan platos. Las figuras lucen trajes venecianos del siglo XVI, anacronismo de que no se cuidaban entonces los



PABLO EL VERONÉS (1528 - 1588).—LAS BODAS DE CANAÁN.
Museo del Louvre.

pintores, que tampoco atendían a la exactitud del decorado. Este cuadro expresivo, de imaginación riquísima, carece de la claridad y sencillez que distinguen al de la Disputa del Santísimo Sacramento.

TICIANO

La escuela de Florencia y de Roma era especialmente sensible a la belleza de la forma. Los venecianos fueron, sobre todo, coloristas, sensibles a los juegos de línea y a la armonía de los colores. El amor al color los llevó a dar a sus cuadros un lugar más importante al paisaje: fueron los primeros paisajistas. Los venecianos aplicaron, además, a la pintura mural la técnica del óleo, lo que les permitió obtener un colorido brillante y admirables efectos de luz.

El más ilustre de los maestros de Venecia fué *Ticiano* (1477 - 1576). Pintor del gobierno veneciano, rechazó los ofrecimientos de León X y de Francisco I, para mantenerse fiel a Venecia. Sin embargo, acompañó a Carlos V, que tuvo por él la más viva admiración; el emperador le dió el título y los privilegios de conde palatino y de consejero imperial. Un día que visitaba el taller del Ticiano, se le cayó a éste un pincel, y al recogerlo y entregárselo, le dijo el Emperador: «Ticiano es digno de ser servido por César». Genio prodigiosamente fecundo, Ticiano abordó todos los géneros, trató todos los asuntos: se conocen de él más de cuatro mil cuadros. La pintura religiosa le debe conmovedoras obras maestras, como *El entierro de Cristo*, que está en el Louvre. Nadie lo ha sobrepasado en retrato, entre los que se encuentran los de Francisco I y de Carlos V.

LITERATURA
RENACENTISTA

Después de un largo paréntesis que siguió a los precursores del Renacimiento, la literatura italiana recobró su brillo: renovado bajo la influencia de los antiguos, produjo en el siglo XVI obras maestras de belleza clásica.

Entre los prosistas italianos de este período, dos florentinos son los más célebres: *Maquiavelo* (1469 - 1527) y *Guicciardini* (1482 - 1540). Los dos estuvieron mezclados activamente en la política y los dos fueron, principalmente, historiadores. Maquiavelo escribió primero su famoso tratado de política *El Príncipe* (1513), que es el cuadro de las costumbres de su tiempo y, según opiniones de algunos críticos, se propuso destacar la eficacia de la política de Fernando el Católico, de Aragón, cuya fría técnica alcanzó hasta acuñar la frase que se tiene por compendio del «maquiavelismo»: el fin justifica los medios. Además, escribió sus *Discursos sobre Tito Livio* (1516) y una magistral *Historia de Florencia* (1524). Sobresalió en todos los géneros literarios, escribió comedias, cuentos y poesías.

Guicciardini, que fué profesor de derecho, diplomático y soldado, relató con precisión impasible las guerras en que tomó parte, en su *Historia de Italia*, que se publicó después de su muerte.

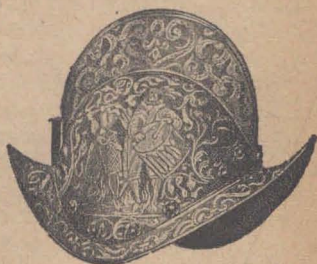
Las dos obras maestras de la poesía fueron las de *Ariosto* (1474 - 1533) y las del *Tasso* (1544 - 1595), ambos protegidos de los duques de Ferrara. Ariosto publicó en 1516 el *Orlando Furioso*, poema heroico-cómico, lleno de inspirada y jovial fantasía, en que el autor canta, de modo que es unas veces burlón y otras épico, las aventuras fantásticas de Rolando y las guerras de Carlomagno contra los sarracenos. Sesenta años después (1575), cuando declinaba el Renacimiento, apareció la *Jerusalén libertada*, de Torcuato Tasso, epopeya cristiana fundada en la primera cruzada: la magia y los encantamientos, lo maravilloso y lo novelesco se mezclan allí con la historia.

LAS ARTES MENORES

Además, paralelamente al total florecimiento de las artes mayores —pintura, escultura y arquitectura— prosperaron de manera admirable las llamadas artes menores, esto es, el arte de cincelar, la orfebrería, la fabricación de muebles, etc. El arte aparecía entonces por todas partes, en el hierro forjado que se empotra en el muro de un palacio para sostener las teas; en los cascos, cora-



MORRIÓN ITALIANO.



MORRIÓN ALEMÁN.

Museo de Artillería.

El morrión era el casco de la infantería en el siglo XVI. Eran damasquinados, es decir, adornados con dibujos hechos con hilos de metal fino embutidos en el acero. En el morrión alemán se ven dos soldados tocando el pífano y el tambor.

zas y escudos, en el pomô y la guarda de las espadas, que adornaban con figuras finamente cinceladas; en las copas, saleros y piezas de orfebrería destinados al servicio y ministerio de la mesa, en los vasos de cristal de Venecia; en los muebles, camas, consolas, cofres, etc., esculpidos y taraceados de marfil o de mármol y adornados de pinturas que frecuentemente llevaban la firma de maestros; hasta en los ataúdes, en suma. Entre los maestros en esas artes menores debe citarse a *Benvenuto Cellini*, escultor mediano, pero cincelador incomparable, que trabajó en Roma para el papa, en París para Francisco I, y que, además de las obras de su buril, ha dejado en curiosas memorias interesantes cuadros de la vida italiana en la época del Renacimiento.

S COSTUM-
BRES EN
MPOS DEL
ACIMIENTO

Esa civilización tan brillante y refinada iba acompañada de una profunda inmoralidad y de excesivas violencias. «El Cristianismo, según se ha dicho, se había arrancado de cuajo de las almas italianas.»

Hubo en las costumbres, como en las artes, un verdadero *retroceso hacia el paganismo*. Por todas partes había sed de placeres, ausencia de escrúpulos, perfidia, crueldad y desprecio de la vida del prójimo. Cualquier medio era bueno, con tal que asegurara el buen éxito. El veneno, el puñal y el arcabuz eran de uso corriente. *César Borgia*, uno de los hijos del papa Alejandro VI, resumió todas las elegancias, todos los vicios y todos los crímenes de aquella época. Los asesinatos que cometió personalmente o que ordenó que cometieran no pueden contarse. Hacía envenenar, dar muerte a puñaladas, decapitar, estrangular o arrojar al agua a cuantos le hacían sombra o cuya muerte le permitiría obtener algún beneficio. Mataba por librarse de sus enemigos y por heredar. Iba constantemente escoltado de un *espadachín*, es decir, de un asesino de profesión a quien tenía a sueldo. No estaban exentas ni aun las personas de su propia familia. Hizo estrangular en presencia suya y en su lecho, en el mismo palacio pontifical, a su cuñado, ya herido hacía días por su espadachín. Una noche, al salir de comer con su hermano, hizo que lo mataran a puñaladas. El cuerpo fué arrojado al Tíber; estuvieron buscando largo tiempo al desaparecido, hasta que un pescador que había presenciado el lance, oculto en su barca, contó lo que había visto, y como le preguntaran por qué no había hablado más pronto, respondió que ya había visto arrojar en el mismo sitio más de cien cadáveres, sin que nadie se hubiera inquietado por ello.

CAPÍTULO V

EL RENACIMIENTO Y EL SIGLO DE ORO EN ESPAÑA

El Renacimiento se inició en España casi al mismo tiempo que en Italia, porque el reino de Aragón poseía Nápoles y el intercambio de hombres y de cultura fué grande, sobre todo a mediados del siglo XV, durante el reinado de Alfonso V de Aragón. Algunos papas españoles, a mediados del siglo XV y principios del XVI, llevando españoles a Roma, facilitaron esa compenetración de culturas.

Aquel rey y su sucesor, Fernando el Católico, fomentaron los estudios clásicos atrayendo a su corte a los humanistas. Isabel, reina de Castilla y esposa de Fernando de Aragón, prestó el mismo apoyo a la cultura y ella misma aprendió el latín. Era tanto el prestigio de esta lengua que un escritor llegó a decir que «el que latín non sabe, asno se debe llamar de dos pies». A pesar de esto, la maduración del Renacimiento fué lenta y su más alta expresión llegó a fines del siglo XVI y en el XVII. En este último siglo se publicó el *Quijote* y floreció Lope de Vega. Ambos siglos pueden ser llamados «de oro» y por esto se ha propuesto llamarlos la Edad de Oro. Este período de florecimiento es inseparable del Renacimiento, porque es el mismo Renacimiento que continúa madurando hasta alcanzar su máxima expresión en los escritores del siglo XVII.

LA INFLUENCIA RENACENTISTA EN ESPAÑA

Después de las mutuas influencias entre España e Italia, Italia comenzó a influir en España, especialmente en la poesía. Un poeta genovés, Francisco Imperial, se estableció en Sevilla a principios del siglo XV, y con él comienza esa influencia: fué el primero que escribió una poesía en español, en endecasílabos. Después fueron traducidos Petrarca, el Dante y Boccacio.

Juan Boscán Almogáver, de Barcelona, fué el introductor en España de los metros italianos en las poesías, en especial del endecasílabo y del soneto, que había usado Petrarca. Además, tradujo libros italianos, en límpida prosa. *Garcilaso de la Vega*, de Toledo, que, como Boscán —de quien fué amigo—, vivió en la primera mitad del siglo XVI, completó su obra italianizante, con mayor eficacia porque era un gran poeta. Lo ayudaron su acercamiento a la corte, sus andanzas diplomáticas y guerreras, que lo llevaron a distintos países, y a Italia, naturalmente. En su obra hay muchas influencias clásicas, hasta imitaciones de los autores latinos y griegos, pero también de los italianos. Escribió en endecasílabos su *Epístola a Boscán*, que es un elogio de la amistad. Su influencia fué muy grande y fué imitado y parodiado muchas veces.

En el orden intelectual influyó mucho, durante su vida, Erasmo (1), quien llegó a decir: «Debo a España más que a los míos ni a otra nación alguna». Se formaron grupos de erasmistas españoles; unos que consideraban inconciliable el erasmismo con los dogmas de la Iglesia, otros, con Vives, que no se apartaron de ésta. Llegó a haber juntas sabias en Valladolid, viviendo aún Erasmo, para dictaminar sobre la compatibilidad de sus doctrinas con el dogma, pero se suspendieron sin acordar nada. Como se recordará, Erasmo resistió las instancias que se le hicieron para que abandonase el catolicismo; pero a su muerte la Iglesia prohibió la lectura de sus libros.

A IMPRENTA Hacia 1474 España tuvo su primera imprenta; en ese año se imprimió el primer libro español, que fueron unas *Trovas en loor de la Virgen María*, poesías religiosas casi todas —45— en valenciano, editadas en Valencia. Esta ciudad, con Zaragoza y Barcelona, fueron las primeras en lanzar libros, tanto españoles como traducciones de clásicos, pero fué el ilustre cardenal Cisneros —prelado que fué impulsor de la cultura y que ejerció la regencia del trono español— quien hizo dar a la imprenta el mejor fruto de aquella época: la famosa *Biblia Complutense*, obra en que se coordina la labor de latinistas, helenistas y hebraístas. Éstos, por indicación de Cisneros, confrontaron incontables manuscritos en el deseo de tener una edición depurada. Se imprimió en seis grandes tomos: los cuatro primeros contienen el Antiguo Testamento, en griego, latín y hebreo, además de una parte inicial en caldeo; el quinto contiene el texto griego y latino del Nuevo

(1) Véase página 45.

Testamento, y el sexto, un vocabulario hebreo-caldeo, índice de nombres y gramática hebrea. Esta somera noticia indica a qué perfección había llegado la imprenta española, y también qué grado de cultura clásica se había alcanzado en la Península.

Los dos más grandes humanistas fueron Nebrija y Vives.

NEBRIJA
Y VIVES

Antonio de Nebrija (1441 - 1522), uno de los colaboradores de la *Biblia Complutense*, fué el más grande latinista del Renacimiento, y a él le deben los estudios clásicos gran parte de su auge. Estudió en Salamanca y en Italia, enseñó en Salamanca y en Alcalá de Henares, y fué cronista real.

En 1492 —coincidiendo curiosamente con la caída de Granada en poder de los reyes de España, que aseguraba la unidad política del país, y con el descubrimiento de América, que inicia la gran obra de la colonización oceánica— Nebrija publicó la primera gramática española, que facilitaría la unidad y la nivelación del idioma castellano. Esta gramática es, además, la primera que se publicó de una lengua romance.

Posteriormente Nebrija publicó un diccionario español-latino, otro latino-español, obras históricas, retóricas, arqueológicas, teológicas, pedagógicas, etc., y puede afirmarse, con el más ilustre crítico español, don Marcelino Menéndez y Pelayo, que es la más alta cumbre intelectual de la época «no sólo por su vasta ciencia, robusto entendimiento y poderosa virtud asimiladora, sino por su ardor propagandista, a cuyo servicio puso las indomables energías de su carácter arrojado, independiente y cáustico».

Juan Luis Vives (1492 - 1540) estudió y enseñó en Valencia, su ciudad natal, París y Lovaina. Vivió en Londres, donde fué lector de Catalina de Aragón, la primera esposa de Enrique VIII y maestro de la princesa María, hija de ambos, y profesor en el Colegio Corpus Christi de Oxford. Abandonó Inglaterra cuando el rey fundó la iglesia anglicana. Vives escribió casi siempre en latín y sus obras son teológicas, filosóficas, morales, pedagógicas, sociales, etc. Menéndez y Pelayo ha dicho que «es el gran pedagogo del Renacimiento, el escritor más completo y enciclopédico de aquella época portentosa, el reformador de los métodos, el instaurador de las disciplinas; invocó el testimonio de la razón y no de los antiguos, y formuló por primera vez los cánones de la ciencia experimental».

LA NOVELA
PICARESCA

El realismo propio de la posición renacentista de Vives, y de la pintura de Velázquez y de Murillo, se expresó en literatura con la novela picaresca. *El pícaro* es un inadaptado, producto de la miseria que en muchísimos años apareció en España, especialmente después de la expulsión de los moros y judíos, en cuyas manos se encontraba la agricultura, la industria y el comercio. El descubrimiento de América y la riqueza de metales preciosos que subsiguieron, fué remedio pasajero y contraproducente, pues la riqueza, que así llegaba sin esfuerzo, parecía probar la inutilidad del esfuerzo y del trabajo.

El *pícaro* necesita vivir sin trabajar: recurre a todas las travesuras, audacias y aun delitos que le eviten el trabajo, y pasa las malas épocas recordando las buenas que pasara y las que espera que vengan pronto. Uno de los críticos más importantes de nuestros días señala una relación entre la novela picaresca y el *Quijote*: « Lo que hizo Cervantes fué elevar el género a un plano superior, infundiendo al solitario rebelde el ideal de una finalidad redentora y sacándolo de los estrechos límites de una vulgar lucha por la existencia...; el medio ambiente social en que se mueven los pícaros y el hidalgo manchego es el mismo, y presta a las novelas picarescas y al *Quijote* el mismo carácter acentuadamente realista ».

Rastreando el origen de la novela picaresca se encuentra en la Edad Media (siglo XIV) *El libro del buen amor*, del Arcipreste de Hita, donde la novela picaresca aparece diluída y mezclada a otros elementos.

Algo de *La Celestina* (o *Tragicomedia de Calixto y Melibea*), aparecida en 1499, es más decididamente picaresco. A mediados del siglo XVI, el año es incierto, aparece el *Lazarillo de Tormes*, la primera obra realmente y totalmente picaresca. Deben mencionarse entre las posteriores más famosas, la *Vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, publicada a fines del siglo XVI, la *Vida del Buscón*, obra de Quevedo, publicada en 1626, y el *Diablo Cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara, publicada en 1641.

CAPÍTULO VI

LA EDAD DE ORO EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

La Edad de Oro, así llamada en reemplazo de la impropia denominación del Siglo de Oro, comprende, como ya dijimos, varios siglos: los mismos de la dominación de la casa de Austria.

Herrera (1534-1597), llamado el Divino, continúa a Garcilaso; en ciertos aspectos es una evolución de éste y, en otros, es una involución. Es discípulo de Garcilaso, pero lo es más de Petrarca, llevado por su temperamento y su cultura. Consagrado al estudio, conocía perfectamente griego, latín y hebreo; era frío y cuidadoso. Por esto sus versos se señalan como modelos de todas las correcciones; y sin haber hecho una poética, él señala la iniciación de una era de frialdad poética y de retoricismo que durará hasta fines del siglo XIX, de que muy pocos se libran. Un crítico español, don Manuel de Montoliú, ha dicho que esa corriente conceptista «pasa cada vez más exagerada a los místicos, a la parte lírica del teatro, y, por último, se desvanece en el culteranismo de la escuela de Góngora».

Las cualidades de Herrera convinieron curiosamente, para sus *Anotaciones a las obras de Garcilaso*, la primera obra de crítica con criterio moderno publicada en España: la admiración hacia Garcilaso no le vedó señalar sus defectos y fué atacado como irreverente por los partidarios del criticado.

Fray Luis de León (1527 - 1591) no estaba en la tendencia herreriana. Fué un clérigo famoso en sus días por la enseñanza de teología que daba en Salamanca, pero cuyo nombre se perpetuará como el que llevó más alto el soplo lírico.

Denuncióse aquella enseñanza como herética por algunos colegas envidiosos, y a ese cargo se añadió el haber traducido al castellano el *Cantar de los cantares*, para obsequiar a una religiosa amiga suya. Cinco años estuvo preso y, entretanto, otro ocupó su cátedra, pero él escribió en la prisión una parte de *Los nombres de Cristo* y algunas poesías. Al salir no quiso perjudicar a quien lo reemplazaba y desempeñó otra cátedra provisional. No está comprobado que en su primera clase, después de liberado, haya dicho, como suele atribuírsele: « como decíamos ayer... »

Numerosas son sus obras teológicas en latín; en prosa escribió, además de *Los nombres de Cristo*, *La perfecta casada* y *Exposición del libro de Job*.

Sus poesías se publicaron cuarenta años después de su muerte, porque él no les dió importancia ni pensó publicarlas, llamándolas « obrillas que en la mocedad, y casi en la niñez, se le cayeron como de entre las manos, y a las que se aplicó, más por inclinación de su estrella que por juicio y voluntad ». Entre todas sus poesías se destacan su famosísima *La vida retirada*, donde es evidente la influencia del poeta romano Horacio. El griego Platón influyó en otras poesías y en sus ideas, pero fué la Biblia, naturalmente, la que influyó de modo más poderoso y extenso. Suele aceptarse la clasificación hecha por Menéndez Pelayo de las poesías de Fray Luis de León: 1.º, imitaciones del toscano, con que se inició; 2.º, traducciones del griego y del latín; 3.º, traducciones de poesías bíblicas; 4.º, primeros ensayos originales; 5.º, período de completo desarrollo.

El valor de Fray Luis de León viene de su españolidad: rechazó todas las influencias extranjeras que estuvieron de moda en el Renacimiento y se ciñó a las clásicas, amoldándolas a su recio temperamento. Quizá lo más valioso y original de esa amalgama es la nueva calidad del misticismo de Fray Luis de León, teñida de platonismo, que lo lleva, por ejemplo, a ver la naturaleza con sentido místico. Es que en este excelso poeta, el misticismo se humaniza porque Dios no es tema retórico: Fray Luis de León siente a Dios como a otra alma, más grande, modelo de todas las perfecciones y su admiración o su amor son auténticos. Por esto pudo ser personal, a pesar de su mucho estudio.

LOPE DE VEGA *Lope Félix de Vega Carpio* (1562-1635) fué hombre de orígenes humildes y durante toda su vida no buscó el aplauso de los grandes sino el de los más. Ciertó es también que éstos le dieron en gran medida el material sobre que elaboró la mayor parte de su enorme obra. Estuvo también cerca de duques (el de Alba), marqueses y condes, pero como secretario casi siempre, pocas veces como amigo. Manifestó siempre extraordinaria actividad en labores diversas, pero especialmente literarias, y en andanzas varias, especialmente amorosas.

Pocos hombres de letras tienen una biografía amorosa tan densa y dilatada y de sus amores extrajo abundante material para sus obras.

Las obras teatrales representan lo fundamental de su obra, pero Lope de Vega escribió además novelas y una «acción en prosa» obra dramática no representable, *La Dorotea*, novela autobiográfica que es su mejor obra en prosa.

Sus poesías son muchas, distinguiéndose entre las narrativas *La Dragonteá* (1598), que evoca las andanzas del corsario inglés Drake, y entre las didácticas, el *Arte nuevo de hacer comedias*, que es su profesión de fe —naturalmente revolucionaria— como autor teatral, expresada en estos versos:

«y escribo por el arte que inventaron
los que el vulgar aplauso pretendieron;
porque como las paga el vulgo, es justo
hablarle en necio para darle gusto.»

Pero la gloria de Lope viene de su extraordinario teatro. Extraordinario en cantidad y extraordinario en calidad. Publicó su primera comedia a los doce años —*El verdadero amante*— y escribió en total unas 1800, de las que conocemos los títulos de más de 700. Y esto, a pesar de la comprobación hecha en los últimos años de que *La estrella de Sevilla*, una de las más celebradas como suya, no le pertenece. Esta atribución se explica por la forma aluviónica en que trabajó Lope: se cuenta, de un Francisco de Avila a quien Lope puso pleito por haber publicado comedias suyas, que él escribió pero que no pensó publicar. Se supo, entonces, que Avila había comprado dos docenas de comedias: una docena en 50 reales y otra en 72 reales.

El secreto de tanta obra está en los enormes conocimientos

de Lope y en su vida agitada, que añadía experiencia a su saber. Debe unirse a esto una capacidad poco frecuente para vivir los personajes y los momentos, que le permite volver a crearlos, completos, como hijos formados en su espíritu. Por esto todas sus obras dan la impresión de no haber sufrido influencias extrañas y aparecen naturales y espontáneas. Por esto, también, fué precursor del romanticismo: « encarnó en su propia existencia el ideal de su vida ».

Deben mencionarse en este libro por el valor documental que tienen para diseñar el estado social de la época: *Lo cierto por lo dudoso*, *La moza del cántaro*, *El caballero de Olmedo* y *La niña boba*. Pero es en las comedias históricas en las que Lope alcanza su mayor perfección teatral y literaria: *El rey Wamba*, *El mejor alcalde, el rey*, *Peribáñez*, *Fuenteovejuna*, etc.

CERVANTES Miguel de Cervantes Saavedra (1547 - 1616) es la cumbre de la literatura española, y su obra maestra, el *Quijote*, ha sido traducida a todas las lenguas y elogiada en todas las latitudes.

Cervantes era hijo de un médico cirujano, y después de algunos estudios, fué camarero del cardenal Acquaviva y luego soldado: en la batalla de Lepanto perdió el uso de la mano izquierda, aunque no le fué cortada: de aquí el nombre de *Manco de Lepanto*, que él mismo se dió.

En el viaje de vuelta, cerca de Marsella, fué apresado por unos barcos turcos y vivió años duros en Argel, sólo amenizados por sus tentativas de fuga, siempre fracasadas. Rescatado por unos religiosos, volvió a España, donde comenzó una penosa odisea: su situación económica era deplorable, y alguna vez que obtuvo un buen empleo —comisario en la provisión de la Armada Invencible— éste le acarreó la excomunión. En 1605 se publicó, en Madrid, la primera parte del *Quijote*. Por esos mismos días alguien fué muerto delante de la casa de Cervantes, y éste fué encarcelado nuevamente, aunque se probó su inocencia, y no fué condenado. El casamiento de su hija le originó también problemas, y pensó abandonar España, pero otro escritor logró evitar que el conde de Lemos lo llevara a Italia. En general, Cervantes no contó con los votos de sus colegas, hasta Lope de Vega lo molestó. Dice en una carta, refiriéndole a los poetas de 1604: « ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a *Don Quijote* ».

Sin embargo, se hicieron en vida del autor 16 ediciones, y

antes de salir la segunda parte —1615— fué traducida al inglés y al francés.

Cervantes se propuso ridiculizar las novelas de caballería que durante mucho tiempo habían tenido extraordinaria difu-



CERVANTES (1547 - 1616).

Como muchos literatos españoles de su tiempo, Cervantes fué hombre de armas antes de ser escritor. En una y otra actividad, como en general en toda su vida, fué perseguido por una implacable mala estrella: pobreza, prisión, cautiverio, desdén de los demás escritores. Murió sin tener conciencia de la altura a que había llevado su nombre y el de su patria. Este retrato, como todos los suyos, es discutible.

sión y habían estragado el gusto del público, ansioso por vivir, siquiera irrealmente, en un mundo mejor que el deplorable de casi todos los días de entonces, míseros muchas veces e inseguros siempre. Al ridiculizar a los caballeros los idealiza en uno que es modelo de virtud, de virtud exagerada, y para realzar su figura, coloca a su lado al escudero Sancho Panza, representante del robusto buen sentido.

Don Quijote es un caballero a quien la lectura de los libros de caballería ha trastornado, y sale a «desfacer entuertos» y a otras nobles empresas. En ninguna de ellas Don Quijote ve las cosas como son: ve princesas en mujeres de baja estofa; soldados infieles en las manadas de ovejas, gigantes en los molinos de viento.

Entre sus demás obras — no todas dignas de aparearse al *Quijote*— se destacan las *Novelas ejemplares*, así

llamadas por el propósito moralizador de casi todas ellas, con que Cervantes, según lo dice él mismo, es el primero que escribe verdaderas novelas en lengua castellana. Menéndez y Pelayo dice que: Goethe en su carta a Schiller juzga estas *Novelas* como «un verdadero tesoro de deleite y de enseñanzas, regocijándose de encontrar practicados en el autor español los mismos

principios de arte que a él le guiaban en sus propias creaciones, con ser éstas laboriosas y aquéllas tan espontáneas ».

QUEVEDO *Don Francisco de Quevedo y Villegas* (1580-1645) fué un famoso escritor satírico. Cursó estudios en las universidades de Alcalá y Valladolid.

Actuó en Italia como amigo y confidente del duque de Osuna, que al ser nombrado virrey de Nápoles le encargó el gobierno de la hacienda y le confió misiones internacionales vidriosas, de las que escapa con vida, una vez gracias al disfraz de mendigo y a la facilidad con que reproducía el acento italiano. El duque de Osuna, y Quevedo, fueron quemados en efígie, en Venecia. Después de la caída del marqués de Denia perdió el favor real, pero lo reconquistó al ascender al trono Felipe IV, de quien fué secretario. También perdió el favor de éste y fué encarcelado por el conde duque de Olivares, a cuya caída quedó libre, ya muy viejo.

Escribió obras ascéticas, filosóficas, políticas, de crítica literaria, los *Sueños*, que eran satírico-morales, festivas, picarescas y poesías. La única novela picaresca que escribió fué *Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos, ejemplo de vagabundo y espejo de tacaños*, más conocida con los títulos de *El gran tacaño* o *El Buscón*, traducido a muchos idiomas. Obra de gran valor literario, no lo tiene menos como documento, todo a costa de la delicadeza y el buen gusto, porque, para ser verídicamente realista, Quevedo no retrocedió ante lo repugnante ni ante la grosería.

CALDERÓN *Don Pedro Calderón de la Barca* (1600-1681) es, después de Lope, el gran escritor teatral de la época. Tuvo popularidad y éxito parejo con Lope de Vega, llegando a ser el poeta de Felipe IV, pero los mismos principios clásicos que le aseguraron el éxito durante casi un siglo, le atrajeron críticas acerbadas en el siglo XVIII, hasta que el romanticismo lo rehabilitó, especialmente en Alemania, donde se exageró el elogio.

Calderón escribió autos sacramentales, dramas religiosos, filosóficos, trágicos, comedias de capa y espada, etc. Sus comedias son ciento veinte. Uno de sus dramas religiosos, *El mágico prodigioso*, señalado arbitrariamente como antecedente del *Fausto* de Goethe, trata el tema popular del hombre que vende su alma al Diablo por lograr el amor de una mujer, pero sin

que se consuma la venta, por falla del Diablo, y triunfo del espíritu cristiano.

La obra que le dió mayor renombre, no sólo en España sino en todo el mundo, fué *La vida es sueño*. Segismundo, hijo del rey de Polonia, ha sido criado en los montes, lejos de los hombres, porque los astrólogos lo señalaron como un ser de los peores sentimientos, y que arrebataría la corona a su padre. Un día fué llevado narcotizado a palacio, y allí se le trató como rey, demostrando la verdad del vaticinio. Devuelto a la soledad después de un nuevo narcótico, se le hizo creer que todo había sido un sueño. Pero el pueblo lo sostuvo contra su padre y se cumple la predicción. Segismundo aprovechó la experiencia y fué excelente rey.

El alcalde de Zalamea, su mejor obra, según la moderna crítica, es una de las pocas de la época en que el hombre digno no es un señor, sino un hombre del común, el alcalde del pueblo de Zalamea.

CULTERA-
ISMO Y EL
NCEPTISMO

Semejante al movimiento que encabeza Ronsard en Francia, al querer enriquecer la lengua (1), es el de los culteranos españoles, pero éstos lo exageran de tal modo en su afán de no caer en lo popular y común, sino de escribir para las personas cultas, que cayó en el descrédito y el ridículo. El aporte de los culteranos quedó reducido a la preeminencia de los datos de los sentidos especialmente visuales y auditivos, es decir, a haber sabido dar valor a lo decorativo.

Paralelo al culteranismo aparece el conceptismo, que difiere de aquél en que se aplicaba a aristocratizar por la sutileza oscura y retorcida de las ideas.

Don *Luis de Argote y Góngora* (1561 - 1627) es el más alto representante del culteranismo. Inició esta corriente con su *Panegírico al duque de Lerma*, es decir, marqués de Denia, valido de Felipe III.

Quevedo, ya mencionado, y *Baltasar Gracián*, son los más destacados conceptistas. El primero no lo es en toda su obra; el segundo hizo la preceptiva de la tendencia en su *El arte de ingenio*.

(1) Véase página 43.

CAPÍTULO VII

EL RENACIMIENTO LITERARIO EN FRANCIA, ALEMANIA E INGLATERRA

FRANCIA

En Francia, como en Italia, el humanismo engendró un brillante renacimiento literario: la literatura francesa, pobre al fin de la Edad Media, fué vivificada al contacto de los autores antiguos.

El renacimiento literario se afirma desde la primera mitad del siglo XVI por las obras de Marot, Rabelais y Calvino. El primero fué un poeta de corte; el último, más famoso como reformador religioso, es autor de *Institución cristiana*, una de las primeras obras maestras de la prosa francesa.

El más importante fué *Francisco Rabelais*, curioso personaje, cuya vida no es bien conocida, que fué monje mendicante, benedictino y médico. Gracias a altas protecciones que él supo buscar, pudo viajar y satirizar a muchos personajes. Su gran obra es *Gargantúa y Pantagruel*, inspirada en una crónica medievoal, cuyas cinco partes fueron publicadas sin plan previo, y sucesivamente, la última después de su muerte.

Su incurable espíritu burlón se valió de una trama sencilla para insertar fácilmente episodios pintorescos o relatos cuya gracia estaba en la narración o en recursos de estilo, con que satirizó a determinadas personas, profesiones o modos de ser. Su valor radica, más que en su discutible originalidad, en el modo de ver la realidad. No sólo Gargantúa no le pertenece: de otros autores tomó otros personajes. Supo añadir un espíritu nuevo —principalmente escéptico— al que se agregaron las cualidades generales del Renacimiento: reacciona contra el ascetismo medievoal, dando a la naturaleza, al cuerpo y al espíritu derechos nuevos, aunque afirmando lo indispensable de la religión para el alma. Estos principios no están expuestos en su libro,

sino como «substanciosa medula» que es necesario extraer, según su propio autor. Él mismo, sin embargo, dice en otra parte que su objeto es sólo dar un poco de solaz y diversión a los afligidos y a los enfermos.

Mayor en 34 años que Rabelais era *Pedro de Ronsard*, nacido en 1524 de noble familia y criado como tal. A los veinte años, más o menos, como consecuencia de una sordera brusca, se dedicó con ahinco al estudio del griego y del latín. Sus *Odas* y los *Amores de María* le dieron renombre y lo reintegraron a la vida de las cortes, como poeta favorito de varios reyes de Francia y de María Estuardo. La excesiva admiración de los clásicos quitó vuelo a su imaginación, y sus poesías son fruto más de una voluntad tesonera que de verdadera inspiración. Aquella admiración lo llevó a querer ser émulo de Homero y de Virgilio, y así dejó inconclusa una epopeya nacional, la *Franciada*. El nacionalismo que denuncia este título se manifestó, sobre todo, en el afán con que preconizó el francés como lengua literaria. El extraordinario prestigio de que gozó en vida se trocó después en un más injusto descrédito. Hoy se le tiene, con justicia, por el mejor poeta francés del Renacimiento. Su empeño de mejorar y enriquecer la lengua popular francesa es uno de los mayores esfuerzos hechos en favor de su idioma. El conocimiento de la Antigüedad resultaba así un recurso para enriquecer el naciente idioma francés. Esta fué la preocupación no sólo de Ronsard, sino también de todo un grupo de poetas, conocido en conjunto con el nombre de la Pléyade, a la que perte-



MONTAIGNE (1533 - 1592).

Montaigne escribió sus Ensayos con el mismo escepticismo que preconiza en ellos: sin proponerse otra cosa que reflexionar sobre los clásicos. Su escepticismo se aplicó en especial a la razón como medio de conocimiento. Su espíritu, dirigido más por la sensibilidad que por la inteligencia, lo llevó a la tolerancia.

neía Rousard y *Joaquín de Bellay* que teorizó este criterio en la obra *Defensa e ilustración de la lengua francesa*, que era *defensa* contra el latín, en que se escribían las obras importantes; *ilustración*, con palabras tomadas de los idiomas clásicos, rehabilitando palabras desusadas, con neologismos, perífrasis, etc.

Miguel de Montaigne, nacido en 1533, escribió sus famosos *Ensayos*, traducidos a muchas lenguas, que siguen leyéndose como el primer día. Educado dentro del espíritu clásico, pagó tributo inicialmente al criterio que valoraba la cultura por el conocimiento de los clásicos. Después de ocupar algunos cargos, se retiró a su castillo, donde se dedicó, según lo dijo él mismo, a «hojear» clásicos y escribir las reflexiones que le inspiraban. Su espíritu meditativo y original dió frutos personalísimos que expresó en el idioma vulgar.

Estas reflexiones son tan renacentistas como las de Rabelais —ama la naturaleza, rehuye el ascetismo—, pero están expresadas con una gran dignidad, aunque su escepticismo es mayor que el de aquél. Su escepticismo ante lo cambiante del hombre, del mundo, de los principios, le hace elogiar la tolerancia como la suprema sabiduría y le hace ser conservador, persuadido de la inutilidad y aun de la nocividad de los cambios.

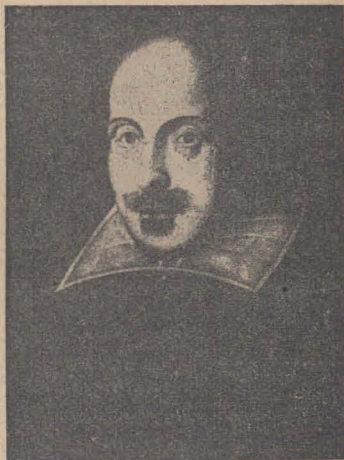
El éxito de los *Ensayos* se debe a la forma amable y fluída, sin pedantería, casi desordenada, en que presenta sus reflexiones, adornadas con metáforas y comparaciones que atraen a los lectores y hacen partidarios, con mayor eficacia que la «razón», a la que colocó por debajo del instinto de los animales.

El Renacimiento tuvo en Inglaterra tres momen-

INGLATERRA tos, ninguno influido por la Antigüedad: el primero inspirado en las letras francesas e italianas; el segundo de excesivo carácter cortesano y afectado; el tercero llenado íntegramente por el genio de un solo hombre —si bien fueron muchos los escritores de su época— corresponde al glorioso reinado de Isabel II. Ese hombre fué *Guillermo Shakespeare* (1564 - 1616). No sufrió influencias extrañas: todo lo sacó de la realidad que lo rodeaba, gracias a su genial capacidad para penetrar en el alma de los demás.

La vida de Shakespeare es todavía mal conocida, a tal punto que se ha podido sostener que él no es el autor de sus obras, sino el seudónimo de algún personaje; por ejemplo del famoso canciller Bacon. Era hijo de un comerciante de Strat-

ford, carnicero cerealista que se arruinó. Debió enrolarse como actor en una compañía teatral de Londres y pronto el actor se convirtió en autor. Después de los trágicos griegos, ningún dramaturgo había logrado conmover los corazones como lo hizo él. En sus obras maestras: *Romeo y Julieta*, *Hamlet*, *Otelo*, *El Rey Lear*, *Macbeth*, Shakespeare creó personajes que han quedado desde entonces como tipos de humanidad. Como sus obras se representaban ante públicos heterogéneos —gentiles hombres, burgueses, marineros, hombres del pueblo—, debía responder a los gustos del conjunto y por esto se mezclan en sus obras las escenas delicadas y las más groseras bufonadas. Después de su muerte se le discutió mucho; para tolerarlo se mutilaban sus obras.



SHAKESPEARE (1564 - 1616).

El realismo que anima las obras de Shakespeare fué un obstáculo para que se divulgaran fuera de Inglaterra, pero al aparecer el Romanticismo en el siglo XIX comenzaron a tener auge universal: traducidas y representadas en todos los países, son quizá las que siguen provocando en el mundo el máximo de admiración.

A Shakespeare debe la literatura mundial la creación de más caracteres tipos que a cualquier otro escritor. El avaro (Shylock), el celoso (Otelo), los amantes (Romeo y Julieta), el contemplativo escéptico (Hamlet), son sus principales creaciones. Alcanzó la mayor altura en la caracterización de lo trágico, como en el
Rey Lear.

ALEMANIA

La reputación de todos los humanistas fué sobrepasada por *Desiderio Erasmo* (1466 - 1536), a quien se llama con justicia el « príncipe del humanismo ». Puede afirmarse que todos los aspectos y todas las aspiraciones del humanismo se encuentran y se concilian en él, en un equilibrio perfecto.

Erasmo había nacido en Holanda, en la ciudad de Rotterdam, que entonces pertenecía al imperio. Pero recorrió toda la Euro-

pa culta de entonces: estudió en la Universidad de París, y la pasión del estudio lo llevó a encerrarse en un colegio a los 30 años. Pero se formó especialmente en Oxford. Después llevó una vida errante, viajando por Italia, Francia, Inglaterra y por los Países Bajos, cada vez más apreciado y celebrado. Pasó los últimos años de su vida en Basilea y en Friburgo de Brisgovia.

Esta vida errante fué acompañada de un trabajo incesante. Erasmo publicó textos antiguos como la *Geografía* de Ptolomeo, editó el texto griego de los Evangelios, con una traducción latina, editó los escritos de San Jerónimo y de otros padres de la Iglesia. Su reputación que fué europea, la debió sobre todo a su *Correspondencia*, tan extensa y variada que se la compara a la de Voltaire, a sus *Coloquios* y a su *Elogio de la locura*. Esta última obra era una virulenta sátira de la sociedad, publicada en 1511, que tuvo siete ediciones en pocos meses, y fué traducida en todas las lenguas cultas de su tiempo. Se encontraron

en ella vivos ataques contra los abusos que sufría la Iglesia, contra la ignorancia y las costumbres del clero. Así, cuando la Reforma estalló (1517) Erasmo parecía inclinado de antemano al partido de los reformadores. Pero su temperamento prudente y moderado lo hizo mantenerse católico.

Como verdadero humanista, Erasmo no escribió sino en la-



ERASMO.

Este es uno de los retratos de Erasmo que pintó Holbein. Lo muestra como absorto en las reflexiones en que lo ha sumido el libro que todavía tiene en las manos. Los rasgos de Erasmo muestran su inteligencia y sutileza de espíritu. El rostro y las manos se destacan, por deliberado propósito del pintor, sobre el fondo obscuro de la vestimenta.

tín, y por ello este poderoso espíritu no tiene lugar en la historia de ninguna literatura nacional.

No fué un hecho aislado la aparición de Erasmo; correspondía a un auge general de los estudios clásicos que formaban la base de toda instrucción. Con excepción de Erasmo, sin embargo, el Renacimiento alemán se tradujo en reforma religiosa. El principal escritor propiamente alemán del Renacimiento es Lutero, cuyo papel literario es pálido junto al religioso. Con su traducción de la Biblia y otros escritos que publicó en alemán con propósito proselitista, Lutero debe ser considerado como el fundador del idioma alemán.

CAPÍTULO VIII

EL RENACIMIENTO ARTÍSTICO EN FLANDES, HOLANDA, ALEMANIA Y FRANCIA

La riqueza de Flandes no sólo dió a los duques
LOS VAN EYCK de Borgoña— que eran también condes de Flandes—
la hegemonía política en Francia, que debió abatir
Luis XI. También permitió un resurgimiento artístico, a fines
de la Edad Media, sólo comparable al de Italia. Hasta entonces
el arte había sido religioso y el artista quedaba en el anonimato.
Ahora, gracias a los Mecenas, también el arte podrá ser laico
y el nombre del artista aparecerá junto a la obra.

La pintura, temporariamente reemplazada por los vitrales
de las iglesias y confinada en el arte de las miniaturas, resurge
con progresos sorprendentes. El principal de estos progresos
fué el empleo del aceite, es decir, el comienzo de la pintura al
óleo, fundada en aceite de secado rápido.

La superioridad de esta pintura fué brillantemente demostrada
por la obra de dos artistas flamencos, *Humberto* y *Juan van Eyck*
(muerto uno en 1426, el otro en 1441), cuya más famosa obra
fué *La adoración del Cordero*, terminada en 1432, y que se encuentra
en Gante. Por la belleza del colorido —que después de los cinco siglos
corridos todavía conserva su frescura original—, por la amplitud de su
composición y la ciencia de la perspectiva, por la inspiración que la
anima y la exactitud de su realismo, es una obra magistral. En los días
de fiesta, cuando se exhibía, la muchedumbre se precipitaba en la
capilla donde estaba « como abejas y moscas alrededor de una cesta
de higos y de uvas ».

Pedro Raúl Rubens nació en 1577 en Westfalia.
RUBENS Después de trabajar con varios pintores, perfeccionó
su arte en Italia, donde residió dos veces. Fué en Amberes
donde su genio produjo sus mejores obras maestras. Hasta

entonces, dotado de una buena suerte extraordinaria había vivido sin dificultades, y viajado por Italia y España estudiando y recibiendo agasajos, casi siempre en misiones políticas o llamado como artista. En Amberes será pintor oficial de la corte, con remuneración, libertad de residencia y exención de impuestos. En esta época pintó su famoso *Descenso de la Cruz*. Fueron tantos los encargos que fundó un taller, donde jóvenes y viejos pintores querían trabajar; entre ellos estuvo Van Dyck. Poco después María de Médicis le pidió que pintara los «panneaux» para su palacio del Luxemburgo, obra extraordinaria que completó su nombradía. Fué ésta tanta, y tales sus aptitudes de hombre de mundo, que muchos de sus viajes encerraban ocultos motivos diplomáticos; en 1624 el rey de España le dió título de nobleza y lo nombró gentilhombre de su cámara; poco después le encargó una misión en París y Londres, donde obtuvo completo éxito.

Esta actividad cortesana suavizó su arte, originariamente exuberante y realista, como fué el arte flamenco, después se sublimiza y se hace místico, sin ser un pintor religioso; entonces pinta *Cristo entre los réprobos*, *Cristo muerto llevado por las santas mujeres* y *por San Juan*. Sus cuadros están diseminados por España, Bélgica, Italia, Francia, Inglaterra, etc.



RUBENS (1577 - 1640).

(Autorretrato.)

Rubens fué un espíritu integralmente renacentista. El colorido extraordinario de sus cuadros, revelador de una capacidad para ver la naturaleza que habría sido imposible hallar en la Edad Media, correspondía a una capacidad general de su espíritu que le permitió triunfar en difíciles empresas diplomáticas y disponer de la voluntad de cuantos se le acercaran, reyes o discípulos suyos.

Tan prodigiosa actividad no le impidió cultivar su espíritu: mientras pintaba se hacía leer los clásicos. Además, ha dejado numerosos grabados.

La riqueza de Flandes pasó a Holanda: más financiera que industrial, pero igualmente favorable para el arte. Éste fué de un realismo sincero y minucioso, como el flamenco y como casi todo el arte septentrional.

Por esto hubo grandes pintores de interiores, paisajistas, animalistas, pero sobre todo retratistas, y entre éstos Rembrandt.

REMBRANDT *Rembrandt*, que vivió en el siglo XVII, era hijo de un molinero. Trabajó toda su vida en Amsterdam con una pasión poco frecuente.

El poder de su genio le permitió descollar en todos los géneros: retratos íntimos y colectivos, como la famosa *Lección de anatomía*; cuadros religiosos, como *Los peregrinos de Emmaús*; escenas de meditación, como *Los filósofos*. En todos sus cuadros, como en sus aguafuertes, Rembrandt supo combinar la luz y la sombra, lo que Vinci llamó el claroscuro; también consiguió, quizá como nadie, destacar la belleza de las formas humildes y, sobre todo, expresar la vida interior del alma en lo que tiene de más profundo y emotivo. A uno de sus discípulos le decía que no era necesario ir a Italia: «En tu país encontrarás tantas bellezas, que tu vida sería corta para comprenderlas todas».

PINTORES También en Alemania los grandes pintores na-
ALEMANES cen en centros ricos. En Nuremberg y Augsburg, en-
crucijadas en los caminos que comunicaban los ricos
puertos del norte con los no menos ricos del Medi-
terráneo, aparecieron Durero y Holbein.

Alberto Durero (1471 - 1528) era hijo de un orfebre y lo fué él mismo hasta que se decidió su vocación. Después del aprendizaje fué a Italia dos veces. Conoció, pues, y estudió la pintura italiana, tan diferente entonces del arte septentrional. Pero siguió siendo alemán y su obra expresa admirablemente los sentimientos, las aspiraciones, las inquietudes características de la Alemania de entonces.

Durero es célebre tanto por sus dibujos grabados en madera y en cobre como por sus cuadros. Fué el primer maestro original en el arte del grabado, arte que, inventado en el siglo

XIV, fué para las obras de arte lo que la imprenta para los libros. Las obras más difundidas de Durero son *El caballero de la muerte*, *La melancolía*, *San Jerónimo en su celda*, tres grabados.

Augsburg, más vinculada a Venecia, debía producir un pintor en que se fundieron el arte del norte y el del sur: *Juan Holbein* (1497 - 1543), que fué un gran retratista. Preciso y minucioso como los artistas flamencos tuvo la flexibilidad de pincel propia de los mejores artistas italianos. Vivió poco en su ciudad natal: residió en Alemania, Suiza, Italia e Inglaterra. En ésta fué el pintor oficial de Enrique VIII, cuyo retrato hizo. Otro retrato suyo muy difundido es el de Erasmo.

EL
RENACIMIENTO
ARTÍSTICO EN
FRANCIA

Francia, durante el Renacimiento, como en la Edad Media, debió su gloria artística a sus arquitectos y a sus escultores. No tuvo, como Italia, pintores de un genio superior. Los pintores franceses más renombrados, como *Francisco Clouet*, muerto en 1572, de origen flamenco, sobresalieron en el retrato: ejecutaron sobre todo pequeños retratos, pintados o dibujados al lápiz, maravillosos de fineza y de precisión.

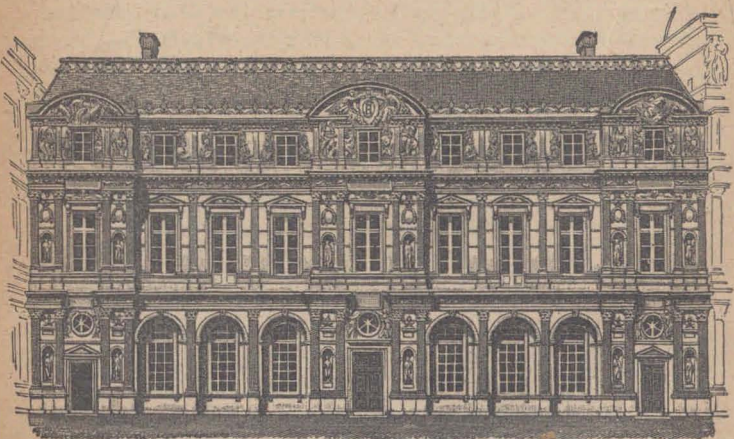
Pero el Renacimiento francés fué, sobre todo, arquitectónico. Se construyeron pocas iglesias, pero muchos monumentos civiles, casas municipales y castillos, no como los de la Edad Media, con fines de defensa, sino elegantes y grandes palacios, hechos para servir de marco a fiestas suntuosas.

Al principio la arquitectura se mantuvo fiel a la tradición y fué ojival: a este estilo pertenecen los famosos castillos del Loira. Pero para esta época la moda nueva se manifiesta, sea por detalles de ornamentación —capiteles y pilastras a la antigua, terrazas a la italiana— sea por el decorado de los interiores. Hubo así una curiosa mezcla de arte ojival y de arte grecorromano, hasta la época de Enrique II, en que triunfó el estilo clásico.

Las principales obras de este estilo, que es el verdadero estilo Renacimiento, son debidas a tres grandes arquitectos: Pedro Lescot, Juan Bullant y Filiberto Delorme. Los tres habían estado en Italia, habían estudiado los monumentos antiguos, en los que se inspiraron, haciendo, sin embargo, obras originales.

Pedro Lescot, noble parisién que vivió en el siglo XVI, planeó e inició la construcción del Louvre, decidida por Fran-

cisco I, construcción que duró medio siglo. Esta es la obra más característica y más original del Renacimiento francés: sólo los techos en pendiente recuerdan el arte francés medioeval. Es una construcción regular y simétrica, cuyos elementos están tomados todos de la Antigüedad, pero combinados con



PIERRE LESCOT (1510 - 1578).—EL LOUVRE.

Fotografía.

El Renacimiento francés fué, sobre todo, arquitectónico. Los grandes arquitectos franceses del siglo XVI edificaron principalmente castillos elegantes, casas de recreo o suntuosos palacios. Los más célebres son los castillos llamados del Loira: Chambord, Blois, Chenonceaux, etc., y el admirable Louvre de Pierre Lescot. Se notará la regularidad y la simetría de la construcción, rasgos característicos del Renacimiento. Arcadas romanas de medio punto en el piso bajo; columnas y pilastras griegas, acanaladas, con capiteles corintios; frontones triangulares griegos, encima de las puertas y de las ventanas; nichos romanos adornados de estatuas.

una rara elegancia, el cuidado de la armonía y la pureza de las líneas.

Filiberto Delorme, contemporáneo de Lescot, fué menos afortunado con sus obras: todas han desaparecido, incluso el palacio de las Tullerías, que construyó para María de Médicis en colaboración con Juan Bullant.

Juan Bullant, antes de las Tullerías había construido cerca de París un castillo célebre por sus columnas, que se elevaban

del suelo al techo y que había copiado de un templo a Júpiter visto por él en Roma.

Juan Goujon colaboró como escultor con Lescot y Delorme y, como ellos, fué clasicista: los trofeos de armas esculpidos por él en la fachada del Louvre parecen sacados de los arcos de triunfo romano.

Germán Pilon, contemporáneo de todos ellos, fué el escultor favorito de Carlos IX y de Catalina de Médicis. Clásico en sus estatuas de bronce de la tumba de Enrique II, volvió algunas veces a la tradición francesa y varias de sus obras son de un vigoroso realismo.

CAPÍTULO IX

EL RENACIMIENTO ARTÍSTICO EN ESPAÑA

El renacimiento del arte español se inicia en el reinado de Isabel y Fernando. Tres son los principales estilos que caracterizan esta época: el *plateresco*, que debe su nombre a la imitación del estilo de los plateros, era gótico en sus líneas fundamentales y seudoclásico en los motivos decorativos; fué característico del siglo XVI; el estilo llamado *Cisneros*, también de transición, era una combinación del árabe con el estilo del Renacimiento; y el *herreriano*, que lo substituyó en los siglos XVI y XVII, caracterizado por el dominio de lo clásico, que elimina al gótico.

Estas transiciones de la arquitectura caracterizaron también las otras nacientes bellas artes. *Pedro González de Berruguete* fué un pintor valenciano, flamenco y español por su técnica, pero fuertemente influido por las corrientes italianas. Hijo suyo fué el más famoso *Alfonso Berruguete*, escultor, pintor y arquitecto, que rechaza el gótico para conciliar el espíritu nacional con las corrientes renacentistas aprendidas en Italia, donde trabajó con Miguel Ángel. Fué pintor y escultor de Carlos V, y de él quedan muchas obras en madera y en mármol, distinguiéndose sobre todo en el colorido de las estatuas, que era costumbre pintar con colores mate; Berruguete inició la pintura brillante y añadió el dorado. De su vasta labor quedan varios retablos que se encuentran hoy en iglesias o en museos. Sin haber sido muy original en sus ideas —pues su mérito reside habitualmente en la ornamentación—, formó muchos discípulos, todos los cuales fueron más españoles que él por hallarse menos influidos por Italia.

En esta tendencia arcaizante, que repelía la influencia ex-

tranjera, a veces, a pesar de sufrirla, se caracteriza *Luis de Morales* como su expresión extrema. Sin embargo, bajo ciertos aspectos, la tendencia italiana, especialmente de de Vinci, y la flamenca influyeron en él, pero hay que advertir que entre los influidos por Italia, Morales es el más importante, más personal y más español. Su gran misticismo, reflejado en los motivos de sus telas, le valió el sobrenombre de *el Divino*; su gran cuadro *La presentación*, que está en el Museo del Prado, y numerosos cuadros de pequeñas dimensiones son de carácter religioso.

Se dice que Felipe II, opuesto a la tendencia arcaizante, rechazó su *Cristo con la cruz auestas*. Así se explica que, en cambio, un discípulo de Ticiano fuera el pintor preferido de ese rey: *don Juan Fernández Navarrete*, conocido con el apodo de *El Mudo*, a quien hizo pintar mucho en el Escorial junto a varios pintores italianos. Fué primero clasicista, después florentino y, finalmente, veneciano. Llevado por el naturalismo propio de los españoles, se complacía en la pintura de animales, y Felipe II, al encargarle 32 grandes lienzos para los altares de la iglesia del Escorial, debió prohibirle que dibujara perros y gatos. En esta obra, que no alcanzó a terminar, expresó su espíritu español con técnica veneciana, pero con la monumentalidad típica de los florentinos. Su temprana muerte cortó, evidentemente, una de las más legítimas esperanzas artísticas de su tiempo.

Los discípulos de Berruguete formaron la escuela de Valladolid. En el sur se formaron la sevillana y la granadina. La primera en torno de *Martínez Montañés*, la segunda en torno de un discípulo de éste que lo sobrepasó: *Alonso Cano* (1601-1667), a quien se tiene justamente como «el más escultor de todos los españoles que se dedicaron a este arte». Era hombre veleidoso y tenía demasiado buen concepto de sí mismo, pero sus cualidades son reales y nacidas en parte de su misma vocación de escultor. En toda España y diversos puntos del extranjero existen obras suyas. Sus discípulos fueron muchos y los tuvo hasta en Sevilla.

Todos estos artistas, dentro del ambiente nacional español, ostentan los mejores laureles, pero una visión universal reduciría apreciablemente su importancia. No sucede lo mismo con Murillo, a quien puede considerarse discípulo de Alonso Cano, y Velázquez.

Bartolomé Esteban Murillo (1618-1682) era sevillano. Su arte representa en España lo que el de Rafael en Italia: ambos

logran pintar la gracia en los temas religiosos. Murillo es más católico que Rafael, porque éste está influído por el antiguo



MURILLO (1618-1682).—MUCHACHOS COMIENDO.—Museo de Munich.

Fotografía de Hanfstaengl.

Los dos muchachos, españolitos andrajosos, uno sentado y otro medio tendido en el suelo, comen una sandía. —El cuadro es modelo de realismo.— Ambos chicos son morenos, tienen ojos y cabellos negros y no son figuras inventadas sino genuinamente españolas. La exactitud del pintor es tanta, que el muchacho de la derecha tiene la boca torcida y el carrillo abultado a causa del bocado de sandía que está comiendo. En los cuadros religiosos que, al mismo tiempo, pintó Murillo, se nota la influencia de la escuela italiana; tal es la Inmaculada Concepción, cuadro que está en el Louvre y que perteneció al Museo de Madrid.

idealismo helénico. Murillo es católico en su vida y en su arte; por esto toma modelos hermosos, como imagina a los seres divinos, pero los pinta con una realidad tal que fué causa de su popularidad y de la estimación de los críticos, que valoraron la extraordinaria vitalidad de sus figuras. Por esto puede decirse que Murillo es más religioso que místico; sus divinidades no son entes abstractos: son seres reales ungidos por el arte con la gracia de Dios. De este mismo carácter de su pintura surgen las críticas que se le han formulado: sus cuadros están demasiado acabados, excesivamente delicados, les falta sensación de profundidad.

Parece que su facilidad para pintar, su capacidad de trabajo, eran extraordinarias, porque sólo así se explica su fecundidad. Por esto y por su tendencia democratizante hace pareja con Lope de Vega. Debe advertirse que sólo se le atribuye a Murillo una salida de Andalucía; habría ido a Madrid, pero pare-



RENDICIÓN DE BREDÁ (1625).

Cuadro de VELÁZQUEZ (1599 - 1660).—Museo del Prado (Madrid).

Este cuadro, que es una de las obras maestras de Velázquez, el gran pintor español, y que es igualmente conocido con el nombre de Cuadro de las lanzas, representa un episodio de la cruenta y prolongada contienda entre España y las Provincias Unidas, que se reanudó en 1621, al expirar la tregua de los doce años. Bredá, ciudad holandesa, resistió durante nueve meses a los españoles. En el centro del cuadro están Justino de Nassau y Ambrosio de Spínola: el primero entrega las llaves de la plaza que defendía al general de los sitiadores, italiano que se distinguió al servicio de España, y uno de los mejores generales de que ésta dispuso en los Países Bajos. A la derecha se ven la plana mayor, los mosqueteros y los piqueros del ejército español; Spínola y sus oficiales llevan armadura completa, pero sin casco. A la izquierda están los holandeses. Nótese que éstos no tienen armadura, sino que llevan vestidos holgados y botas muy gruesas. En el fondo se ven las lanzas de otros batallones y la ciudad de Bredá, que es pasto de las llamas.

ce muy discutible este viaje. Si así fuera, se aumentaría su mérito, pues su originalidad sería mayor. Los que admiten el viaje, admiten la influencia de las telas del Ticiano, del Veronés, de Rubens, de Van Dyck y aun de Velázquez, su contemporáneo y amigo.

Diego Rodríguez de Silva y Velázquez (1599 - 1660) fué el más grande y admirado pintor de su siglo. Sevillano, se educó en su región. Cuando fué a Madrid no hubo poder que lo hiciera variar de su técnica, porque era personalísima, como su visión realista de los motivos, como su característica monumentalidad. Un ilustre crítico ha podido decir que en ese momento de su vida «todo es, a su manera, tan armónico y acabado que produce la impresión de hallarnos ante las obras de un pintor ya perfecto». El primer retrato que hizo en Madrid le abrió la corte con puesto y sueldo en palacio: así pintó el retrato de Felipe IV y del conde duque de Olivares, favorito de aquel rey. Pero el cuadro que sintetiza su técnica y su sensibilidad —más importante aun porque entraña la representación más acabada de tipos genuinos de la época y del medio— es el de *Los borrachos*.

El viaje a Italia —hizo dos— le restó personalidad: su pintura tenía antes relieve escultural y luego se hizo plana, por ejemplo. El choque le restó seguridad. Sin embargo, de entonces es su magnífica *Rendición de Bredá*, obra clásica de la pintura, de tema histórico, y el vigorosísimo retrato del papa Inocencio X, «maravilla en la descripción del carácter humano», al decir de uno de los principales críticos extranjeros de la pintura española.

La vuelta definitiva a España consolidó su personalidad y el apoyo de la corte le permitió consagrarse a su arte con ahinco. *Las hilanderas* y *Las meninas*, producciones capitales de Velázquez y cumbres de la pintura española, fueron un gesto espontáneo y personal, concebidas con cariño y realizadas con ponderación. La espontaneidad con que atrapa de la realidad tipos psicológicos representativos de fuerte individualidad y pura idealidad, da a Velázquez una ubicación en la cultura española pareja a la del genio creador de don Quijote y Sancho Panza.

CAPÍTULO X

LAS GRANDES INVENCIONES.—LOS DESCUBRIMIEN- TOS MARÍTIMOS.—LOS ESTABLECIMIENTOS COLONIALES

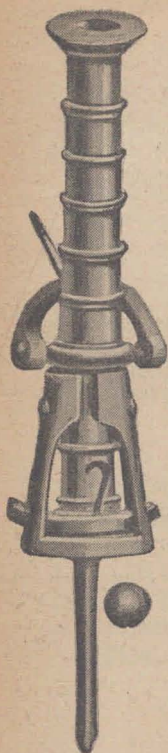
Entre las principales causas que transformaron la civilización medioeval en civilización moderna, es preciso indicar las *grandes invenciones*, cual la de la imprenta, y los grandes *descubrimientos geográficos*, que a fines del siglo XV y principios del XVI fueron numerosísimos. Por la importancia histórica que tienen éstos, pueden compararse a los grandes descubrimientos científicos del siglo XIX, a los cuales se debe la civilización contemporánea.

LAS GRANDES INVENCIONES

Entre las grandes invenciones, merecen citarse la *brújula*, la *pólvora*, el *papel de trapos* y la *imprenta*. En realidad, sólo la imprenta es una invención europea del siglo XV. Las otras tres proceden de Oriente, son anteriores al siglo XIV, y, a más de no haberse propagado en Europa, no se perfeccionaron sino en el siglo XIV y, principalmente, en el siglo XV.

LA PÓLVORA
DE CAÑÓN

Los chinos parece que fueron los inventores de la pólvora, mezcla de carbón, salitre y azufre; en todo caso, no la utilizaban sino para *fuegos artificiales* y para la fabricación de *cohetes*. Los árabes la perfeccionaron dándole más fuerza explosiva, y fueron pro-



CAÑÓN Y BALA DE
LA SEGUNDA MITAD
DEL SIGLO XIV.
Museo de Artille-
ría.

bablemente los primeros que trataron de utilizar esta fuerza para lanzar un proyectil. Desde el siglo XIII, los musulmanes empleaban cañones en España; a principios del siglo XIV, en 1325, los había ya en Italia, en Florencia y casi inmediatamente después en Francia e Inglaterra.

Los primeros cañones o *bombardas* fueron naturalmente máquinas de guerra muy ordinarias e imperfectas, estallaban con mucha facilidad y, por consiguiente, eran tan peligrosas para los que se servían de ellas como para el enemigo. Estos cañones, hechos con un tubo de hierro forjado o colado, no estaban, como en nuestros días, montados sobre cureña y ruedas. Para disparar, los levantaban casi a ras de tierra entre dos postes o vigas, o bien los colocaban en un bastidor de madera que tenía forma de caja alargada. Por consiguiente, no era posible transportarlos con facilidad, y de aquí que en el siglo XIV no se emplearan en las batallas campales, sino para atacar o defender las plazas. Las balas, de piedra o de plomo, eran frecuentemente de menor calibre que el del cañón, y la fabricación de la pólvora muy defectuosa. Consiguientemente, el alcance de las piezas era muy corto, y hasta inferior al de las antiguas máquinas arrojadizas heredadas de los romanos, como las balistas, catapultas, etc. Por esto, aun a principios del siglo XV, es-

Esta pieza de artillería es de hierro, y mide 85 centímetros de largo. — Los actuales cañones de campaña, y de tiro rápido, tienen 2,50 metros. — La pieza que reproducimos está montada en una horquilla, que permitía clavarla en tierra, y su estribo se terminaba en un vástago de hierro que se apoyaba en el suelo para atenuar el retroceso de la pieza cuando ésta disparaba. Este cañón se compone de dos partes: tubo o caña, y recámara o servidor. Para cargar se separaba previamente la recámara del estribo que se ve detrás del tubo; cargada ésta, volvía a colocarse en su sitio y exactamente en el eje del cañón, uniéndola y apretándola con una cuña cuyos extremos se ven a ambos lados del estribo. El alcance de estos cañones era inferior al de las balistas y catapultas.

pecialmente en el año 1429 en el sitio de Orleáns, se emplearon de un lado y de otro la nueva y la antigua artillería, o sea la bombardas y las armas arrojadizas anteriores a aquélla. Después se fabricaron cañones muy largos y más ligeros, llamados *culebrinas*, y colocados en carros, de manera de poder llevarlos al campo de batalla. Esto se llamaba entonces *máquinas volantes*, primera *artillería de campaña* que dió muy notable superioridad a los ejércitos del rey de Francia, y les aseguró en parte la victoria final en la Guerra de los Cien Años.

Hacia 1404 aparecieron las *culebrinas de mano*, bastante ligeras para que un hombre pudiera llevarlas a cuestras, y primer arma portátil de fuego, esbozo muy lejano del actual fusil de guerra.

La importancia del descubrimiento de las armas de fuego escapó completamente a los contemporáneos. Desde el punto de vista político, la creación de la artillería contribuyó muy poco, a pesar de cuanto se ha dicho, a dar firmeza a la autoridad real y a la decadencia de las fortalezas feudales. Ciudades y señores tuvieron cañones como pudo tenerlos el rey, y los castillos continuaron subsistiendo bastante tiempo después. Desde el punto de vista militar, las armas de fuego no se perfeccionaron sino con extremada lentitud; todavía en la segunda mitad del siglo XVI casi se preferían el arco y las antiguas armas de mano: «Las armas de fuego surten tan poco efecto, escribía Montaigne hacia 1580, como no sea para molestar los oídos, que probablemente se abandonará su uso». Sólo bastante tiempo después, allá por el siglo XVII, fué cuando su empleo transformó realmente la *táctica*, es decir, la manera de combatir.

EL PAPEL En la Edad Media, como en la Antigüedad, se escribía ya en *papiro* o papel de Egipto, hecho con la medula de una caña del Nilo, ya, principalmente en *pergamino*, es decir, en pieles de animales, especialmente de cabras y carneros, preparada para recibir la tinta. El pergamino era tan costoso que, hacia el siglo VIII, se ocuparon en borrar los textos de los antiguos manuscritos para copiar otros nuevos; de aquí la pérdida de numerosas obras antiguas.

Hacia ya muchos siglos que los chinos sabían fabricar papel con los desechos de seda, de cáñamo o de algodón. Los árabes tomaron de ellos el *papel de algodón* y lo introdujeron en España y en Sicilia hacia fines del siglo X. En el siglo XII en Francia se empezó a fabricar papel con los restos de telas

de lino, después se emplearon los de telas viejas o *trapos*. A partir del siglo XIV, el uso general de la camisa permitió que hubiera en abundancia ropa vieja o trapos; desde entonces pudo fabricarse el papel barato. Esa producción barata del papel, materia prima del libro, fué la que dió grandísima importancia al descubrimiento de la imprenta.

LOS DESCUBRIMIENTOS MARÍTIMOS Y LOS ESTABLECIMIENTOS COLONIALES

A BRÚJULA La brújula es esencialmente una aguja frotada en una piedra *imán* y dispuesta de tal manera que pueda moverse libremente. Tiene la propiedad de volverse constantemente hacia un punto que se llama *polo magnético*, y que está colocado en el noroeste, con relación a Europa y al océano Atlántico. La brújula permite, pues, conocer siempre dónde se encuentra el norte, y, por consiguiente, *orientarse* y tomar dirección.

Los chinos, que conocían la propiedad de la aguja imantada, fabricaron brújulas rudimentarias. De ellos la tomaron los árabes, quienes hacia el siglo XIII la enseñaron a su vez a los marinos del Mediterráneo. La brújula (cuyo nombre es de origen árabe) consistía entonces en una aguja colocada en un pedazo de corcho o una pajita que flotaba en un poco de aceite o de agua. El instrumento, como se ve, era muy imperfecto. Un italiano de Amalfi, Flavio Gioa, tuvo la idea de colocar la aguja en equilibrio sobre una púa fija y encerrarla en una caja cubierta con un cristal, y así se tuvo la brújula que conocemos.

La brújula cambió las condiciones de la navegación, permitió alejarse de las costas y lanzarse a alta mar sin inquietud, puesto que los marinos tenían el medio de saber siempre la dirección en que navegaba su barco. El descubrimiento de América estaba en germen en este invento.

En los últimos años del siglo XV y principios del XVI el mundo fué más vasto para los europeos. Al sur, en el océano Atlántico, se descubrió el *África meridional*; al este se conocieron partes de *Asia ribereñas del océano Índico*; al oeste, en fin, se halló un nuevo continente: *América*. Estos descubrimientos se debieron, sobre todo, a los portugueses y a los españoles, y la gloria de ellos recayó principalmente en *Vasco de Gama*, por lo que respecta a África y Asia, y en *Cristóbal Colón*, por lo que respecta a América.

Estos y otros viajes fueron posibles gracias al conocimiento de la brújula, a los progresos del arte de la navegación que este instrumento determinó y a la curiosidad científica y geográfica que animó a los navegantes. El primer resultado de dichos descubrimientos fué, no sólo que España y Portugal poseyeran inmensos imperios coloniales, sino también convertir a los citados reinos en los más ricos de Europa en el siglo XVI y, por repercusión, hacer más prósperos los Estados vecinos.

La causa primera de los grandes descubrimientos
 EL COMERCIO fué el incentivo del lucro, el deseo de enriquecerse.
 DEL ORIENTE

En la Edad Media, ciertas mercancías raras procuraban a los que traficaban con ellas enormes beneficios. Éstas eran la seda, los terciopelos, la pedrería, las perlas, las porcelanas, los perfumes, los inciensos, la mirra, el áloe y, sobre todo, las *especias*: el clavo de olor, la canela, la nuez moscada, la pimienta y el jengibre, que se consumían entonces en cantidades extraordinarias. Todos estos productos venían de Asia, designándose con el mismo nombre de *Indias* las distintas comarcas de donde procedían.

Estas mercancías llegaban a Europa conducidas o compradas por traficantes árabes y siguiendo dos caminos solamente: uno, el de Asia central, que iba a parar al mar Negro, y otro, el del océano Índico y el mar Rojo, cuyo término era el puerto de Alejandría, en Egipto, en donde las recogían los barcos genoveses y venecianos. Ahora bien, como las dos repúblicas italianas custodiaban celosamente las salidas de los dos únicos caminos conocidos, era natural que los demás pueblos marítimos tuvieran la idea fija de buscar, y se empeñaron en encontrar, algún camino nuevo y más corto para las Indias, manantial de tantas riquezas.

Empero, para que se pudiera intentar la empresa, era menester, en primer lugar, que las ideas
 PROGRESOS DE sa, era menester, en primer lugar, que las ideas
 A GEOGRAFÍA acerca de la forma de la Tierra se modificaran notablemente, y los conocimientos geográficos, que en
 aquel entonces eran poco extensos y precisos. Los europeos de la Edad Media tenían mucho menos conocimientos geográficos que los griegos y los romanos. Fuera de su propio país, apenas conocían el contorno del Mediterráneo. En cuanto a la Tierra, no se admitía que pudiese tener la forma de una esfera,

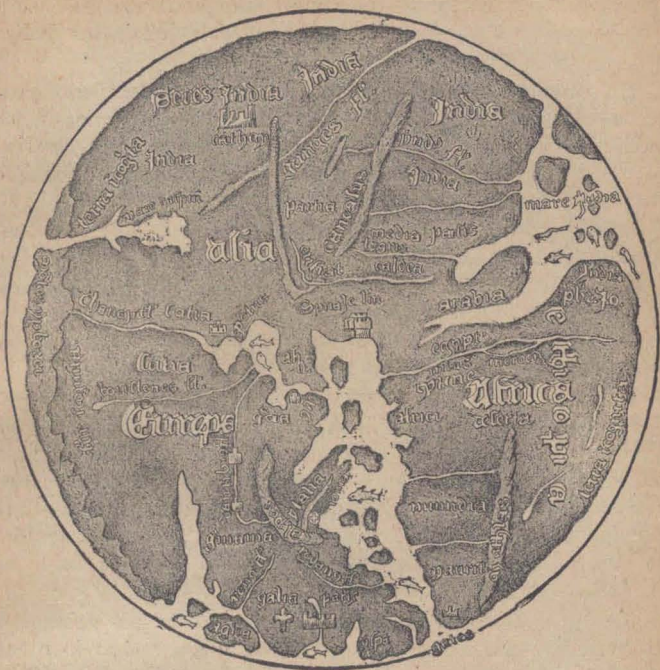
porque en tal caso los hombres del hemisferio opuesto al nuestro andarían con la cabeza hacia abajo, lo cual, según el entender de todo el mundo, era cosa absurda e imposible. Ellos la representaban unas veces como un gran cuadrado y otras como un disco plano, en cuyo centro estaba siempre Jerusalén. Alrededor de las tierras se extendía el océano hasta los muros que ceñían el universo y que sostenían el cielo. Al norte, el frío y los hielos impedían el paso en absoluto; al sur, había

UN MAPA DE LA EDAD MEDIA.

Fragmento de la Carta Catalana trazada en 1375. Este mapa es uno de los más antiguos que se conoce, y consta de ocho hojas de 63 cm. de alto y 20 cm. de ancho. Da la figura del mundo tal como se lo representaban los antiguos después del viaje de Marco Polo, y va del Atlántico a China. El fragmento reproducido aquí — muy simplificado — corresponde a la segunda hoja. Están trazadas con sorprendente exactitud las costas de Marruecos, de Argelia (se lee Orán, Argel), de España, de Francia (se lee Marsel por Marsella) y de Inglaterra. Dinamarca, Alemania y Noruega son más difíciles de reconocer. Las partes grises representan las montañas. — Atlas, Pirineos y Alpes. — Las ciudades están señaladas con pequeños castillos, cuyas banderas indican a quienes pertenecen. A la izquierda, un hombre sobre un camello, vestido como visten hoy los tuaregs, indica el Sahara. Todos los mapas de la Edad Media están ilustrados del mismo modo. Las líneas que se

cruzan en forma de estrellas sirvieron para hacer el mapa, como hoy, son necesarios los paralelos y los meridianos. Se conserva en la Biblioteca Nacional de París.





MAPAMUNDI DE 1417.

Fotografía de una miniatura existente en la Biblioteca de Reims. Este mapamundi hecho en 1417 por el arzobispo de Reims, Guillermo Fillastre, sirve de O mayúscula a la palabra Orbis, en un manuscrito del geógrafo latino Pomponio Mela. Los tres continentes, Europa, Asia y África, están pintados de verde; sus nombres están en rojo; los de los países —Galia Francia— y de los ciudades —París, Roma— están en blanco; las montañas en rosado, y los ríos en azul. El este está colocado en el sitio en que hoy ponemos el norte, es decir, arriba de la página; de manera que Francia parece colocada al sur, y, para reconocer el país, es preciso volver el mapa. Se reconocen bien el Mediterráneo y el mar Rojo. Jerusalén, representado por una especie de torre, se encuentra en el centro del globo, de acuerdo con las creencias de la época. La India se prolonga hasta la parte de allá del Ganges, y toca al Catay —China— de Marco Polo. Al norte de Europa y al sur de África se lee: terra incógnita (tierra desconocida); pero el mar permite pasar al sur de África. Al norte de Europa hay montañas de hielo (montes hyperborei). Estas palabras están abreviadas. Una flor de lis indica a Francia.

que detenerse a causa del calor y de las olas hirvientes. Dadas esas condiciones, los únicos caminos posibles hacia las Indias eran los dos ya conocidos.

Sin embargo, a partir del siglo XIII, los conocimientos geográficos fueron extendiéndose. Los europeos conocieron los países del Extremo Oriente, gracias a las entusiastas descripciones del veneciano *Marco Polo*, que permaneció diecisiete años en el *Catay*, es decir, en China.

Al mismo tiempo, las ideas sobre la forma de la Tierra iban modificándose. Hay que atribuir ese resultado a las Cruzadas, puesto que multiplicaron las relaciones con los árabes. Éstos, grandes viajeros, habían heredado una parte de la ciencia antigua, y, por su mediación, empezaron los europeos a conocer los trabajos de los geógrafos griegos.

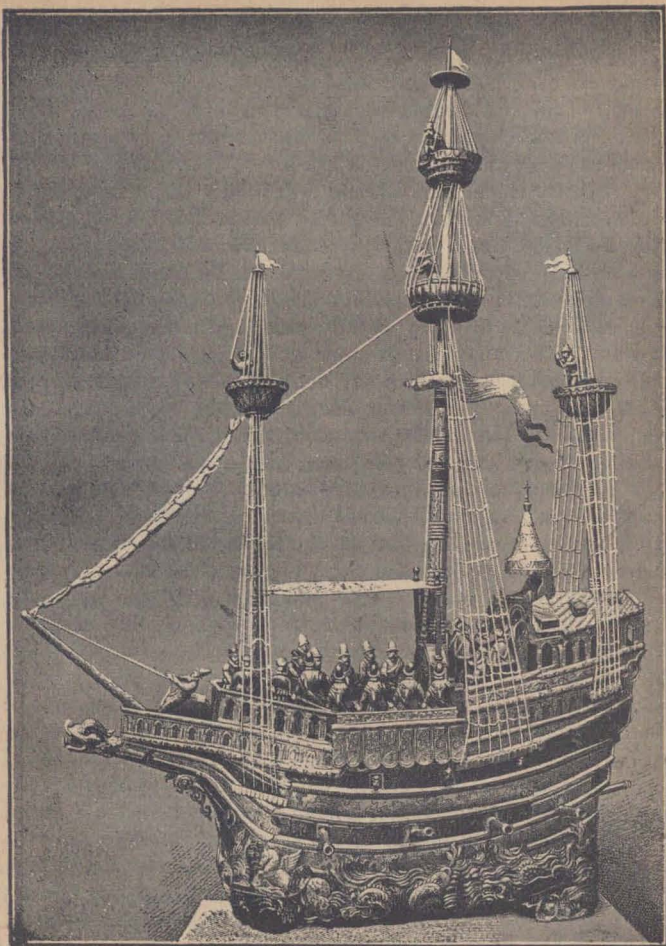
Ahora bien, los griegos admitían que la Tierra era esférica. Era, en consecuencia, posible darle la vuelta, y si se partía de Europa y se iba siempre hacia el oeste, llegar a Asia. A fines del siglo XIV, un francés, el cardenal *Pedro de Alíaco*, canciller de la Universidad de París, en su *Imagen del Mundo*, libro que fué más tarde familiar a Cristóbal Colón, emitía la idea de que la extremidad de España no debía estar separada de las Indias por una distancia muy considerable.

Los griegos admitían igualmente que un mismo océano rodeaba a Europa, África y Asia. Desde luego, rodeando o costeadando África, debía ser posible llegar a las Indias. Esta última idea fué la que, a principios del siglo XV, inspiró los primeros viajes de exploración de los portugueses y provocó los primeros descubrimientos.

LOS DESCUBRIMIENTOS

DESCUBRIMIEN- El iniciador de los descubrimientos portugueses
TOS DE LOS fué el *príncipe Enrique* (1394 - 1460) (1). Los por-
PORTUGUESES tugueses empezaron sus descubrimientos en 1419,
poco después que Enrique el Navegante fundara la
escuela de Sagres. Alcanzaron sucesivamente el *cabo Bojador*

(1) Véase nuestro libro *Edad Media*.



CARABELA.

Los descubrimientos marítimos fueron posibles gracias a los progresos que hizo el arte de la navegación. Los marinos de la Edad Media, que apenas salían del Mediterráneo, se servían de dos tipos de barcos, la galera, de bordo muy bajo, y la nave, de alto bordo, pero pesada y lenta con su mástil único. En el siglo XIV se imaginó un nuevo tipo de buque, la carabela, aparejada con tres mástiles, ligera y alta, lo cual le permite afrontar el océano. La carabela tenía lo más 30 m. de largo y navegaba diez kilómetros por hora.

(1433), el *cabo Blanco* y el *cabo Verde* (1441). Atravesaron el *ecuador* en 1471 y descubrieron la desembocadura del *Congo* en 1485. En 1487, las tempestades arrastraron a *Bartolomé Díaz* hacia el sur y después le empujaron, sin que él lo supiese, al océano Índico, hasta el lugar ocupado actualmente por *Natal*. A su regreso, vió la montaña de la Tabla y la punta extrema de África, que llamó *cabo de Buena Esperanza*. Por último, en 1498, *Vasco de Gama* volvió a tomar el camino recorrido por *Bartolomé Díaz*, remontó a lo largo de la costa oriental de África, tocó en la desembocadura del *Zambeza*, en *Mozambique*, en la costa de *Zanzibar* y de allí, guiado por un piloto árabe, llegó por fin a *Calicut*, en la costa de *Malabar*, en la India.

Como se ve, los progresos fueron lentos y penosos y, en varias ocasiones, parecieron completamente paralizados. En total, *setenta y nueve años* transcurrieron entre la primera tentativa de los portugueses y el buen éxito final.

Y es que costó mucho vencer la superstición y acallar los temores de la marinería, ante el desconocido océano. Los marineros creían, en efecto, que en el fondo de los mares había *piedras de imán* que atraían a los buques y los hacían naufragar; creían en la existencia de una zona de aguas hirvientes en el ecuador. Esos temores aumentaron cuando estuvieron próximos al cabo de Buena Esperanza, pues allí las olas oceánicas son más amplias y potentes que en ningún otro paraje; algunas llegan a quince metros de alto. Fácilmente se concibe el recuerdo que de ellas debieron llevar a sus hogares los marineros de *Bartolomé Díaz*. Por esto, cuando se armaron las embarcaciones de *Vasco de Gama*, fué preciso, para completar las tripulaciones, tomar diez condenados a muerte y prometerles perdonarles la vida; sin embargo, el efectivo total alcanzó apenas a ciento sesenta hombres. Por último, más allá del ecuador, los marinos portugueses vieron que era imposible guiarse. En efecto: ya no podían ver la estrella polar, indispensable para calcular la latitud de punto en que se encontraban. Había que descubrir un nuevo procedimiento, que fué indicado hacia 1482, por *Martín Behaim*, alemán de *Nuremberg*.

FORMACIÓN
EL IMPERIO
PORTUGUÉS

Encontrando el camino de las Indias, los portugueses quisieron ser los únicos en servirse de él e hicieron cuanto es posible hacer para asegurarse el monopolio del comercio en el océano. Para ello se apoderaron de los puertos más importantes, y, empleando el sistema del terror, trataron de inutilizar a sus competidores: ningún buque, a no ser portugués o estar autorizado por los portugueses, debía navegar en los parajes de las Indias. Así, Vasco de Gama, que a la cabeza de veinte barcos, en 1502, encontró delante de Calicut una flota árabe cargada de arroz, hizo cortar la nariz, las orejas y las manos a todos los marineros (ochocientos hombres); los mutilados fueron en seguida reintegrados a bordo de sus barcos, y los portugueses los incendiaron. Uno de los sucesores de Vasco de Gama, *Albuquerque*, se apoderó de *Socotora* y de *Adén* (1513), a la entrada del mar Rojo y de *Ormuz* (1515) a la entrada del golfo Pérsico, adueñándose, por consiguiente, de las salidas de los dos únicos caminos que habían de seguir las mercancías de Oriente para ir al Mediterráneo. —

Albuquerque fué el verdadero fundador del imperio colonial portugués. Aun antes de haberse asegurado hacia el oeste los caminos de las Indias a Europa, se había asegurado hacia el este la salida de los caminos de las Indias a China, ocupando a *Malaca* (1511), en el estrecho que separa el golfo de Bengala del mar de la China. Sus oficiales, yendo más allá, llegaron a las islas mismas de las especias, *Java*, las islas *Banda* y de la de *Moscada*, en las *Molucas*. Llegaron después a Cantón, en la costa de China (1517), y, por último, una embajada portuguesa fué recibida en Pekín en 1520.

Casi en unos veinticinco años se constituyó de esa manera el primer gran imperio colonial de la Europa moderna. Los españoles apenas poseían las Antillas y no habían empezado a establecerse en el continente americano, cuando el imperio portugués se extendía con más de cinco mil leguas de costas, del Atlántico al Pacífico, desde el cabo Bojador, en África, hasta las Molucas, más lejos aun que Asia. Comprendía, además, una parte de América del Sur, *Brasil*, territorio en que *Álvarez Cabral*, encargado de la primera expedición a las Indias, después del regreso de Vasco de Gama, había abordado por casualidad en 1500.

CARÁCTER
DEL IMPERIO
PORTUGUÉS

Los portugueses, como antiguamente los fenicios y los cartagineses, ocuparon solamente cierto número de lugares de las costas, sin tratar de ir al interior. Tuvieron las colonias propias de un pueblo de mercaderes, es decir, estaciones marítimas y *factorías*. En las segundas se limitaban a acumular las mercaderías destinadas a Lisboa; en ellas sólo permanecían el tiempo necesario para enriquecerse, tres o cuatro años por término medio; después de hacer fortuna, regresaban a su país. Por otra parte, eran un pueblo demasiado pequeño y disponían de muy pocos hombres para poder defender un imperio tan desmesuradamente extenso. De aquí que su poder colonial durara muy poco, apenas setenta y cinco años, la vida de un hombre. Desde fines del siglo XVI, los holandeses se habían apoderado de sus más preciosos establecimientos: Sumatra, Java y las islas de las Especies.

LOS DESCUBRI-
MIENTOS
ESPAÑOLES

La principal parte de los descubrimientos, la conquista y la colonización de América, correspondió a España. La narración y comentario de esa obra se enseña en los colegios y escuelas de América española en una asignatura especial —la historia de América— por lo que no nos ocuparemos de ella.

CONSECUENCIAS
DE LOS GRAN-
DES DESCUBRI-
MIENTOS

Los grandes descubrimientos no son meros episodios de la historia de España y de Portugal. Por sus consecuencias en todos los órdenes —económico, político, científico y religioso—, pertenecen a la historia universal. Entre esas consecuencias, unas fueron inmediatas, otras aparecieron más tarde, y quizá algunas no han mostrado aún su resultado. Las más importantes, a más del repentino acrecentamiento del poderío de Portugal y de España, fueron las siguientes:

Las grandes vías comerciales cambiaron en seguida: las mercancías que pasaban por Egipto, pasaron en adelante por el cabo de Buena Esperanza. Por consiguiente, el *Mediterráneo*, que, desde la Antigüedad era el centro de actividad comercial, perdió su importancia y la adquirió el océano. Alejandría, Génova, Venecia y Marsella pasaron a ser puertos secundarios: gracias a la apertura del canal de Suez han recobrado, en nues-

tros días, la prosperidad. En cambio, los puertos atlánticos de Portugal, de España, de Francia, de Holanda, y más tarde de Inglaterra, ganaron todo lo que perdieron los del Mediterráneo.

Enormes cantidades de oro y de plata se sacaron de América y se llevaron a Europa. Se estima que, a mediados del siglo XVI, existía en Europa doce veces más numerario, es decir, monedas de oro y plata, que sesenta años antes de la víspera del primer viaje de Colón. Méjico y Perú han facilitado, desde Cortés y Pizarro hasta nuestros días, *nueve mil millones de oro y venticuatro mil millones de plata*. Esa masa enorme de metales preciosos apenas aprovechó a los españoles y a los portugueses, pues se les escurrió, por decirlo así, entre los dedos, porque, creyéndose ricos con tanto oro y tanta plata, fueron dándose poco a poco a la holganza. Tuvieron necesariamente que comprar a los pueblos vecinos lo que ya no fabricaban por sí mismos. *Oro y plata pasaron a los industriales y a los comerciantes, es decir, a la burguesía*. Hasta entonces la principal riqueza había sido la tierra, poseída por la nobleza en la Edad Media. A partir del siglo XVI, el oro y la plata hicieron que los burgueses fueran siendo tan ricos como los nobles: *la importancia social y la influencia política de la burguesía no cesaron desde entonces de acrecentarse*.

La nueva moneda engendró la teoría económica llamada del *mercantilismo*. Según ella, la riqueza del país depende de la cantidad de oro y plata —el primero sobre todo— que logre acumular. Como consecuencia de este criterio económico, cada nación trató de vender lo más posible y de comprar lo menos. A esto se llama *tener balanza de pagos favorable*.

El saber cobró prodigioso incremento. Con las nuevas tierras se descubrieron nuevas razas humanas, nuevas civilizaciones, nueva fauna, nueva flora y nuevos astros. Tantas novedades inesperadas movieron a admiración, despertaron la curiosidad, conmovieron los ánimos y echaron por tierra las antiguas teorías científicas y las creencias.

Y mientras que por un lado los grandes descubrimientos abrían al Cristianismo un nuevo campo y le permitían difundirse en América, por el otro destruían a ojos de muchos la confianza en el clero y el respeto por sus enseñanzas. Muchos eclesiásticos, en efecto, habían proclamado a la ligera, absurdo, imposible, contrario a la ciencia y a la fe y, por consecuencia,

condenable, lo que se había comprobado ser verdad el día siguiente, como la redondez de la Tierra. Por esto los grandes descubrimientos contribuyeron *en cierta proporción* a la crisis religiosa de la *Reforma* y al gran movimiento de ideas del *Renacimiento*.

CAPÍTULO XI

LA REFORMA

La primera mitad del siglo XVI se señaló por uno de los más importantes movimientos religiosos de la historia: la *Reforma*. Ese movimiento religioso, cuyos principales iniciadores fueron *Lutero*, en Alemania, y *Calvino*, en Francia, tuvo por consecuencia principal la *ruptura de la unidad cristiana*, en Europa occidental, y la creación, al lado de la iglesia católica romana, de otras iglesias cristianas: las iglesias *luterana*, *calvinista* y *anglicana*.

La iglesia católica, a su vez, realizó su propia reforma y precisó, en el gran *concilio de Trento*, sus dogmas y su disciplina.

CAUSAS DE LA REFORMA La Reforma tuvo causas numerosas, pero dos son particularmente importantes: en primer lugar, el *estado mismo de la iglesia* al principio del siglo XVI y, después, gracias a la imprenta, la *difusión de la Biblia*.

El clero católico fué el primero que proclamó como causa esencial de la Reforma el *estado de la iglesia* a principios del siglo XVI.

Los mismos vicios que quinientos años antes, en el siglo XI, hicieron necesaria la reforma del papa Gregorio VII, la simonía, la avaricia y la corrupción de las costumbres, habían anidado de nuevo en el clero. Empero, la situación era más grave en el siglo XVI que en el siglo XI. En tiempo de Gregorio VII, la corrupción había envenenado los *miembros*, es decir, al clero de los diversos países; pero, por lo menos en Roma, la *cabeza*, es decir, el papado, estaba sana. En el siglo XVI, por el contrario, el origen del mal estaba en Roma misma. La vida del

Borgia Alejandro VI había sido un continuo escándalo; se había visto a Julio II, con el casco militar, mandando sus ejércitos; León X sólo había atendido a las bellas artes y las bellas letras. Todos buscaban aumentar lo más posible las rentas, ya para enriquecer a sus respectivas familias, ya para satisfacer sus inclinaciones a la magnificencia y sus gustos de Mecenas protectores de artistas y escritores.

Entre las fuentes de ingreso de que disponían los papas, una de las principales y más importantes era el derecho de proveer los cargos eclesiásticos vacantes en *Alemania*. Éstos se daban, bien a los favoritos de los papas, bien al que ofrecía mayor suma, cualquiera que fuese el origen del comprador. « Se nombraban para beneficios eclesiásticos importantes a extranjeros que no conocían una palabra de alemán y a cocineros que no sabían siquiera leer ». Semejante clero tenía por fuerza que ser despreciado por sus costumbres, sospechoso porque era extranjero, y odiado porque apremiaba a los fieles para que se despojaran en provecho suyo. Según la palabra de un contemporáneo, « la grey estaba cansada de un pastor que no pensaba más que en ordeñar ovejas ».

La otra causa del movimiento de la Reforma, consecuencia del descubrimiento de la imprenta, fué la *difusión de la Biblia*, es decir, haber puesto al alcance de todos, los *Evangelios*, fuente misma de la doctrina cristiana. Desde 1457 hasta 1518 se publicaron más de *cuatrocientas* ediciones de la Biblia. Era la *palabra misma de Cristo enviada a los cristianos*.

Pero esa palabra predicaba el despego a los bienes de este mundo, la pobreza y la humildad; ella hacía, pues, que pareciera más escandaloso el orgullo y el lujo de los príncipes eclesiásticos; ella debía avivar el deseo de una reforma que, según el lenguaje de aquel tiempo, conduciría a la iglesia a su *sencillez primitiva*. En el origen de la gran revolución religiosa de siglo XVI existió, frente a la indignidad de una parte del clero, la *vivacidad de la fe y la sincera piedad de la mayoría*.

El conocimiento de los Evangelios tuvo en ciertas personas consecuencias más graves. Para comprenderla importa recordar que la organización de la iglesia católica y sus *dogmas*, es decir, el conjunto de las creencias profesadas por sus fieles, reposan ante todo sobre los Evangelios y, en segundo lugar, sobre las tradiciones, interpretaciones y decisiones de los papas y de los concilios. Algunos, en el siglo XVI, por respeto estricto a los Libros Santos, pensaron que, puesto que los Evangelios eran

la palabra del mismo Dios, convenía atenerse a ella; tradiciones e interpretaciones, obras de los hombres, no tenían a sus ojos valor alguno. Por lo menos, a las interpretaciones de los papas y de los concilios había de atribuírseles el mismo valor que a la interpretación de cualquier creyente y *cada cual podía interpretar la Escritura Santa según su conciencia*. Esta fué la teoría de Lutero y, después, de Calvino, y la que provocó la ruptura de la unidad cristiana.

LOS PRECURSORES DE LA REFORMA

La Reforma tuvo, como el Renacimiento, sus precursores. La gran revolución del siglo XVI no es un hecho nuevo y sin precedentes: es una conclusión o el término de una larga historia.

Los escándalos del *Gran Cisma* o *Cisma de Occidente*, en el siglo XIV, habían turbado profundamente las almas piadosas. Durante cincuenta años, desde 1378 hasta 1429, Europa se encontró dividida con motivo de la disensión entre dos papas, y hasta de los tres que hubo en ciertos momentos. Entonces aparecieron *Wiclef* (1324-1384), en Inglaterra, y *Juan Huss* (1369-1415), en Bohemia.

Los doctores parisienses trataron de hacer triunfar en los dos concilios ecuménicos, el *concilio de Constanza* (1414-1417) y el de *Basilea* (1431-1443), la doctrina de que el papado está subordinado a los concilios, sin conseguir su objeto. Los papas, por su parte, lograron desembarazarse de los concilios, permanecer dueños de la iglesia y no hacer ninguna reforma. No obstante, esa prolongada crisis había debilitado la autoridad de los pontífices, hecho vacilar la Iglesia y la cristiandad y, por esa razón, preparado el camino para la revolución del siglo XVI.

LUTERO

Lutero nació en *Eisleben*, Sajonia, en 1483. Era hijo de un pobre leñador. Cuando empezó sus estudios, tuvo que cantar y mendigar de puerta en puerta para poder vivir, como muchos estudiantes de su tiempo. Después una persona caritativa le dió una pensión en la universidad de Erfurth, en la que estudió teología, derecho, literatura y música.

Tenía veintidós años cuando, sorprendido por una tempestad durante un paseo, el rayo mató a un compañero suyo que estaba a su lado. Presa del espanto, Lutero hizo voto de hacerse monje si escapaba. Poco después (17 de julio de 1505)

entraba en el convento de los agustinos en *Wittemberg*. Estudió con ardor, y cuando recibió las órdenes sacerdotales, su



MARTÍN LUTERO (1483 - 1546).

Retrato grabado en madera por LUCAS CRANACH (1472 - 1553).

Este retrato representa a Lutero cuando frisaba en los cuarenta años, poco después de su ruptura con Roma. Su mirada es viva en extremo. Los rasgos son firmes y precisos. La boca, con sus labios finos, y la frente, con sus arrugas, prestan al semblante expresión voluntariosa. Cranach, uno de los pintores célebres del renacimiento alemán, era amigo y discípulo de Lutero.

ciencia y su elocuencia le valieron ser nombrado profesor de teología en la universidad. Era hombre en extremo sensible, de ardiente imaginación y de índole inquieta, a quien perseguían sin cesar el temor, el pecado, el miedo al demonio — toda su vida creyó advertir que éste daba vueltas en torno suyo — y el terror a la justicia de Dios. Su confesor había tratado de calmar los trastornos de su conciencia, exhortándole a que tuviera confianza en Jesús, «que no espanta nunca, sino que consuela». No consiguió alcanzar la completa tranquilidad sino gracias a este pasaje de San Agustín: «El justo se

salva por la fe». Y teniendo fe en Jesús, creyó en lo sucesivo que su salvación era cierta.

QUERELLA
DE LAS
INDULGENCIAS

En 1511, enviado a Roma, le perturbó profundamente el lujo de la corte pontificia y el relajamiento del clero italiano. Algunos años después, como el papa León X careciera de recursos para continuar los trabajos de la basílica de San Pedro, imaginó procurárselos haciendo vender *indulgencias* para toda la cristianidad. Se llamaba *indulgencia* la facultad que daban a los fieles de poder redimirse, mediante una limosna, de las penas en que habían incurrido por sus pecados; en aquella circunstancia podían redimirse dándola para la construcción de San Pedro; el efecto de las indulgencias debía también alcanzar a las almas de los difuntos que estaban temporalmente en el purgatorio. La *venta* de las indulgencias en Alemania se confió a los dominicos.

En 1517 Lutero clamó contra el abuso de las indulgencias y la manera de venderlas. El ataque fué tanto más vivo cuanto que los dominicos eran émulos de los agustinos. Advertido el papa, no vió en aquello más que una simple «querella de monjes». Por otra parte, Lutero hacía protestas de sumisión al papa y afirmaba su voluntad de obedecerle; pero al mismo tiempo redoblaba sus críticas contra la organización de la Iglesia y, yendo aún más lejos, atacaba a los dogmas. Proclamaba que el Evangelio debía ser la única ley, que para salvarse bastaba tener fe en Jesucristo, y que las *obras*, es decir, los ayunos y las mortificaciones, no servían de nada para la salvación eterna; por último, sólo admitía tres sacramentos: el bautismo, la comunión y la penitencia. El papa respondió excomulgándole. El día que recibió la bula de excomunión, Lutero reunió a los estudiantes en la plaza de la iglesia de Wittemberg y, en presencia de ellos, arrojó la bula en una hoguera. La ruptura con el papa fué a partir de entonces, definitiva (20 de diciembre de 1520).

CONDENACIÓN
DE LUTERO

A Carlos V, que acababa de ser nombrado emperador, le inquietaba la querella, primero porque era católico ferviente, y después porque el acontecimiento tenía inmensa resonancia en toda Alemania y podía amenguar su autoridad en un estado de suyo tan dividido e indócil. De aquí que citara a Lutero a comparecer ante los representantes del imperio reunidos, la *dieta*, convocada en Worms. Lutero acudió, creyendo que con el salvoconducto que le había dado Carlos V no sería aprisio-

nado. Requerido para que se retractara, se negó con gran firmeza, «porque, dijo, no es bueno para el cristiano hablar contra su conciencia». La dieta lo condenó (mayo de 1521).

Condenado como hereje, Lutero podía ser arrestado y quemado vivo inmediatamente después que cesara la validez de su salvoconducto. De aquí que, al salir de Worms, el elector de Sajonia, uno de sus protectores, hizo que lo apresaran y que lo condujeran secretamente al castillo de *Wartburgo*, donde permaneció oculto casi un año, que aprovechó para traducir la Biblia en alemán. La traducción alcanzó el favor público, porque, a diferencia de las traducciones anteriores, estaba escrita en alemán corriente, y por consecuencia era clara e inteligible para todos; fué como el primer modelo del alemán moderno.

LAS SECULARIZACIONES

Desde que se hubo declarado en guerra con el papa, Lutero no cesó de buscar aliados. Había publicado una *Instancia a la nobleza cristiana y a la nación alemana*, en la que indicaba que, para conducir a la Iglesia a su pureza primitiva, era menester despojarla de sus riquezas, apoderarse de los bienes eclesiásticos y *secularizarlos*, es decir, aplicar éstos a los usos laicos. Así esperaba obtener, y obtuvo, el apoyo de gran número de príncipes.

Pero esa incitación al pillaje también la oyeron las clases menesterosas, y en 1522 los nobles más pobres, los *caballeros*, se arrojaron sobre las tierras del arzobispo de Tréveris, donde fueron destrozados por la alta nobleza. La agitación ganó en seguida a los campesinos (1525), contra quienes predicó Lutero una guerra sin piedad, «porque, decía, los súbditos no deben jamás sublevarse, aunque los superiores sean malos e injustos». En Alsacia fueron asesinados dieciocho mil labradores, y diez mil en Suabia.

Lo que se impidió por la fuerza a los caballeros y a la gente campesina, pudieron hacerlo cómodamente los *grandes señores*. Los electores de Sajonia, de Brandeburgo y del Palatinado secularizaron los bienes raíces de la Iglesia enclavados en sus dominios. La secularización más célebre fué la que hizo, fuera de Alemania, *Alberto de Brandeburgo*, gran maestre de la Orden Teutónica, quien se apoderó de los bienes de la orden de que era jefe electo y los transformó en provecho suyo en un ducado hereditario, el *ducado de Prusia*, primer núcleo del reino del mismo nombre.

A CONFESIÓN
E AUGSBURGO Cuando Lutero salió de Wartburgo, el número de sus partidarios era tal que ya no era posible ejecutar la sentencia dictada contra él; numerosos potentados cual los electores de Sajonia y de Brandeburgo, habían adoptado sus doctrinas. Por otra parte, la guerra contra Francisco I no dejaba a Carlos V libertad para obrar. Inmediatamente después de firmada la paz de Cambrai, como reuniera la dieta en Espiro, ésta decidió que se toleraría la nueva doctrina, llamada *luteranismo*, nombre derivado del de su fundador, por dondequiera que estuviese ya establecida, pero que no se dejaría que se extendiera por otras partes (1529).

Cinco príncipes y catorce ciudades *protestaron* contra esa decisión, y de aquí el nombre de *protestantes* que desde entonces se dió a los partidarios de las nuevas doctrinas, separados de la iglesia católica.

Al año siguiente, Carlos V, mostrándose conciliador para granjearse la buena voluntad de los protestantes al catolicismo, reunió la dieta en *Augsburgo* (1530) con el fin de buscar un medio de entenderse y, aunque fracasó la tentativa, de ella se derivaron acontecimientos importantísimos.

En primer lugar, en vista de las discusiones que debía haber en la dieta, los luteranos se vieron en el caso de precisar y definir exactamente su doctrina. Lutero encargó a *Melanchthon*, el más moderado entre sus discípulos y partidario determinado de la conciliación, de redactar la profesión de fe luterana. Esa profesión de fe, en veintiocho artículos, es la *Confesión de Augsburgo*, o *Credo* de la primera iglesia reformada.

LA LIGA DE
ESMALCALDA Por otra parte, como la dieta de Augsburgo renovó las condenaciones pronunciadas en Worms contra Lutero, sus doctrinas y sus afiliados, los protestantes, se vieron obligados, para defenderse, a *constituirse en partido político* y firmar en Esmalcalda la liga contra Carlos V (1531). *La formación de la liga de Esmalcalda dividió el imperio en dos partidos*: éste fué el primero de los importantes resultados políticos de la reforma luterana.

LUCHA DE
CARLOS V Y
DE LOS
PROTESTANTES El segundo resultado, dieciséis años después de la formación de la liga de Esmalcalda, fué la guerra civil y religiosa. Ocupado otra vez en la guerra contra Francisco I y contra los turcos, Carlos V tuvo que dejar para más tarde la ejecución de las sentencias pronunciadas en la dieta de Augsburgo; no atacó, pues,

a los coligados de Esmalcalda sino en 1546, cuando Lutero acababa de morir. El ejército protestante fué deshecho en *Muhlberg* (1547), y los principales jefes reformadores cayeron en manos del vencedor. Su derrota se debió, principalmente, a la defección de Mauricio de Sajonia, a quien Carlos V dió en recompensa el electorado del mismo nombre, y quien, descontento después, se volvió contra el emperador. La liga protestante, reconstituída, logró concertar alianza con el rey de Francia, Enrique II, y reanudar la lucha con tanto vigor que Carlos V estuvo a punto de caer prisionero en *Innsbruck* (1552). Cuando, tres años más tarde, el emperador pensó en abdicar, probó antes el dar la paz religiosa a Alemania. Efectivamente, en la dieta de Augsburgo (1555) no sólo concedió a los *príncipes luteranos la libertad de culto*: también reconoció la *propiedad definitiva* de las tierras que habían *secularizado*, es decir, tomado sin derecho a la Iglesia. Pero las secularizaciones quedaban formalmente prohibidas para lo sucesivo.

La paz de Augsburgo no estableció la libertad religiosa en Alemania; permitió solamente que, tanto los príncipes luteranos, como los príncipes católicos impusiesen su religión a sus súbditos. De aquí que, en adelante, fuese un principio de derecho alemán, que *los súbditos profesaran la religión de su príncipe, fuera ésto la que fuera*.

CAPÍTULO XII

LA PROPAGACIÓN DE LA REFORMA

Mientras que una parte de Alemania y de otros estados, como los reinos escandinavos, adoptaban la reforma de Lutero, una reforma más radical era predicada por el francés *Calvino*, y se aplicaba por primera vez en Suiza, en *Ginebra*.

Calvino había nacido en la villa de Noyón, en Picardía, en el año 1509; tenía, por consiguiente, veintiséis años menos que Lutero. Hijo del secretario episcopal y síndico del cabildo catedral, estaba destinado a la iglesia. Cuando cursaba en la Universidad de Orleáns, y en la de Bourges, conoció las doctrinas de Lutero y se adhirió a ellas; por esa razón no se hizo ordenar sacerdote. En 1533, como Francisco I empezara a perseguir a los reformados, Calvino huyó de París, y se refugió en Basilea.

Allí fué donde resumió su doctrina en un libro, dedicado a Francisco I, e intitulado *La Institución Cristiana* (1536), que es una de las obras más notables de la antigua literatura francesa. La doctrina calvinista era más rigurosa y más radical que la luterana. Como Lutero, Calvino no reconocía sino la autoridad de la Santa Escritura; como Lutero, enseñaba que el hombre sólo puede salvarse por la fe y no por las obras; pero añadía que la fe es un don de Dios, que ha escogido por toda una eternidad «antes de la creación del mundo», a los que había de dar la fe, y, por consiguiente, la salvación: nada, ni pecados repetidos, ni esfuerzos heroicos hacia la virtud, puede modificar la voluntad divina. Esta es la doctrina de la *predestinación*. Calvino sólo admitía dos sacramentos: el bautismo y la comunión. Suprimía las ceremonias del culto, el altar, el crucifijo

y la jerarquía entre sacerdotes —él los llamaba *pastores* o *ministros*— elegidos por los fieles. El culto debía reducirse a la oración y al canto de los salmos. En el santuario o templo no debía haber ningún adorno, ni altar, ni imágenes, ni siquiera un crucifijo.



JUAN CALVINO (1509 - 1564).

Retrato grabado por KONING.

En la obra se lee en holandés: «Juan Calvin, nacido en Noyón en Picardía, el 10 de julio de 1509, y fallecido en Ginebra el 27 de mayo de 1564». Calvin está vestido con una pelliza ribeteada de pieles, y cubierto con un gorro que le tapa las orejas, sobre el cual lleva una como boina. La cara es flaca y huesosa, los pómulos salientes, los carrillos hundidos y surcados de profundas arrugas; la nariz es larga, delgada y afilada; los bigotes caídos no ocultan la boca, que es expresivamente desdeñosa; la larga perilla blanca hace que la barba se destaque aún más. La mirada es fría. Esta cabeza seca y metida entre hombros estrechos impresiona por su expresión de dureza implacable y de voluntad reflexiva que no se doblaba por nada.

De Basilea, Calvino fué llamado a Ginebra para enseñar allí teología. Tenía entonces veintiséis años CALVINO y se distinguía por su carácter autoritario, áspero e EN GINEBRA inflexible; se consagró a imponer sus creencias a los ginebrinos y a reformar tanto las costumbres como el culto. Los ginebrinos lo expulsaron al cabo de dos años. Pero los partidarios de sus doctrinas obtuvieron (1541) que le llamaran de nuevo. Volvió después de haber impuesto condiciones que los ginebrinos aceptaron; desde entonces Calvino fué dueño de Ginebra, y allí reinó como un tirano. Duro para consigo mismo, fué duro para los demás. «Es preciso —escribía a propósito de los ginebrinos— procurar su bien aunque lo posean», lo cual equivale a decir: es preciso procurarles su salvación aunque se opongan a ello. Vigilaba la vida privada de cada uno, reglamentaba la manera de vestir y de cubrirse o adornarse la cabeza, y multaba a los que rezaban en latín, jugaban a los dados o reían durante la prédica. Enviaba a la hoguera a quienquiera le combatía o no participaba de sus creencias. El médico español *Miguel Servet*, que había publicado un libro donde negaba la divinidad de Cristo, fué preso en Ginebra y quemado vivo (1553). Calvino no admitía, al igual de Lutero y los católicos, la libertad de conciencia. Según él, los herejes debían ser reprimidos «por la espada». Dios quiere «que se olvide toda humanidad cuando se trata de combatir por su gloria».

Bajo la dirección de Calvino, Ginebra, donde numerosos franceses emigrados iban a buscar asilo, llegó a ser como una Roma del protestantismo. La *Academia* que Calvino fundó allí (1559), que se inició con 600 estudiantes, fué el gran seminario del cual salieron los misioneros de la nueva religión animados de muy ardorosa fe. Ginebra fué la Roma de la reforma y Calvino su papa. Desde Ginebra, más bien que desde Alemania, *se propagó el protestantismo a Francia* y, después, a los Países Bajos y Escocia. Cuando Calvino murió en 1564, sus discípulos habían edificado ya más de dos mil iglesias en Francia. Pero las causas del éxito del calvinismo diferían de las que habían hecho triunfar en Alemania al luteranismo. Éste lo había logrado fortificando el poder de los príncipes; el calvinismo, en cambio, lo debió a haber fortificado el espíritu de independencia individual. Mientras las iglesias luteranas conservaban cierta jerarquía y estaban subordinadas a los príncipes, las iglesias calvinistas formaban comunidades libres, de carácter democrático. Por esto los soberanos les fueron generalmente hostiles.

En la misma época el calvinismo triunfaba en Escocia y era reconocido como religión oficial. El principal reformador de Escocia fué *Juan Knox* (1505 - 1572), discípulo y admirador de Calvino.

La introducción de la Reforma en Escocia fué favorecida por causas políticas y sociales. Desde la muerte del rey Jacobo V, Estuardo (1542), los nobles escoceses, de carácter independiente, soportaron a regañadientes la regencia de la reina madre María de Lorena, francesa, católica. Y aceptaron más gustosos las nuevas ideas porque ellos eran pobres y la iglesia católica de Escocia era rica. En 1559 estalla una revuelta contra la regente, pero ésta muere poco después. Su hija, María Estuardo, entonces en Francia, esposa de Francisco II, transó con los revoltosos: quedó adoptada la *Confesión de fe* preparada por Knox y proscripto el catolicismo.

La iglesia de Escocia fué organizada imitando la de Ginebra: cada comunidad de fieles forma una iglesia independiente que tiene a su frente un consistorio compuesto del pastor y de los ancianos —*presbyteroi*, en griego—, de donde el nombre de iglesia presbiteriana que se le da.

El presbiterianismo se expandió en Inglaterra, donde se opuso a otra forma de protestantismo que se había convertido en la iglesia oficial inglesa: el anglicanismo.

La Reforma, que en Alemania y en Francia fué obra de los particulares, en Inglaterra lo fué del soberano. Conviene recordar, sin embargo, que el terreno estaba preparado en Inglaterra para una secesión religiosa. A ello contribuían varios precursores de la Reforma, entre ellos Wyclif, y, ya en el siglo XVI, la Universidad de Oxford fué un foco de humanismo cristiano, donde actuaron varios discípulos de Erasmo, entre ellos *Tomás Moro*, autor de *Utopía* (1516), descripción de un reino ideal, donde imperaba la tolerancia y el bienestar para todos. La voluntad o más bien el capricho del rey *Enrique VIII* determinó (1509 - 1547) la ruptura con el papado.

Enrique VIII era un soberano poderoso y de gran prestigio, y al comienzo de las luchas de Carlos V y Francisco I parecía el árbitro de Europa, pues aquél a quien él apoyara parecía triunfador seguro. Bajo apariencias brillantes y atrayentes Enrique VIII encerraba un alma despótica y apasionada; era vanidoso y envidioso. Pretendía tener conocimientos teológicos,

y en 1521 escribió un libro que le valió del papa el título de «defensor de la fe». Pero en 1527 cambió bruscamente de actitud, debido a su deseo de divorciarse.

Se había casado con Catalina de Aragón, viuda de un hermano suyo. El papa Julio II acordó la dispensa necesaria por causa del parentesco que ligaba a los nuevos esposos. Dieciocho años después de casado, y después de enamorarse de Ana Bolena, dama de honor de la reina, el rey sintió escrúpulos sobre la validez de la dispensa y pidió al papa Clemente VII la anulación de su matrimonio. Entre los motivos que éste tuvo para negarlo era muy importante el parentesco de la reina en desgracia con Carlos V: ella era tía del poderoso emperador que acababa de saquear a Roma. Enrique VIII hizo entonces que el Parlamento votara el *Acta de supremacía* (1534) que proclamaba al rey «único y supremo jefe de la iglesia de Inglaterra». Tal fué el origen del cisma anglicano.

En 1539 dictó la *ley de los seis artículos*, estatuto religioso casi católico. Toda oposición a esta ley se castigaría con la pena de muerte. Pero los católicos no podían aceptarla porque para ellos sólo había un jefe espiritual: el papa; los protestantes tampoco porque casi todos los dogmas de la ley eran opuestos a sus creencias. Hizo decapitar a los católicos como traidores y quemar a los protestantes como herejes. Después de su muerte, su reforma pasó por singulares vicisitudes. Dejaba tres hijos que reinaron sucesivamente y cuya política religiosa fué diferente. Inglaterra, calvinista durante el reinado de *Eduardo VI* (1547 - 1553), volvió a ser católica en tiempo de *María Tudor*, hija de Catalina de Aragón y esposa de Felipe II, rey de España (1553 - 1558). Por último, *Isabel* (1558 - 1603) organizó definitivamente el *anglicanismo*, es decir, la iglesia inglesa (1562).

La organización de la iglesia anglicana fué una mezcla de catolicismo y calvinismo. Del catolicismo, Isabel, que era partidaria de la pompa y la ostentación, conservó el aparato, las ceremonias del culto, la liturgia, es decir, las oraciones, traducidas al inglés, las vestiduras de los sacerdotes y la jerarquía de los obispos; pero el dogma fué calvinista y reducido a dos sacramentos: el bautismo y la comunión. Por otra parte, Isabel no se adjudicó el título de jefe supremo de la iglesia que había tenido su padre; no obstante, conservó el gobierno de la iglesia, e impuso, a fuerza de suplicios a los verdaderos católicos y a

los verdaderos calvinistas, la adhesión a «la iglesia establecida por la ley».

Al principio Isabel se mostró tolerante con los *no conformistas* o *disidentes*, es decir, los verdaderos católicos y los verdaderos calvinistas. Pero pronto ella quiso imponer a todos «la iglesia establecida por la ley», o, como se decía más brevemente, «la iglesia establecida». Se aplicó primero una fuerte multa mensual a los que no participaban en el culto anglicano. La misa católica fué prohibida, aun en privado. La *Corte de Alta Comisión* fué creada (1584) para juzgar delitos religiosos.

CAPÍTULO XIII

LA REFORMA CATÓLICA O CONTRARREFORMA

LA REFORMA Y LA IGLESIA CATÓLICA

Hasta mediados del siglo XVI, la reforma protestante se propagaba rápidamente, mientras la iglesia católica le oponía débil resistencia. El papado mismo no parecía tener conciencia del peligro.

Clemente VII (1523 - 1534), un Médicis, fué todavía un papa político, un Mecenas amigo de las artes y del humanismo. Pablo III (1534 - 1549), de la familia Farnesio, intrigando para asegurar a su hijo la posesión del ducado de Parma, se mostró más cuidadoso de los intereses de la Iglesia: creía, como muchos lo creían entonces, que era posible un acuerdo con los «reformados» y poner fin al cisma. Pero todas las tentativas fracasaron.

Sin embargo, parecía evidente que para hacer frente al adversario y para evitar un desastre mayor, la iglesia católica debía emprender su propia reforma. Los prelados más eminentes eran partidarios de una reforma católica, con o sin asentimiento de los protestantes. Este movimiento fué tan fuerte que el papado lo escuchó y Pablo III mismo tomó las tres medidas que constituyeron la reforma de la Iglesia: confirmó los estatutos de la Compañía de Jesús (1540), reorganizó la Inquisición (1542) y reunió el concilio de Trento (1545).

LAS ÓRDENES RELIGIOSAS

Cada una de las grandes crisis de la iglesia católica tuvo por resultado una renovación de la vida religiosa y la transformación o la creación de órdenes monásticas al servicio del papado. Gregorio VII, en el siglo XI, había tenido como auxiliares a los monjes de Cluny; Inocencio III, en el siglo XIII, a los franciscanos y

dominicos (1). En el siglo XVI diversas órdenes antiguas reformaron su regla, o la restablecieron en su rigor primitivo: así los franciscanos fueron reorganizados con el nombre de *capuchinos* (1526) a causa del capuchón que llevaban. Por otra parte, se crearon otras órdenes, como los *teatinos* (1524) organizados por el cardenal Caraffa, que después fué el papa Pablo IV; los *oratorios* (1548) dedicados por su creador San Felipe de Neri a las obras de caridad y a la enseñanza. Entre 1524 y 1641 se crearon, por lo menos, quince órdenes nuevas: ninguna representaría en la historia de la iglesia una función tan importante como la Compañía de Jesús, creada por San Ignacio de Loyola.

IGNACIO DE LOYOLA Iñigo López de Recalde (1491-1566), llamado *Ignacio de Lóyola*, por el nombre del castillo en que nació, era el octavo hijo de un señor vasco. Fué oficial en el ejército español y participó en 1521 en la defensa de Pamplona, sitiada por los franceses. En una salida se rompió la pierna derecha: la herida fué tan grave y tan mal cuidada que Ignacio quedó cojo, y a los treinta años debió abandonar el servicio de las armas.

Durante su larga enfermedad leyó una obra edificante, la *Flor de los Santos*. Su alma ardiente se llenó de admiración ante San Francisco y ante Santo Domingo, los grandes fundadores de órdenes del siglo XIII. Resolvió imitarlos y ser, en lo sucesivo, el soldado de Cristo. Tan pronto como pudo marchar fué a consagrar sus armas ante el altar de la Virgen en Monserrat, Cataluña, y tomar «las armas espirituales», es decir, el hábito del peregrino. Después de una peregrinación a Tierra Santa, Ignacio de Loyola pensó predicar como lo había hecho Santo Domingo. Antes quiso instruirse y estudió en las universidades de Alcalá y de Salamanca, pero fué molestado y aun tomado preso por la Inquisición.

FUNDACIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS Para poder estudiar más libremente, Ignacio de Loyola cursó estudios en la universidad de París, donde vivió seis años. Ejerció gran influencia en sus camaradas y con seis de ellos se reunió, el 15 de agosto de 1534, en una capilla de París, donde hicieron votos de consagrarse a Dios, vivir en la pobreza, ir a Tierra

(1) Véase nuestro texto *Edad Media*.

Santa para convertir a los musulmanes y trabajar por la salud de las almas.

No pudiendo ir a Tierra Santa por la guerra que sostenían venecianos y turcos, se pusieron a disposición del papa. En 1537 fundaron la Compañía de Jesús, que tres años después fué aprobada por Pablo III.

ORGANIZACIÓN DE LA COMPAÑÍA

Ignacio de Loyola dió a la nueva orden un reglamento —las *Constituciones*— de acentuado carácter militar: Loyola decía que «no creía haber abandonado el servicio militar, sólo había pasado a las órdenes de Dios».

La regla esencial en la Compañía es la obediencia pasiva. Lo mismo que en el ejército, sólo se admiten hombres sanos y vigorosos y se rechazan los corazones vacilantes y sin firmeza. Las pruebas son largas y duras: después de dos años de noviciado —que en otras órdenes es de un año—, el nuevo religioso sólo puede hacer el triple voto de pobreza, de castidad y de obediencia, pero no será jesuíta todavía. Cuando sus superiores estén satisfechos de su docilidad, de sus virtudes y de su ciencia, podrá ser jesuíta completando sus votos con el cuarto: el de obediencia al papa.

La Compañía tiene sus jerarquías, como un ejército. Una asamblea de los principales miembros de la orden elige el general de la Compañía, su suprema autoridad, que ejerce de un modo absoluto. Las diferentes regiones donde ejerce sus actividades la orden están divididas en provincias, que tienen a la cabeza un provincial, nombrado por el general y responsable ante él.

LA OBRA DE LOS JESUÍTAS

La Compañía de Jesús no fué creada para la meditación, sino para la acción: no es una orden monástica, y su hábito es el mismo de los sacerdotes seculares, porque también ellos deben «vivir en el siglo», es decir, mezclarse al pueblo para actuar mejor, y lo hicieron en todos los dominios: fueron escritores, confesores, profesores, misioneros.

La educación fué una de sus actividades preferidas y en la que se destacaron especialmente. Como los humanistas, señalan los estudios clásicos, lengua y literatura griegas y romanas, como la base de la enseñanza. Reemplazaron los procedimientos bárbaros de la antigua pedagogía por un sistema de estímulos

y recompensas que suscita la emulación entre los alumnos. En sus colegios se daba también una educación religiosa y mundana

muy cuidada, con lo que atraían a los niños de la nobleza y de las familias principales, haciéndolos buenos católicos.

Al morir su fundador, la Compañía tenía 150 miembros, y los había en China y Japón, y tenía 36 colegios, con 6000 alumnos.

Como milicia católica, llevó sus principales esfuerzos a combatir la herejía, en donde parecía triunfar ésta, es decir, a Alemania: hicieron de Baviera y de Austria un baluarte del catolicismo. En los Países Bajos conquistaron las provincias del sur, que hoy forman Bélgica, donde fundaron los célebres colegios de Lovaina y de Malinas. En los otros países también lograron pronto situaciones importantes.

Pero no se limitaron a actuar en Europa; emprendieron la conversión de los países descubiertos. Francisco Javier, uno de los seis compañeros de Loyola, abandonó Europa en 1541, y fué el apóstol de la India, de China, de Japón

y de ambas Américas. En todas partes los jesuitas tuvieron en vista el interés general del catolicismo, y no el particular de



IGNACIO DE LOYOLA (1591 - 1556).
Reproducción de un retrato hecho
por RUBENS.

Este busto, perteneciente al cuadro que representa a Ignacio de Loyola meditando ante un crucifijo, demuestra lo que era el fundador de la orden religiosa de los jesuitas, que empezó siendo soldado. Cabeza grande, frente ancha y con profundas arrugas, mirada fija y contemplativa, como si sus ojos estuviesen viendo algún cuadro que la imaginación evoca. Verdad es que Loyola recomendaba que en los ejercicios espirituales, es decir, cuando se medita, debe uno tratar de representarse imaginativamente el asunto en que se medita, verbigracia, si es sobre la Pasión, conviene imaginarse, como si se vieran, los pormenores del suplicio de Cristo en el Calvario.

un soberano o de un Estado. Según su divisa: *ad majorem Dei gloriam*, por la mayor gloria de Dios, ellos luchan por la iglesia universal y por su jefe, el papa. Esto despertó pronto la desconfianza y la hostilidad de algunos gobiernos.

LA
INQUISICIÓN.
PABLO IV

Para luchar contra la herejía, el papa había creado en el siglo XIII un arma temible: la Inquisición. Caída en decadencia después de la desaparición de los albigenses, fué restablecida en España, pero con carácter más político que religioso. Ante los progresos de la reforma protestante, se pensó en restaurar la Inquisición en su forma primitiva, es decir, bajo la dirección de Roma: en 1542 Pablo III instituyó una *Congregación* compuesta de seis cardenales «comisarios e inquisidores generales para los países allende y aquende los montes». Los inquisidores fueron encargados de proceder contra los que se apartaban de la fe católica y recurrían para ello al brazo secular, es decir, que el castigo competía a la justicia laica. Pero cuando la Inquisición adquirió toda su importancia fué cuando el cardenal Caraffa, que había planeado la reinstalación, fué papa, con el nombre de Pablo IV (1555-1559). La acción inquisitorial fué particularmente importante en España y en Italia, donde las herejías fueron extirpadas y se mantuvo incólume la unidad de la fe. En ningún país la libertad de pensar fué tan rigurosamente proscripta.

EL CONCILIO
DE TRENTO

Como el concilio de Constanza (1414-1418), convocado a raíz del gran cisma y de las grandes herejías de los siglos XIV y principios del XV, logró poner fin al primero, se creyó que otro concilio podría realizar la reforma necesaria, y el mismo Lutero lo había pedido. Después de la dieta de Worms, Carlos V y los príncipes alemanes reiteraron el pedido, pero sea porque los papas no mostraron empeño, sea por las guerras en que Carlos V se vió envuelto, sólo en 1545 pudo reunirse el concilio en Trento, en el Tirol italiano.

Era demasiado tarde para poder restablecer la unidad cristiana. Los protestantes, que ya habían constituido su iglesia, no concurrieron y todos los empeños conciliatorios fracasaron.

Las guerras interrumpieron las tareas del concilio, primero por cuatro años, a los dos de haberse iniciado, después por

once años, hasta 1562, pero al año siguiente pudo dar por terminada su obra.

LA OBRA DEL CONCILIO Las decisiones del concilio se referían unas al dogma y otras a la disciplina de la iglesia. Las primeras fueron acatadas sin discusión por todos los países católicos, porque rechazarlas habría sido caer en la herejía; no así las segundas, que, sobre todo en Francia, suscitaron viva oposición.

En materia de *dogmas* tomó, naturalmente, partido neto contra el protestantismo: proclamó que las creencias de la Iglesia reposan sobre las Santas Escrituras, completadas por la tradición, y señaló el texto de ellas, que los católicos deben tener por auténtico: el texto llamado de la *Vulgata*, traducción latina del texto griego hecho en el siglo IV por San Jerónimo. Mantuvo los siete sacramentos tradicionales que los protestantes quisieron reducir a dos. Afirmó la presencia real de Cristo en la Eucaristía (1), admitida incompletamente por Lutero y negada por Calvino; mantuvo la doctrina del Purgatorio, rechazada por los protestantes, la veneración de las imágenes y el culto de los santos, que los protestantes consideraban una idolatría. El concilio proclamó, finalmente, que todo católico debe obediencia espiritual al papa, sucesor de San Pedro y vicario de Jesucristo.

En materia de disciplina el concilio se preocupó de extirpar los abusos más graves, pero manteniendo usos que los protestantes reprobaban, como el empleo del latín para las oraciones y los oficios y el celibato eclesiástico. Prohibió la acumulación de cargos eclesiásticos. Decidió que los sacerdotes y obispos no pueden serlo si no tienen veinticinco y treinta años, respectivamente, y que deben residir en sus parroquias y obispados. Recomendó la creación de escuelas especiales para formar sacerdotes, llamadas *seminarios*, es decir, semilleros. También señaló la conveniencia de que cada parroquia tuviera una escuela donde se impartiera, gratuitamente, la enseñanza elemental.

Poco después que el concilio hubo terminado sus tareas, ocupó el papado Pío V, un dominico, que estableció (1571) el *index*, es decir, la lista de libros cuya lectura está prohibida a los fieles, porque podrían poner en peligro su fe. Pío V fué un papa modelo por sus costumbres severas; Roma vió lo que

(1) El pan y el vino que figuran en el sacrificio de la misa.

hacía tiempo no se veía: un papa que vivía la vida rigurosa de los monjes y que seguía, descalzo, las procesiones por las calles de la ciudad.

Tan alto ejemplo suscitó imitadores, y la reforma de costumbres del clero contribuyó de modo importante a contener los progresos del protestantismo.

CARÁCTER DE
LA REFORMA
CATÓLICA

La reforma protestante había conducido a la formación de una serie de iglesias particulares: era la consecuencia del libre examen. La reforma católica, en cambio, trataba de consolidar la unidad y la autoridad en la Iglesia. De ahí que se rehusara el uso de los idiomas nacionales en la misa y el mantenimiento del latín; de ahí el empeño en la supremacía del papa sobre toda la Iglesia, cuerpo que debía tener una sola cabeza y llegó aún a declararlo «unico intérprete de las Escrituras Sagradas y superior a los concilios».

CAPÍTULO XIV

LUCHA ENTRE LAS CASAS DE FRANCIA Y AUSTRIA EL IMPERIO DE CARLOS V

Desde 1494 hasta 1559, por consiguiente, durante sesenta y cinco años, los estados de Europa occidental estuvieron casi constantemente en guerra. Esas guerras repetidas, se cuentan catorce, tuvieron por causa primera las pretensiones de los reyes de Francia sobre los dos estados italianos —*Nápoles* y, después, el *Milanesado*— y cuyo teatro principal, durante mucho tiempo, fué Italia. Por eso se las llaman frecuentemente *guerras de Italia*. Empero, a partir de 1519, si Italia continuó siendo un campo de batalla, por lo menos cesó de ser la causa verdadera de las guerras. Más que por Nápoles y el Milanesado, la causa posterior de esas contiendas ha de atribuirse a la formación en Europa occidental, por coincidencia de los matrimonios y las sucesiones, de un Estado tan poderoso que ponía en peligro la independendencia de los demás: ese Estado era el de *Carlos V*, jefe de la casa de Austria, emperador de Alemania y rey de España a la vez.

I

LAS GUERRAS DE ITALIA

ITALIA
FINES DEL
SIGLO XV

A fines del siglo XV Italia estaba dividida en un gran número de estados, independientes unos de otros. Los principales eran los ducados de *Saboya* y de *Milán*, los *Estados del Papa*, el reino de *Nápoles* y las opulentas repúblicas de *Génova*, *Florencia* y *Venecia*.

Los estados italianos se envidiaban mutuamente y se observaban con suma atención. Estaban siempre dispuestos a per-

judicarse, a formar coaliciones contra uno de ellos y frecuentemente se hacían la guerra.

Sin embargo, los italianos, en quienes había muerto el espíritu guerrero, despreciaban el oficio de las armas; los estados no tenían ejércitos nacionales, ni aun milicias, y dejaban a los *condottieri* el cuidado de combatir por ellos y defenderlos. Los *condottieri* eran contratistas de guerra, que disponían de cierto número de hombres de armas, soldados de infantería y de un material de combate, como hoy los empresarios de obras públicas disponen de jornaleros para las tierras, de albañiles, de utensilios y de materiales para la construcción. Hombres y material estaban al servicio de quien los pagaba mejor.

En esas condiciones, Italia, rica, atrayente para los hombres del norte por la bondad de su clima y el brillo de su cielo, dividida e incapaz de defenderse, debía ser presa tentadora, y debía parecer cosa fácil invadirla.

CAUSAS DE LAS
GUERRAS DE
ITALIA

Tres pretensiones ambiciosas iban a encontrarse y a chocar en Italia: la francesa, la austríaca y la española. La causa inicial de las guerras de Italia fué el empeño del rey de Francia, Carlos VIII, en apoderarse de la corona de Nápoles, a que se añadieron las de Luis XII sobre el Milanesado. Pero también Fernando el Católico, rey de Aragón, que lo era al mismo tiempo de Sicilia, quería poseer Nápoles, y el emperador Maximiliano quería el Milanesado. Por otra parte, el establecimiento en Italia de un soberano tan poderoso como el rey de Francia, inquietaba a los recelosos estados italianos de Venecia, Florencia y a los papas, que temían por su independencia. De ahí las alianzas y las ligas tan pronto concertadas como disueltas, que se renovaban en seguida, y cuya multiplicidad hace que la historia de esas guerras parezca muy confusa.

LOS FRANCESES
EN ITALIA

La primera expedición francesa, o sea la de Carlos VIII, en 1494-1495, tuvo éxito efímero. Luis XII, su primo, que le sucedió, conquistó el Milanesado en 1499, y durante catorce años fué posesión francesa.

Luis XII quiso en seguida volver a tomar Nápoles. Temiendo que Fernando de Aragón tratara de cortarle el paso y enviara socorros al rey de Nápoles, Federico III, su primo, Luis XII le propuso repartírselo. Fernando, poco escrupuloso, aceptó e hizo entrar sus tropas en Nápoles, so pretexto de ir en

auxilio de Federico III. En 1500 estaba hecha la conquista, y Luis XII tomaba el título de rey de Nápoles.

CONQUISTA DE
NÁPOLES POR
LOS ESPAÑOLES

Pero entonces, Fernando de Aragón se propuso a su vez expulsar a los franceses y conquistar el reino para él solo. La guerra duró dos años (1502 - 1504), ilustrada de duelos y desafíos a estilo de la Edad Media, tal como el *combate de los once*, verdadero torneo en el que once caballeros franceses y once caballeros españoles se encontraban en campo cerrado ante diez mil espectadores. Pero si el ejército francés contaba cien valerosos caballeros, entre los cuales y los más ilustres estaba *Bayardo*, «el caballero sin miedo y sin reproche», al ejército español lo mandaba un gran capitán, verdadero hombre de guerra, *Gonzalo Fernández de Córdoba*, ya célebre por sus victorias sobre los moros y los turcos.

En 1504, Fernando había conseguido sus fines, y Luis XII, fatigado de la lucha, abandonaba Nápoles, donde los españoles debían permanecer más de dos siglos.

JULIO II.
LA SANTA LIGA

Las guerras pudieron haber terminado allí; pero el papa Julio II las hizo revivir (1503 - 1513). Julio II es, sin discusión, uno de los caracteres más emprendedores de aquella Italia del siglo XVI. Tuvo en todo, así en las artes como en la política, el sentimiento de lo que era grande. Ya hemos visto el papel que desempeñó en el Renacimiento. En política, quiso libertar a su patria, Italia, de la coyunda extranjera (Julio II llamaba *bárbaros* a los extranjeros), y encaminarla, bajo la dominación del papa, hacia la unidad que sólo en nuestros días se realizaría.

Pero como no podía atacar a España y Francia a la vez, Julio II se sirvió primero de los españoles contra los franceses. En 1511 se firmó contra éstos la *Santa Liga*, entre el papa, Fernando y Venecia, a quienes se adhirieron bien pronto los suizos, el rey de Inglaterra, Enrique VIII, que quería volver a apoderarse de la Guyena, y el emperador Maximiliano.

La guerra empezó por favorecer a Luis XII. Su sobrino *Gastón de Foix*, general de veintidós años, por la rapidez de sus marchas y la audacia de sus ataques, desconcertó a los adversarios y los venció en todas partes (1512). Murió en la batalla de Rávena (1512) y desde entonces las cosas tomaron otro cariz para Luis XII: los suizos le deshicieron el ejército

en *Nova'a* (1513); perdió el Milanesado y tuvo que abandonar Italia. Pero Julio II murió en el momento en que su política triunfaba, y Luis XII pudo firmar una tregua con su sucesor León X, así como con Fernando de Aragón, que había aprovechado la guerra para echar mano a Navarra, y que murió poco tiempo después (1515).

FRANCISCO I.
BATALLA DE
MARINÁN

Muerto también Luis XII, la corona de Francia pasó a *Francisco I*, primo y yerno del difunto rey, joven príncipe de veintiún años, brillante, ambicioso, muy aficionado a las magníficas cabalgatas y a los brillantes hechos de armas. Apenas subió al trono reunió un ejército para reconquistar el Milanesado, con la cooperación de sus aliados los venecianos.

Los suizos, aliados del duque de Milán, guardaban las salidas de los caminos alpestres. El ejército francés, de 30.000 hombres, pasó por un mal sendero no guardado, y pudo llegar hasta las inmediaciones de Milán. Allí, cerca de la villa de *Mariñán* (hoy Melegnano) se empeñó una furiosa batalla, la más reñida y sangrienta de las guerras de Italia. Los suizos se retiraron dejando 14.000 hombres en el campo de batalla; los franceses 2000.

La victoria de Mariñán hizo a Francisco I dueño del Milanesado. Determinó además a sus adversarios a firmar, no ya treguas, sino la paz. Los suizos hasta firmaron una *paz perpetua* (1516) que respetaron escrupulosamente hasta la revolución de 1789. El papa, el emperador de Alemania y el rey de España Carlos V (Fernando había muerto en 1516) reconocieron a Francisco I la posesión del Milanesado. Italia quedaba repartida entre el rey de Francia y el de España, el primero dominando al norte, y el segundo dueño del sur de la península.

Terminadas las guerras de Italia en 1518, toda la Europa occidental quedaba en paz.

LOS EJÉRCITOS

Las guerras de Italia fueron de transición en los métodos de guerra: de los de la Edad Media se pasaba a los métodos modernos. En ellas se vieron, unas al lado de otras, las antiguas armaduras de acero, cubriendo al hombre y al caballo de pies a cabeza, y las armas nuevas: cañones y arcabuces, destinadas a inutilizar aquellas armaduras, armas cuyos proyectiles atravesaban brazaes, quijotes, cascos y corazas. Asimismo, si la caballería, fuerza principal

de los ejércitos de la Edad Media, representó papel brillante en Italia, se vió aumentar la importancia de la infantería, fuerza principal de los ejércitos modernos, *reina de las batallas*, como decía Napoleón.

De las armas de fuego, solamente los cañones eran entonces temibles. Pero sus dimensiones medían más de tres metros de largo; una *gran culebrina* pesaba 3200 kilogramos —más que algunos de los cañones de sitio actuales— y para tirar de ella se necesitaban 17 caballos en fila. De aquí que la artillería no tuviera ninguna movilidad y que durante la batalla permaneciera en el sitio en que la pusieran al principio de ella. El ejército vencido perdía, pues, su artillería.

Los soldados de infantería agrupados por *bandas* eran mercenarios. Los más temibles eran los suizos y los españoles.

II

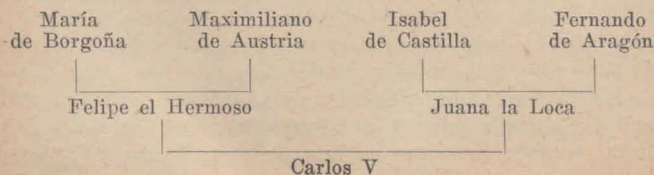
LUCHA ENTRE LAS CASAS DE FRANCIA Y AUSTRIA

La paz tan penosamente adquirida en 1518 no duró dos años. En 1520 volvió Francia a empezar la guerra. Esta vez ya no se trató solamente de Italia y de la posesión de Nápoles o del Milanesado. Se abrieron de nuevo las hostilidades por causa de la hegemonía de Carlos de Austria, emperador con el nombre de *Carlos Quinto*, que ponía en peligro la vida misma de Francia.

OS ESTADOS
DE CARLOS
QUINTO

La hegemonía de Carlos de Austria fué resultado de una serie de matrimonios y sucesiones. Cuatro casas, la de *Borgoña*, la de *Austria*, la de *Aragón* y la de *Castilla*, y cuatro herencias, la de *Carlos el Temerario*, la de *Maximiliano*, la de *Fernando* y la de *Isabel*, se hallaban reunidas en él y por él a principios de 1519 (1).

(1) Genealogía de Carlos V.



Carlos era, en efecto, por su padre, nieto de María de Borgoña y de Maximiliano de Austria, y, por su madre, nieto de Fernando de Aragón y de Isabel de Castilla (los Reyes Católicos).

De sus abuelos paternos había heredado:

Los Países Bajos, Artois, Flandes y el Franco-Condado, restos de los estados de Carlos el Temerario;

El archiducado de Austria, Estiria, Carintia, Carniola y el Tirol, posesiones de la casa de Habsburgo.

De sus abuelos maternos había heredado:

El reino de Aragón, Cerdeña y los reinos de Sicilia y Nápoles;

El reino de Castilla y América, recientemente descubierta, y donde Cortés y Pizarro iban a conquistarle imperios.

Nunca un hombre había reunido tantas coronas en su cabeza. Carlos de Austria *era por sí solo una coalición* y, como decían orgullosamente sus cortesanos, «el Sol no se ponía jamás en los dominios del rey de España».

A todas esas coronas hereditarias añadió, en 1519, la corona imperial de Alemania. Desde la ordenanza llamada *Bula de Oro* (1356), el emperador debía ser elegido por siete príncipes, llamados *electores*. Muerto Maximiliano, los siete electores tuvieron que escoger entre dos candidatos: Francisco I, rey de Francia, y Carlos de Austria. Eligieron a Carlos de Austria, que se llamó Carlos V. Este príncipe tenía entonces diecinueve años.

El nuevo emperador debía revelarse profundo político. Tenía voluntad tenaz, era reflexivo, calculador y dueño de sí mismo en grado extraordinario. Cuando supo la victoria inesperada de Pavía y la circunstancia de haber caído prisionero su rival, Francisco I, apenas dejó entrever muy pasajera emoción, y como lo felicitaran por su triunfo, respondió: «Los cristianos no deben vanagloriarse sino de las ventajas obtenidas sobre los infieles». Era sinceramente devoto, oía muchas misas durante el día, y se encerraba, para meditar y rezar largo rato, en una habitación decorada de negro; pero su devoción no influyó jamás sobre su política.

La actividad de Carlos V fué prodigiosa: el día en que abdicó la soberanía de los Países Bajos en favor de su hijo Felipe II, contó públicamente su vida, haciendo constar que, en cuarenta años, había estado nueve veces en Alemania, seis en España, siete en Italia, diez en Flandes, dos en Inglaterra, dos en África y cuatro en Francia, y, por último, que había

atravesado ocho veces el Mediterráneo y tres el océano. Su vida fué, en suma, un perpetuo viaje y un no interrumpido ir y venir de un campo de batalla a otro. Atacado por el rey de Francia, al que se unieron varias veces el rey de Inglaterra y los estados italianos, y atacado por los turcos, tuvo además que hacer frente, en Alemania, a las guerras civiles que originó la reforma religiosa (1). No obstante, engañó el tiempo ocupándose en la organización de una cruzada y emprendiendo dos expediciones contra los musulmanes de África.

CARLOS V Y FRANCIA

La hegemonía de Carlos V, que todos temían, era particularmente peligrosa para Francia, porque ésta, respecto de los estados del emperador que la cercaban por completo, era como una ciudadela estrechamente asediada. El peligro parecía inminente al norte y al este sobre todo, por ser puntos en que Francia no tenía tanta extensión como la tiene hoy. Artois, Flandes y el Franco-Condado pertenecían a Carlos V. París, la capital, no estaba a más de 150 kilómetros del enemigo, y ningún obstáculo natural, alta montaña o río caudaloso, la protegía al norte contra una invasión repentina.

A ese peligro, que resultaba del trazado de las fronteras, se añadía el que presagiaban las no disimuladas ambiciones de Carlos V. Bisnieto de Carlos el Temerario, pretendía que le restituyeran la parte que le correspondía en la herencia de su abuelo, y que Luis XI había reunido al dominio real: esa parte era *Picardía* y *Borgoña*. Jefe del Santo Imperio Romanogermánico, pretendía que volvieran a estar bajo su soberanía todos los países que anteriormente habían pertenecido al imperio, Italia en particular y, por consiguiente, el *Milanesado*, posesión de Francisco I, y quizá también el antiguo reino de Arlés, es decir, el *Delfinado* y la *Provenza*, provincias ambas del reino de Francia.

LA LUCHA. CARACTERES GENERALES

La lucha era, pues, inevitable: empezada en 1520, duró treinta y nueve años, esto es, hasta 1559. *Carlos V* y *Francisco I*, que le dieron principio, no le vieron el fin, pues continuó y se terminó bajo el reinado de sus hijos, *Felipe II* de España y *Enrique II*. En ella hubo seis episodios principales o seis guerras: cuatro du-

(1) Véanse las páginas 73 - 80.

rante el reinado de Francisco I y dos bajo el reinado de Enrique II. Se combatió en Italia y en el norte y este de Francia, y no fué simple duelo entre dos soberanos, como lo había sido la Guerra de los Cien Años. Carlos V y Felipe II buscaron y encontraron aliados. Entraron, pues, en la liza las casas de



LOS ESTADOS DE LA CASA DE AUSTRIA BAJO EL REINADO DE CARLOS V.

Francia y de Austria, el rey de Inglaterra, los príncipes alemanes, los estados italianos, un rey de Suecia, los papas y hasta los turcos: por esa circunstancia puede decirse que esas guerras fueron guerras europeas.

LA PRIMERA GUERRA

El primer episodio, de 1520 a 1526, fué el más dramático y también el determinante de las guerras posteriores, porque su resultado fué un desastre y un tratado ruinoso para Francia. Desde que se abrieron las hostilidades el reino fué invadido por el norte. Poco después el Milanesado caía en poder del enemigo, y Francia era invadida por el me-

diodía; pero Francisco I, tomando la ofensiva, pasó a Italia y reconquistó el Milanesado.

Desgraciadamente, su imprudente bravura fué causa de que sufriera en *Pavía* un revés irreparable (1525). Herido y hecho prisionero, como antaño Juan el Bueno, en Poitiers, fué conducido a Madrid, en donde estuvo en rigurosa cautividad más de seis meses. Carlos V no le dejó en libertad sino después que le hubo impuesto el *tratado de Madrid*, por el cual Francisco I renunciaba a sus pretensiones sobre Nápoles y el Milanesado, a la soberanía en *Artois* y *Flandes* y devolvía *Borgoña* al rey de España.

Un tratado semejante no podía considerarse ni siquiera como una tregua, porque era muy desastroso para el vencido. Francisco I, apenas se vió libre, declaró que no ejecutaría



CARLOS QUINTO (1500 - 1559).
Museo de Cluny.

Fotografía de un medallón en cera, del siglo XVI.

Si comparamos este retrato de Carlos V con el de Francisco I (pág. 103) advertiremos al punto que la índole del uno era muy diferente de la del otro. La fisonomía de Carlos V es grave, dura, seca, y denota tenacidad, expresión que la mandíbula inferior, muy saliente, marca de manera notable. El labio inferior forma como una pila de agua bendita: este rasgo es característico de todos los Habsburgos. En este retrato el emperador ya aparece con la barba y los cabellos canosos; lleva armadura negra, lo cual hace que resalte el cuello de la camisa, que sale del gorjal. Tiene corona de laurel.

cláusulas impuestas por extorsión, y se negó a entregar Borgoña. Todo el resto de su vida debía emplearlo en intentar la reparación del desastre de Pavía.



FRANCISCO I (1515 - 1547).

Fotografía de un medallón en cera, del siglo XVI.—Museo de Cluny.

Francisco I está representado cuando ya había entrado en edad. El cuello es robusto, la cara muy llena, y el cutis de subido color. La mirada continúa siendo viva e irónica, y su semblante dice a las claras que la alegría y la buena vida son cosas que le agradaban. En efecto, ése era el carácter de Francisco I: valiente, generoso, inconstante, pródigo y ligero. El rey aparece aquí en traje de emperador romano, llevando coraza, y ceñida la corona de laurel.

Empero, advirtiéndose que era demasiado débil para luchar contra Carlos V, buscó aliados y los encontró, porque el poder del emperador inquietaba a todas las naciones. Esos aliados fueron, desde el día siguiente de Pavía, el sultán *Solimán el Magnífico*; después del tratado de Madrid, Enrique VIII, rey de Inglaterra, y el papa; más tarde, los *príncipes protestantes* de Alemania.

SEGUNDA, TERCERA Y CUARTA GUERRAS

Elsaqueo de Roma por el ejército imperial (1527)

puso al papa fuera de combate, pero gracias al concurso de los turcos que, en 1529, fueron a sitiar a Viena, Francisco I obtuvo, en el *tratado de Cambrai* (1529), que Carlos V renunciara a Borgoña. Sobre ese punto quedaba anulado el desastroso tratado de Madrid, pero no debía obtenerse más en lo sucesivo.

La tercera guerra (1536 - 1538) y la cuarta (1544 - 1546) se señalaron por algunos buenos éxitos franceses; pero en 1544 Carlos V penetraba en *Champaña* y llegaba a menos de 50 kilómetros de París, mientras que el rey de Inglaterra, aliado de Carlos V, se apoderaba de *Boloña*. La paz firmada en *Crepy*, cerca de Laón, confirmó la pérdida de Artois y de Flandes.

Francisco I murió poco después (1547).

Bajo el reinado de Enrique II, la guerra volvió

ENRIQUE II. a encenderse por quinta vez (1552): La alianza
QUINTA GUERRA esencial fué la concertada con los príncipes protes-
tantes alemanes. Éstos, que combatían contra Carlos
V desde hacía varios años, pidieron a Enrique II un socorro en
dinero y le reconocieron el derecho de ocupar tres ciudades del
imperio, francesas por el idioma y por la población: *Metz*, *Toul*
y *Verdún*. Estas ciudades, célebres y conocidas con el nombre
de los *Tres Obispos*, fueron ocupadas en 1552. Carlos V trató
en vano de recobrar a Metz; allí el ejército del emperador fué
casi enteramente deshecho (1553).

Esa derrota deprimió el ánimo de Carlos V,

ABDICACIÓN DE quien, por otra parte, estaba debilitado por las en-
CARLOS V fermedades y la extraordinaria actividad que hubo
de desplegar, durante más de treinta años, para
gobernar y defender su prodigioso imperio. El monarca resol-
vió abdicar y ceder, en primer lugar, a su hijo *Felipe II* los
Países Bajos (octubre de 1555), después, el *Franco-Condado*,
las coronas de *España* y de *Italia* y, por último, *América* (ene-
ro de 1556); para renunciar en seguida, en favor de su her-
mano *Fernando*, ya rey de Bohemia y de Hungría, a las *pose-
siones hereditarias* de los Habsburgo, en Alemania, y a la *coro-
na imperial* (septiembre de 1556). Despojado de todas sus dig-
nidades, se retiró al *Monasterio de San Jerónimo de Yuste*, en
España, donde murió dos años más tarde (1558).

La abdicación de Carlos V y el reparto de su imperio son hechos importantísimos. La casa de Austria quedó dividida en dos ramas: los *Habsburgo de Austria* y los *Habsburgo de España*, que se prestaron siempre mutuo auxilio y cuyos medios fueron en total los mismos de que dispuso Carlos V: *empero, esos medios no dependieron en lo sucesivo de una sola voluntad.*

SEXTA GUERRA Felipe II, tan pronto como subió al trono, emprendió la guerra contra Francia (1556). Este monarca era tanto más temible cuanto que se había casado con la hija de Enrique VIII, *María Tudor*, reina de Inglaterra, circunstancia que le permitía disponer de los ejércitos ingleses. La victoria y la toma de *San Quintín* (1557) abrieron a Felipe II el camino de París. Sin embargo, no pudo o no supo aprovechar aquel triunfo. Los franceses, en cambio, tomaron *Calais* (1558), donde los ingleses estaban instalados ya hacía dos siglos, y ocuparon Luxemburgo.

PAZ DE CATEAU-CAMBRESIS Entonces se entablaron negociaciones que terminaron con la firma del tratado de *Cateau-Cambresis* (1559). Por ese tratado, en el que tomaron parte los soberanos de Francia, España, Inglaterra y el emperador, el rey de Francia renunciaba a sus pretensiones respecto de Italia, donde a la sazón sólo poseía algunas plazas fuertes al pie de los Alpes. Por su parte, el emperador le abandonaba a *Toul*, *Metz* y *Verdún*, e Inglaterra le cedía *Calais*. En cambio, el rey de España triunfaba en Italia, pues conservaba el reino de Nápoles y el Milanesado, que sus sucesores debían poseer durante ciento cincuenta años.

El tratado de Cateau-Cambresis estipulaba además, como garantía de reconciliación definitiva, el matrimonio de Felipe II con la hija de Enrique II.

CAUSAS DEL DESCALABRO DE CARLOS V «Dentro de poco, yo seré un pobre emperador o él será un pobre rey», había dicho Carlos V, cuando en 1520 empezó la lucha contra Francisco I. Treinta años de combates y todas sus fuerzas no le dieron esa victoria que estimaba tan fácil al principio. Porque el poder de Carlos V, que era formidable si se consideraba desde el punto de vista de la extensión de sus territorios, era en realidad mucho menor. En primer lugar, Carlos V no tenía *un estado*, sino *estados* que no tenían el menor nexo entre sí; antes bien, estaban separados unos de otros y dispersos en los cuatro rincones de Europa. Sus habitantes no eran de la misma raza, no tenían la misma lengua, es decir, una lengua que todos hablaran, y para atender a esos dominios, sin recurrir a intérpretes en cada asunto, Carlos V debía saber por lo menos cinco lenguas: francés, flamenco, español, italiano y alemán.

Carlos V no era dueño y señor absoluto en ninguno de estos

estados. En todos ellos el poder del soberano estaba limitado por costumbres, privilegios y constituciones que le impedían sacar hombres y dinero a su antojo, y a los cuales estaban apasionadamente apegados sus habitantes. Bien lo vió al principio de su reinado en España, cuando sus súbditos se sublevaron en defensa de los fueros (1519 - 1520), y más tarde en Flandes (1539), cuando los habitantes de Gante alzaron el estandarte de la insurrección por la misma causa.

El reino de Francia, cuatro o cinco veces menos extenso, tenía la superioridad que le prestaba la unidad; todas sus partes, estrechamente incorporadas, formaban como un bloque. Nada se oponía a la voluntad del rey, a quien los nobles no escatimaban su sangre y los hacendados su dinero. «*Francia, escribía un diplomático italiano, es el país más unido del mundo; la voluntad del rey es la de todos*». Además, el sentimiento nacional era muy vivaz. Cuando el tratado de Madrid fué conocido, los diputados de Borgoña fueron a decir al rey que nadie tenía poder para cederla a un soberano extranjero, que ellos eran franceses y tenían el designio de continuar siéndolo. Así, pues, el patriotismo y la docilidad de la nación permitieron a Francisco I y a Enrique II hallar fuerzas nuevas después de cada derrota, lo cual no fué una de las menores causas del descalabro final de Carlos V.

Antes de ser el emperador Carlos V, había sido coronado rey Carlos I de España, en 1516, porque su madre, Juana la Loca, estaba imposibilitada para reinar. Desde que entró en España Carlos I no fué visto con buenos ojos. Llegó a su nuevo reino acompañado de un gran séquito de flamencos, sus compatriotas, que ejercían sobre él gran influencia, distinguiéndose entre ellos su favorito, el señor de Chièvres, a quien llamaron, por su influencia, *alter rex*. Los flamencos pronto compraron los más altos cargos civiles y religiosos, llegando uno de ellos a presidir una de las primeras cortes que convocó, la de Valladolid (1518), donde los diputados —«procuradores de la ciudad»— pidieron al rey aprendiese el idioma castellano, y reclamaron respecto a las costumbres del reino, que exigía, por ejemplo, la nacionalidad para los empleados; Carlos I prometió respetarlas, pero no cumplió. La rapacidad de los flamencos hizo aumentar los impuestos, incluso el de *alcabala* (impuesto a las ventas y permutas), que la reina Isabel había considerado de dudosa justicia. Se llegó

a obligar a los nobles a pagar impuestos, lo que en aquella época era un abuso, y se obligó a los sacerdotes a entregar la décima parte de sus bienes y réditos. No contentos con esto los flamencos extrajeron del país muchas alhajas, y las monedas de oro que circulaban desde la época de los Reyes Católicos.

Cuando Carlos V debía partir para hacerse coronar emperador, recrudecieron las exigencias de dinero para el viaje y la ceremonia. Toledo encabezó otra vez la resistencia, pero las Cortes, reunidas en Santiago de Compostela y después en La Coruña, se doblegaron ante el rey y concedieron cuanto éste quiso. Se inició después una lucha cruenta entre los españoles y el regente dejado por el rey, que lo era el cardenal Adriano, que había sido su maestro y que más tarde sería el papa Adriano V.

LAS
COMUNIDADES
DE CASTILLA

Muchas ciudades se sublevaron al conocer las decisiones de las Cortes, donde sus diputados habían sido comprados por los partidarios del rey. Se formó una *Junta Santa* y se encargó el mando de las tropas a *don Juan de Padilla*, regidor de Toledo. La Junta envió emisarios al rey, que estaba en Alemania, llevándole un mensaje, en que le rendían homenaje como a su rey, pero le hacían diversos pedidos en salvaguardia de los derechos de los súbditos. Este proyecto, conocido con el nombre de *Constitución de Avila*, pedía que los corregidores de las ciudades fueran nombrados por el rey a propuesta de las ciudades, que no se sacase moneda del reino, que todos pudieran poseer armas.

La lucha entablada a raíz de estos hechos se conoce con el nombre de guerra de las Comunidades de Castilla, y se llama comuneros a los que simpatizaron con ella.

El rey recibió mal a los delegados de sus súbditos y éstos comenzaron a sufrir rencillas interiores que debilitaron su acción. Así se explica el desastre de *Villalar* (1521), donde quedaron sepultadas las costumbres políticas de Castilla y donde se inauguró la era de absolutismo que caracterizó a los monarcas de la casa de Austria, de la que un historiador español ha dicho: «La dinastía de Austria es un paréntesis en la historia de España». Don Juan de Padilla y los demás cabecillas murieron a mano del verdugo, y el empeño de la viuda de aquél en reemplazarlo se vió frustrado. El reino de Aragón continuaría con algunas franquicias forales hasta el reinado de Felipe II, hijo de Carlos V.

CAPÍTULO XV

FELIPE II Y LA MONARQUÍA ESPAÑOLA.—LUCHA CONTRA INGLATERRA.—LAS GUERRAS DE RELIGIÓN EN FRANCIA

En la segunda mitad del siglo XVI, y bajo el reinado de *Felipe II* (1556 - 1598), la monarquía española llegó al apogeo de su predominio. Felipe II acabó de establecer en España la *unidad religiosa y política*; por la conquista de Portugal realizó la *unidad territorial* de la península. En Europa occidental, donde Francia se había debilitado a consecuencia de atroces *guerras religiosas*, el rey de España intervenía en todas partes haciendo campo en favor del catolicismo. Sin embargo, en todas partes tropezó con adversarios que no logró vencer, tales sus propios súbditos de los Países Bajos, que conquistaron la independencia, la reina de Inglaterra, *Isabel*, que se hizo el campeón del protestantismo, y, por último, el rey de Francia, Enrique IV, que puso fin a las guerras de religión y reconstituyó el poder francés.

I

ESPAÑA BAJO FELIPE II

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA Cuando Carlos V abdicó, el poder del rey de Francia, Enrique II, contrabalanceaba el del rey de España, Felipe II; pero después de la muerte de Enrique II (1559), mientras Francia, presa de las guerras de religión, debía estar durante más de treinta años imposibilitada para obrar fuera de su territorio, España, al

contrario, bajo el largo reinado de Felipe II, iba a desempeñar en Europa un papel preponderante.

Ningún soberano disponía entonces de fuerzas comparables a las de Felipe II, que, a más de España, poseía en Europa la mayor parte de Italia, con Cerdeña, Sicilia, el reino de Nápoles y el Milanesado; que poseía también el Franco-Condado, Artois, Flandes y los Países Bajos; que, fuera de Europa, era dueño de un inmenso imperio colonial, puesto que poseía buena parte de la América del Norte, toda la Central y la mayor parte de la del Sur; que cada año sacaba millones y millones de las minas de oro y plata del Perú, de Méjico y de Colombia, que los galeones, cruzando el Atlántico, descargaban en Sevilla para la Casa de la Contratación. Un refrán traducía la impresión que un tal poder causaba en el ánimo del pueblo: «Cuando España se mueve, la tierra tiembla».

El ejército español era el más fuerte y el mejor armado de su tiempo. Bajo el reinado de Felipe II sus efectivos llegaron a la cifra, enorme para la época, de 150.000 hombres. La infantería principalmente, organizada por Gonzalo de Córdoba en tiempo de las guerras de Italia, pasaba por invencible; hasta los gentiles hombres servían en ella como simples soldados: «Señores sol-



FELIPE II (1527 - 1598).

Reproducción del cuadro de Ticiano, que está en la Galería Corsini, en Roma.

Este retrato, uno de los mejores de Ticiano, representa a Felipe II, poco después de su advenimiento al trono, cuando tenía de veinticinco a treinta años. Era rubio, con ojos azules. Esa cara larga, con frente muy ancha, mirada dura, labios gruesos y desdeñosos y bigote caído, causa impresión de gravedad, de frialdad y tenacidad. Ningún soberano fué más laborioso que él, ninguno tampoco fué tan obstinado en sus ideas.

dados», decían los oficiales dirigiéndose a sus compañías. Por último, esas tropas distinguidas estaban mandadas por generales experimentados, entre los cuales hubo algunos que fueron grandes capitanes, como el *duque de Alba*, *don Juan de Austria*, hermano natural de Felipe II, y *Alejandro Farnesio*, este último duque de Parma y nieto de Carlos V.

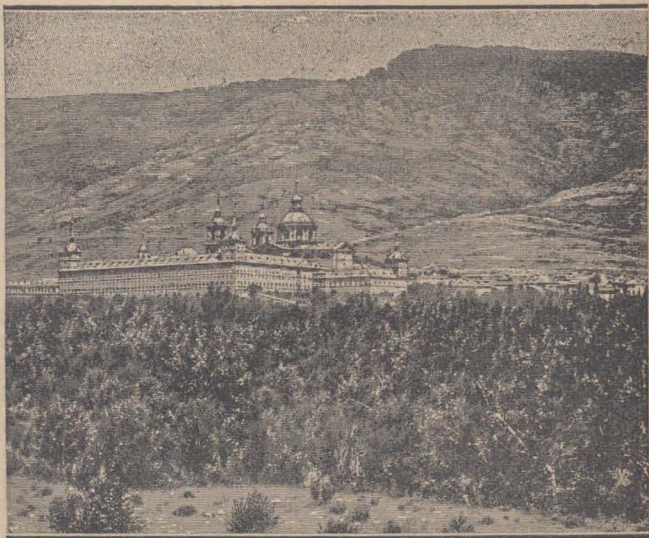


GABINETE DE TRABAJO DE FELIPE II EN EL ESCORIAL. Fotografía.

Esta fué la habitación donde, en la soledad propicia al trabajo, Felipe II, que estudiaba personalmente todos los asuntos de su inmenso imperio, pasó la mayor parte de su vida. Estancia severa y desnuda como celda de monje, cuyo único adorno es el gran tapiz que cubre parte de la pared del fondo y en el que figuran las armas de la casa de Austria, esto es, el águila con sus alas desplegadas. Severos sillones sin la más mínima escultura, dos sillas de tijera, dos taburetes y, en un rincón cerca de la puerta, una consola con un velón de bronce, componen el ajuar de este gabinete. A la izquierda, sobre un pie de madera, hay una esfera armilar.

FELIPE II Carlos V había sido un monarca cosmopolita, residía sucesivamente y según las circunstancias en sus diversos estados, preferentemente en Flandes, de donde era oriundo. *Felipe II*, nacido y educado en España, fué exclusivamente un soberano español. Desde 1559 hasta su muerte no salió de España. Fijó su residencia en Castilla, no lejos de Madrid, en una región solitaria en la que hizo edificar el célebre monasterio de *El Escorial*, palacio imponente por su aspecto sencillo y austero.

Esa vida retirada en *El Escorial* convenía a su genio som-



EL PALACIO MONASTERIO DE EL ESCORIAL.

Felipe II residió en el monasterio de San Lorenzo de *El Escorial* casi permanentemente. Este monarca ordenó la edificación, que duró veintiún años (1563 - 1584). El edificio se alza en el centro de una meseta desierta situada a treinta y ocho kilómetros al noroeste de Madrid. El conjunto tiene forma de parrilla en memoria de San Lorenzo, cuya fiesta se celebra en el día aniversario de la victoria que *Felipe II* obtuvo en San Quintín. En el centro se yergue la iglesia, de granito toda ella, y cuya cúpula y dos torres vemos en este grabado. El edificio es imponente, sombrío, como el hombre que lo hizo edificar. En *El Escorial* se encuentra el pudridero, sitio donde permanecen los cuerpos de los reyes, cinco años antes de pasar al Panteón de los Reyes, que está en este mismo edificio.

brío y poco sociable. Felipe II era taciturno, frío y habitualmente encerrado en una reserva altanera. No mostró nunca afecto verdadero y profundo sino por su hija doña Isabel. No tenía afición a los ejercicios físicos ni a la guerra; era instruído, las artes le interesaban, protegía a los artistas. Gobernar era, por otra parte, su pasión exclusiva: encerrado en El Escorial, trabajaba infatigablemente en el estudio de los innumerables asuntos relativos al gobierno de su prodigioso imperio y, aun cuando viajaba, llevaba en la litera grandes cartapacios repletos de expedientes que leía y anotaba cuidadosamente. Como tenía verdadero celo en que su autoridad fuera intangible, no la compartió con nadie, y si hubo en torno suyo favoritos y consejeros influyentes, jamás nombró ministros directores. Él solo decidía en todas materias, tanto en las insignificantes como en las de mucha entidad. Pero como era lento e irresoluto, ese ánimo de verlo todo, de estudiarlo todo y de decidirlo todo tuvo a menudo consecuencias funestas. Los asuntos rodaban meses y meses sin resolverse ni expedirse. «Si la muerte viniese de España, decía el virrey de Nápoles, estoy seguro de vivir muchísimo tiempo». Felipe II, por lo demás, había hecho sistema de política esa lentitud en tomar una decisión: «El tiempo y yo, decía, valemos dos».

Cuando Carlos V entregó, en 1556, sus coronas a su hijo, que a la sazón tenía veinticinco años, le recomendó *atender sobre todas las cosas a los intereses de la religión*, recomendación que Felipe II no olvidó nunca. La lucha por el catolicismo fué el pensamiento dominante de su vida; la herejía le inspiraba un verdadero horror: «Si mi propia sangre llegara a corromperse en mi hijo, decía un día, yo sería el primero en llevar la leña para la hoguera en que habría de morir». De aquí que todos los actos de su voluntad tendieran a la guerra religiosa, a la que consagró los recursos de sus inmensos estados. Con calculada y terrible tenacidad la sostuvo a la vez en sus propias posesiones y en los países extranjeros.

LAS PERSECUCIONES EN ESPAÑA

El cuidado de descubrir y extirpar la herejía en España se confió a los sacerdotes del *Santo Oficio*, que así se llamó la Inquisición desde que la reorganizó el rey Fernando. Los inquisidores se mostraron más sanguinarios que el mismo Felipe II, al que se atrevieron a motejar de tibio. Tal era el rigor y tan exagerada la vigilancia, que los más santos personajes fueron tachados de sospechosos

e intimidados a que se sometieran a una averiguación inquisitorial: se vió que un arzobispo de Toledo, primado de España y antiguo confesor de Carlos V, arrestado por orden del Santo Oficio, permaneció en prisión durante ocho años, a pesar de la intervención del papa.

Por estos datos puede deducirse cuál podía ser la suerte de los heréticos reconocidos. El primer *auto de fe* (1559) se celebró en Valladolid, donde quemaron vivos a catorce reformados. A partir de entonces, los autos de fe se sucedieron con frecuencia, hasta que se logró extirpar por completo la herejía: ochocientos reformados fueron quemados a un tiempo en Sevilla. Con tales procedimientos de represión se alcanzó rápidamente el fin deseado: al cabo de diez años no hubo un solo protestante en España. Para evitar eficazmente el contagio herético, Felipe II prohibió a sus súbditos que fueran a estudiar al extranjero.

No obstante, había en España cierta categoría de católicos cuya fe era dudosa; a esa categoría pertenecían los *moros* convertidos, muy numerosos en el antiguo reino de Granada, los cuales habían conservado sus costumbres musulmanas, y secretamente estaban afiliados a su antiguo credo. Felipe II quiso por fuerza transformarlos en españoles y en verdaderos cristianos, y para lograrlo prohibió la lengua árabe en todos los actos públicos, ordenó que las mujeres salieran con la cara descubierta y prohibió el uso del traje moro, así como los baños calientes, por considerarlos particularmente corruptores. El resultado que obtuvo fué una terrible insurrección de los moros, que ya no podían soportar más, insurrección que pudo ser debelada al cabo de cuatro años de porfiada lucha (1567 - 1571). Los moros fueron deshechos y los sobrevivientes expulsados de su país. Ahora bien: como esos moros eran agricultores incomparables, y como nadie los reemplazó, el país se arruinó en poco tiempo. Ello importó muy poco, toda vez que Felipe II había logrado el fin que perseguía: la *unidad de la fe*, y reinar sobre un pueblo católico.

SUBLEVACIÓN DE LOS PAÍSES BAJOS

En los Países Bajos, por el contrario, la política religiosa de Felipe II debía fracasar; a la corona de España debía costarle la pérdida de buena parte de sus posesiones, y el resultado iba a ser el nacimiento del nuevo estado que se llamó República de las Provincias Unidas.

Los Países Bajos, que eran la porción más rica de la herencia de Carlos el Temerario, comprendían Bélgica y el reino actual de Holanda. Estaban divididos en diecisiete provincias. Las del sur, antiguas ciudades flamencas incluídas anteriormente en el reino de Francia, y en gran parte pobladas de franceses, eran desde varios siglos atrás, célebres por sus riquezas, por sus fábricas de paño y por su actividad comercial. Las provincias del norte eran menos prósperas, y la población, de origen germánico, se componía principalmente de pescadores. Pero tanto al norte como al sur, todos los habitantes tenían el mismo *apasionado apego a sus libertades*.

Es de advertir que a consecuencia de su vecindad con Alemania, la reforma luterana había penetrado temprano en los Países Bajos, y que para impedir que esa religión hiciera prosélitos, Carlos V había establecido la Inquisición y promulgado tan severos edictos, que se decía estaban escritos con sangre más bien que con tinta.

Felipe II quiso que los edictos de su padre se aplicaran a la letra en momentos, precisamente, en que aumentaba de manera notable el número de reformados, y en que, como en Francia, el calvinismo reemplazaba al luteranismo. Ahora bien: como los nobles primero, y los vasallos connotados, después, reclamaban la abolición del tribunal inquisitorial, y como, además, los protestantes se daban a echar por tierra las imágenes y a poner a saco las iglesias (1566), el monarca, en respuesta, envió a los Países Bajos varios regimientos o *tercios* españoles, capitaneados por el *duque de Alba*. Éste instituyó inmediatamente un tribunal llamado *Consejo de los Desórdenes*, y apellidado *Tribunal de Sangre*, para buscar a los herejes y a los amigos de éstos. El tribunal hizo ejecutar en un lapso de tres meses a 1800 personas. Semejantes crueldades, y el establecimiento ilegal de impuestos excesivos, acabaron por provocar una sublevación general. Los insurrectos, que los españoles llamaban *mendigos*, fueron dirigidos por *Guillermo de Nassau, príncipe de Orange*, apellidado el Taciturno (1572).

LA REPÚBLICA
DE LAS PROVIN-
CIAS UNIDAS

En los primeros momentos las diecisiete provincias obraron de acuerdo, y en 1576 proclamaron en *Gante* su unión e independencia, unión que no duró tres años, porque en las provincias del sur (Bélgica actual) dominaban los católicos, y en 1579 se some-

tieron a la autoridad de Felipe II, y formaron los *Países Bajos Españoles*.

Las siete provincias del norte constituyeron un estado federal, la República de las Provincias Unidas. Cada provincia conservaba su autonomía, y los intereses comunes se discutían en una asamblea compuesta de diputados de las provincias, llamada *Estados Generales*. Las Provincias Unidas eligieron un jefe de guerra general, *estatúder*, que fué Guillermo el Taciturno.

Felipe II se obstinó en querer someter a los rebeldes; la lucha se prosiguió durante treinta años de manera feroz por parte de los españoles, que hicieron asesinar a Guillermo de Orange (1584), y que, en ciertas ciudades, en Harlem, por ejemplo, degollaron a la población entera. Los insurrectos, que se llamaban ya *holandeses*, porque la provincia de Holanda era la más importante, se salvaron gracias a su indomable energía, a las pérdidas que sus buques, *armados en corso*, causaron al comercio español, y a los socorros que les prestaron Isabel y Enrique IV. Salvo la *tregua de los doce años*, la guerra duró hasta los tratados de Westfalia, en 1648.

CONQUISTA DE PORTUGAL

En el momento en que los Países Bajos se separaban de la monarquía española, la fortuna parecía sonreír a Felipe II en otra parte: la conquista de Portugal fué el acontecimiento más favorable de su reinado. Quedaba realizada la obra que habían perseguido siglo tras siglo todos los soberanos españoles, esto es, la *unificación territorial de la Península Ibérica*.

De todos los estados ibéricos, sólo Portugal había permanecido independiente. El heredero legítimo era Felipe II, hijo de una infanta portuguesa; pero *Lusitania* deseaba conservar su independencia, y quiso coronar a *Antonio*, sobrino del gran rey Sebastián, muerto poco antes en guerra con los moros. El ejército español invadió a Portugal, derrotó a las tropas de Antonio y ocupó Lisboa. Después de algunas ejecuciones sumarias, Portugal quedó sometido.

Con esta anexión Felipe II resultó dueño también del imperio colonial portugués, es decir, de Brasil, de las factorías de África y de India, y de las famosas islas de las Especies: nuevo y formidable acrecentamiento del poder español. Tanto éxito debía durar poco tiempo. Los portugueses no perdieron su aspiración a ser independientes ni la esperanza de reconquistar

lo perdido: así ocurrió cincuenta años después de la muerte de Felipe II (1641).

LOS MOTINES DE ARAGÓN Ya hemos visto la elevada idea que Felipe II tenía de sus deberes de rey: «El oficio de rey —decía—, es el mayor de todos». Añadamos que por tener no menos elevada idea de sus derechos, no reconocía límites a su poder soberano. Bajo su reinado, consecuencia del triunfo del absolutismo, España alcanzó su *unidad política*.

Desde que se sofocó la *sublevación de las comunidades* o *insurrección de los comuneros*, bajo el reinado de Carlos V, Castilla no se movía y soportaba dócilmente la coyunda. Aragón, entretanto, conservaba, merced a cierta autonomía de que gozaba, sus ideas de independencia, y resistía con tenacidad a las usurpaciones del poder real. Conservaba instituciones que ya conocemos, como el *Justicia Mayor*, magistrado inamovible que podía tomar bajo su protección a un procesado, hasta que se le hiciera buena y regular justicia, y como la de la *diputación*, comisión permanente de las Cortes, cuyas atribuciones eran bastante extensas, sobre todo en materia de policía general del reino.

El factor de los trastornos de Aragón fué un antiguo favorito del rey, *Antonio Pérez*, quien caído en desgracia en 1578, preso después y acusado de un asesinato que, en efecto, había cometido —aunque por orden de Felipe II—, consiguió escapar, llegar a Zaragoza y ponerse bajo la protección del Justicia de Aragón (1590). Felipe II quiso que el Santo Oficio lo encarcelara por hereje; pero sublevado el pueblo de Zaragoza por los elocuentes escritos que publicó Antonio Pérez, puso en vergonzosa fuga a los inquisidores. Felipe II ordenó inmediatamente a sus tropas que marcharan sobre Zaragoza, mientras que el justicia *don Juan de Lanuza* proclamaba que la constitución había sido violada y llamaba al pueblo a las armas. Antonio Pérez entretanto huía al extranjero, y como el movimiento popular decayó al saber esa noticia, el ejército del monarca se limitó a recibir la sumisión de los rebeldes.

Felipe II empezó por castigar cruelmente: hizo decapitar al Justicia y a los jefes de la aristocracia aragonesa. Después modificó el régimen aragonés, haciendo ineficaces sus instituciones fundamentales. Así, por ejemplo, quitó a la diputación casi todos sus poderes y convirtió al Justicia en funcionario depen-

diente del rey que lo nombraba y podía revocarlo o destituirlo a su antojo. En adelante, el absolutismo no encontró el menor obstáculo ni aun en Aragón.

VICTORIA DE LEPANTO Fuera de España, el designio dominante de Felipe II fué en primer lugar combatir a los infieles. A ello lo movía no solamente el ardor de su fe, sino también el deseo de presentarse como defensor y verdadero jefe de la cristiandad y, más que todo, la necesidad de reprimir la piratería *berberisca* que arruinaba el comercio español en el Mediterráneo.

Desde principios del siglo, españoles y turcos no cesaban de luchar con encarnizamiento. Los turcos habían conquistado a *Argel*, pero los españoles conservaban a *Orán*. En 1571, Felipe II, concertando alianza con Venecia, con el papa y con la mayor parte de los estados italianos, resolvió dar a los turcos el golpe decisivo. Una armada de más de doscientos barcos, equipados con treinta mil combatientes, se puso bajo las órdenes de don Juan de Austria. Y aunque este príncipe sólo tenía entonces veintidós años, era ya célebre por sus victorias sobre los moros amotinados. El 7 de octubre de 1571 se empeñó a la vista de *Lepanto* una encarnizada batalla que terminó con la destrucción casi completa de la flota turca. Ese memorable suceso se celebró con un tedéum en todas las iglesias de la cristiandad. En la batalla de Lepanto actuó Cervantes, como soldado, y fué herido en la mano izquierda.

Sin embargo, victoria tan gloriosa no tuvo resultado alguno. «Con haber vencido a nuestra flota, decía el gran visir al enviado veneciano, sólo nos habéis afeitado. Una barba rasurada vuelve a salir mejorada.» En efecto: las flotas turcas se reconstituyeron en poco tiempo. Pero Felipe II pensaba entonces en combatir contra otros adversarios: las provocaciones de Inglaterra y los trastornos de Francia y de los Países Bajos hacían que las fuerzas españolas se dirigieran al noroeste de Europa.

II

LUCHA CONTRA INGLATERRA.—ISABEL

Por el hecho de haber contraído matrimonio Felipe II (1554) con la reina de Inglaterra, la católica *María Tudor*, Inglaterra y España estuvieron primero estrechamente unidas. Pero *María Tudor* murió en 1558, e Inglaterra, volviendo al protestantismo

con la reina *Isabel*, se separó de España, y a partir de entonces hubo entre ambos países una sorda rivalidad que tomó proporciones de lucha encarnizada.

LA REINA
ISABEL

El reinado de Isabel (1558 - 1603) es uno de los más largos, importantes y gloriosos de la historia inglesa. Cuando Isabel ocupó el trono sólo tenía veinticinco años. Hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, fué educada en el protestantismo. María Tudor, que era su media hermana, y católica fanática, la aborrecía y la tuvo casi prisionera durante todo su reinado. Sea por consecuencia de sus atormentados años infantiles, sea por disposición natural, lo cierto es que Isabel se acostumbró a ser tan disimulada que esa costumbre degeneró en hipocresía y que después se valió del engaño y la mentira como elementos de gobierno. Era coqueta y vanidosa, le gustaban las adulaciones vulgares y tenía pasión por las alhajas y los atavíos. Imperiosa y áspera, fácilmente se dejaba dominar por la cólera, lanzaba juramentos de soldado, injuriaba y pegaba; un día llegó su desmán hasta a arañar a un gran señor. Pero esta mujer de maneras vulgares, viciosa y falsa, fué una soberana notable: tenía muy viva inteligencia y era harto instruída, sobre todo en las letras clásicas; leía el griego y hablaba tan corrientemente el latín como el francés y el italiano. Práctica ante todo, equilibrada y económica hasta rayar en avaricia, desconfiaba de las aventuras y gobernó con mucha prudencia. Supo escoger para consejeros a hombres eminentes y fervorosos patriotas que trabajaron con pasión por la grandeza de Inglaterra. Por último, tenía carácter viril y persiguió la realización de sus empresas con indomable tenacidad. «¡Qué mujer!, decía el embajador español un día que tuvo una discusión con la reina, ¡debe estar poseída de los mil demonios!» Los ingleses le agradecieron principalmente que hubiera restablecido el protestantismo y la paz en el reino, que hubiera favorecido y enriquecido el país por medio de hábiles medidas, y combatido contra la católica España. Ningún soberano fué tan popular como esta reina.

ISABEL Y MARÍA
ESTUARDO

Isabel era escéptica en materia de religión. Al principio de su reinado, por temor a los motines y a las complicaciones exteriores, atendió a que los partidos religiosos, incluso los católicos, estuvieran bien avenidos. Después, como encontrara provecho en conservar

para el monarca el gobierno de la iglesia, organizó lo que se llama el *anglicanismo* (1), singular acuerdo entre el catolicismo y la reforma (1562).

A partir de entonces hubo de contar con la hostilidad de los católicos. El principal y más dramático episodio de la persecución del catolicismo en Inglaterra fué el cautiverio y ejecución de *María Estuardo*. María Estuardo, aunque reina de Escocia, era completamente francesa de inclinación y de educación, por ser hija de una princesa francesa y viuda del rey de Francia, Francisco II. Seducía a amigos y enemigos por su peregrina belleza, porque era donairoso, porque tenía talento, cautivadora palabra y natu-



ISABEL DE INGLATERRA (1558 - 1603). Retrato pintado por GERARD.—Castillo de Hamptoncourt.—Fotografía SPOONER, de Londres.

La reina frisaba en los cuarenta y ocho años cuando Gerard hizo este retrato. El tocado, harto complicado, hace resaltar sus cabellos rojizos; éste se compone de una como diadema y de un velo redejón que le cae en los hombros. Diadema, velo y gorguera están recargados de perlas y de pedrería. A Isabel, en efecto, le gustaban las joyas en exceso, así como también

los vestidos; de estos últimos, según decir, se contaban tres mil en su guardarropa. Al contemplar esa cara huesosa y larga, esos ojos zarcos que miran con dureza, esos labios apretados y esa barba prominente, nos sorprende que sus contemporáneos la reputaran hermosa, tanto más cuanto que su semblante frío refleja sequedad de corazón. Decían asimismo que tenía «naturaleza de acero», y un historiador inglés terminó su retrato moral con esta frase: «fué el más firme y perspicaz de los hombres políticos de su tiempo». Inglaterra tuvo pocos reyes que tanto hayan hecho por su grandeza.

(1) Véase pág. 85.

ral firmeza de ánimo; por desgracia, era imprudente y apasionada. Isabel temía su ambición, porque María Estuardo, bisnieta de Enrique VII Tudor, tenía también derechos a la corona de Inglaterra, y, para restaurar el catolicismo, los más exaltados entre los católicos ingleses soñaban con reemplazar a Isabel por María, princesa muy católica. Huyendo de Escocia en 1568, por causa de la insurrección que provocó su segundo matrimonio, fué a refugiarse en Inglaterra, coyuntura que Isabel aprovechó para retenerla prisionera. Los católicos tramaron varias conspiraciones con la mira de libertarla y asesinar a la reina Isabel. Ese fué el motivo que tuvo la reina inglesa para someterla a juicio y para que el tribunal, compuesto de pares del reino, la condenara a muerte al cabo de dieciocho años de cautiverio. María Estuardo fué al patíbulo con admirable serenidad, y conservó hasta el último instante la gracia y la dignidad que la caracterizaban (1587).

LA ARMADA INVENCIBLE Felipe II había estimulado todas las tentativas de los católicos ingleses y facilitado recursos a los católicos irlandeses cuando se levantaron en armas (1579). Las medidas rigurosas que tomó Isabel contra los católicos en 1581, la ejecución de varios jesuitas y, por otra parte, los ataques repetidos de los corsarios ingleses a los barcos y hasta a las colonias españolas, decidieron al rey de España a romper abiertamente con Inglaterra (1584).

En 1587, para vengar la muerte de María Estuardo y acabar con Inglaterra, Felipe preparó la expedición más colosal que se había visto desde las Cruzadas. Un ejército de treinta mil hombres, mandado por el ilustre Alejandro Farnesio, estaba dispuesto para pasar a Inglaterra tan pronto como llegara la flota española. Ésta, compuesta de ciento treinta y cinco barcos, armada con más de dos mil cañones y tripulada por diez mil marinos, conducía un segundo cuerpo de ejército de diez y nueve mil hombres. Parecía que nada podría resistir a fuerzas semejantes, y de aquí que la llamaran *armada invencible* o simplemente la Invencible.

La armada se hizo a la mar en 1588. A los pocos días la sorprendió el mal tiempo y, en el canal de la Mancha, las pesadas naves que la componían fueron atacadas y perseguidas por los ligeros barcos ingleses, más rápidos y más veleros. El duque de Medina Sidonia, que mandaba la armada, quiso tomar

aliento en Calais; pero los *brulotes*, barcos cargados de materias combustibles e inflamables que el enemigo dirigió sobre la flota para incendiarla, sembraron el espanto y provocaron pánico tan terrible en la tripulación que aquello fué verdadera derrota. Los españoles, cortando las amarras, buscaron refugio en alta mar, pero allí se encontraron de nuevo con la tempestad. Medina Sidonia, desanimado, viendo que no podía abordar a los Países Bajos ni tomar otra vez el camino de la Mancha, resolvió regresar a España por la única vía libre que le quedaba, dando la vuelta a la Gran Bretaña. El mar hizo nuevos estragos en la flota española: gran número de barcos se estrellaron en las costas de Escocia y de las islas adyacentes —las Orcañas y las Hébridas— y las dotaciones perecieron ahogadas o a manos de la desalmada gente ribereña: un solo hombre se vanaglorió de haber matado por su mano ochenta náufragos. De los ciento treinta y cinco barcos de la Invencible, cincuenta llegaron a España. En aquella empresa perdieron la vida unos veinte mil hombres, sin que un solo soldado español hubiera logrado poner el pie en Inglaterra.

Felipe II, que recibió la noticia del desastre de la armada con su impasibilidad habitual, se limitó a decir: «Envié la armada a luchar contra los hombres, no contra los elementos».

DESARROLLO DE
LA MARINA
INGLESA

El desastre de la armada española es fecha capital en la historia de Inglaterra, porque a partir de ese acontecimiento el poder marítimo inglés comenzó a cobrar amplitud.

Mucho antes de la ruptura entre Isabel y Felipe II, los atrevidos marinos ingleses habían empezado a perseguir a los galeones y a hacer el contrabando en las colonias españolas, en lo que arriesgaban la vida, porque si caían en poder de los españoles eran ahorcados como piratas o entregados a la Inquisición como herejes. El más intrépido y renombrado fué sir *Francis Drake*. De 1577 a 1580, pasando Drake por el estrecho de Magallanes, logró ser el segundo en dar la vuelta al mundo, no sin haber saqueado las costas de Chile y de Perú y apresado un galeón cuyo cargamento de plata, oro y piedras preciosas valía ocho millones. En 1587 incendiaba buques en la misma rada de Cádiz, hazaña de que se jactaba diciendo: «Le he quemado la barbas al rey de España».

A Drake y a los otros corsarios fué a quienes se debió principalmente la derrota de la Invencible. Después de ese victo-

rioso lance, la audacia de éstos no tuvo límites: se presentaron delante de La Coruña, delante de Lisboa y delante de Cádiz, gran puerto este último y el más importante y rico de España, que (1596) sorprendieron, ocuparon y saquearon metódicamente para terminar destruyéndolo con el incendio.

BRILLO DEL
REINADO
DE ISABEL

Aunque era todavía muy grande la desproporción entre el Imperio Español e Inglaterra, después de la derrota de la Invencible y el saqueo de Cádiz, el poder de Isabel contrabalanceaba el poder de Felipe II. Inglaterra estaba a la cabeza de la Europa protestante.

A la gloria militar se unían ventajas más prácticas. Bajo el reinado de Isabel fué cuando se despertó el genio comercial inglés; en aquel entonces se fundaron *compañías de comercio* para traficar en el Mediterráneo, en el mar Báltico y hasta en el mar Blanco. *Londres* suplantó a Amberes, arruinado por los españoles, y llegó a ser el mercado más importante de Europa. Un favorito de la reina, poeta, marino y soldado aventurero, *Walter Raleigh*, inició la colonización inglesa en América del Norte, en la región que llamó Virginia, en homenaje a la reina (1584).

Por último, el brillo de las letras y de las artes concurrió a la grandeza del reinado de Isabel: basta recordar que en esa época vivió *Shakespeare* (1564 - 1616) (1).

(1) Véase pág. 44.

CAPÍTULO XVI

LAS GUERRAS DE RELIGIÓN EN FRANCIA Y ALEMANIA

Por consecuencia de la Reforma, en ninguna parte las luchas religiosas fueron tan violentas y encarnizadas como en Francia. Duraron más de treinta años, o sea desde 1562 hasta 1598, y quebrantaron no sólo la autoridad real, sino también el prestigio de Francia en Europa. Hasta la independencia nacional pareció amenazada por las ambiciones de Felipe II. Pero en las postrimerías de aquel siglo, el rey *Enrique IV* consiguió restablecer la paz y restaurar el reino.

CONSTITUCIÓN DEL PARTIDO CALVINISTA

Bajo los reinados de Francisco I y de Enrique II, y a pesar de las violentas persecuciones de que eran objeto, los reformados fueron aumentando progresivamente en Francia. En todo el reino se organizaron iglesias calvinistas, calcadas de la iglesia de Ginebra, y según las instrucciones de Calvino.

Lo que dió fuerza al calvinismo francés y permitió llegar a ser *partido político y militar* fué que numerosos gentileshombres y grandes señores, principalmente en el mediodía y en el oeste, se declararon adictos a las nuevas doctrinas. Antes de que muriera Enrique II, dos príncipes de la familia real, *Antonio de Borbón*, ya rey de Navarra, y su hermano, el *príncipe de Condé*, eran calvinistas. Lo mismo sucedía con algunos de los miembros de las más grandes familias, en particular el almirante *Gaspar de Coligny*.

Causa también de las guerras religiosas fué la *debilidad e incapacidad de los reyes* que sucedieron a Enrique II. Francisco II, Carlos IX y Enrique III, que reinaron sucesivamente, eran hijos de Enrique II: los dos primeros, enfermizos; el ter-

cero, afeminado y vicioso. La verdadera autoridad durante más de cinco lustros perteneció a la reina madre, *Catalina de Médicis*, italiana astuta e infidente, sin ninguna fe y sin el menor escrúpulo, cuya pasión dominante fué el poder, y cuya conducta siempre obedeció al anhelo de mantenerse en él.

Los católicos, que continuaban siendo la gran mayoría de la población, dominaban en la corte y en el consejo real. Si algunas personas honradas y de ideas más liberales deseaban un régimen de tolerancia, la mayor parte quería que exterminaran a los hugonotes

LAS PRIMERAS
GUERRAS
DE RELIGIÓN



SUPPLICIO DE UN REFORMADO.

Facsímil de un grabado del siglo XVI.

Debajo del condenado, que cuelga de la horca, se ven las ramas y los haces de leña de la hoguera. Quien, a la derecha, está tirando de la cuerda es el verdugo; la carreta en que vino el condenado está detrás; quien, a la izquierda, enciende la hoguera con una tea es el criado del verdugo. Las damas contemplan este horrible espectáculo desde las ventanas de las casas vecinas. Este grabado es además interesante por los pormenores que nos da acerca de los trajes y de las armas en uso a mediados del siglo XVI.

(así se llamaba a los protestantes). Los jefes del partido de la represión eran los miembros de la familia de *Guisa*, príncipes lorenese que, bajo los reinados de Enrique II y Francisco II, habían llegado a ser poderosos.

En 1562, la matanza de cien calvinistas en *Vassy* determinó el primer levantamiento de los protestantes. Entre 1562 y 1572 hubo cuatro guerras, separadas por treguas. Ninguno de los partidos tuvo suficiente fuerza para acabar de manera definitiva con el adversario. Ambos pidieron auxilio al extranjero: Catalina y los católicos a Felipe II, los protestantes a Isabel de Inglaterra.

Esas guerras fueron inhumanas en extremo. Calvinistas y católicos habían perdido hasta la noción de la misericordia. Un jefe calvinista, *Francisco de Beaumont*, barón de Adrets, se apoderó de una plaza fuerte y forzó a los hombres de la guarnición a arrojar desde lo alto de una torre sobre las picas de sus soldados. El furor de los protestantes se manifestaba particularmente contra los sacerdotes, a quienes torturaban con increíble crueldad. Además, ponían a saco las iglesias, profanaban las tumbas y rompían los crucifijos y las imágenes. Esos actos de vandalismo, más aun que los atentados contra las personas, exasperaban a los católicos. Éstos, por su parte, no se mostraban menos feroces. *Montluc*, valiente soldado de las guerras de Italia, fué, en Guyena, el émulo del barón de Adrets; le acompañaba siempre un verdugo, y él mismo declaraba que los ahorcados que había en los árboles señalaban el camino por donde había pasado. Un día hizo arrojar tantos hugonotes en un pozo que lo cegó con los cadáveres.

Estos horrores son nada comparados con la
A NOCHE DE matanza de la noche de San Bartolomé, que es
N BARTOLOMÉ uno de los más horribles episodios de la historia
(1572).

En 1572 hacía dos años que en Francia reinaba la paz. Parecía que los dos partidos se habían reconciliado y que, para afirmar tan feliz suceso, se preparaban las bodas de Enrique de Navarra, el joven jefe de los calvinistas, con la hermana de Carlos IX. A la sazón los señores protestantes eran numerosos en la corte, y el joven rey Carlos IX, que había llamado al almirante Coligny para que formara parte de su consejo, a nadie escuchaba tanto como al anciano hugonote, a quien daba el afectuoso sobrenombre de *padre*.

Catalina de Médicis, movida por la envidia y por el temor de que el poder se le escapara de las manos, resolvió *suprimir* a Coligny. El golpe fracasó: el almirante sólo fué herido, y el rey, furioso, juró vengarle «de horrible manera». Catalina, cada vez más inquieta de su propia suerte, concibió entonces el proyecto de una matanza general de hugonotes. Le hizo perder el seso al rey, que era nervioso y apocado, asegurándole con insistencia que los protestantes se armaban para vengar a Coligny, y que su vida corría muchísimo peligro. Carlos IX terminó por exclamar: «Matadlos, pero matadlos a todos para que no quede uno que pueda reprochármelo». En seguida se dieron las órdenes consiguientes: se dispuso que la fecha de a matanza sería la mañana del domingo 24 de agosto, día de *San Bartolomé*.

No había despuntado el alba cuando los suizos de la guardia tomaban posición delante del Louvre. Algunos hugonotes a quienes había llamado la atención aquel ruido insólito, se acercaron al puesto de guardia en busca de noticias; los suizos contestaron con una descarga de fusilería, que fué la señal anticipada de la matanza. Enrique de Guisa dirigió personalmente el asesinato de Coligny.

Aun cuando la orden se contraía a que sólo se diera muerte a los jefes, bien pronto se unió el populacho a los soldados, y la matanza se generalizó. No se dió cuartel ni aun a los niños. Antes de mediodía ya se contaban dos mil muertos; la turba se dió al robo, al saqueo, y continuó asesinando. Espantados, el rey y la municipalidad trataron vanamente de contener aquellos horrores, pero la matanza duró hasta el martes 26.

El ejemplo de París lo siguieron algunas grandes poblaciones. En varias provincias los gobernadores reales se negaron a ejecutar las órdenes de la corte, y salvaron a los protestantes del furor de los fanáticos.

Ese crimen odioso no dió, por lo demás, resultado alguno. Privados de sus jefes, pero de ninguna manera desanimados, los calvinistas tomaron las armas en provincias; acabaron de organizarse; formaron la *unión protestante*, y se defendieron con tanto denuedo en la *Rochela*, considerada como la gran plaza fuerte y la capital del protestantismo, que Carlos IX hubo de tratar la paz con ellos y concederles la libertad de conciencia (1573). El rey murió al año siguiente (1574).

LA LIGA Y
FELIPE II

A la muerte de Carlos IX, ocupó el trono su hermano Enrique III, príncipe embaucador, sin energía y de costumbres afeminadas. Sus gastos descabellados, sus vicios y la insolencia de sus favoritos lo deconceptuaron por completo, y el reino cayó en la anarquía más atroz.

Las guerras civiles empezaron de nuevo. De 1584 a 1589 hubo cuatro. En 1576, enfurecidos porque el rey había otorgado ciertas mercedes a los protestantes, los católicos más fervientes formaron la *Santa Liga*, para «restablecer por todas partes la ley de Dios». En realidad, la formación de la Liga era también un *peligro para el trono*; sus partidarios juraban restituir a las provincias «sus antiguos derechos, preeminencias, fueros y libertades». Tenían por jefe al ambicioso *Enrique de Guisa*, a quien habían dado el sobrenombre de «el acuchillado» a causa del chirlo que tenía en la cara, herida que recibió en un combate contra los protestantes. Guisa, que gozaba de una inmensa popularidad, principalmente en París, pensaba aprovecharse de ella para destronar a Enrique III.

La Liga llegó a ser muy poderosa y temible después de la muerte del duque de Alençon, hermano del rey (1584). A esa circunstancia se debió que *Enrique de Navarra*, jefe de los protestantes, llegara a ser *heredero legítimo de la corona de Francia*. Para prevenir el escándalo que significaba el hecho de que un protestante fuese rey de Francia, el pueblo en masa de las ciudades, fanatizado por los monjes, entró en la Liga. Los partidarios de ésta firmaron un tratado con Felipe II, que les dió dinero en seguida, y después tropas.

Enrique III, que se veía perdido, creyó que para salvarse lo hábil era valerse de la astucia y del crimen. Expulsado de París por el pueblo amotinado, fingió ceder y nombró a su rival Enrique de Guisa *teniente general del reino*, para hacerlo asesinar después (1588). El desquite no tardó mucho: como estuviera delante de París, ciudad a la que ponía sitio, un monje fanático se introdujo en su tienda de campaña y le hundió un puñal en el vientre (1589).

LAS
RETENSIONES
ESPAÑOLAS

La muerte de Enrique III dió alas a la anarquía. El rey legítimo, Enrique de Navarra, que llegó a ser *Enrique IV*, tenía en contra a la mayoría de la nación. Valeroso soldado y buen capitán, venció a los partidarios de la Liga, pero no consiguió hacerse dueño de París (1590).

Los ejércitos españoles habían entrado en Francia con el pretexto de socorrer a la Liga y defender la religión católica. Felipe II encontraba que aquélla era muy buena oportunidad para hacer que Francia cayera bajo su férula. En efecto: logró



LAS TROPAS ESPAÑOLAS SALIENDO DE PARÍS (22 de marzo de 1594).

Facsímil de un grabado existente en la Biblioteca Nacional.

Felipe II había enviado la guarnición española que estaba en París y que Enrique IV hizo partir el mismo día en que, gracias al dinero distribuido profusamente, logró que le franquearan las puertas de la ciudad. Él asistió al desfile de esas tropas desde una de las ventanas de la puerta de San Dionisio y desde la cual, devolviendo graciosamente el saludo a los oficiales, dijo a éstos en voz alta: «Recordadme con vuestro rey, pero no volváis nunca.» Este grabado representa dicho episodio. Enrique IV está asomado a la ventana.

Los soldados se descubren y doblan la rodilla al pasar por delante de él.

que una guarnición española se instalara en París, y despreciando la ley sálica, que excluía a las mujeres del trono de Francia, trató de obtener que proclamaran reina a su hija Isabel, nieta de Enrique II por su madre (1593). Aquello era demasiado atrevido: el único resultado que tuvieron las pretensiones españolas fué despertar el sentimiento nacional, ener-

vado hasta entonces por causa de las pasiones religiosas. Salvo un puñado de fanáticos, los partidarios de la Liga se mostraron hostiles a las proposiciones de Felipe II. Muy hábilmente, Enrique IV acogió el momento para *abjurar* del protestantismo. Y como Francia ya estaba cansada de motines, de guerras y de soldados extranjeros, el reino, de manera unánime, se apresuró a someterse al nuevo monarca.

Mientras que Enrique IV compraba su reino, Felipe II, que en apariencia sólo era combatido en Francia a título de auxiliar de los partidarios de la Liga, prosiguió la lucha por su propia cuenta. En 1595, Enrique IV, dueño de la mayor parte del reino, le declaró la guerra y, con ese viso, *las guerras de religión fueron una repetición de la lucha entre las casas de Francia y España.*

La contienda duró tres años más, pero los adversarios estaban demasiado extenuados para que uno tomara ventaja decisiva sobre el otro. En 1598, Enrique IV y Felipe II firmaron el *tratado de Vervins*, simple reedición del tratado de Cateau-Cambresis.

Al mismo tiempo que firmaba la paz con el extranjero, Enrique IV quiso consolidar definitivamente la paz interior del reino, dando solución, por último, a la cuestión religiosa. Menos de un mes antes de que se firmara la paz de Vervins, había promulgado en *Nantes* un edicto que garantizaba a los protestantes la *libertad de conciencia* en todo el reino, la *libertad de culto* casi en todas partes; la igualdad absoluta con los católicos y la *accesibilidad de todos a los empleos*. El edicto les dejaba, además, el derecho de celebrar asambleas generales para deliberar sobre sus intereses. Por último, los protestantes debían conservar, durante varios años, unas cien plazas fuertes, como plazas de seguridad (1598).

Se ha dicho del edicto de Nantes, «que merecía ser principio de una época en la historia del mundo», porque inauguraba la era de la tolerancia. Para comprender bien su importancia, es preciso recordar la situación religiosa en los demás estados de Europa en la fecha misma en que se promulgó el edicto. En todas partes, en Alemania, en Inglaterra y en España, los súbditos estaban obligados, bajo pena de destierro, cuando no de muerte, a practicar la religión de su soberano. *Francia fué la*

primera nación que adoptó el régimen de la libertad religiosa. Por desgracia, la intolerancia debía tomar satisfacción un siglo más tarde y obtener la revocación del edicto de Nantes.

RESTABLECI-
MIENTO DE
FRANCIA.
ENRIQUE IV

Uno
de los
rasgos
que más
llaman

la atención en la historia de Francia es la rapidez con que esa nación se ha rehecho siempre, aun cuando las crisis que atravesara hubieran sido espantosas. Después de las guerras de

Por el año de 1625, María de Médicis, segunda mujer de Enrique IV, encargó al gran pintor flamenco Pedro Pablo Rubens veintiún cuadros que debían representar su historia y decorar el Palacio del Luxemburgo, su

residencia. En el cuadro en que figura este retrato, Enrique IV contempla el de María de Médicis, con quien se casó en 1600. El rey viste traje de general.—La nariz aguileña, cual la de todos los Borbones, la barba espesa y las pobladas cejas, prestan a su fisonomía expresión de osadía y de bondad placentera y burlona al mismo tiempo. El carácter de este hombre está reflejado en su rostro.



ENRIQUE IV (1553 - 1610).

Según RUBENS (1577 - 1640).—Museo del Louvre.—Fotografía de Neurdein.

religión, como después de la de Cien Años, sólo quedaron ruinas y miseria. Pero casi inmediatamente hubo un maravilloso *renacimiento agrícola, industrial y comercial*.

Ese renacimiento se debió en gran parte al hábil y prudente gobierno de *Enrique IV*, uno de los reyes cuya memoria conservan con cariño las generaciones que se han sucedido en Francia. Era reputado por su extraordinaria bravura, por su verdadero talento como hombre de guerra, por sus costumbres familiares y sencillas y su bondad un tanto burlona. Tenía mucha perspicacia, y juzgaba a los hombres pronto y bien. Incapaz de ser rencoroso, empleaba complacidamente a sus enemigos de ayer si reconocía en ellos capacidades y pensaba que le servirían bien. Nadie se las entendía mejor que él para mandar, y se ha dicho que «jamás soberano alguno supo como él obligar a los súbditos a que acataran gustosos su absoluta voluntad». Sabía dar a sus órdenes apariencias de súplica, y siempre daba las gracias a quien le obedecía. Pero tenía firme voluntad de que le obedecieran, y con apariencias bondadosas «quería, en el manejo de los asuntos del Estado, ser respetado en absoluto y un poco más de lo que sus predecesores lo habían sido». Lo logró, y la autoridad real llegó a ser en Francia verdaderamente poderosa.

RESULTADOS DEL REINADO DE FELIPE II

Casi todos los proyectos de Felipe II, en Europa, habían fracasado. Sin embargo, ninguno de esos fracasos parecía decisivo. Cuando el Rey Católico murió, en 1598, su prestigio permanecía intacto, el reino de España conservaba su reputación de grandeza y poderío, y cierta supremacía en Europa.

Esa superioridad de España se manifestaba, en aquellos momentos, por un magnífico desarrollo de las letras y de las artes, cuyo estudio hemos hecho en los capítulos V y VI.

Si bien es cierto que nada faltó a la gloria de España, no lo es menos que fué más menesterosa que gloriosa. La miseria, una miseria profunda, casi universal, irremediable, fué el segundo resultado del reinado de Felipe II.

Miseria del gobierno, en primer lugar. Las vastas empresas de Felipe II agotaron bien pronto los tesoros de las Indias, y la estrechez de la hacienda pública fué permanente y extremada. En el apogeo del reinado, poco tiempo después de la victoria de Lepanto, el poderoso rey escribía estas líneas desesperadas: «El desorden de la hacienda es irremediable. Tengo cuaren-

ta y ocho años, la vejez llega, y no sé cómo viviré mañana; no sé cómo vivo hoy con el dolor que me proporcionan tantos cuidados». Estas tristes previsiones se realizaron en los últimos días



FELIPE II (1527-1598).

Retrato hecho por un pintor desconocido, conservado en El Escorial.

Fotografía.

Cuando se pintó este retrato, Felipe II estaba en las postrimerías de su vida (murió a los 71 años). El rostro ha enflaquecido; cabellos y barba, antes rubios, son canos ahora; sus ojos azules tienen la misma expresión fría y obstinada que se nota en el admirable retrato que pintó Ticiano cuando el modelo tenía 25 años. (Véase la pág. 109). El semblante continúa siendo el mismo, grave y firme; pero se advierte cierto dejo de lasitud y tristeza. Este rey, prodigiosamente laborioso, de quien se decía cuando subió al trono que hacía temblar la tierra cada vez que daba un paso, vió desvanecerse uno a uno todos sus planes. Felipe II fué un vencido: fracasó en Francia cuando Enrique IV, en Inglaterra cuando Isabel, y en los Países Bajos cuando sus propios súbditos se sublevaron.

de su reinado; dos años antes de morir, Felipe II se vió acorralado por una verdadera bancarrota. Para hallar los recursos necesarios hubo de solicitar una dádiva. Puede decirse que el gobierno real estaba reducido a la mendicidad.

La nación misma experimentaba, tanto como su gobierno, el mismo malestar. Ese pueblo de soldados, de aventureros y de conquistadores, había perdido el gusto al trabajo. Mientras sin cesar disminuía el número de labradores y artesanos, crecía, con espantosa rapidez, una multitud de vagabundos, espadachines, ladrones y pordioseros. Los campos se despoblaban y los eriales se extendían cada vez más. Todos, artesanos o mendigos,

estaban igualmente hambrientos: «Más días hay que longanizas», afirmaba un decir popular. El peso de los impuestos acabó por desanimar y arruinar al pueblo. «¿Cómo ha de emprenderse un negocio comercial —se decía en las cortes de 1594—, si se está obligado a pagar 300 ducados de impuesto por un capital de 1000 ducados?... La agricultura y la ganadería, la industria y el comercio están arruinados; ya no hay localidad en el reino donde no falten habitantes, y muchas casas están cerradas y sin moradores. En una palabra: el reino perece.»

La ruina del tesoro nacional debía provocar en
DECADENCIA breve plazo la ruina política. Por el empeño obce-
DE ESPAÑA cado de querer que España fuera, gracias a las armas, la primera potencia del mundo, Felipe II había abierto, en realidad, para aquella nación, la era de la decadencia. Tal era el principal resultado de aquel reinado.

En adelante, España decadente, aunque conservó una especie de arrogancia heroica, siguió arruinada por completo y no fué sino la sombra de sí misma.

LA GUERRA DE TREINTA AÑOS

Desde 1618 hasta 1648, Alemania fué teatro de una prolongada guerra, que, a causa del tiempo que duró, se llama con razón *guerra de Treinta Años*.

Los motivos aparentes fueron los *asuntos religiosos*; sus comienzos, una sublevación de los checos reformados contra su soberano católico; la causa real fué *la ambición de un príncipe de la Casa de Austria*, que soñó transformar el imperio electivo y federal alemán, en un estado hereditario, centralizado como el reino de Francia.

Al principio fué una simple *guerra civil* de los estados de la Casa de Austria; poco después se convirtió en *guerra alemana*, y, por último, se transformó en *guerra general europea*, en que terciaron, a más de los estados alemanes y la Casa de Austria, Dinamarca, Suecia, las Provincias Unidas, España y Francia, autor principal de este gran drama, a partir de 1635.

La guerra de Treinta Años, desde que comenzó, fué so-

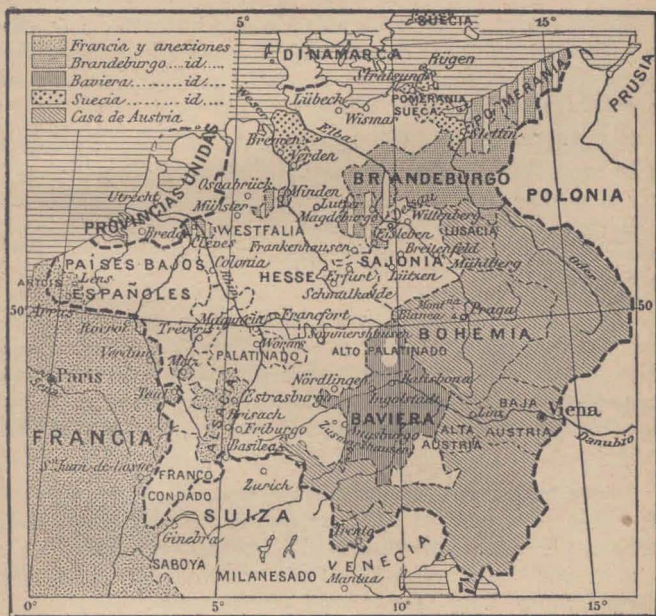
bre todo un *nuevo episodio de la lucha entre las casas de Francia y España*, que se terminó por dos tratados: primeramente, en 1648, los *tratados de Westfalia*, que señalaron el fin de la guerra de Treinta Años propiamente dicha, y sancionaron la ruina de los proyectos austríacos en Alemania, y después, en 1659, el *tratado de los Pirineos*, que sancionó la victoria de Francia sobre los Habsburgo de España, y la ruina de las pretensiones españolas a la supremacía.

ORÍGENES DE LA GUERRA A pesar de algunos accidentes, la paz de Augsburgo de 1555 había permitido que, durante más de medio siglo, hubiera sosiego en Alemania. Sin embargo, como ésta no concedía la libertad de culto sino a los príncipes luteranos y la negaba a los calvinistas, estos últimos, ya muy numerosos en Alemania occidental y en la región renana, fundaron, en 1608, una liga llamada *Unión Evangélica*, presidida por el elector palatino *Federico V*. Los príncipes católicos respondieron al siguiente año fundando la *Santa Liga*, dirigida por el duque de Baviera, *Maximiliano*. Los luteranos no sólo no se organizaron, sino que, además, se negaron abiertamente a tener trato con los calvinistas, por considerarlos blasfemos y más dignos de ser aborrecidos que los católicos.

La guerra fué consecuencia del carácter del emperador *Fernando II*, emperador elegido en 1619, nieto de Fernando I, hermano de Carlos V. Su catolicismo intransigente consideraba que «protestantismo y rebelión eran cosas inseparables».

Por otra parte, el establecimiento de una sola y misma religión en sus estados era más indispensable para él que para ningún otro soberano. Sus súbditos eran, unos alemanes, como en el archiducado de Austria, otros eslavos, como los checos del reino de Bohemia, y otros hasta de raza amarilla, como los magiares del reino de Hungría. *Cada uno de estos pueblos formaba un Estado distinto, con razas y lenguas distintas*. El pensamiento secreto de Fernando era unificarlos, comenzando por la unificación religiosa.

Comenzó por Bohemia, cuya situación religiosa era muy especial. Los checos que poblaban el reino, eslavos perdidos en medio de pueblos alemanes, procuraron poner a salvo su nacionalidad y no dejarse absorber por los vecinos. La religión era para ellos un



EUROPA CENTRAL A FINES DE LA GUERRA DE TREINTA AÑOS, Y PAÍSES QUE FRANCIA, SUECIA, BRANDEBURGO Y BAVIERA ANEXARON.

medio de distinguirse claramente de los pueblos que los rodeaban. De aquí el que Bohemia fuera la tierra clásica de las herejías.

Ya Fernando era rey de Bohemia (1618) cuando ordenó cerrar varios templos. A esto siguieron diversos tumultos en Praga, y allí ocurrió la histórica *defenestración* (1): varios repre-

(1) Esta palabra procede de la palabra anticuada *fenestra* (ventana) y significa la acción de arrojar a alguien por la ventana.—(N. del T.)

sentantes reales fueron arrojados desde las ventanas del palacio, y salváronse por obra de la casualidad. El 26 de agosto de 1619, el mismo día en que Fernando era elegido emperador de Alemania, los checos lo declaraban desposeído de la corona de Bohemia, y elegían en su lugar al elector palatino *Federico V*, jefe de la Unión Evangélica (1619).

Hasta entonces sólo había existido una insurrección de checos contra su rey, y una guerra civil en los estados de los Habsburgo. *Al aceptar Federico la corona de Bohemia, se transformó la guerra civil en guerra alemana.*

La elección de Federico al trono de Bohemia inquietó a todos los príncipes alemanes y particularmente a los electores: en adelante no habría en el colegio electoral sino tres electores católicos (1) y cuatro protestantes (2). Por consiguiente, en la próxima elección, la corona imperial corría riesgo de recaer en un protestante.

Como el emperador no tenía ejército para combatir a Federico, católicos y luteranos le prestaron auxilio de buen grado, éstos porque Federico era calvinista. Los checos fueron derrotados cerca de Praga (1620); Federico escapó tan de prisa que abandonó, en una plaza de Praga, la corona, el cetro y el manto real.

La represión fué terrible. Desde entonces, hasta nuestros días, los checos lucharon por la *autonomía del reino de Bohemia*, hasta que —como consecuencia del tratado de Versalles, que puso fin a la Guerra de 1914-1918— quedó reconceida la existencia independiente de la nación checoeslovaca.

RUINA DEL
ELECTOR
PALATINO

Parecía que con la reconquista de Bohemia se había terminado la guerra. Pero, Maximiliano de Baviera, no había puesto gratuitamente su ejército a disposición de Fernando: esperaba ser indemnizado.

El emperador, a pesar de las protestas de los príncipes alemanes, transfirió a Maximiliano los títulos, privilegios y posesiones de Federico. Aquél fué desde entonces duque de Baviera

(1) Los arzobispos de Tréveris, Colonia y Maguncia.

(2) Los electores de Sajonia, Brandeburgo, Bohemia y el Palatinado. Federico V reunía los dos últimos votos.

y elector palatino al mismo tiempo, y en lo sucesivo se llamó *elector de Baviera*. Esa medida aterró a los protestantes, tanto luteranos como calvinistas, puesto que, como resultado inmediato, reducía a dos el número de electores protestantes (1), y elevaba a cinco el de los electores católicos (2). Era el preludio de la próxima ruina de los reformados.

LA GUERRA
EUROPEA.
INTERVENCIÓN
DE DINAMARCA

Éstos solicitaron la protección de un príncipe que era a la vez miembro del imperio a causa de sus heredades, y soberano de un reino independiente; ese príncipe era el *rey de Dinamarca*, Cristián IV. *La intervención del rey de Dinamarca transformó la guerra alemana en guerra europea* (1625).

Cristián IV no fué más afortunado que Federico V: fué vencido y debió firmar la paz de *Lubeck* (1629), comprometiéndose a no volver a intervenir en Alemania.

Las ambiciones del emperador Fernando se mostraron entonces a las claras. En primer lugar, quiso consumir la ruina de los protestantes, y para ello promulgó un poco antes de firmar el tratado de paz de *Lubeck*, el *edicto de restitución*, en virtud del cual debían devolverse al emperador las tierras de la Iglesia, secularizadas en 1552; así iba a disponer de inmensos territorios en toda Alemania.

El emperador se proponía, al mismo tiempo, transformar la constitución del imperio.

En lugar de un imperio dividido en cuatrocientos estados, poco más o menos, división que era causa de que sus vecinos no le temieran, Fernando soñaba con organizar un imperio unido, sumiso a una sola voluntad, y cuya extensión territorial y número de habitantes lo hicieran formidable en Europa.

INTERVENCIÓN
DE SUECIA Y
FRANCIA

La transformación del imperio en provecho de los Habsburgo de Austria, debía ser particularmente peligrosa para *Francia y Suecia*.

Hubo de ser tanto más peligrosa para Francia, cuanto que otros Habsburgo reinaban en España, y que, por el hecho de tener posesiones en Italia, verbigracia, el Milanesado,

(1) Electores de Sajonia y Brandeburgo.

(2) Electores de Tréveris, Colonia, Maguncia, Bohemia y Palatinado (Baviera).

les sería muy fácil reunir sus fuerzas con las de los Habsburgo de Austria. *Así podía reconstituirse el imperio de Carlos V*, y Francia estar expuesta a los mismos peligros en que estuvo un



GUSTAVO ADOLFO (1594 - 1632).

Retrato que pintó VAN DYCK.

Gustavo Adolfo, rey de Suecia, es uno de los más célebres hombres de guerra. Los suecos le apellidan el Grande, y, en efecto, fué el más glorioso de sus reyes; todos los grandes generales del siglo XVII se formaron en su escuela, y fué el precursor directo de Federico II y de Napoleón. Era sencillo, justo y bondadoso; prohibía que se entrara a saco en ciudades y poblados, lo cual era cosa extraña en aquella época. Además, era hombre muy instruído, pues hablaba y escribía seis idiomas. Era tan corpulento y vigoroso que difícilmente encontraba caballos para montar. Tenía frente espaciosa, nariz grande y aguileña, mirada dulce, cabeza bien plantada en robusto cuello: todo en su retrato expresa nobleza y apacible bondad.

siglo antes, en tiempos de Francisco I. *Richelieu* quería impedirlo a toda costa. Ese gran hombre de estado, ministro omnipotente del rey Luis XIII, se propuso como fin supremo de su política, disminuir la importancia de las casas aliadas de Austria y España.

Suecia estaba directamente amenazada por Fernando. El emperador soñaba con que su reino fuera una potencia marítima en el Báltico; Gustavo Adolfo, rey de Suecia, pretendía convertirlo en *lago sueco*, y no podía, sin correr grave riesgo, dejar que el emperador se estableciera a retaguardia de ese foco.

Los príncipes católicos, y a la cabeza de ellos Maximiliano de Baviera, justamente inquietos por las ambiciones de Fernando, y secretamente incitados por Richelieu, habían amenazado aliarse con los protestantes si el emperador no deponía sus ambiciones. El emperador acababa de ceder cuando Gustavo Adolfo desembarcó en Alemania (1630).

Gustavo Adolfo venció

al ejército de la Santa Liga, cerca de Leipzig (1631). Después, contrariamente a las costumbres de su pueblo, continuó las operaciones durante el invierno, e invadió a Baviera, ocupó a Munich, capital de los estados de Maximiliano. Desde allí contaba marchar sobre Viena.

El emperador ordenó asolar las tierras del elector de Sajonia, aliado de Gustavo Adolfo. El rey de Suecia acudió a socorrerlo, pero fué muerto en la batalla de Lutzen (1632). Los sucesos, no obstante esa grave pérdida, quedaron dueños del campo de batalla y continuaron la guerra de acuerdo con los protestantes de Alemania. Pero en 1634 fueron vencidos por completo en *Nordlingen*. Los protestantes alemanes se apresuraron a firmar la paz con el emperador, que por segunda vez pareció ser dueño de Alemania.

Entonces fué cuando Francia intervino directamente y el incendio se propagó por toda la Europa occidental. Richelieu firmó tratados de alianza con Suecia, con las Provincias Unidas, con los príncipes protestantes alemanes, con Bernardo de Sajonia Weimar, lugarteniente de Gustavo Adolfo, que había organizado un ejército y, por último, con varios príncipes italianos y suizos. Al mismo tiempo, Richelieu ponía sobre las armas cinco cuerpos de ejército, y *declaraba la guerra a España*.

A partir de entonces ya no se trató simplemente de la libertad de Alemania: aquello fué *la lucha de las casas de Francia y de España que volvía a empezar*. Francia encerrada por las posesiones de los Habsburgo, luchaba para librarse de este cerco y al mismo tiempo por extender sus fronteras al sur, al norte y al nordeste.

La guerra duró trece años (1635 - 1648); varias regiones fueron campo de batalla: la frontera pirenaica, el Franco Condado, las comarcas francesas fronterizas con los Países Bajos, Alsacia y Alemania.

Francia, invadida al principio, pudo, a partir de 1637, acometer por todas partes, tomándole a España, al sur, *Rosellón*, y al norte, *Artois*.

Además, Francia quedó dueña de *Alsacia*, porque Richelieu, al morir Bernardo de Sajonia, compró el ejército con que éste había ocupado las posesiones del emperador en Alsacia.

Para obligar al emperador a firmar la paz, los generales franceses y los suecos proyectaron una marcha combinada sobre Viena, capital de los estados austríacos. Amenazado en su capital, el emperador se decidió a firmar la paz.

LA PAZ DE WESTFALIA La paz la establecieron dos tratados: uno en Osnabruk y otro en Munster, ambas ciudades de Westfalia. De aquí el nombre de *tratados de Westfalia*.

Los tratados de Westfalia resolvieron tres géneros de cuestiones: la *cuestión religiosa* alemana, la *organización política* alemana y la *paz europea*.

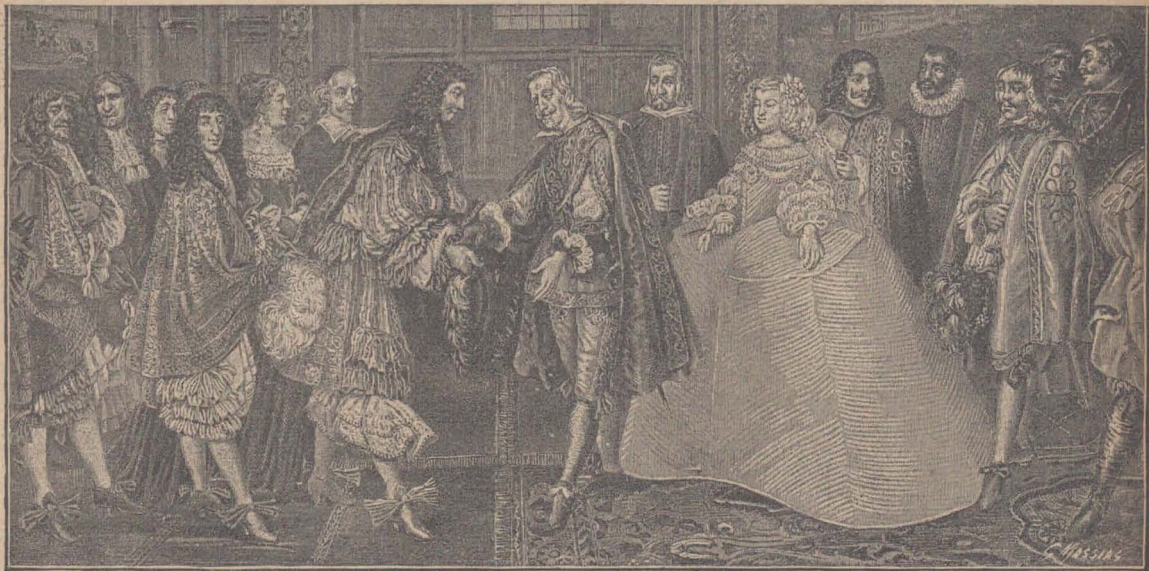
Desde el punto de vista religioso, la paz de Westfalia conservó a los príncipes el derecho de imponer su religión a sus súbditos. A éstos, no obstante, se les concedió la libertad de emigrar sin perder sus bienes. Por consiguiente, Alemania no admitió la libertad religiosa.

La constitución casi anárquica de Alemania no se modificó: por esto el poder imperial llegó hasta debilitarse. La corona continuó siendo *electiva*. El duque de Baviera conservó el título de elector palatino: *se creó un octavo electorado* en favor del hijo de Federico V, elector palatino desposeído. Los electores hicieron que les garantizaran de nuevo la *independencia absoluta* en sus electorados; el emperador no podía intervenir en ellos bajo ningún pretexto, y hasta tuvieron el derecho de firmar alianzas con quienes les pareciera bien, con tal que no fuese contra el emperador. Se proclamó que la dieta era soberana en materia de paz, de guerra, de impuestos y de ejército. *El emperador sólo tuvo, en adelante, un vano título*.

Para acabar de arruinar la autoridad imperial y poner óbice insuperable a cualquier acto o proyecto tendiente a modificar esa organización anárquica, *las potencias firmantes garantizaron la constitución alemana*. Desde entonces, Francia y Suecia tuvieron el derecho de intervenir en los negocios interiores del imperio.

Además, Francia, Suecia y el elector de Baviera obtuvieron territorios, como indemnización de guerra. Francia hizo que le reconocieran de nuevo la posesión de los *Tres Obispados*, y que le cedieran las posesiones de los Habsburgo en *Alsacia* y las *diez ciudades imperiales*. La situación de *Estrasburgo*, ciudad libre, que estaba mal definida por los tratados, debía más tarde ser motivo de conflictos entre Francia y el imperio.

Tales resultaron esos tratados de Westfalia, que fueron los *primeros grandes convenios europeos*. Ellos establecieron lo que se llamó *equilibrio europeo*, es decir, una distribución de fuerzas tan ajustada, que ningún Estado podía amenazar la independencia de sus vecinos. Sostener esos tratados, que hasta la Revolu-



ENTREVISTA DE LUIS XIV Y FELIPE IV (junio de 1660). —Tapicería de los Gobelinos. Palacio de Versalles.

Felipe IV presenta la infanta María Teresa a Luis XIV, con quien éste debe casarse, según lo estipulado en el tratado de paz de los Pirineos (véase pág. 142). Detrás de Felipe IV están su ministro D. Luis de Haro y María Teresa; detrás de Luis XIV, en el fondo, Mazarino y Ana de Austria. En primer término y a la derecha de Ana de Austria, se ve al duque de Orleáns, hermano de Luis XIV. Los trajes, ridículos en los personajes franceses, recordados de cintas y encajes, son elegantes y sobriamente ricos en los personajes españoles, si

ción francesa se tuvieron por obra maestra de la diplomacia, fué la preocupación principal de todos los hombres de estado, y especialmente de los franceses. La parte esencial era la relativa a la *organización interior de Alemania*, la cual reglamentaba de tal modo que impedía la unificación del imperio, lo mantenía en estado de inferioridad y lo imposibilitaba, como lo imposibilitó durante más de dos siglos, para mayor provecho de Francia.

FRANCIA España se negó a firmar la paz con Francia por-
que los hombres de estado españoles creyeron que
Y ESPAÑA los graves disturbios (*la Fronda*) que acababan de
estallar en París (1648), era circunstancia que les
permitiría recobrar sin mucho esfuerzo lo que habían perdido.
Esa creencia dió margen a que la guerra durara doce años más.
Los españoles encontraron un aliado en un noble militar, el
duque de Enghien, ya príncipe de Condé, que se había suble-
vado contra el rey Luis XIV. El norte y este de Francia fue-
ron cruelmente asolados. La lucha se prolongaba sin que nin-
guno de los adversarios consiguiera supeditar notablemente al
otro. Por último, en 1658, Mazarino, ministro de Luis XIV, fir-
mó un tratado de alianza con los ingleses, y obtuvo un socorro
de diez mil hombres. Ese contingente, unido a las tropas fran-
cesas, derrotaron a los españoles y a Condé en las *Dunas*, cerca
de Dunkerque. España, al ver que no podía reunir nuevas tro-
pas, firmó la paz (1659).

El tratado se llamó *Tratado de los Pirineos*. En
TRATADO DE él se estipuló la cesión a Francia de *Artois* y de
S PIRINEOS *Rosellón*, y el matrimonio de Luis XIV con María
Teresa, hija del rey de España, Felipe IV. *La paz*
de los Pirineos consagró el triunfo de la casa de Francia sobre
los Habsburgo de España, como la paz de Westfalia lo había
consagrado sobre los Habsburgo de Austria. La preponderancia
francesa en Europa reemplazó a la española.

La guerra de Treinta Años, desde el punto de vis-
ta militar, interesa doblemente: primero, porque fué
EJÉRCITOS LA GUERRA la última vez que figuraron los empresarios de ejér-
citos de la Edad Media (*condottieri*) y sus bandas
de mercenarios sin patria; segundo, porque se efectuó una
transformación en la táctica, es decir, en el arte de disponer

y emplear las tropas en el campo de batalla: *el orden con mucho frente* reemplazó al *orden con mucho fondo*.

Gustavo Adolfo, rey de Suecia, fué el primero de los grandes tácticos modernos. Empezó por transformar el armamento de las tropas; los mosqueteros suecos hacían fuego tres veces más rápidamente que los alemanes.

Además, aligeró la artillería, suprimió los grandes batallones, facilitando el ataque rápido. La formación con mucho frente le permitía utilizar el máximo de sus tropas y facilitaba su aprovisionamiento.

Las transformaciones que hizo Gustavo Adolfo fueron imitadas rápidamente por los beligerantes, así alemanes como españoles y franceses. Puede decirse que el rey de Suecia creó la táctica moderna.

La superioridad de los ejércitos suecos se debió también al reclutamiento. Los suecos sentaban plaza de soldado no por interés —a lo menos al principio—, sino porque el deber lo exigía, y porque la patria y el rey tenían necesidad de sus servicios. Eran *verdaderos ejércitos nacionales* extremadamente subordinados.

En cambio, el emperador, el elector palatino y el rey de Dinamarca, para procurarse tropas, se dirigieron a los empresarios de guerra, verdaderos sucesores de los *condottieri*. Esos aventureros tenían ejércitos que sólo dependían de ellos, que no tenían nacionalidad y servían a quienquiera que les ofrecía trabajo.

Esos soldados no sabían por quien ni por qué se batían; prestaban juramento a la bandera y no al general, y si el enemigo tomaba aquella insignia, no era extraño que el soldado pasara a las filas en que estaba la bandera.

Como no había servicio de intendencia, los medios de vivir eran el robo y el saqueo.

El paso de un ejército era un temible desastre para el campesino: la habitación del labriego era la pieza escogida para caballeriza, y de camas, sillas y mesas hacían leña para alimentar fogatas y lumbradas. «Es muy justo —decía un general—, que el soldado se repose un poco de sus peligros y fatigas.» Cuando los soldados sospechaban que el labriego tenía algún haber, lo sometían al tormento para que dijera el sitio donde estaba el escondrijo.

Fácil es imaginarse el estado de las poblaciones rurales de Alemania. Los campesinos huían a los bosques; como ya no tenían animales para la labranza, se uncían ellos, cuatro a cuatro, a los arados, y hasta hubo muchas comarcas que carecían de brazos para hacer eso. En las orillas del Rin, anteriormente la región más rica de Alemania, pueblos de seiscientas personas quedaron reducidos, cuando terminó la guerra, a veinte habitantes. Los lobos iban hasta los mismos poblados a caza de presas. En 1635 se agregó el hambre. Los ejércitos en retirada, para impedir que el enemigo los aprovechara, devastaban sistemáticamente el país, arrancaban de cuajo los árboles frutales, quemaban los viñedos y cortaban los trigales aun cuando no estuviesen maduras las espigas. Alemania necesitó casi un siglo para reponerse de las espantosas destrucciones de la guerra de Treinta Años.

CAPÍTULO XVII

LA MONARQUÍA FRANCESA EN EL SIGLO XVII

El siglo XVI había sido el gran siglo español, siglo de Carlos V y de Felipe II. El siglo XVII fué el *gran siglo francés*, siglo de Luis XIV.

La monarquía francesa llegó entonces al apogeo de su poder y de su esplendor. Fué el tipo más acabado de lo que se denomina *monarquía absoluta*, es decir, un sistema de gobierno que, siguiendo la fórmula del derecho romano, proclama que *todo lo que place al príncipe es la ley*, y en virtud del cual los súbditos no tienen ningún medio de limitar la voluntad del soberano, ni de intervenir su gobierno.

La monarquía absoluta no se estableció sin luchas. Enrique IV, después de las guerras de religión, había restaurado la autoridad real, lo cual no fué óbice a que hubiera disturbios y sediciones bajo el reinado de *Luis XIII* (1610 - 1643) y durante la menor edad de Luis XIV. Dos poderosos ministros, *Richelieu*, y después *Mazarino*, quebrantaron las últimas resistencias, y *Luis XIV* (1643 - 1715) pudo tener una autoridad que ningún rey de Francia había tenido.

FRANCIA
DESPUÉS DE
LA MUERTE DE
ENRIQUE IV

Enrique IV fué asesinado en 1610 por un fanático llamado Ravaillac. A raíz de la muerte de este monarca, comenzaron los disturbios. El hijo mayor de Enrique IV, Luis XIII, sólo tenía nueve años.

La regencia del reino, durante la menor edad del rey, pertenecía a la reina madre, *María de Médicis*, mujer supersticiosa y de muy limitado talento, que se dejaba dominar enteramente por un matrimonio de aventureros italianos, los Concini. Los príncipes de la sangre y los grandes señores, irritados por el gobierno de ese extranjero de baja ralea —que llegó a ser marqués y mariscal—, se sublevaron contra él. Concini, sólo atendió a comprar su sumisión, pagándoles enormes pensiones que agotaban el tesoro real.

En 1617, el joven rey Luis XIII, cansado de la tutela de Concini, hizo que su capitán de guardias le diera muerte, alejó a la reina madre y dió el poder a su halconero favorito de *Luynes*. Pero *Luynes*, como Concini, tenía particularmente avidez de honores y de dinero. Los disturbios y las asonadas continuaron. El rey no logró dominar una revuelta de los protestantes y hubo de pactar con ellos. En esa nueva guerra de religión murió *Luynes* (1621).



EL CARDENAL RICHELIEU (1585-1642).

Cuadro de FELIPE DE CHAMPAGNE.

El retrato lo representa de cincuenta o cincuenta y cinco años. El semblante es frío y hasta altanero; los cabellos echados hacia atrás descubren aún más la frente, ancha de suyo; los ojos son grandes y casi saltones; la nariz es larga, gruesa y un tanto roma, lo cual, según dicen, es indicio de audacia y de voluntad incontrastable. Las guías del bigote levantadas, la perilla y la mirada firme y atrevida son rasgos más bien de un soldado que de un sacerdote.

RICHELIEU
MINISTRO En 1624, el cardenal *Richelieu*, que había

sido hasta entonces el hombre de confianza de la reina madre, consiguió formar parte del consejo del rey y llegar a ser bien pronto *jefe del consejo*, es decir, el ministro director, cargo que debía conservar hasta su muerte, esto es, durante diez y ocho años (1642). Luis XIII nunca le tuvo cariño, pero le juzgó por su valer, y encontrando que era el único capaz de llevar por buen camino los negocios del

Estado, le retuvo a su lado a pesar de su opuesta inclinación y contra la opinión de todo el mundo. Richelieu tenía genio violento, brutal, autoritario; corazón duro e inaccesible a la piedad.

Sus miras políticas eran claras y penetrantes, y su abnegación por el trono, absoluta. Para él el rey era «la imagen viva de la divinidad, y la majestad real era la segunda después de la divina.» De aquí que considerara que en el reino, todos, sin excepción, debían obediencia al rey: «los hijos, hermanos y demás parientes del rey están sometidos a las leyes como los demás», escribía. En cambio, tenía igualmente altísima idea de los deberes del trono: «los intereses públicos —escribía también—, deben ser el único fin del príncipe y de sus consejeros».

La obra que Richelieu se propuso realizar, la resumió más tarde él mismo en estos términos: «Arruinar al partido hugonote, que compartía el Estado con el rey; humillar el orgullo de los grandes, y reducir todos los súbditos a sus deberes, elevando el nombre del rey en las naciones extranjeras al puesto que debía ocupar». Los tres puntos de su programa: *ruina del partido protestante, humillación y sumisión de la nobleza, y restablecimiento del poder exterior de Francia*, fueron sucesivamente realizados. Ya hemos hablado del último punto.

LA RUINA DEL PARTIDO PROTESTANTE

Los protestantes franceses habían conservado desde las guerras de religión su organización política y militar, y formaban como un estado dentro del estado. Richelieu, decidido a echar abajo cuanto podía ser obstáculo a la autoridad real, resolvió acabar, no con la religión, sino con la organización protestante.

El centro de los rebeldes era el puerto de la *Rochela*. Los de la Rochela tuvieron como aliados a los ingleses. La plaza era fuerte, y el sitio duró catorce meses. El mismo Richelieu dirigía las operaciones armado de casco y coraza, en calidad de *teniente general*.

El hambre obligó a los defensores a rendirse, después que hubieron muerto quince mil y que tan sólo quedaban ciento cincuenta y cuatro combatientes válidos.

Cuando todos los protestantes se hubieron sometido, Richelieu publicó la *Gracia de Alais* (1629), edicto que les retiraba los privilegios que les habían permitido constituir un partido político, que suprimía las plazas de seguridad, les vedaba celebrar asambleas generales, etc.; pero les garantizaba, en cambio, la libertad de culto y la igualdad absoluta con los católicos. Richelieu observó escrupulosamente la Gracia de Alais; pensaba

«que la religión no se siembra con sangre» y tenía «por enteramente condenable la restricción religiosa». Había obrado como estadista y no como fanático.

La lucha
LUCHA CONTRA los
LOS GRANDES grandes fué
más larga y
duró hasta 1642, es decir,
hasta la víspera del fallecimiento del cardenal. Éste tuvo que debelar conspiraciones dirigidas contra él y revueltas a mano armada. Conspiraciones y revueltas fueron reprimidas con severidad extraordinaria, sin exceptuar a los más grandes señores: se vió subir al patíbulo a un *duque de Montmorency*, ahijado de Enrique IV y esposo de una prima del rey, porque trató de sublevar la provincia de Languedoc, de la que era gobernador: la misma reina madre, *María de Médicis*, reñida con Richelieu, tuvo que irse al extranjero, donde murió en la penuria, doce años después; hizo decapitar a dos grandes señores, culpables de haberse batido públicamente por bravata, al día siguiente de la publicación



TRAJES FRANCESES HACIA 1635.

Facsímil de un grabado de
ABRAHAN BOSSE.

Este grupo es parte de un grabado cuyo título es «El baile». El traje del caballero tiene tantos arrequeives que es ridículo: botones, agujetas, cintas y hebillas de pies a cabeza. Las mangas abiertas muestran la camisa cuyos puños tienen forma de pantalla; ancho cuello bordado como los que hoy se ponen a los niños; cabellos largos y rizados, e inmenso sombrero cargado de plumas. La dama luce una sobrefalda abierta por delante para que pueda verse la verdadera falda, que es de color claro. Corpiño descotado, y ancho y bordado sobrecuello; mangas muy huecas, con adornos de cintas. El peinado es feo, aplastado encima de la cabeza, recortado en la frente, en la que los cabellos forman una a modo de franja, abultado en ambos lados, como si la cabeza fuera deforme.

de un edicto que prohibía el duelo bajo pena de muerte. Era el reinado del absolutismo y del despotismo en vista de la *salvación del Estado*, y se comprende que un contemporáneo haya podido decir que «el violento y terrible Richelieu había *fulminado* más bien que gobernado a los hombres».

EL GRAN CARDENAL Duro para con los nobles, el gobierno de Richelieu no lo fué menos para con el pueblo, pues, a consecuencia de las continuas guerras, los impuestos habían llegado a ser insoportables. Los sufrimientos de la gente campesina fueron tales que hubo en varias regiones verdaderos levantamientos populares; pero la represión fué tan implacablemente rigurosa como la que empleó para las revueltas de los nobles.

De aquí que Richelieu muriese odiado de todos (1642). Ahora bien: como se comprendiera más tarde que la miseria interior había sido como el rescate de las victorias de fuera, y se considerara que Richelieu había dado a Francia tres magníficas provincias, *Rosellón, Artois y Alsacia*, su política fué digna de admiración y se le llamó el *Gran Cardenal*.

MENOR EDAD DE LUIS XIV. MAZARINO Luis XIII murió algunos meses después de su ministro (1643), dejando para sucederle a Luis XIV, que no tenía entonces cinco años. La regencia debía pertenecer a la reina madre, *Ana de Austria*. Dos días después de la muerte del rey, la regente designaba como jefe del consejo al cardenal *Mazarino*, principal agente de Richelieu, lo cual fué para muchos una amarga desilusión, y causó estupor universal, pues todos los enemigos de Richelieu, los príncipes de la sangre y los grandes, contaban con una reacción en favor de ellos y se aprestaban a volver a ser los señores de antaño.

Giulio Mazzarini o Mazarino era un italiano de humilde cuna, que pasó del servicio del papa al del rey de Francia. Richelieu le había hecho alcanzar la dignidad de cardenal en 1642, y al morir lo recomendó a Luis XIII. Gracias a su inaudita buena suerte fué desde entonces dueño del reino de Francia, que gobernó hasta su muerte (1661).

Mazarino difería profundamente de Richelieu. Era muy sencillo en sus costumbres; mientras Richelieu vivía con muchísimo boato y cada vez que salía le formaban séquito varios

cientos de guardias mosqueteros y caballería ligera, Mazarino iba por las calles solo «con dos lacayuelos detrás de su carroza». Quien deseaba hablar con él podía hacerlo. Era «amable y benigno», y saludaba a todo el mundo. No era vengativo ni violento, y jamás pensó en condenar a muerte a sus adversarios. Tenía sobre todo *el genio de los negocios diplomáticos*, y terminó de manera muy hábil los que Richelieu había empezado, tales fueron los tratados de Westfalia y de los Pirineos, muy gloriosos para Francia, y obra suya en gran parte. Por el contrario, Mazarino no era hombre de estado, no entendía nada de gobierno interior ni de hacienda, excepto la suya, que gobernaba con avaricia y hacía prosperar de manera escandalosa.



EL CARDENAL MAZARINO (1602 - 1661).

Medalla de oro de autor desconocido.

El Mazarino representado en esta medalla frisaba en los cincuenta años, lo cual no quita que el perfil tenga mucha regularidad. Es cierto que era bien parecido y seductor en grado de que la regente, Ana de Austria, se casó secretamente con él, según cuentan. La papada, oculta por el ancho cuello que luce, hace que la parte inferior de su rostro no tenga el correcto perfil que se nota en el resto de la cara. Alrededor del busto y en abreviatura latina se lee: Julio, de la Santa Iglesia Romana, cardenal Mazarino. Se ignora el sentido de las seis letras grabadas debajo del busto. El arte del grabado en medalla, que da relieves como en nuestras monedas, aunque más abultados, floreció en el siglo XVII, y produjo numerosas obras maestras.

Las exacciones de Mazarino y las malversaciones
LA FRONDA de los hacendistas fueron precisamente los que provocaron una nueva rebelión llamada la *Fronda* (1), última tentativa de resistencia al absolutismo real. El nombre lo debió a los pilluelos de París, quienes se batían en los fosos de la ciudad lanzándose piedras con hondas. Los opositores a la Corte, a su modo, usaban la *honda*, en francés, la *fronde*.

La Fronda, aunque resultado de un descontento legítimo, no fué sino descabellada aventura.

La rebelión partió del *parlamento de París* que, en 1648, votó una declaración que constaba de veintisiete artículos, en virtud de la cual no debía establecerse ningún impuesto sin el consentimiento del Parlamento, ningún súbdito del rey debía ser encarcelado más de veinticuatro horas sin ser interrogado y remitido a sus jueces naturales. Esa declaración tendía, nada menos que a *limitar el absolutismo*, en provecho de los jueces reales, y no, como hubiera sido justo, de los representantes de la nación francesa. *El parlamento de París no era, en efecto, sino el alto tribunal del reino*; sus miembros eran funcionarios del rey que tenían para con el monarca el deber estricto de la obediencia.

Como esas pretensiones eran ilegales y absurdas, la masa de la nación permaneció indiferente. Por otra parte, el Parlamento tuvo en seguida aliados comprometedores, como el *pueblo bajo de París*, que sólo buscaba una oportunidad para hacer manifestaciones tumultuosas, y los *príncipes*, que se mezclaron en la revuelta por pasatiempo, por humor novelero, por odio a Mazarino y por el deseo de suplantarlo.

Las pretensiones del Parlamento provocaron la guerra civil, que sólo duró tres meses (enero - marzo de 1649), y no dió resultados.

CONDÉ tan orgulloso y arrogante como valiente, juzgaba que ninguna recompensa por grande que fuese equivalía a los servicios prestados por él en aquella guerra, y aun cuando logró que le concedieran el gobierno de Borgoña

(1) La verdadera traducción de esta palabra es *honda*; pero hemos preferido conservar *fronda*, a pesar de tener en español como nombre común otra acepción.

y de Guyena, quería más aun, y deseaba reemplazar a Mazarino. Sus insolencias y pretensiones temerarias obligaron a ponerlo preso (1650). La hermana y la esposa de Condé sublevaron inmediatamente las provincias que gobernaba el encarcelado, los parisienses se armaron, a su vez, y el Parlamento reclamó el destierro de Mazarino.

En vista de esa coalición de odios, Mazarino fingió ceder: puso a Condé en libertad y se refugió en Alemania. Pero como la arrogancia de Condé le hizo muy pronto odioso a los parisienses, y como, por otra parte, Ana de Austria no le daba la anhelada sucesión de Mazarino, Condé volvió a empezar la guerra civil, aliándose antes con España.

La confusión que entonces reinó en Francia fué muy singular. Los parisienses estaban indispuestos con Condé, pero al mismo tiempo habían cerrado las puertas al joven rey Luis XIV, por odio a Mazarino. En efecto: éste acababa de entrar en Francia, y el Parlamento había puesto a precio su cabeza.

Condé logró entrar en París (1652), pero se vió obligado a salir a los tres meses porque los parisienses, fatigados de aquel desbarajuste, se negaron a abastecer a sus tropas. Aban-

brado el valimiento en 1660, representó papel importante en las guerras de Luis XIV. Entonces lo apellidaron el Gran Condé.



EL GRAN CONDÉ (1621 - 1686).

Busto de Coysevox. Esta cabeza, épicamente fea, tiene extraordinaria expresión de vigor, díganlo sino la nariz, que es grande, aguileña y con anchas ventanillas, y los ojos, principalmente esos ojos, que lanzaban relámpagos, según decía Bossuet. Condé está representado a la romana, con coraza y manto de guerra — paludamento — abrochado en el hombro. Gran guerrero por instinto e improvisador genial en el campo de batalla, la victoria de Rocroi en la guerra de Treinta Años lo hizo ilustre cuando tenía veintidós años y era duque de Enghien. Cuando murió su padre, heredó el título de príncipe de Condé. Cuando la Fronda, traicionó a su rey; pero reco-

donado de todos, debió huir, y su fuga puso fin a la guerra civil. A petición del Parlamento, el joven rey, mayor de edad hacía un año, entró con su madre en la capital que lo aguardaba para vitorearle (21 de octubre de 1652). Mazarino entró en París algunos meses más tarde y los parisienses lo recibieron triunfalmente. Gobernó el reino durante ocho años «poderoso, según se decía, como el Padre Eterno al principio del mundo».

La Fronda causó los males habituales de las CONSECUENCIAS guerras intestinas, esto es, acumuló ruinas en toda DE LA FRONDA Francia; pero al mismo tiempo, por consecuencia lógica, si bien sorprendente a primera vista, aseguró el *triunfo del absolutismo*.

Tantos desórdenes habían terminado por fatigar al clero, a los hacendados, a los campesinos y hasta a los nobles, a quienes la guerra civil había acabado de arruinar. Resistir al poder real fué idea que todós abandonaron por completo. Según la expresión de un testigo, «*no se quería ya oír hablar más de ningún movimiento*». Se tenía un deseo general de reposo, de orden y de seguridad; Francia aspiraba ardientemente a la paz interior y aguardaba ansiosa al dueño que se la procurara.

Luis XIV, por su parte, había sufrido personalmente las incomodidades e inquietudes consiguientes a esos disturbios. Durante los cuatro años de la Fronda tuvo que correr de provincia en provincia, en medio de tropas, sin asiento fijo y atento a los perpetuos alertas de la guerra. De aquellos días agitados y acongojados de su infancia conservó amargo recuerdo, tanto más amargo cuanto que desde muy joven tuvo muy alta idea de su dignidad de rey y del respeto que le era debido. Desde aquel entonces aborreció el desorden y decididamente se propuso no tolerar ninguna resistencia a las órdenes que diera. *Tuvo voluntad de ser monarca absoluto cuando Francia, ávida de descanso, sólo aspiraba a obedecerle.*

CAPÍTULO XVIII

LAS REVOLUCIONES DE INGLATERRA

El siglo XVII, que vió en Francia el triunfo de la monarquía absoluta, vió en Inglaterra el establecimiento definitivo de la monarquía limitada y el triunfo de la *soberanía del pueblo*, resultado que se debió a dos revoluciones sucesivas.

La lucha entre el pueblo y los reyes, lucha que empezó en el reinado de *Jacobo I Estuardo* (1603 - 1625), y que se manifestó de nuevo en el reinado de *Carlos I* (1625 - 1649) con la guerra civil, tuvo por consecuencia una primera revolución, la *revolución de 1648*. Carlos I fué ejecutado, la dignidad real se abolió, y rigió los destinos de la nación un gobierno republicano, que bien pronto *Cromwell* (1653 - 1658) transformó en dictadura militar en provecho suyo. Los vicios del régimen militar condujeron a los ingleses a la monarquía, y apenas dos años después de la muerte de Cromwell los Estuardos se habían establecido de nuevo. Pero como las tendencias absolutistas de éstos no se habían modificado en el destierro, el conflicto volvió a presentarse casi a raíz del advenimiento de *Carlos II* (1660 - 1685); conflicto que se terminó bajo el reinado de *Jacobo II* (1685 - 1688) con una segunda revolución, la de 1688. Expulsados definitivamente los Estuardos, la nación inglesa, pudiendo disponer de la corona, eligió como nuevo rey a *Guillermo de Orange*, no sin haberle impuesto antes el compromiso de la *Declaración de Derechos*.

ORGANIZACIÓN
POLÍTICA DE
INGLATERRA

Para comprender la historia de Inglaterra en el siglo XVII, es preciso recordar su organización política y su situación religiosa.

Inglaterra era una monarquía hereditaria. El rey tenía el derecho de guerra y de paz; nombraba y revocaba

no sólo a los funcionarios propiamente dichos, sino también a los *sherifs*, que eran a la vez jueces y administradores de los *condados*. Empero, el rey de Inglaterra no era, como el rey de Francia, dueño único y absoluto; su voluntad no bastaba para dictar la ley. La nación inglesa, desde hacía casi trescientos cincuenta años, esto es, desde el siglo XIII y la *Magna Carta* impuesta a Juan sin Tierra, *colaboraba con el rey* y participaba del gobierno *por medio de sus representantes*. Éstos formaban el *Parlamento*, compuesto de dos asambleas: la *Cámara de los Lores*, en la que tomaban asiento los más grandes señores y los prelados, y la *Cámara de los Comunes*, formada de los diputados que elegían los gentiles hombres de los *condados* y los propietarios en las ciudades.

El concurso del Parlamento era indispensable al rey en dos casos: en materia de *legislación* y en materia de *impuestos*. Ningún *bill*, es decir, ninguna ley, era válida ni ningún impuesto exigible si no habían sido discutidos, votados y aprobados por las cámaras.

En Europa no existía nación cuya situación religiosa fuera tan complicada como la de Inglaterra. Esa complicación era debida a la circunstancia de que en el siglo XVI había habido en Inglaterra un *doble movimiento de reforma*: primero, una reforma oficial, que impusieron los gobernantes Enrique VIII e Isabel: la *reforma anglicana*, y, segundo, una reforma espontánea, en la que influyeron los escoceses convertidos al calvinismo: la *reforma presbiteriana* o *puritana*. Pero el *catolicismo* estaba lejos de desaparecer y aun había los *independientes*, que pedían una transformación más radical.

Los *anglicanos* y los *puritanos* comprendían la gran mayoría de la nación inglesa. Entre ellos no había ninguna diferencia de credo: unos y otros eran calvinistas. Pero la iglesia anglicana había conservado del catolicismo el aspecto, esto es, la pompa del culto, el traje especial del sacerdote, la *sobrepelliz*, y, sobre todo, la jerarquía de los sacerdotes, obispos y arzobispos, que nombraba el soberano y que, por consiguiente, eran sus agentes.

Los *puritanos* no admitían nada que pudiera parecerse al catolicismo, que ellos llamaban *papismo*. Condenaban el uso de la sobrepelliz «harapo papista y librea de la bestia», es decir, traje del Diablo. Querían que la Iglesia no tuviera ornamentos,

que sólo hubiera en ella una cátedra para predicar y, en medio de la nave, una verdadera mesa para compartir el pan de la comunión. Condenaban sobre todo las jerarquías de obispos y arzobispos, «lobos devoradores y servidores de Lucifer». En lugar de sacerdotes nombrados por el rey, querían *ministros* o *pastores* elegidos por los fieles, como se hacía en Ginebra. Asimismo, siguiendo el ejemplo de Ginebra, insistían en que el gobierno secundara a los ministros para vigilar la vida privada de cada cual, perseguir y castigar a los pecadores, realizar «*el reino visible de Dios sobre la Tierra*» y hacer que el pueblo inglés fuera «*el pueblo de Dios*», un pueblo de «*santos*».

Los *independientes*, muy poco numerosos al principio y muy influyentes después, como no aceptaban sacerdotes católicos, tampoco admitían pastores puritanos, pues estimaban que cada individuo debía ser su propio pastor y buscar directamente en la Biblia las reglas de su conducta.

De todos los grupos religiosos, el anglicano era el único que tenía existencia legal. La iglesia anglicana era la *iglesia del Estado*, cuya autoridad tenían obligación de reconocer todos los ingleses. Quienes la rechazaban, los *recusantes* o *disidentes*, católicos, puritanos e independientes, eran considerados como rebeldes, estaban muy vigilados y perseguidos implacablemente. Así, por ejemplo, al católico que sorprendían celebrando su propio culto, le imponían una fuerte multa mensual, o le confiscaban las dos terceras partes de sus bienes.

Dadas la organización política y la situación re-
 ROYECTOS DE ligiosa, los Estuardos, soberanos de Inglaterra en el
 OS ESTUARDOS siglo XVII, persiguieron un doble fin. En política,
 quisieron llegar a *gobernar sin el concurso del Parlamento*, pretendían, en particular, tener autoridad suficiente para establecer y recaudar los impuestos y dirigir la política exterior, según lo entendieren, sin cuidarse del sentimiento nacional inglés. En religión, se empeñaron en *extender la organización anglicana* y en fortalecer el principio jerárquico en el clero, y puesto que nombraban los clérigos, la autoridad espiritual sobre sus súbditos les pertenecería también; por consiguiente, asumían a la vez el poder de los papas y el de los reyes. De aquí el que surgieran conflictos y estallaran revoluciones.

JACOBO I En 1603, a la muerte de Isabel, que fué el último descendiente directo de los Tudor, la corona recayó en su primo, *Jacobo I Estuardo*, hijo de María Estuardo, la víctima de Isabel, y a la sazón rey de Escocia. Inglaterra y Escocia continuaron siendo naciones distintas: el único nexo que las unía era el soberano que las gobernaba.

Jacobo I, monarca sin prestigio, era un individuo grotesco y pusilánime, pero estaba persuadido de que sólo a Dios debían los reyes el poder que tenían, y, por consiguiente, creía lógico que fuesen dueños absolutos de vidas y haciendas. La pedantería le llevó hasta a escribir un libro para demostrar esa teoría. Durante todo su reinado estuvo en conflicto con el Parlamento y persiguió a los católicos y a los puritanos. La política de olvido y de paz a toda costa que empleó con el extranjero acabó por irritar a los ingleses.

CARLOS I Al morir Jacobo (1625) el advenimiento de su hijo, Carlos I, fué saludado con entusiasmo en toda Inglaterra por la juventud del nuevo monarca (frisaba entonces en los veinticinco años), por la dignidad y nobleza que aparentaba, y porque era valiente, de conducta irreprochable, y, lo que es más, porque no existiendo el antiguo rey, se atribuyeron al nuevo las buenas dotes y cualidades de que carecía aquél. Por desgracia, era muy disimulado, había hecho suyas las teorías absolutistas de su progenitor y, consiguientemente, hacía poco caso de los compromisos contraídos con su pueblo y con el Parlamento. Cromwell resumió más tarde muy exactamente el carácter de Carlos I, diciendo: «El rey es inteligente, y tiene grandes facultades; pero no es posible fiarse de él: es el más osado de los mentirosos».

La popularidad de Carlos I no duró mucho. Su matrimonio con Enriqueta de Francia, hermana de Luis XIII, princesa católica, fué una primera causa de descontento. Después, su manera de gobernar el reino estaba calcada en la de Jacobo I: la persecución de los puritanos continuaba, el Parlamento había sido disuelto dos veces en tres años, y el rey recurría a empréstitos forzados. Para tener de nuevo en favor suyo la opinión pública, declaró la guerra a Francia y envió socorros a los protestantes rebeldes en la Rochela (1627). Pero, vencida la armada inglesa, fué preciso reunir un tercer Parlamento que concediera los recursos necesarios para seguir la lucha. Los diputados no consintieron en conceder subsidios sino des-

pués de haber presentado al rey la *Petición de derechos* o más bien *del derecho*, documento en que enumeraban todas las libertades reconocidas desde la Carta Magna a la nación inglesa, y pedían al rey las respetase en lo sucesivo. El rey prometió (1628); pero al año siguiente, como la Cámara de los Comunes protestara contra la percepción ilegal de impuestos que el Parlamento no había votado todavía, el rey lo disolvió. «Consideraremos como un ataque a nuestro

Antonio van Dyck, que es, después de Rubens, el más célebre pintor flamenco del siglo XVII, pintó este retrato cuando Carlos I frisaba en los treinta años. Guapo caballero, muy apuesto y distinguido; tenía ojos zarcos, de mirada atrevida, largos cabellos rubios rizados, y rubios también el bigote y la barba.



CARLOS I (1600 - 1649).
Fragmento de un cuadro de VAN DYCK en
el Louvre.—Fotografía.

poder, decía, cualquier pretensión a fijar de antemano una fecha para la reapertura del Parlamento.» Carlos I tenía la intención de reinar como *monarca absoluto*.

EL
ABSOLUTISMO Durante once años el Parlamento sólo fué convocado una vez. Los ministros de Carlos I se esforzaron en encontrar dinero creando impuestos arbitrarios, innumerables monopolios que se concedieron hasta para la venta de encajes y de arenques ahumados, y restableciendo antiguos censos ya en desuso, en acabar con el puritanismo y llevar a todos los ingleses al seno de la iglesia anglicana, que proclamaba deber religioso la obediencia pasiva al soberano.

Huyendo de semejante tiranía, muchos ingleses fueron a establecerse en la costa oriental de América del Norte. Pero el temor de incurrir en castigos injustos o severos, cual las crecidas multas y la prisión, hizo que la generalidad se doblegara. En 1636, sólo un hidalgo, *Hampden*, se atrevió a resistir a la arbitrariedad. Acababa de reimplantarse el *Ship-Money*, dinero de los barcos, antiguo censo del siglo XVI, aplicable, en tiempo de guerra, a los puertos del reino para sostenimiento de la armada. Restablecerlo en tiempo de paz y extenderlo a todo el reino, era convertirlo en impuesto permanente. Hampden, recordando que en virtud de la Carta Magna y de la Petición de Derechos no podía establecerse ningún impuesto sin consentimiento del Parlamento, se negó a pagar el Ship-Money. Perseguido ante los tribunales, fué condenado a prisión y a la pérdida de sus bienes, que fueron confiscados. Los ingleses siguieron con pasión el enjuiciamiento y los debates, pero nadie lo imitó. El nombre de Hampden se recordará siempre, sin embargo, como uno de los casos más extraordinarios de lucha por el derecho.

ESCOCIA La sublevación del reino de Escocia determinó el fin del régimen absolutista. Anuque Escocia era completamente distinta de Inglaterra, los mismos ministros gobernaban ambos países. Así se quiso imponer a Escocia, que era profundamente presbiteriana, los usos de la iglesia anglicana. Un día de 1637, en la catedral de Edimburgo, el pastor subió al púlpito revestido de sobrepelliz y empezó a recitar las preces anglicanas, traducción de las oraciones católicas. Las mujeres que asistían al oficio clamaron en seguida que el Diablo estaba en el templo y se dieron a lanzar las sillas contra el pastor. El saqueo de la iglesia fué la señal de un gran

movimiento de resistencia en toda Escocia. Se formó una liga cuyos miembros se comprometieron por un pacto solemne — *covenant*, en inglés—, a resistir a los errores y a las herejías según sus medios y durante todos los días de su vida». Los escoceses organizaron un ejército, y, en 1638, invadieron el norte de Inglaterra.

Sorprendido por esa revolución y ese ataque, Carlos I, que no disponía sino de malas tropas que los escoceses derrotaron, que carecía de recursos para organizar un nuevo ejército, y que advertía que Inglaterra, perdida la paciencia, se disponía a resistir, hubo de resignarse a convocar el Parlamento.

EL PARLAMENTO el Parlamento que se reunió en 1640 se llamó *el Parlamento Largo*, porque continuó en funciones hasta 1653, esto es, durante trece años. Los diputados estaban dispuestos a poner un término al régimen de la arbitrariedad y a hacer que fuera imposible implantarlo de nuevo; estaban resueltos también a provocar la transformación de la iglesia anglicana en el sentido puritano. Su primer acto fué hacer encarcelar a dos ministros de Carlos I, que fueron ejecutados.

Al mismo tiempo, el Parlamento quiso precaverse contra el rey. La Cámara de los Comunes decidió que no podría ser disuelta sino por su propia decisión. Entretanto, los católicos irlandeses, oprimidos por los ingleses, se sublevaron y pasaron a cuchillo a varios miles de protestantes (1641), sublevación que se atribuyó a órdenes secretas del rey. El Parlamento dirigió entonces a Carlos I una *solemne amonestación*, verdadera acta de acusación recordatoria de las ilegalidades cometidas durante diez años, decretó que no podía organizarse ningún ejército sin su consentimiento, y que debería consultársele cada vez que se quisieran nombrar oficiales para el mismo.

Carlos I, que desde hacía un año se inclinaba en todas las circunstancias ante las voluntades del Parlamento, probó a intimidarlo. Se dirigió a la Cámara de los Comunes para arrestar, a pesar de la inviolabilidad de los parlamentarios, a cinco jefes de la oposición, acusándolos de traición. Pero éstos, advertidos a tiempo, habían desaparecido* (1642).

El pueblo de Londres, al saberlo, se dispuso a defender, a mano armada, la libertad de sus representantes. Carlos I salió de Londres pocos días después, y los preparativos para la guerra civil se hicieron sin tardanza. El rey y el Parlamento res-

pectivamente buscaron sus aliados; el rey en los irlandeses católicos y el Parlamento en los escoceses presbiterianos. Inglaterra y Escocia se juraron «vivir como hermanos, unidos por el



INGLATERRA EN EL SIGLO XVII.

amor y por la fe», para defender los derechos y privilegios del Parlamento y las libertades nacionales, y para unir los dos reinos por medio de estrecha alianza» (1642).

La guerra civil duró más de tres años. Carlos I tuvo al principio la superioridad que le daban los numerosos hidalgos, acostumbrados al manejo de las armas y buenos jinetes, que

militaban bajo sus órdenes, y el respeto que el Parlamento siguió demostrándole. Todos tendían a impedir que existiera la monarquía absoluta; pero todos tendían a la monarquía; Cromwell decía que «tenían miedo de vencer».

CROMWELL. Este mismo Cromwell fué quien, a partir de
EL NUEVO 1644, cambió las condiciones de la lucha. Hidalgo
EJÉRCITO de gotera (1), sin grandes recursos y obscuro diputado de la Cámara de los Comunes, *Oliverio*

Cromwell se reveló a los cuarenta y tres años verdadero hombre de guerra. Comprendió que el fanatismo religioso era una fuerza que, bien empleada, podía suplir la falta de instrucción en los soldados. Entre los colonos de su condado había reclutado a costa propia un regimiento de caballería compuesto de «hombres piadosos» afiliados a la secta de los independientes. La más severa disciplina reinaba en esas filas; en ellas no se toleraban la embriaguez ni la blasfemia y no se oían más cantos que los salmos. La guerra era para aquellos hombres una *guerra santa*, en la cual los soldados de Dios, como antiguamente los hebreos de la Biblia, combatían con auxilio de Dios para exterminar a sus enemigos. Además, contrariamente al prejuicio corriente, según el cual nadie que no fuera hidalgo podía ser oficial, los grados en aquel regimiento, como en los ejércitos actuales, eran recompensas dadas al mérito, al saber y a la bravura, sin que se tuviera en cuenta el nacimiento. Un cuerpo animado con tal espíritu y mandado de esa manera, tenía que ser, forzosamente, un cuerpo distinguido. Cromwell, su jefe, juzgaba que, puesto que se estaba en guerra con Carlos I, no debía guardársele consideración: era preciso vencer si se podía. «Si encuentro al rey en la pelea —decía— le tiraré pistoletazos como a un cualquiera.»

En la primera pelea en que el regimiento intervino, sus jinetes conquistaron el sobrenombre de *costillas de hierro*, y decidieron la victoria (1644). El Parlamento, en vista de ese triunfo, ordenó la reorganización del ejército, tomando por modelo el regimiento de Cromwell. Al cabo de un año, Cromwell, con el nuevo ejército, derrotaba de manera irreparable a Carlos I (1645).

Durante todo un año, el rey trató en vano de volver a organizar un ejército. Por último, se presentó en el campo esco-

(1) Llamábase así al hidalgo que lo era de una sola región, de modo que trasladándose perdía ese carácter.

cés, esperando que le sería más fácil entenderse con sus súbditos de Escocia que con los suyos de Inglaterra (mayo de 1646). Los escoceses le exigieron que se adhiriera al *covenant*, como se habían adherido los ingleses. Como el rey se negara a ello, los

escoceses lo entregaron a sus aliados mediante el pago de una elevada suma (cuatrocientas mil libras, o diez millones de francos). Este suceso dió fin a la guerra civil.

CONFLICTO DEL PARLAMENTO Y DEL EJÉRCITO

Entonces surgió entre el Parlamento y el ejército un conflicto exclusivamente religioso, que debía durar casi dos años. La mayoría en el Parlamento era puritana; el ejército se com-



OLIVERIO CROMWELL (1599 - 1658).

Fotografía del retrato grabado por
FAITHORNE.

Este retrato, dedicado al «Ilustrísimo y Excelentísimo señor Comandante en jefe de los ejércitos de Inglaterra, Escocia e Irlanda», lo grabó Faithorne, pintor y grabador inglés. Cromwell no tenía aún el título de protector. El semblante frío y áspero que le presta el dibujante corresponde a la índole de este hombre, cuyo aspecto es vulgar y denota desaliño. Los rasgos son toscos, el bigote no es muy poblado y asimismo la barba; los ojos, bastante hermosos, expresan tenacidad implacable y tristeza al mismo tiempo. Lo que realmente llama la atención en este grabado son los medallones de las esquinas: David y Salomón, Alejandro Magno y Julio César, de quienes Cromwell fué el igual, según parecer de sus admiradores en el siglo XVII. La posteridad, aunque considera que fué uno de los primeros hombres de estado que ha tenido Inglaterra, está muy lejos de colocarlo tan alto.

ponía de independientes; éstos tolerantes, aquéllos intransigentes y fanáticos. Los dos partidos procuraron obtener el apoyo del rey. Carlos I imaginó servirse alternativamente de uno y otro para destruirlos; al mismo tiempo preparaba una nueva guerra civil, sublevaciones en las grandes ciudades y la invasión de Inglaterra por los escoceses que, después de haberle entregado, se pronunciaron en favor suyo. Esta *segunda guerra civil* duró poco, pues Cromwell reprimió las sublevaciones y rechazó la invasión; el ejército pidió al Parlamento el castigo de Carlos I.

Pero el Parlamento respondió firmando un tratado de paz con el rey. La réplica de los oficiales fué un golpe de estado: excluyeron del Parlamento a ciento cuarenta diputados adictos a Carlos I (1648), y la minoría restante votó el enjuiciamiento del rey, que fué condenado a ser decapitado como «tirano, traidor, asesino y enemigo del país».

Carlos murió intrépidamente (1649).

A REPÚBLICA El Parlamento proclamó que «la nación era soberana», abolió la dignidad real y estableció la *república*. La Cámara de los Lores fué suprimida y el gobierno se compuso de la Cámara de los Comunes y de un consejo de estado elegido por los comunes, que disponía del poder ejecutivo. Cromwell formó parte de ese consejo. El régimen duró cuatros años, durante los cuales ocurrieron los siguientes acontecimientos: *expedición a Irlanda*, *guerra contra los escoceses*, el *acta de navegación* y *guerra contra Holanda*.

La *expedición a Irlanda* tuvo por pretexto la sublevación y matanzas de 1641. «Ninguna nación moderna —ha dicho un historiador inglés—, tuvo que sufrir tan horribles tratamientos.» Hubo horribles matanzas. Desposeídos de sus tierras, los irlandeses quedaron reducidos, en su propio suelo, a ser arrendatarios, que trabajaban para propietarios ingleses. Esto ha dado origen a lo que se llama la *cuestión de Irlanda*, que sólo en nuestros días se ha solucionado.

La *guerra con Escocia* subsiguió a la expedición de Irlanda, y el propósito que movió a hacerla fué expulsar de aquel país al hijo mayor de Carlos I (*Carlos II*) que los escoceses acababan de reconocer por rey, y obligar a éstos a que se constituyeran en república y formaran una confederación con la república inglesa. Cromwell tomó a Edimburgo, y derrotó a Car-

los II, que se refugió en el Continente. Los escoceses tuvieron que aceptar la unión con Inglaterra.

Al día siguiente de las victorias inglesas en Escocia, el Parlamento votó el *Acta de navegación* (1651). Dicha acta declaraba que todo barco europeo que traficara con Inglaterra sólo podría llevar los productos de su país; las mercancías de Asia, África y América no podían ser transportadas sino a bordo de barcos ingleses. Pocas decisiones han tenido tanta importancia y consecuencias tan considerables en la historia de Inglaterra. El Acta de Navegación, que estuvo en vigor hasta 1850, obligaba a los ingleses a ir a buscar con sus propios barcos los productos indispensables a su existencia. Les fué preciso crear una flota mercante que correspondiera a las crecientes necesidades del país. *La potencia naval de Inglaterra resultó del Acta de Navegación.*

El Acta provocó necesariamente la guerra con los holandeses, porque amenazaba de ruina su principal negocio, que era el tráfico marítimo. La guerra duró dos años (1652-1654), y se terminó ventajosamente para Inglaterra.

RESOLUCIÓN DEL
PARLAMENTO
LARGO

Cuando se firmó la paz, hacía un año que no existía el Parlamento Largo. En efecto: inmediatamente después de la guerra de Escocia (1651), Parlamento y ejército estuvieron en conflicto, como ocurrió cuatro años antes, al día siguiente de la captura de Carlos I.

Al cabo de dos años, Cromwell se presentó un día en el Parlamento, del que formaba parte en calidad de diputado, apostrofó a sus colegas, los expulsó, cerró con llave la sala e hizo poner en la puerta el siguiente cartel: «Se alquila esta casa, sin muebles». El consejo de estado fué igualmente disuelto.

DECRETADURA DE
CROMWELL

Ese golpe de estado puso a Inglaterra en manos del ejército, que ofreció a Cromwell el poder supremo con el título de *lord protector de la república*. Cromwell aceptó (1653). Durante cinco años, hasta su muerte (1658), ejerció una verdadera dictadura; gracias al apoyo del ejército, fué más absoluto que Carlos I. No consintió opositores, y cuatro parlamentos convocados por él mismo fueron disueltos al primer asomo de independencia. Inglaterra no se movió porque estaba sometida a un gobierno militar, y divi-

dida en diez regiones, mandada cada una por un *mayor* (un general). El Parlamento ofreció a Cromwell el título de rey, honor que declinó porque temió descontentar al ejército; pero aceptó el derecho de designar su sucesor. En esa forma, la monarquía hereditaria se restableció de hecho.

La ostentosa política exterior de Cromwell, que halagaba el amor propio de los ingleses, contribuyó en gran parte a hacerles soportar la dictadura militar. La manifestación más importante de esa política fué la alianza que concertaron Inglaterra y Francia contra España. Cromwell quería ser el continuador de la tradición de Isabel y hacer que Inglaterra fuera el campeón de la causa protestante. «Haré —decía—, el nombre inglés tan grande como no lo fué nunca el nombre romano.»

Cuando murió Cromwell (1658), su hijo *Ricardo*, que él había designado para sucederle, se hizo cargo del poder sin que los ingleses hicieran la menor oposición.

**RESTAURACIÓN
DE LOS
ESTUARDOS** Ricardo Cromwell era débil y tímido, y al cabo de ocho meses tuvo que abdicar. Durante más de un año se sucedieron uno tras otro los conflictos entre el ejército y el Parlamento, que los oficiales habían acabado por disolver. Un nuevo parlamento, llamado *Parlamento-convención*, elegido para reorganizar el gobierno, formado por monarquistas, ofreció incondicionalmente el trono al hijo de Carlos I, *Carlos II*, a la sazón refugiado en Holanda. El rey fué recibido con entusiasmo (1660).

CARLOS II Carlos II era como su padre, apuesto y bravo gentilhomme, y estaba, como él también, completamente penetrado de las ideas absolutistas; pero gustaba disfrutar de las delicias de la vida. Había conocido las privaciones del destierro y no quería pasar otra vez por ellas. De aquí que en todos los conflictos estuviera siempre al lado del Parlamento y de la opinión, y supiera ceder a tiempo.

Aunque la aversión al catolicismo había llegado a ser en Inglaterra un sentimiento nacional, Carlos II, por inclinación y por sistema político, se aproximaba a los católicos y probó a suspender la aplicación de las leyes dictadas contra ellos; en 1670, mediante dinero, concertó alianza con Luis XIV, que era el campeón del catolicismo en Europa, y se comprometió a convertirse tan pronto como creyera posible hacerlo. La conversión

del *duque de York*, hermano del rey y su heredero, dió pábulo a las alarmas de los ingleses (1671).

El Parlamento se opuso enérgicamente a la política real, con el *bill del test* —de la *prueba*— y obligó a los funcionarios a que prestaran un juramento en que estaba inserta la cláusula: «No creo en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.» Todos los funcionarios católicos, y hasta el duque de York, gran almirante, tuvieron que dimitir. El odio contra los católicos se acrecentó con falsos rumores y se encarcelaron dos mil personas; varias fueron al patíbulo y se amenazó con la pena de muerte al sacerdote católico que permaneciese o desembarcara en Inglaterra.

Carlos II se decidió, entonces, a disolver el PARLAMENTO Y WHIGS lamento (1679). Pero la nueva Cámara de los Comunes, mostrándose más violenta aun, votó un *bill de exclusión*, que incapacitaba al duque de York para ocupar el trono de Inglaterra, porque era católico. El asunto de exclusión dividió al país en dos partidos, que se dieron mutuamente nombres injuriosos. Por fidelidad a los príncipes de la dinastía, muchos no admitían la exclusión: sus adversarios los llamaban *torys*, nombre que se daba entonces a los bandoleros irlandeses. Los *torys* respondieron apellidando *whigs* a los partidarios de la exclusión, como llamaban a los salteadores escoceses pertenecientes a la secta presbiteriana. Estos nombres continúan empleándose aún. A fines del siglo XVII y en el siglo XVIII, los *torys* fueron los partidarios de la intervención preponderante del rey en el gobierno, y los *whigs* los de la superioridad del Parlamento sobre el rey.

Los *whigs*, probablemente, habrían logrado imponer la exclusión del duque de York, si una trama que algunos de ellos urdieron contra Carlos II no hubiera hecho cambiar la opinión. Carlos II aprovechó esa circunstancia para organizar un pequeño ejército permanente (1683), y, como al mismo tiempo, nuevas convenciones secretas con Luis XIV le proporcionaron subsidios suficientes, disolvió el Parlamento y fué soberano absoluto hasta su muerte (16 de febrero de 1685). El duque de York le sucedió sin dificultad, con el nombre de Jacobo II.

JACOBO II Jacobo II tenía cincuenta y dos años. Era valeroso, de cortos alcances, testarudo, y pasaba por ser leal y franco. Como católico, tenía decidido empeño en que Inglaterra *entrara en el catolicismo*. Al día siguiente de su advenimiento hacía celebrar con gran pompa la misa en su palacio, sin cuidarse del enojo que su conducta podría suscitar en los súbditos. Una intentona revolucionaria le sirvió de pretexto para emplear medios represivos implacables a fin que Inglaterra se llenara de pavor; cantenares de individuos perdieron la vida, y unos cuantos millares la libertad. El exceso de sumisión al pontífice romano indignó al pueblo. La indignación fué aún mayor cuando publicó una *declaración de indulgencia* que establecía la libertad de todos los cultos.

LA REVOLUCIÓN A pesar de todo, los ingleses no pensaban en su-
DE 1688 blevarse; en primer lugar, porque la iglesia angli-
cana enseñaba que rebelarse contra la autoridad real, cualquiera que fuese el pretexto, era un pecado; en segundo lugar, porque las dos hijas de Jacobo, sus herederas directas, María y Ana, la primera casada con *Guillermo de Orange*, eran protestantes; a la muerte de Jacobo, que se consideraba próxima, Inglaterra no tendría que temer al catolicismo.

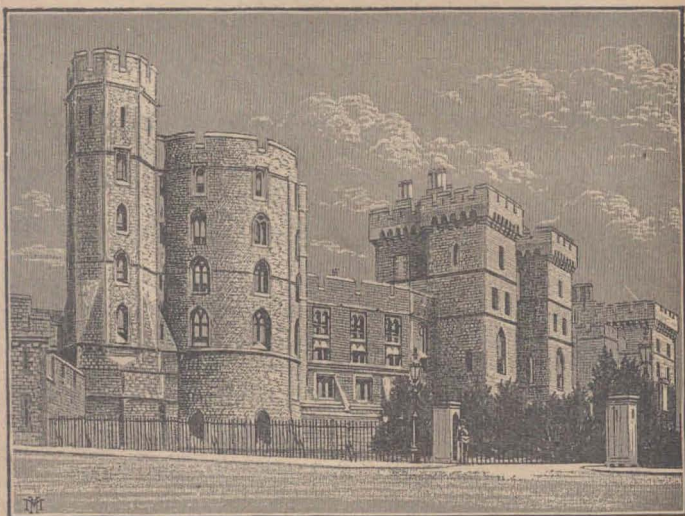
Pero, como en 1688, la segunda esposa de Jacobo II dió a luz un hijo, desde ese momento se desvaneció la esperanza de que ocupara el trono un protestante. Los principales lores anglicanos, puritanos, torys y whigs, diez días después del nacimiento del príncipe de Gales, *invitaron* a Guillermo de Orange a que interviniera para restablecer la libertad y proteger la religión protestante. Luis XIV y los católicos ingleses advirtieron vanamente al rey el peligro que corría: declinó los ofrecimientos que le hizo el rey de Francia, que deseaba socorrerlo, no quiso asentir a nada y no supo tomar precauciones.

Guillermo de Orange, con catorce mil hombres, entró en Londres, y Jacobo II, sorprendido, ni siquiera probó a combatir. Se escapó de Londres; unos pescadores lo detuvieron largo rato creyendo que se las habían con un prófugo jesuíta, y por fin logró llegar a Francia, donde Luis XIV lo recibió como rey y le dispuso alojamiento en el castillo de San Germán, no lejos de París (1688).

La fuga de Jacobo II dejó el campo libre y facilitó la revolución. El Parlamento declaró que el hecho de haber huído al extranjero equivalía a abdicar, y que, por consiguiente, el trono estaba vacante.

LA
DECLARACIÓN
DE DERECHOS

Pero como el Parlamento no quería volver a caer en la falta cometida en 1660, cuando llamó incondicionalmente a Carlos II, tomó la precaución de precisar los derechos del pueblo y de hacer que los futuros soberanos se comprometieran de manera formal a respetarlos. Redactó pues, la *declaración de los derechos*, especie de cuadro sinóptico de las libertades reconocidas, ya en la Magna Carta, ya en la petición de derechos. La declaración empezaba enumerando todos los actos cometidos por Jacobo II en violación de las leyes y de las libertades inglesas, y terminaba afirmando los principios siguientes:



CASTILLO DE WINDSOR.—Fotografía Frith y Cía.

En el castillo de Windsor, situado a 35 kilómetros al oeste de Londres, residieron preferentemente los dos últimos Estuardos, Carlos II y Jacobo II. Las primeras construcciones son de la época de Guillermo el Conquistador, es decir, del siglo XI; en el siglo XIV se edificaron las torres ojivales que se ven a la izquierda y que son la parte más notable de la fachada del sur. Esta fachada tiene 150 metros. La soberbia terraza, de casi 200 metros de largo, que mira al este, se hizo por orden de Carlos II. Jorge IV modificó de nuevo este castillo en el año 1823. Merece particular mención el bosque que lo rodea y que tiene 100 kilómetros de contorno.

El rey no podía suspender la aplicación de las leyes, crear impuestos y organizar y mantener un ejército permanente en tiempo de paz, sin el consentimiento del Parlamento. Las elecciones y los debates en el Parlamento debían ser libres. El Parlamento debía reunirse frecuentemente. Nadie debía ser molestado a causa de las peticiones que pudiera o quisiera dirigir al rey. La justicia debía ser pura y elemente.

La declaración de derechos fué leída solemnemente el 13 de febrero de 1689, en presencia de todo el Parlamento, a Guillermo de Orange y a María. Guillermo declaró en nombre de su esposa y en el suyo que aceptaban y mantendrían los principios expuestos en la declaración. El príncipe y la princesa de Orange fueron inmediatamente proclamados con el nombre de *Guillermo III* y de *María II*.

CARACTERES Y
CONSECUENCIAS
DE LA
REVOLUCIÓN
DE 1688

La revolución de 1688 fué pacífica, no hizo verter una sola gota de sangre, y dió término a la porfiada lucha existente desde hacía casi un siglo entre el trono, que pretendía ser absoluto y gobernar por derecho divino, y la nación que aspiraba a ser dueña de sus destinos y a gobernarse por medio de sus delegados. El principio de la *soberanía del pueblo* triunfó en 1688.

La revolución de 1688, por consiguiente, puso fin a las *querellas políticas*, y al mismo tiempo a las *religiosas*. En efecto: poco después de la Declaración se sancionó un *bill de tolerancia*, que acordó la libertad de cultos a los protestantes disidentes, a los puritanos, a los presbiterianos, a los independientes, pero no a los detestados «papistas», como se llamaba a los católicos, y tampoco a los librepensadores. Inglaterra, por ese hecho, estuvo casi *pacificada*.

Las consecuencias que, desde el punto de vista de los negocios extranjeros, tuvo la pacificación del reino fueron muy importantes. Inglaterra pudo atender a los asuntos que le interesaban y volver a ocupar en la política europea, a fines del siglo XVII, el puesto eminente que había ocupado a fines del siglo XVI.

CAPÍTULO XIX

LUIS XIV

EL REINADO
PERSONAL
DE LUIS XIV

Luis XIV, al día siguiente de la muerte de Mazarino (1661), reunió a los secretarios de estado y les dijo: «Hasta ahora me ha parecido bien dejar que gobernaran mis asuntos; *en adelante yo seré mi primer ministro*. Vosotros me ayudaréis con vuestros consejos *cuando yo os lo pida*. Os ruego y os ordeno no disponer nada sin mis órdenes, ni firmar nunca sin mi consentimiento.» En términos claros y firmes, Luis XIV manifestó de este modo su voluntad de ser realmente el rey, es decir, *el que gobierna*. Entonces tenía veintidós años, y debía morir a los setenta y siete. Durante estos cincuenta y cinco años (8 de marzo de 1661 al 1.º de septiembre de 1715), la voluntad que declaró el primer día no se desmintió un instante; jamás tuvo primer ministro, y él fué constantemente el rey.

RETRATO
DE LUIS XIV

Luis XIV era de mediana estatura, pero se imponía a todos por la expresión noble y majestuosa, sin ser arrogante, que tenían sus menores gestos, y que, según el dicho del duque de Saint-Simon, contemporáneo suyo, «en bata como en las fiestas», en el billar, como al frente de sus tropas, le hacían parecer «el dueño del mundo». No tenía las brillantes cualidades del ingenio, y su inteligencia era ordinaria; pero sí tenía un sólido buen sentido; era reflexivo y no quería decidir nada sino después de estar bien informado por los que sabían. Era naturalmente inclinado a la rectitud, «amaba la verdad, la equidad, el orden y la razón». Tenía mucha fuerza de voluntad y una firmeza de corazón de las que dió prueba, señaladamente en los últimos años

de su vida, en que presenció las peores catástrofes; sus ejércitos vencidos y Francia invadida, la muerte de su hijo, después la de su nieto, nieta y bisnieto, muertos los tres, con algunos días de intervalo, de muerte repentina y misteriosa. Tantas y tan crueles desgracias no pudieron abatirle; no abandonó un solo instante la dirección de los negocios, «se mostró inalterable y superior a todo, sin la más pequeña afectación», y esa tan noble firmeza, le granjeó la admiración hasta de sus enemigos.

Luis XIV tenía pocas ideas que le fueran propias; sólo tenía una muy arraigada en la mente, y que fué dominante en su vida. En su infancia le habían dicho que el rey era una *divinidad visible*, un *semidiós*. Estaba convencido de que tenía su corona por voluntad divina, y que *representaba a Dios* en la Tierra.

De esta idea, que casi todo el mundo admitía entonces, Luis XIV deducía dos consecuencias. En primer lugar, como representante de Dios, debía ser dueño absoluto, disponer libremente de los bienes, de la persona y de la vida misma de sus súbditos, los cuales tenían el deber de obedecerle «sin discernimiento». En segundo lugar, tenía la obligación de cumplir concienzudamente su *oficio de rey* (la frase es suya). Debía, en fin, *trabajar y atender en todo al bien del Estado*.

La idea de que él era el representante de Dios, infundió a Luis XIV el más prodigioso orgullo. Tomó por emblema un sol resplandeciente, y de aquí el sobremente de *Rey Sol*. Sin el temor del Diablo, pretende Saint-Simón, se hubiera hecho adorar y no habrían faltado adoradores: los cortesanos se descubrían para atravesar su cámara vacía y, delante del lecho real o del cofre que contenían las toallas del rey, hacían una reverencia profunda, como en la iglesia delante del Tabernáculo. Organizó el *culto de la majestad real*, y cada uno de los actos ordinarios de su vida diaria, como levantarse, comer, pasearse, ir de caza, cenar y acostarse, llegó a ser un ejercicio del culto, una ceremonia pública cuyos pormenores estaban minuciosamente fijados por un reglamento: eso se llamaba *etiqueta*.

La corte, en el reinado de Luis XIV, tomó extraordinaria importancia. Comprendía la *casa militar* —diez mil hombres que lucían resplandecientes uniformes—, y la *casa civil*, unas cuatro mil personas.

Los jefes de los servicios pertenecían a la más alta nobleza: el *gran mestre de Francia*, jefe de los servicios de boca, era el primer príncipe de la sangre: el príncipe de Condé. La mayor



LUIS XIV VIEJO (1706).

Retrato en cera de color, y de relieve, por Antonio BENOIT.

Este retrato, de tamaño natural, que representa al rey a los sesenta y ocho años, impresiona por la expresión de vida, con el tono amarillento de la piel, la sombra de la mal afeitada barba en el mentón y en el labio superior, las finas arrugas (pata de gallo) del ángulo externo del ojo y el ojo mismo del globo tan blanco y de pupila amarilla, el relieve de la mejilla, la papada y la gran peluca color rubio ceniciento, que es de cabello natural. La fisonomía es fría e imponente. El rey lleva una capa roja que deja ver la cinta azul de la Orden del Espíritu Santo y el encaje de la camisa.

parte llenaba realmente sus funciones, servía a la mesa y presentaba la camisa. Los que desempeñaban los cargos secundarios pertenecían también a la nobleza; gentilhombres eran los paneteros, gentilhombres los cooperos, gentilhombres los caballerizos, los trinchadores, etc. Los que no pertenecían a la casa, esto es, los simples cortesanos, deseaban y soñaban con servir algún día; consideraban favor extraordinario que el rey los designara, terminado el juego de cartas, para llevar la palmatoria cuando se retiraba a su dormitorio a la hora de acostarse.

De esa manera domesticaba el rey a la nobleza: quería verla, sin exceptuar a nadie, alrededor suyo en el inmenso palacio



ESCENA DE CORTE A FINES DEL REINADO DE LUIS XIV (1714).

Fragmento de un cuadro de LUIS SILVESTRE (1669 - 1730).

Recepción del elector de Sajonia (1714). A la derecha de Luis XIV, que ocupa el centro del cuadro, la princesa palatina, viuda del duque de Orleáns, hermano del rey; a la izquierda, la señora de Maintenón, con quien se casó el rey después de la muerte de María Teresa (1683). El rey luce casaca de paño color castaño, que le llega hasta las rodillas, con ligero bordado a canutillo de oro; las mangas son anchas y las vueltas tienen el mismo bordado; los puños son de encaje con hilos de oro; las puntas de la corbata le caen hasta el pecho; la peluca es de color castaño; lleva debajo del brazo sombrero negro de tres candiles o tricornio; las medias son blancas, y los zapatos son negros, con hebillas de oro.

que había hecho edificar en Versalles. Todos los días pasaba revista a sus cortesanos en las galerías o en las avenidas del parque. El que no era cortesano asiduo, no tenía ningún favor que esperar: «Es un hombre a quien no se ve nunca —respondía Luis XIV, cuando se solicitaba algo en favor de un ausente—, no le conozco.» De aquí que cuanta nobleza acaudalada había en Francia corriera a ponerse bajo la sombra del rey e hiciera edificar sus casas y palacios alrededor del palacio real. Así se fundó la ciudad que hoy se llama Versalles.

EL GOBIERNO
DE LOS
HACENDADOS

Luis XIV no admitió que la nobleza —acabamos de ver que la convirtió en su *nobleza*—, tuviera sino una de estas tres maneras de vivir: en el servicio personal del rey, en el ejército o la marina, o como cortesanos. Nunca empleó nobles en el gobierno ni en la administración del reino. *Gobernó y administró con los hacendados, con el pueblo.* «Era importante que el público conociera por la categoría de las personas de que me servía, *que mis designios no eran compartir con ellos mi autoridad.*»

COLBERT

El más notable de los ministros que Luis XIV escogió en el pueblo, fué *Colbert*, hijo de un pañero de Reims, que a la muerte de Mazarino llegó a ser el hombre de confianza del rey. Entonces tenía cuarenta y dos años.

Colbert, a quien le gustaba el trabajo con pasión, hubiera querido que todo el mundo trabajara en el reino. Cuando a las cinco y media de la mañana entraba en su despacho y lo veía lleno de papeles y expedientes, se frotaba las manos alegremente; no trabajaba menos de dieciséis horas por día; de aquí que pusiera mala cara a los solicitantes que iban a turbar su labor.

Tenía intelecto muy claro y sabía desbrozar admirablemente los asuntos por embrollados que fueran. Era, asimismo, un hombre de ingenio osado, que detestaba los prejuicios y cuya índole hacía que estuviera siempre vigilante. La tarea a que hubo de consagrarse fué inmensa. Por sí solo, hasta su muerte (1683) y durante veintidós años, se bastó para hacer lo que hoy ocupa a nueve ministros en Francia. Se ha dicho con mucho acierto que fué el *buey de labor* de Luis XIV.

La idea que inspiró todos los actos de Colbert puede resumirse así: *hacer que Francia se enriqueciera*: «asegurarle abundancia de dinero» impidiendo que el numerario saliese de su patria y atrayendo el que había en el extranjero; así *aumentarían los recursos aplicables a la política*, se empobrecerían los estados vecinos, y, por consiguiente, *Francia alcanzaría el más alto grado de poder en el mundo*.

Entre ese magnífico programa y los resultados hubo una desproporción frecuentemente muy grande, y los fracasos de Colbert fueron numerosos. Así, por ejemplo: se esforzó en vano en reorganizar la hacienda y disminuir la carga de impuestos; las perpetuas guerras, las construcciones grandiosas y el boato de la corte acrecentaron desmesuradamente los gastos y agotaron el tesoro real. Verdad es que, por lo menos, Colbert consiguió hacer que Francia fuera *una gran potencia industrial y comercial*.

De la época de Colbert data realmente la gran industria francesa, que desde luego fué una *industria de lujo*. A costa de dinero y de concesiones y privilegios, Colbert atrajo a Francia muchos industriales y obreros extranjeros. El rey les adelantó los fondos (hoy se diría una sociedad en comandita) para la edificación de sus establecimientos y para la compra de las materias primas.

Colbert tendió igualmente, por todos los medios, a desarrollar el comercio de Francia, el marítimo sobre todo, que en su concepto, era el más fructuoso y, por consiguiente, el más importante, y al que los holandeses, a la sazón, debían su fortuna. Fundó sucesivamente, a imitación de lo que existía en Holanda, cinco *compañías de comercio marítimo*, verdaderas sociedades por acciones, que, por lo demás, fracasaron. No obstante, logró *duplicar* (1670 a 1683) *la flota mercante*. Para proteger esa flota de comercio y asegurar las relaciones con las colonias, organizó una potente armada.

Colbert murió en 1683, agotado por el trabajo. De todos los ministros de la monarquía francesa, fué el que tuvo conocimientos más completos e inteligencia más original; de la acción que ejerció dependieron las *consecuencias más durables*. Más que ningún otro, fué el autor de la gloria de Luis XIV.

REVOCACIÓN
DEL EDICTO
DE NANTES

Dos años después de la muerte de Colbert, cuando Luis XIV, inflado de orgullo, no daba oídos a los consejos dictados por la moderación y la prudencia, se cometió uno de los actos más funestos del reinado: la *revocación del edicto de Nantes*.

Gracias a Enrique IV, desde el edicto de Nantes, Francia era el único Estado donde cada uno podía orar según su conciencia.

Luis XIV, persuadido de que «ocupaba el puesto de Dios», no podía admitir que algunos de sus súbditos tuviesen creencias distintas a las suyas. Desde el principio de su reinado tuvo la firme voluntad de extirpar la herejía y hacer que entrara en el seno de la iglesia católica el millón y doscientos mil protestantes de su reino.

Al principio se limitó a perseguirlos solapadamente y a dictar contra ellos algunas medidas vejatorias. Poco a poco les prohibió desempeñar los cargos públicos y ejercer profesiones liberales. Después se recurrió a todos los medios, aun los más odiosos, para obtener que se convirtieran.

En 1685, Luis XIV, creyendo que ya no quedaban en Francia sino algunos centenares de «obstinados», se decidió a firmar el *edicto de revocación*.



COLBERT (1619 - 1683).

Busto de COYSEVOX.

Museo del Louvre.—Fotografía de Giraudón.

Colbert, el más notable de los ministros de Luis XIV, y quizá de todos los ministros que tuvo la monarquía; fué un trabajador infatigable. Su vida simboliza el esfuerzo perpetuo. Coysevox interpretó admirablemente al grande hombre. Los rasgos regulares de la fisonomía, las cejas arqueadas, las arrugas de la frente y encima de la nariz, son expresivas de índole vigilante, de talento advertido, de sentimientos solícitos. A Colbert le desesperaban los gustos derrochadores de Luis XIV, y el desorden económico del reino.

Los protestantes eran mucho más numerosos que lo que había supuesto el rey, y a pesar de la estricta vigilancia que hubo en las fronteras y en las costas, fueron millares los que partieron, a pesar de que se castigaba la emigración, primero con galeras, y después con la muerte. Doseientos mil, probablemente, o quizá más renunciaron a todo, fortuna, hogar, patria, y arriesgaron libertad y vida para salvar su fe. Hombres capaces de semejantes sacrificios y energía eran la flor de aquellas regiones, cuya desaparición debilitó singularmente a Francia. Ellos fueron un elemento de fuerza y de prosperidad en los países que les dieron asilo: *Inglaterra*, *Holanda*, y sobre todo el *Brandeburgo*, donde fueron a establecerse más de veinte mil: *Berlín*, su capital, futura metrópoli del reino de Prusia, cambió de tal manera, gracias a los emigrados franceses, que parecía fundada de nuevo; entre los oficiales del ejército prusiano se cuentan numerosos descendientes de aquellos emigrados.

Lo que hizo para siempre glorioso el reinado de Luis XIV, no fueron los actos de intolerancia que los contemporáneos pudieron aplaudir y que hoy reprueba la conciencia universal; tampoco fueron las victorias y conquistas que agotaron las fuerzas del reino y casi siempre se terminaron con derrotas. La gloria de aquel reino consiste en que fué la *gran época literaria* de Francia, época de desarrollo intelectual completo y de obras maestras. Entonces aparecieron monumentos literarios que el extranjero admiró tanto como Francia; entonces fué también cuando la lengua francesa empezó a ser en el mundo moderno lo que el griego había sido antes en el mundo romano: una lengua universal, común a todos los hombres cultos de Europa.

La primera generación de grandes escritores se ilustró antes del reinado personal de Luis XIV, cuando Richelieu y Mazarino: entre los más notables, descuellan *Corneille*, autor de tragedias sublimes, el filósofo *Descartes*, cuyo *Discurso del Método* apareció en 1637, y *Pascal*, que se propuso escribir una apología de la religión cristiana, pero a quien la enfermedad y la muerte le impidieron terminar la obra, cuyos fragmentos publicados bajo el título de *Pensées* (pensamientos), son «uno de los más hermosos monumentos de elocuencia que posee, no solamente Francia, sino la humanidad».

Los grandes escritores contemporáneos de Luis XIV son

más numerosos todavía. El más sobresaliente es quizá *Molière*, a la vez director de teatro, actor y autor, que escribió y repre-

sentó de 1659 a 1673, año de su muerte, unas treinta obras, entre las cuales han de citarse las inmortales obras maestras *Tartufo*, *Don Juan*, *El Misántropo*, *El Avaro*, *El burgués gentilhomme* y las *Mujeres doctas*. *Boileau*, por sus sátiras y su arte poético, enderezó y formó el gusto de su tiempo. *Racine*, en lengua muy castiza, escribió tragedias maravillosas por sus delicados y profundos conceptos. *La Fontaine* publicó sus *Fábulas*, comedia en cien actos diversos, «trazada por el más variado y agudo de los poetas». El obispo *Bossuet* fué el más elocuente de los oradores de la cátedra sagrada, y sus *Oraciones Fúnebres* se consideran obra maestra en ese



MOLIERE (1622 - 1673).

Fotografía del retrato pintado por MIGNARD (1610 - 1695).—Museo de Chantilly.

Mignard, uno de los buenos pintores del reinado de Luis XIV, pintó este retrato, probablemente hacia 1670: *Molière* tenía entonces cuarenta y ocho años. La cara es irregular; la nariz, recta, ancha y corta, y los labios prominentes y carnosos. La mirada es tan viva, que nos parece que su fisonomía debió ser notablemente expresiva. En la boca tiene como un dejo de amargura, aun cuando asoma en ella la bondad. Verdad es que la vida no le escatimó tristezas, y que el bondadoso *Molière* se mató trabajando, pues aunque gravemente enfermo prefirió morir en la escena a que perdieran el salario los empleados de su teatro.

género. No hacemos alto en muchos otros por más que merezcan ser citados.

En los escritores de aquel tiempo se advierte cierto número de rasgos que les son comunes. Todos conocieron profundamente



CLAUDIO PERRAULT (1613 - 1688).—LA COLUMNATA DEL LOUVRE.
Fotografía.

Luis XIV quiso completar (1664) el palacio del Louvre con una fachada monumental en la parte este. La columnata, cuyo plano hizo Claudio Perrault, comenzó a edificarse en 1666 y se terminó en 1670. Esta columnata tiene 174 metros de largo. La parte inferior, sin adornos de ninguna clase a no ser las ventanas que dan luz al piso, es como el basamento de la alta galería formada por 36 columnas corintias apareadas. Para disimular la techumbre, el entablamento está coronado con un ático en forma de balaustrada.

El conjunto es imponente y frío.

te a los escritores antiguos, que fueron sus modelos; todos tuvieron la intuición del orden en la composición literaria y el cuidado de expresarse con claridad y sencillez; en todos se manifestaron la grandeza y el noble propósito de respetarse y respetar a sus lectores, dignidad y, a veces, hasta majestad

que nunca ha alcanzado grado semejante en ninguna literatura ni en ningún tiempo.

LAS ARTES; Los artistas, si bien menos sobresalientes, fueron también numerosos; el gusto, la mesura y la elegancia que distingue a sus obras son cualidades tan excelentes, y el prestigio del monarca era tan grande, que dieron a Francia la preeminencia artística que ha sabido conservar.

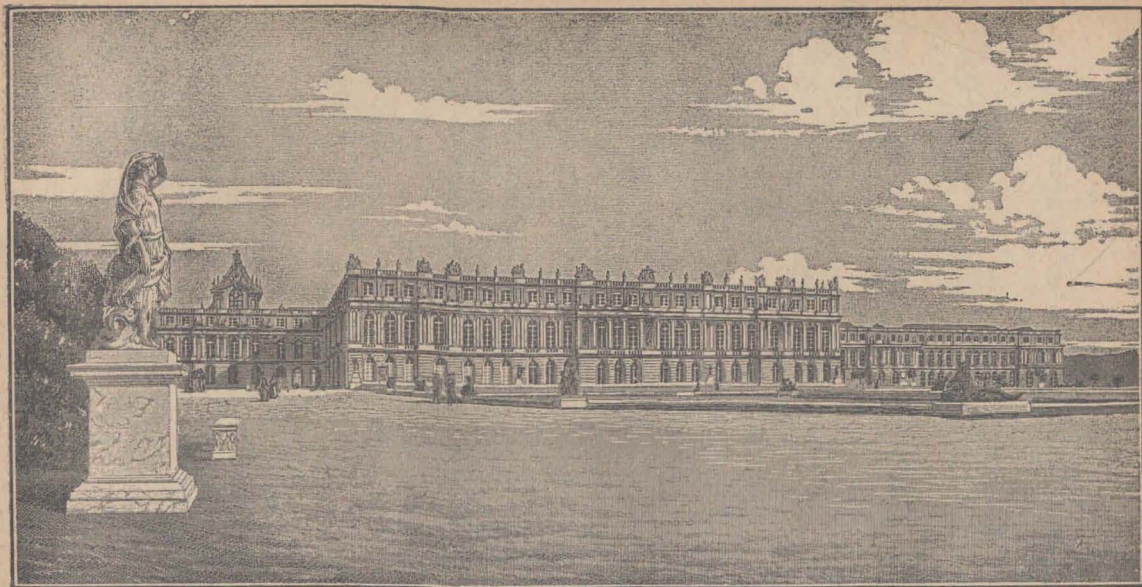
Los monumentos llamaron particularmente la atención de los contemporáneos, y las demás ciudades europeas los imitaron. El más célebre y característico de ellos es el *Palacio de Versalles*, cuya edificación necesitó treinta años y costó casi doscientos millones. El palacio con sus dependencias puede contener diez mil personas.

La decoración es muy sobria, elegante y majestuosa. Las inmensas perspectivas que ofrecen el parque y los jardines; las alfombras de césped que se extienden en las calles del parque, el largo canal que se pierde en el horizonte, los estanques, las fuentes con sus surtidores, la multitud de estatuas y la profusión de mármoles y de broncees, hacen que este palacio sea la morada regia más grandiosa que haya en el mundo.

LA POLÍTICA Cuando comenzó el reinado personal de Luis XIV «todo estaba en calma en todas partes». Sin rival en Europa, dueño absoluto de su reino, servido por hombres como Colbert, Luis XIV gozó de un poder incomparable.

Este poder, del que podía disponer a su antojo, sirvió a Luis XIV para continuar la obra de Richelieu y Mazarino: disminuir la importancia de la Casa de Austria —de hecho el poder español— y terminar la unidad de Francia devolviéndole todos los territorios que se encontraban dentro de sus «límites decentes», como la Lorena, feudo imperial, los Países Bajos, Luxemburgo y el Franco Condado, provincias españolas.

Si bien la finalidad era la misma, los métodos puestos en práctica por Richelieu y Mazarino difieren profundamente de los de Luis XIV. Los dos grandes ministros, a fuerza de habilidad, de prudencia y de moderación, supieron hacer girar toda Europa alrededor de Francia y llevar la guerra contra los Habsburgos, en nombre del equilibrio europeo. Luis XIV, al contrario, desde el principio, siguió una política de supre-



JULIO HARDOUIN-MANSART (1645 - 1708).—PALACIO DE VERSALLES, fachada que mira al parque.—Fotografía. Esta inmensa fachada de quinientos metros de largo, se compone de un saliente pabellón central y de dos alas: los árboles del parque ocultan una parte del ala izquierda. La célebre galería de los espejos ocupa el primer piso del pabellón central. Allí se firmó la paz que puso fin a la guerra de 1914 a 1918. Delante del palacio se ve uno de los grandes estanques del terraplén.

maeía. Sus pretensiones orgullosas inquietaron e irritaron a todas las potencias, y en adelante las coaliciones se formaron contra Francia. En 1661 se produjo un hecho significativo. A propósito de un conflicto de precedencia entre los embajadores de Francia y de España en Londres, Luis XIV exigió de Felipe IV la presentación de excusas y la promesa de que sus representantes cederían siempre el paso a los embajadores franceses. La audiencia «de las excusas de España» fué para el rey una gran jornada: «No sé —decía— si desde el comienzo de la monarquía haya habido algo más glorioso para ella. Es como un homenaje de rey a rey, de corona a corona, que no permitirá dudar, ni siquiera a nuestros enemigos, que la nuestra es la primera de la cristiandad.»

LA POLÍTICA EXTERIOR DE LUIS XIV.—LA SUCESIÓN DE ESPAÑA

Francia, durante el reinado de Luis XIV ocupó el primer puesto entre los Estados de Europa. Fué el más poderoso de los reinos y el centro de la política general.

Luis XIV se sirvió de su poder para emprender grandes guerras de conquistas, de las que fueron las principales: la guerra de Holanda, de 1672 a 1678; la guerra de la Liga de Augsburgo, de 1688 a 1697, y la guerra de la Sucesión de España, de 1701 a 1714.

LA SUCESIÓN DEL TRONO DE ESPAÑA

Allá por el año de 1665, que fué cuando Luis XIV empezaba a tomar con sus propias manos las riendas del gobierno, todos los políticos de Europa esperaban el fin próximo de la descendencia masculina de Carlos V, pues el hijo que Felipe IV acababa de tener de su segundo matrimonio, Carlos II, era tan canijo que todos creían imposible que viviera mucho tiempo: pero tardó cuarenta años en morir.

Dos herederos podían pretender a esa sucesión: Luis XIV y Leopoldo, emperador de Alemania, ambos hijos y maridos de princesas españolas, y al mismo tiempo primos hermanos y cuñados. Pero la madre y la esposa de Luis XIV eran una y otra *hijas primogénitas* de los reyes de España, mientras que la madre y la esposa de Leopoldo eran *hijas segundas*. Por consiguiente, los derechos de Luis XIV prevalecían, pero Luis XIV quería solamente tomar las *provincias francesas* que for-

maban parte de esa herencia, y, en Italia, los territorios que le servirían para ser trocados por Lorena y Saboya. Estaba dispuesto a abandonar el resto, España y América, a su cuñado Leopoldo. Tres años después de la muerte de Felipe IV, Leopoldo aceptó las proposiciones de Luis XIV, y firmó en Viena (1668) el *tratado de partición* de la futura herencia.

Poco antes Luis XIV había comenzado a tomar posesión de una parte de la herencia: en 1667, estaban conquistadas todas las plazas de Flandes, sin previa declaración de guerra, y para obligar a España a reconocer los hechos consumados, ocupó, además, el Franco Condado (1668).

A ALIANZA DE La rápida conquista de Flandes amedrentó a
A HAYA Y LA Holanda y a Inglaterra. Los holandeses, siempre
PAZ DE inquietos por su independencia; los ingleses, porque
AQUISGRÁN no admitían en 1668 —como no lo habían admitido
en la guerra de Cien Años y como tampoco quisieron admitirlo cuando la Revolución, ni cuando Napoleón I— el establecimiento de Francia en la desembocadura del Escalda.

Los holandeses y los ingleses formaron con Suecia la *triple alianza de La Haya* (1668). El fin aparente de los aliados era ofrecer su mediación a Francia y a España; pero el fin oculto era obligar a Luis XIV a reiterar la renuncia a la sucesión de España e *impedir la ocupación de los Países Bajos*. Esa triple alianza inauguró algo nuevo, esto es, *el principio de las coaliciones dirigidas contra Francia*. Ella probaba el poder de Francia y el de Holanda, que sólo tenía cien años de existencia, pero había llegado a ser, como antiguamente lo fué Venecia, gracias a la actividad de su comercio y a pesar de su territorio exiguo, una de las grandes potencias de Europa.

La paz se firmó, no obstante, sin que hubieran intervenido los mediadores, en *Aquistrán* (1668): Luis XIV devolvía el Franco Condado; España, en cambio, le cedía *Flandes meridional*, con once plazas fuertes.

A GUERRA DE Luis XIV y su pueblo aborrecían a Holanda por
HOLANDA su inconsecuencia con Francia y porque ponía obstáculos al comercio francés, estableciendo exagerados derechos de aduana sobre sus mercancías.

Antes de entrar en campaña, Luis XIV quiso *aislar* a Holanda, separarla de sus aliados y crearle adversarios en todas

partes. Luis XIV compró la alianza de Inglaterra: del mismo modo la de Suecia, la del elector de Colonia y la de los príncipes ribereños del Rin y la neutralidad del emperador.



LOS CAMPOS DE BATALLA EN EL REINADO DE LUIS XIV.

Mientras valiéndose de esos medios, Luis XIV preparaba la guerra, los holandeses no pensaban siquiera en organizar su defensa: atentos únicamente a sus intereses comerciales, juzgaban que sostener un ejército permanente era despilfarrar el dinero y los *Estados Generales* se negaban a ordenar levas.

Cuando estalló la guerra, aquello fué para los holandeses «como un rayo en cielo sereno».

En 1672 Luis XIV entró en campaña con ciento
 INVASIÓN DE veinte mil hombres; uno de sus jefes era Condé.
 HOLANDA Forzó el paso del Rin, con lo que creyó ser dueño
 de Holanda; en efecto, pudo serlo durante tres días:
 pero una resolución, cuyo heroísmo fué sublime, detuvo su
 marcha.

El nivel de una gran parte de Holanda *es inferior al del mar*, que no invade las tierras porque los diques y esclusas que le han opuesto lo contienen y dominan. Los holandeses abrieron las esclusas y perforaron los diques, pues para salvar su independencia entregaban al océano la tierra que le habían arrancado palmo a palmo durante varios siglos de trabajo. En cuatro días el mar inundó a Holanda; las ciudades se transformaron en islas inabordables como no fuese por barcos. Los franceses tuvieron que detenerse a orillas de los países inundados. *La ofensiva había durado ocho días.*

Sin embargo, los holandeses solicitaron la paz. Luis XIV, mal aconsejado por su orgullo, rechazó las proposiciones muy ventajosas que se le habían hecho. A partir de entonces los holandeses se dieron a una lucha sin cuartel. Se encomendó la defensa a *Guillermo de Orange*, que tenía veintiún años, inteligencia viva, indomable tenacidad y talento diplomático de primer orden. Desde entonces, y hasta el fin de sus días, fué adversario infatigable de Luis XIV, y el jefe de cuantas resistencias se opusieron a sus proyectos.

La brusca detención del ejército francés provo-
 LA GUERRA có un *cambio total en las alianzas*. Los que habían
 EUROPEA prometido su concurso a Luis XIV lo abandonaron.
 Primero, el elector de *Brandeburgo* y el *Emperador*
 tomaban partido por Holanda. *España* y después el *Imperio*,
 los imitaron en seguida. En 1673 se concertó en La Haya una
 vasta coalición, y la guerra de Holanda se transformó en *guerra europea*.

Luis XIV, renunciando entonces a acabar con Holanda, se volvió contra España, a la que acometió vigorosamente y le quitó por segunda vez el Franco Condado (1674) y los Países Bajos.

Contra el Emperador y los alemanes, que en aquel entonces

se llamaban *imperialistas*, Luis XIV se limitó a una guerra *defensiva*. En 1674, los alemanes lograron establecerse en Alsacia, que fué reconquistada en dos semanas, perdida y vuelta a conquistar.

En 1678, a pesar de cinco años de esfuerzos, Z DE NIMEGA los coligados no habían logrado la menor ventaja sobre Luis XIV, antes bien, estaban extenuados. Los holandeses fueron los primeros que firmaron la paz de *Nimega*; los otros coligados los imitaron poco después. Holanda, pretexto de la guerra, lejos de haber perdido algo con hacer la paz, pudo celebrar un tratado de comercio con Francia. *España fué la que perdió*, puesto que hubo de ceder a Luis XIV, con el *Franco Condado*, doce plazas de *Flandes*, señaladamente las de *Valenciennes*, *Maubeuge* y *Cambrai*, posiciones indispensables para darle seguridad a la frontera del norte, que desde entonces es casi la misma que Francia tiene hoy. Cuidadosamente fortificadas, fueron en adelante como un escudo de la ciudad de París.

LA LIGA DE AUGSBURGO La paz de Nimega determinó el *apogeo del poder* de Luis XIV. París le llamó *Luis el Grande*, y, durante diez años, de 1678 a 1688, este monarca fué realmente dueño de Europa occidental. Su orgullo, que desde entonces no conoció límites, le inspiró los actos más audaces.

Los tratados de Westfalia y de Nimega disponían que los territorios cedidos a Francia lo eran *con sus dependencias*, lo que entendió Luis XIV le permitía anexar a su reino territorios que pertenecían, unos, a aliados de Luis XIV, como el rey de Suecia, y otros al rey de España. La anexión de *Estrasburgo* (1681) escandalizó, no sólo porque esta ciudad era la más importante de Alsacia, sino también porque hasta entonces era considerada como ciudad libre. Estrasburgo tenía gran valor militar, dado que guardaba uno de los raros puentes que había sobre el Rin.

Esas anexiones indignaban y asustaban a las potencias. La revocación del edicto de Nantes (1685) malquistó a Luis XIV con todos los Estados protestantes, y a las inquinas políticas añadió los odios religiosos. Guillermo de Orange reunió sin dificultad los diversos grupos de aliados ya existentes, en una nueva coalición. En 1686, los reyes de España y de Suecia, el Emperador, muchos electores y el duque de Saboya, forma-

ron la *Liga de Augsburgo*, a fin de garantizarse recíprocamente contra las violencias posibles de Luis XIV, cuyo carácter al principio era simplemente defensivo, y a la que el papa, ultrajado en Roma por el embajador de Francia, se adhirió poco tiempo después. Luis XIV se creía con derecho a todo y multiplicaba las provocaciones.



GUILLERMO DE ORANGE (1650 - 1702).

Retrato pintado por KUELLER.

Guillermo de Orange, el implacable adversario de Luis XIV, era bisnieto del héroe de la independencia de las Provincias Unidas, Guillermo el Taciturno. Fué estatúder de las Provincias Unidas a los veintidós años, y rey de Inglaterra a los treinta y ocho. Tenía carácter frío y tenaz, y una indomable energía a pesar de su precaria salud. Guillermo aparece vestido como rey de Inglaterra, con el manto real forrado de armiño y el collar de la Orden de la Jarretera —la Legión de Honor inglesa—, en cuya parte inferior pende un San Jorge, patrón de Inglaterra, a caballo y matando al dragón. Su abultada peluca le agranda la cabeza, que es pequeña. Las facciones son muy marcadas. Sus grandes ojos muestran fría obstinación.

LA GUERRA DE
INGLATERRA

En 1688, so pretexto de defender los derechos de su cuñada, la duquesa de Orleáns en la *sucesión palatina* recientemente abierta, lanzó su ejército sobre el Palatinado, lo cual provocó la guerra general.

La guerra hubiera sido la segunda edición de la de Holanda, si en el momento mismo en que empezaba, una revolución no hubiera llevado a *Guillermo de Orange* al trono de Inglaterra. Hasta entonces, gracias a la hábil diplomacia de Luis XIV, Inglaterra había permanecido neutral, cuando no aliada con Francia, y su intervención en los asuntos de Europa había sido casi nula; mas, a partir de 1688, dirigida por Guillermo de Orange, empleó cuantos medios tuvo en *luchar contra Francia*. Gracias al concurso que ella prestó a los coligados, pudieron éstos contrabalancear el poder de Luis XIV.

Luis XIV, *sin un aliado*, tuvo que hacer frente a Europa entera. Se batalló durante nueve años en todas las fronteras: en los *Pirineos* contra los españoles, a quienes les tomó Cataluña; en los *Alpes*, contra el duque de Saboya, que perdió su ducado; en el *Rin* y en los *Países Bajos*, contra los *alemanes*, los *holandeses* y los *ingleses*.

Luis XIV no peleó para ensanchar sus territorios, sino para conservar lo que anteriormente había adquirido y para restablecer en el trono a Jacobo II, rey de Inglaterra, que se había refugiado en Francia. De aquí que la guerra fuera más porfiada en los *Países Bajos* e *Irlanda*. Para cubrir a Francia por el lado del Rin, se recurrió a un medio atroz: convertir el norte de Alsacia en un *desierto*. Los ejércitos franceses devastaron el *Palatinado*, arrasaron pueblos y ciudades, talaron los cultivos y expulsaron a los habitantes (1688-1689).

Pero el intento de reponer a Jacobo II en el trono fracasó (1690).

PAZ
DE RYSWICK

El cansancio y la extenuación de los combatientes indujeron a la paz. Algunos corsarios franceses arruinaban el comercio marítimo de holandeses y de ingleses. El Emperador estaba de nuevo en guerra con los turcos. Los adversarios negociaron en el castillo de *Ryswick*, cerca de La Haya (1697). Luis XIV, vencedor, se mostró tan moderado que sorprendió a sus adversarios. Reconoció a Guillermo de Orange como rey de Inglaterra, devolvió la mayor parte de los territorios anexados después de la paz de Nimega, y sólo exigió que el emperador de Alemania le reconociera la posesión definitiva de Estrasburgo.

CAPÍTULO XX

ESPAÑA BAJO LOS ÚLTIMOS HABSBURGOS

«Dios, que me ha dado tantos reinos, me ha negado un hijo capaz de gobernarlos. Temo que me lo gobiernen.» Con esta frase de Felipe II queda caracterizado el reinado de Felipe III. Era éste un joven de 21 años, amable, devoto y holgazán, que tenía, entre otros, un compañero favorito de esparcimientos juveniles, el marqués de Denia, poco mayor que él, a quien apenas muerto su padre entregó las llaves que guardaban los papeles secretos. Tampoco éste gobernó, porque fué dominado por don Rodrigo Calderón, a quien se hizo marqués de Siete Iglesias. El rey cazaba, bailaba, jugaba, mientras los ministros gobernaban y el pueblo sumiso siempre, aseguraba la paz interna. Los problemas que preocupaban eran los internacionales o los coloniales; la miseria y el absolutismo irritante no lo fueron nunca.

La devoción de Felipe III lo llevó, además de lograr la canonización de Santa Teresa, San Ignacio y otros españoles, a purificar la fe, expulsando a los últimos árabes. Contaban éstos con el apoyo de los señores, porque eran los mejores agricultores, y a ello debían siempre las concesiones que habían logrado muchos, desde los tiempos de los Reyes Católicos, para permanecer en el país a pesar de todas las persecuciones y órdenes de expulsión. La primera expulsión decretada por Felipe III admitía la permanencia de un seis por ciento de agricultores para que enseñaran agricultura a los españoles; los árabes rechazaron la concesión y todos fueron llevados a África. Como se comprende, esta expulsión fué un rudo golpe para la agricultura española, que era, si no una fuente de riqueza, un recurso para la extrema pobreza en que se vivía.

El rey, sin embargo, hallaba arbitrios para mantener su vida de holganza y placer, y fué uno de los más curiosos la traslación de la corte de una ciudad a otra, en una especie de remate, según la suma que le ofrecía la ciudad.

Para lograr fondos el rey dispuso las «limosnas», para que él y en su nombre se pedían, como donativos voluntarios. El rey mismo llegó a visitar ciudades pidiendo subsidios. La peor iniciativa fué la de dar doble valor a la moneda: se encareció la vida y desapareció la de plata, circulando, en cambio, otras monedas de valor real.

El «privado», nombre con que durante este reinado comenzó a llamarse a los que suplían la voluntad del rey, viéndose en disfavor en las postrimerías del reinado, pidió el cardenalato. «Se vistió de colorado, para no morir ahorcado», dijo el pueblo.

Era costumbre entonces que el pueblo expresara sus opiniones mediante coplas y libelos anónimos que corrían manuscritos de mano en mano. A veces se descubría a sus autores, pero los más corrían impunemente. Así siguió ocurriendo después de Felipe III, ya en el trono su hijo Felipe IV, que reinó de 1621 a 1665.

Como su padre, tuvo un valido, el Conde-Duque de Olivares, pero fué mucho menos religioso que aquél: el clero pudo menos, y el valido más. Afortunadamente, el Conde-Duque era bien distinto al marqués de Denia: trató de moralizar la administración pública, investigando el origen de las fortunas de los grandes funcionarios en los 30 últimos años. También tomó hábiles medidas económicas y para combatir la despoblación prohibió la vagancia y la emigración, liberó de impuestos a los matrimonios nuevos durante los cuatro primeros años, pero recargó a los solteros. Muchas veces pecó por falta de tacto, como ocurrió en la sublevación de Cataluña. Este movimiento no fué social, como los producidos en tiempo de Carlos V, sino político, porque el valido quería realizar la unificación administrativa de toda España. Tan odioso se hizo Olivares, que los catalanes negociaron con Francia distintas soluciones que los librara de Madrid. Poco después estallaba por idénticos motivos una sublevación semejante en Portugal. Felizmente para España, los franceses se hicieron más antipáticos que Olivares, y los catalanes se adhirieron a éste. Después, el tratado de los Pirineos, señaló a éstos como límite definitivo de los dos países.

La sublevación de Portugal y la guerra siguiente fué más larga y menos favorable: el duque de Braganza fué proclamado rey de Portugal. Después de veintiocho años de guerras, reinando ya Carlos II, se reconocía la independencia de Portugal; España recibía, en cambio, la plaza de Ceuta, en África.

El nuevo rey tenía cuatro años. Desde su ascen-
 CARLOS II sión al trono las cancillerías europeas esperaban su muerte para repartirse su herencia. Pero reinó 35 años con la regencia de su madre, doña María Ana de Austria, durante su minoría. Aunque ésta no veía con buenos ojos la presencia de un valido, terminó por serlo su confesor, el jesuita alemán Juan Everardo Nitard. No bastó este nombramiento para terminar con las intrigas, y por atenderlas fué sorprendido el gobierno español con la acción decidida y enérgica de Luis XIV en Flandes (1667). La paz de Aquisráan terminó con Nitard rudamente atacado por su mortal enemigo, don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV. La reina entregó el poder y su afecto a don Fernando Valenzuela, quien se enriqueció y ascendió por medios deshonestos, cuando no escandalosos: su privanza vino de su aptitud para saberlo todo y especialmente secretos: por esto se le llamó el *Duende de Palacio*. Luchó contra él, el mismo Juan de Austria.

Carlos II comenzó a gobernar a los catorce años, y muy pronto don Juan de Austria fué su primer ministro. Aunque ya cansado y envejecido, su gobierno señaló progresos generales tanto en la política exterior como en el gobierno. La mala situación económica y su muerte quitaron a su ministerio el brillo que pudo haber tenido. La desgraciada paz de Nimega contribuyó a su desgracia. La de Ryswick (1697) restituyó una parte de lo quitado: Luis XIV esperaba congraciarse con Carlos II con vistas a su herencia. Así reinó este monarca, víctima de su anormalidad física y espiritual, que le valió el sobrenombre de *El Hechizado*; raquitismo orgánico y retardo mental. Esto explica que en cada momento se contemplara como posible e inmediata su muerte.

TRATADO DE
 EPARTO DE LA
 SUCESIÓN DE
 ESPAÑA

Si Luis XIV no se mostró exigente en Ryswick, fué porque necesitaba de la paz para *fortalecerse tanto desde el punto de vista militar como el financiero* antes de que sonara la hora, muy próxima según la opinión general, de la muerte de Carlos II, y, por consiguiente, de plantear y resolver el asunto de la

sucesión de España, y porque, además, quería romper la Liga de Augsburgo, separar Inglaterra de Holanda, y tratar de *concertar anticipadamente con ellas el reparto* de la sucesión, como trató en 1668 de concertarse con su coheredero, el emperador Leopoldo.

Un tratado firmado en *Londres* (marzo de 1700), atribuía al hijo segundo del Emperador, el *archiduque Carlos*, la sucesión de España, con excepción del reino de Nápoles, de Sicilia y del Milanesado, territorios que se reservaban para Luis XIV, que los canjearía por Saboya y Lorena. Este era ni más ni menos el proyecto que acariciaba a principios de su reinado, y que puede resumirse así: sacar de la sucesión de España lo que Francia necesitaba para estar completa.

TESTAMENTO
DE CARLOS II

El Emperador, invitado a adherirse a dicho tratado tan ventajoso para él, no quiso aceptar. Contaba con que Carlos II le daría por testamento la totalidad de la herencia. Y tuvo muy cruel decepción.

Carlos II no quería que a su muerte se desmembrara la monarquía española, y como conocía los proyectos de reparto, juzgó que sólo un príncipe francés sostenido por Luis XIV sería capaz de mantener la integridad de ese imperio. Hizo su testamento en favor de *Felipe, duque de Anjou*, segundo nieto de Luis XIV. Un mes después de haber firmado ese documento, el 1.º de noviembre de 1700, Carlos II pasaba a mejor vida.

LA GUERRA DE
SUCESIÓN DE
ESPAÑA;
LAS CAUSAS

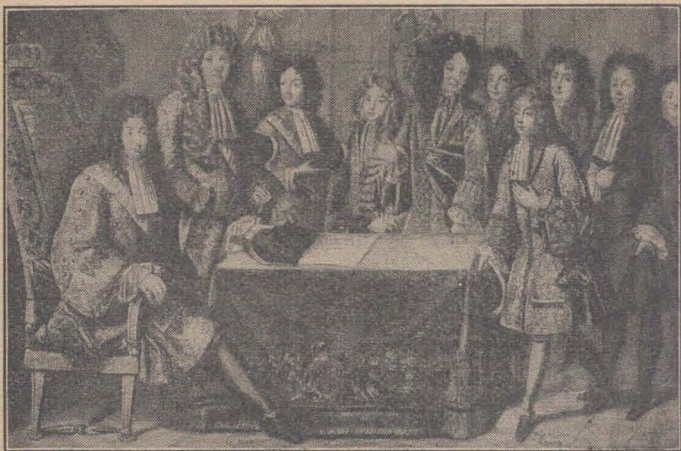
El duque de Anjou, con el nombre de *Felipe V*, fué reconocido como rey de España por todos los soberanos, excepto el Emperador. Pero diversas medidas que tomó Luis XIV, unas imprudentes y otras justificadas, de las que se sirvió hábilmente su enemigo Guillermo de Orange, permitieron a éste reconstituir contra Francia la coalición europea.

Entre las medidas imprudentes se halla la declaración de Luis XIV garantizando solemnemente a Felipe V sus *derechos eventuales a la corona de Francia* (1701), lo cual era asentar la posibilidad de reunir a Francia y España en un mismo y formidable imperio, *posibilidad* que bastaba para alarmar a muchos soberanos.

Poco después Luis XIV, a petición de Felipe V, hizo que las tropas francesas ocuparan las plazas de los Países Bajos españoles, llamadas de la *Barrera*; los holandeses vieron en

ello una provocación y al mismo tiempo una amenaza a su independencia.

Por último, en 1702, a la muerte de Jacobo II, ex rey de Inglaterra, en el palacio de Saint-Germain, Luis XIV, a pesar de haber reconocido en el tratado de Ryswick a Guillermo de Orange como rey de Inglaterra, saludó con el título de rey al



EL DUQUE DE ANJOU PROCLAMADO REY DE ESPAÑA.

El dibujante ha agrupado en esta figura todos los personajes que asistieron a la proclamación. Luis XIV sentado a la izquierda en un gran sillón del cual el respaldo, muy alto, está adornado con una corona. Ante él, sobre la mesa, el testamento de Carlos II. Al otro extremo de la misma, el duque de Anjou, la mano en el pecho, en actitud que revela emoción y sorpresa; detrás se halla el embajador de España. Detrás de la mesa, de izquierda a derecha, el hijo de Luis XIV, el Gran Delfín y sus hijos, los duques de Borgoña y Berry, hermanos del duque de Anjou; al lado de éstos, su ayo, el duque de Beauvillers, ministro de Estado.

hijo del monarca destronado, Jacobo III, manifestación que fué una respuesta al pacto de la Gran Alianza, firmado nueve días antes, entre Inglaterra, Holanda, la mayor parte de los príncipes alemanes y el Emperador. Pero Guillermo también en este caso supo hacer pasar a Luis XIV como provocador, y servirse del incidente, que causó honda emoción en Inglaterra, para obtener del Parlamento las tropas y los subsidios de que tenía necesidad. Guillermo de Orange murió antes de haber podido declarar oficialmente la guerra a Luis XIV.

Aunque la guerra no había sido declarada, se
LA GUERRA combatía desde hacía cerca de un año (1701). Esta
fué la contienda más larga y terrible del reinado
de Luis XIV, pues no terminó hasta el 6 de marzo de 1714,
esto es, casi al cabo de trece años. Se guerreó al mismo tiempo
en España, en Italia, en Alemania, en los Países Bajos y en
el este y norte de Francia. Dos grandes militares condujeron
los ejércitos aliados, el inglés *Malborough* y el príncipe *Euge-
nio de Saboya*, francés que pasó al servicio de Austria. Los
franceses sólo tuvieron dos generales de valer: el mariscal de
Villars y el duque de *Vendôme*.

Tres aliados favorecieron, en los comienzos, los
LA OFENSIVA designios de Luis XIV y Felipe V: el rey de *Portu-
gal*, el duque de *Saboya* y el elector de *Baviera*. Los
dos últimos permitieron a Luis XIV tomar la *ofensiva* en
Italia y en *Alemania*.

Concibió el atrevido proyecto de concentrar en Baviera dos
ejércitos, uno que llegase de Italia por Tirol y el otro de Fran-
cia por el valle del Danubio. Ambos ejércitos marcharían reuni-
do sobre Viena, en donde dictarían la paz al Emperador. Pero
el invierno y la traición del duque de Saboya, que se vendió al
Emperador, hicieron fracasar el plan.

Al año siguiente, los coligados tomaron por su cuenta el
proyecto de concentración en el valle del Danubio. El ejército
austriaco de Italia se unió al angloholandés, y batieron a los
franceses, obligándoles a replegarse.

A partir de entonces, y durante once años, la
LA DEFENSIVA guerra, *que había llegado a ser defensiva*, se locali-
zó, al sur, en *España*, y al norte, en los *Países
Bajos españoles* y *Flandes francesa*, donde ocurrieron notables
hechos de armas.

En la península española, el rey de Portugal abandonaba
a Felipe V y concertaba alianza con los ingleses, al mismo
tiempo que, en Italia, el duque de Saboya se pasaba a los aus-
tríacos. Los ingleses, gracias a dicha alianza, pudieron desem-
barcar tropas en la Península, a las que se unió el segundo hijo
del Emperador, el archiduque *Carlos*, candidato de los coli-
gados para la corona de España. Varias provincias, especial-
mente Cataluña, apoyaron al archiduque. Felipe V debió salir

dos veces de Madrid (1706-1710). Pero a fines de 1710 (10 de diciembre), como Vendôme deshiciera en *Villaviciosa* el ejército angloaustriaco, Felipe V pudo acostarse aquella noche en un colchón hecho con las banderas tomadas al enemigo. A partir de entonces fué dueño verdadero de España.

En el norte, los franceses comenzaron la lucha en vista de conservar los Países Bajos españoles, pero debieron evacuarlos (1706). A partir de 1710 Francia fué invadida. La triple línea de ciudadelas construídas para cubrir a París contuvo durante dos años a los coligados, hasta que, en 1712, después de numerosos sitios, el príncipe Eugenio, dueño de varias plazas, estaba a punto de salvar el obstáculo. Al parecer el enemigo entraría bien pronto en París, pero Villars, haciendo una hábil maniobra, lo sorprendió en *Denain*, un poco al oeste de Valenciennes, el 24 de julio. Esa victoria obligó al príncipe Eugenio a retirarse y *salvó a Francia*. Además, la retirada de las tropas invasoras influyó de manera decisiva en la conclusión de la paz.

LA PAZ DE
UTRECHT

Hemos de advertir que Luis XIV había solicitado dos veces la paz, y que los coligados, embriagados por la victoria, le propusieron condiciones muy afrentosas.

Sin embargo, los ingleses estaban asustados de las sumas enormes que costaba la guerra. La mayoría de la nación quería la paz. Entretanto, el *archiduque Carlos* llegaba a ser *emperador* a la muerte de su hermano José I (1711). Los ingleses, que hacían la guerra para impedir una *hipotética* reunión de las coronas de Francia y España, no podían razonablemente hacerla para asegurar la *inmediata* reunión de las coronas de Austria y España. De ahí el que resolvieron retirarse de la coalición.

Los *preliminares de Londres* sirvieron de base a las negociaciones de Utrecht, cuyo buen éxito aseguró la victoria de Denain, puesto que ella determinó a los holandeses a retirarse, a su vez, de la coalición (1713). El Emperador quedó solo, y una campaña victoriosa en el Rin le obligó a firmar la paz en *Rastadt* (1714).

Los tratados de *Utrecht* y de *Rastadt* arreglaron la sucesión de España del siguiente modo:

Felipe V conservaba *España y sus colonias* y renunciaba solemnemente a todos sus derechos a la corona de Francia.

El Emperador recibía los *Países Bajos*, y en Italia el *Milanesado*, *Cerdeña* y el Reino de *Nápoles*.

El duque de *Saboya* recibía *Sicilia* y tomaba el título de rey.

Inglaterra hacía que España le concediera importantes *privilegios comerciales* en las colonias, la isla de *Menorca* en las *Baleares*, y el peñón de *Gibraltar*, es decir, la puerta del *Mediterráneo*. Hacía que Francia le cediera *Terranova* en el océano *Atlántico*, y *Acadia* o *Nueva Escocia*, esto es la entrada del río *San Lorenzo* y de la colonia de *Canadá*.

Esos tratados, en verdad *no arreglaron definitivamente la sucesión* de España. El Emperador y Felipe V no habían querido firmar la paz; el primero, porque no reconocía a Felipe V; éste, porque no aceptaba la pérdida de los *Países Bajos* ni de Italia principalmente. De aquí que se columbraran nuevos conflictos.

RESULTADOS DE LA GUERRA La guerra se terminaba con el *triunfo de Inglaterra*, que llegaba a ser el *árbitro* de Europa occidental y que había logrado entrar en posesión de los primeros elementos de la *supremacía marítima*.

Francia era la *vencida*, pues no conservaba todas las conquistas del reinado de Luis XIV, y se le había agotado la sangre y disipado el dinero. Gastó sus fuerzas durante trece años *sin ningún provecho*, tan sólo por la vanagloria de dar un rey a España, y sin que pudiera proteger la integridad de aquella monarquía. Y mientras *todos se agrandaban* en torno suyo, Francia *permanecía siendo la misma*; cuando ella pudo hacerlo, no había acabado su unidad. Renunciando al beneficio del tratado de reparto, Luis XIV hizo que su política se declarara en bancarrota.

EL FIN DEL REINADO DE LUIS XIV El glorioso reinado de Luis XIV terminó, como suelen terminar casi todos los reinados gloriosos, esto es, con grandes reveses militares y con ruinas espantosas. La guerra de la Sucesión de España, fué casi un desastre continuo. La situación de la hacienda había llegado a ser lamentable, pues los ingresos eran cada vez más inferiores y el déficit llegaba a setenta u ochenta millones de libras; agréguese que la deuda pública ascendía a casi tres

mil millones de libras (casi unos dos mil cuatrocientos millones de dólares) (1). Por último, a consecuencia del irresistible peso de los impuestos, la miseria había llegado a ser casi general en todo el reino. Francia parecía completamente aniquilada.

Luis XIV, en sus postrimerías, se dió cuenta de que le cabía toda la responsabilidad de la ruina financiera y de la miseria de su pueblo, y, aunque demasiado tarde, se mostró arrepentido. La víspera de su muerte, después de haber pedido perdón a sus cortesanos «por los malos ejemplos que les había dado» y dirigirles su último adiós, hizo que le llevaran al que iba a ser su sucesor, el futuro Luis XV, su bisnieto, que a la sazón tenía cinco años: «Hijo mío —le dijo—, vas a ser un gran rey; pero no me imites en eso de edificar palacios y hacer la guerra. Procura aliviar a tu pueblo, ya que he tenido la desgracia de no haber podido hacerlo a tiempo.»

Cuando la muerte de Luis XIV fué conocida, sus pueblos se «estremecieron de alegría», y, dice un contemporáneo, dieron «gracias a Dios por aquella redención», que deseaban tan ardientemente.

Los diez años subsiguientes a la muerte de Luis XIV (1715-1725) se distinguen en la historia de Europa occidental por las mudanzas que hubo en las coaliciones, por los conflictos que surgieron y por las numerosas negociaciones que se entablaron, consecuencia todo ello de la sucesión de España. En efecto, los tratados de Utrecht y de Rastadt, como hemos visto, no arreglaron definitivamente la sucesión. Los principales interesados, el emperador Carlos VI y Felipe V rey de España, se habían negado a firmar la paz. El primero continuó pretendiendo la corona de España, y el segundo no quiso resignarse a abandonar las posesiones italianas de España al Emperador.

El segundo matrimonio de Felipe V fué una nueva causa de conflicto, pues de su primer matrimonio tenía dos hijos, herederos legítimos de la corona de España, y que su segunda mujer, *Isabel Farnesio*, una italiana a quien la ambición devoraba, quería que sus hijos ciñeran corona como sus hermanos

(1) Para evitar los inconvenientes de la actual inestabilidad de las unidades monetarias, damos las cifras en la menos variable de ellas.

mayores. Ella imaginaba encontrar esas coronas en Italia, gracias a la guerra general que preparaba con el ministro *Alberoni*, guerra en que los turcos, el rey de Suecia, Carlos XII, y los escoceses, debían desempeñar un papel contra el Emperador y el rey de Inglaterra.

Por otra parte, Francia e Inglaterra, extenuadas por la guerra de Sucesión de España, tendían a la paz, y firmaron en *Hannóver* (1716) la *alianza francoinglesa*, que subsistió hasta 1740, esto es, durante más de un cuarto de siglo. El fin inmediato de esta alianza era velar por que se observaran los tratados de Utrecht, y después, según afirmación de uno de los negociadores, «tratar de que hubiera paz firme y permanente entre el Emperador y el rey de España». El medio de reconciliarlos debía encontrarse en una corrección del mapa de Italia.

Felipe V aceptó las proposiciones de los aliados de *Hannóver*, al cabo de una guerra desgraciada y de interminables negociaciones (1717 - 1725). Renunció, pues, a sus derechos sobre Nápoles, Sicilia, Cerdeña y el Milanesado. Carlos VI, por su parte, consintió en que los ducados de Parma y de Toscana, que pretendía, se atribuyeran a *Don Carlos*, hijo mayor de Isabel Farnesio y de Felipe V. El Emperador tomó la rica Sicilia al rey duque de Saboya, quien, en cambio, hubo de contentarse con la pobre Cerdeña. Esas condiciones de paz se asentaron definitivamente en el tratado de *Viena* (1725), que terminó el arreglo de la sucesión de España.

LA GUERRA DE SUCESIÓN DE POLONIA

En 1733, con motivo de la *sucesión del reino de Polonia*, estalló nuevamente la guerra. Esta guerra, que terminará con un nuevo tratado de Viena, también arrastró a España.

La corona electiva de Polonia estaba vacante por muerte de Augusto II, y dos candidatos la pretendían: el *elector de Sajonia*, *Augusto III*, hijo del difunto monarca y sobrino, por alianza, del emperador Carlos VI, y *Estanislao Leezinski*, suegro de Luis XV y antiguo rey destronado de Polonia. Estanislao fué elegido por sesenta mil votos contra cuatro mil que tuvo Augusto III.

Pero a Augusto III lo sostenían los rusos y el emperador Carlos VI. Los ejércitos austrorrusos entraron en Polonia. Estanislao Leezinski, sitiado en *Danzig*, escapó venciendo grandes dificultades.

Luis XV, queriendo vengar a su suego, concertó alianza con el rey de España y con don Carlos, dueño y señor de Parma y de Toscana. La alianza se firmó en el *Escorial* (1733) para atacar al emperador por Italia. El tratado del *Escorial* fué el preludio de *una estrecha unión entre los Borbones de Francia y los de España*, unión que se prolongó hasta la Revolución. La alianza con España se completó con la del duque de Saboya, rey de Cerdeña, que deseaba vengarse del agravio que para él fué la pérdida de Sicilia, y que, sobre todo, quería obtener el Milanesado.

La guerra se terminó en 1738 al cabo de cinco años, por un nuevo *tratado de Viena*. Estanislao Leczinski conservaba el título de rey, pero renunciaba a Polonia; don Carlos tomaba a Nápoles y a Sicilia, con el título de *rey de las dos Sicilias*, y la Lorena volvería a Francia.

Consiguientemente, el pagador de los gastos de guerra fué el emperador Carlos VI, puesto que perdió en Italia su mejor parte en la sucesión de España.

CAPÍTULO XXI

LAS PROVINCIAS UNIDAS

AS PROVINCIAS
UNIDAS EN EL
SIGLO XVII

El tratado de Münster (1648) puso fin a la guerra de la independencia de las Provincias Unidas, guerra que duró ochenta años (1568-1648).

Esta república era un pequeño Estado cuya superficie era, aproximadamente, un quinto de la del Uruguay. Políticamente podía dividirse en dos territorios: las siete provincias unidas que habían proclamado su independencia en 1581, y los países de los Estados generales conquistados después. De aquéllas, cinco eran agrícolas: Holanda y Zelandia eran las dos provincias marítimas, de ellas había partido el movimiento antiespañol. De las dos, Holanda era la principal: tenía más población, a ella pertenecían las principales ciudades comerciales e industriales del país, tenía fortunas enormes y contribuía con la mitad en el pago de los gastos del país. Por esto se comenzó a llamar Holanda a todo el país.

ORGANIZACIÓN
POLÍTICA

Mas que una república, era un conjunto de repúblicas, porque cada provincia era una confederación de ciudades que se administraban libremente, y tenía sus *estados* —formados por delegados elegidos por las ciudades— su *pensionario*, que era una especie de primer ministro y el *estatúder*, que era el gobernador.

Las siete provincias estaban ligadas por el gobierno común de los Estados Generales, el Gran Pensionario y el *Estatúder General*.

Cada provincia tenía un voto en los Estados Generales, aunque sus representantes variaban en número, y a cada provincia correspondía la presidencia, por turno, durante una se-

mana. Los Estados Generales representaban a la República ante el extranjero y nombraban al *Capitán* y al *Almirante general*.

El exceso de miembros de este gobierno quedaba compen-



MAPA DE LAS PROVINCIAS UNIDAS.

sado con los dos funcionarios: el *Gran Pensionario*, que lo era el de Holanda, y que tenía la dirección total de las relaciones exteriores, y el *Estatúder general*, que solía elegirse siempre en la familia de los Nassau, príncipes de Orange, y que finalmente se hizo hereditario. La eficiencia demostrada por los Orange en la guerra con España, terminó por acumular en el Estatúder general las funciones de Capitán y Almirante general.

Los dos funcionarios terminaron por ser ejes de partidos: el partido *orangista*, democrático, unitario, belicoso y fanático, y el *republicano*, burgués, federalista, pacífico, liberal en religión, poderoso sobre todo en Holanda, partidario, naturalmente, del Gran Pensionario.

Durante casi todo el siglo XVII hubo luchas: en tiempos de guerra predominaba el Estatúder, que tenía el poder militar; en tiempos de paz el Gran Pensionario.

En la primera mitad del siglo, apoyándose en el fanatismo religioso de las masas populares, los príncipes de Orange aventajaron a sus rivales, y el Gran Pensionario *Barnevelt* fué ejecutado por «papista, traidor y vendido a los españoles» (1619).

La reanudación de la guerra con España (1621) consolidó la situación de los príncipes de Orange. Su reputación política y militar les dió rango de soberanos y emparentaron en casas reales. Así Guillermo II, estatúder en 1647, era nieto de Carlos I de Inglaterra.

Pero la paz de 1648 fué el punto de partida de una crisis que terminó con la victoria de los republicanos. Guillermo II se había opuesto al tratado con España y al licenciamiento de las tropas, y quiso desquitarse de su derrota, pero murió casi inmediatamente. Ocho días después nació su hijo, el futuro Guillermo III de Inglaterra. Los republicanos aprovecharon la situación: una asamblea extraordinaria, reunida en La Haya en 1651, suprimió el cargo de capitán y almirante general, autorizó la supresión, facultativa para las provincias, del cargo de estatúder, y un acrecentamiento de las facultades de los Estados Generales, que debían conducir al predominio de la más importante de las provincias, Holanda, y de su representante, el Gran Pensionario. Éste quedaba convertido en el verdadero jefe de la República.

Juan de Witt fué el más famoso de los grandes pensionarios, cargo que ocupó de 1653 a 1672. En estos diecinueve años el país llegó a la culminación de su poder político, de su riqueza y de su civilización. Espíritu muy cultivado y sutil, Juan de Witt se impuso por su elocuencia y por su desinterés. Su política fué de libertad y paz: evitó el *orangismo*, abolien- do el cargo de estatúder en Holanda y declarándolo incompatible en las demás provincias con el de capitán general. En lo exterior debió contener a Inglaterra por mar y a Fran-

cia por tierra: contra la primera sostuvo victoriosamente una guerra de tres años (1664 - 1667), no así contra la segunda (1).

LA PROSPERIDAD Fué un espectáculo único en Europa, como lo
COMERCIAL DE es todavía, el de este pequeño pueblo que conquistó
HOLANDA a un tiempo su independencia y su fortuna. Comenzaron los holandeses por extraer la riqueza de su propio país. Las provincias agrícolas y los «polders» de Holanda suministraban en abundancia ganado, manteca y queso. Las industrias, principalmente las de telas, tapices, encajes y porcelana, prosperaban en las ciudades del sur y del oeste, donde se habían refugiado huyendo de las persecuciones españolas. La pesca era otra fuente extraordinaria de riqueza: el arenque, es, por ejemplo, casi un monopolio de Holanda. Pero la fuente principal de su riqueza fué el comercio por mar y el comercio colonial.

En el norte, en efecto, Holanda había suplantado a la Liga Hanseática, acaparando el comercio del mar Báltico y del mar del Norte. En el Atlántico y en el Mediterráneo, sea por contrabando o no, hacía la mayor parte del tráfico español y francés. Pero fué la ocupación de Portugal por Felipe II lo que dió mayor incremento al comercio colonial, e inició la formación de un imperio colonial holandés.

Los holandeses tenían el hábito de ir a buscar a Lisboa las especias traídas de Asia por los portugueses, y que ellos distribuían después por Europa. Desde que Lisboa fué española, este comercio les quedó vedado, y entonces se propusieron ir a buscar las especias al lugar en que se producían.

El éxito de las primeras expediciones provocó la formación de la compañía rural holandesa de las Indias Orientales, con un capital de varios millones de florines —moneda de alto valor— suscripto por armadores, comerciantes y burgueses ricos. Esta compañía, que tenía el monopolio del comercio de los océanos Índico y Pacífico, se convirtió en una potencia, que arrebató colonias a Portugal, conquistó Ceilán y la Colonia del Cabo, y fundó Batavia, en la isla de Java, para que sirviera de capital a sus posesiones. Los dividendos llegaron al 63 por ciento y nunca bajaron del 12 por ciento.

Este éxito inspiró la fundación de la *Compañía de las Indias Occidentales*, para explotar las costas atlánticas del África

(1) Véase págs. 186 - 187.

ca, Brasil y Antillas: los holandeses se consideraban herederos de los portugueses. El destino de esta compañía fué menos brillante que el de la otra. Holanda perdió Brasil cuando Portugal recuperó su independencia, y poco después los ingleses los expulsaron de Norteamérica (1664), donde habían fundado Nueva Amsterdam, la actual Nueva York. Hoy solamente conserva la Guayana holandesa en Sudamérica y algunas islas en las Antillas. Una de éstas, la de Curaçao, fué el centro de un activísimo contrabando con las colonias españolas, especialmente con el puerto de Cartagena, en Colombia.

Todo esto hizo afluir grandes riquezas a Holanda, especialmente a Amsterdam, que fué el más grande mercado monetario, y el *Banco de Amsterdam*, fundado en 1609, era el más importante establecimiento de crédito que existía en Europa: hasta llegó a hacer préstamos a reyes.

Pero los Países Bajos no fueron menos notables en su actividad intelectual, que halló en ellos el más poderoso estimulante: la libertad. Este país, rico, era, en efecto, el más libre de Europa.

Sin duda la libertad, especialmente la religiosa, no era tan completa como lo es en nuestros días en la mayoría de los países civilizados, pero había gran tolerancia, excepto para los católicos, a los que se creía partidarios de España. La libertad individual estaba fuertemente garantizada por las costumbres y las leyes. La libertad de pensamiento y de imprenta era mayor que en otros países. Por esto Holanda fué un asilo para los protestantes expulsados de estos países y para todos los espíritus deseosos de independencia.

Así se explica el auge de la imprenta holandesa del siglo XVII que convirtió al país en la librería de toda Europa y que la instrucción estuviera más desarrollada en Holanda que en el resto de Europa; había, además de varios establecimientos superiores, tres universidades, una de las cuales, la de Leiden, era de las más activas y reputadas de Europa.

Algunos grandes pensadores de la época fueron holandeses, como Grocio y Spinoza. En su libro *De jure belli ac pacis*, es decir, «del derecho de guerra y de paz», publicado en 1625, Hugo de Groot, más conocido por su nombre latino de *Grotius*, mostró que las relaciones entre los Estados pueden estar fundadas, como las relaciones entre los individuos, en reglas equitativas: con ello echaba las bases del derecho internacional, ya

anunciadas en las obras de los españoles Francisco Vitoria, Domingo de Soto y Francisco Suárez, y en las del italiano Albérico Gentile. Grocio, a diferencia de éste, prescindió de los acontecimientos de su época y sostuvo que las relaciones internacionales deben fundarse en el derecho, inspirado éste en la razón y en la moral que son de esencia divina, pero admitió también la existencia de reglas que las mismas naciones, por consentimiento mutuo, convinieron en declarar obligatorias.

Baruch de Spinoza (1632-1677) fué un filósofo de origen judío español, que desdeñó toda riqueza y vivía de sus trabajos como pulidor de vidrios de anteojos: fué el primer teorizador moderno de la libertad. El hombre, dice, en estado de naturaleza, dominado por sus instintos, vive en perpetua discordia. El Estado crea la paz y protege los intereses particulares, por el reinado de la razón, que domina a los instintos. Por esto, sólo en el Estado es posible la verdadera moralidad y libertad, pero no en el Estado absolutista, sino en el democrático, donde cada uno obedece a la ley que él mismo se imponga. En el *Tratado político*, su última obra sobre este asunto, se inclinó, sin embargo, a una concepción aristocrática del poder.

Una de las más originales manifestaciones de la actividad y de la libertad intelectual de Holanda fué la aparición del periodismo: fué el primer país de Europa que vió desarrollarse la prensa hasta convertirse en un poder político. Las «gacetas» —como se llamaba entonces a los periódicos— de Holanda, debieron su éxito no sólo a la libertad de sus opiniones, sino también a la extensión de sus informaciones: tenían corresponsales en todo el mundo.

Otra manifestación, agudamente nacional, fué la pintura: el artista holandés era observador atento, paciente, penetrante, y pintó con método escrupuloso los hombres y el paisaje que lo rodeaba; no decoraba iglesias: pintaba el retrato del burgués rico, el cuadro con que éste adornaría su casa. Pero este arte realista logró ser admirable por su variedad, y entre todos sus pintores, Rembrandt (1606-1669) fué el maestro sin igual

CAPÍTULO XXII

LA PREPONDERANCIA INGLESA

Bajo los reinados de Guillermo III (1697-1702) y de su cuñada la reina Ana que le sucedió (1702-1714) la Revolución de 1688 produjo sus primeros efectos. Este período de un cuarto de siglo tiene una gran importancia en la historia de Inglaterra: comienza a aparecer la moderna Inglaterra. Los hechos principales son, en lo interior, la evolución hacia el régimen parlamentario; la reglamentación de la sucesión protestante, por el Acta de Establecimiento (1701); la fusión de los dos reinos de Inglaterra y Escocia, por el Acta de Unión (1707); el desarrollo de la actividad intelectual y económica; en lo exterior, la lucha contra Luis XIV, terminada victoriosamente con el tratado de Utrecht, para el mayor provecho de las colonias y del comercio inglés.

LIMITACIONES DE LA AUTO- RIDAD REAL

A pesar del prestigio por su actuación como estatúder de Holanda con que subió al trono Guillermo III, el Parlamento aprovechó las circunstancias para limitar en lo posible el poder real. Resistían al rey los irlandeses, católicos y algunos núcleos ingleses. Éste debía salir frecuentemente del país, pues aspiró a la corona inglesa como medio para disponer de las fuerzas inglesas para combatir a Luis XIV.

Primero, para impedir que la *Declaración de derechos* quedara como letra muerta, el Parlamento la transformó en ley: la ley de derechos: *bill of rights*. Después decidió que los subsidios destinados al rey serían votados anualmente, y lo mismo se haría con los créditos para el ejército. Así el rey debía convocar anualmente el Parlamento y soportar su contralor.

La vida política tomó así un carácter más regular y más activo. En 1694 se resolvió que los comunes se elegirían cada tres años, lo que obligó a *torys* y *whigs* a organizarse para actuar sobre la opinión pública. La libertad de prensa establecida en 1695 les dió el recurso que necesitaban.

Los resultados de la revolución de 1688 fueron definitivamente consolidados por el Acta de Establecimiento que legisló la sucesión en el trono, de modo que quedó excluída toda posibilidad de retorno de los Estuardos.

«La experiencia ha enseñado que un reino protestante no puede concordar con el gobierno de un rey papista», había declarado el Parlamento después de la fuga de Jacobo II. Al dar la corona a Guillermo y a María, el Parlamento había decidido que si ambos morían sin hijos, la corona pasaría a Ana, la segunda hija de Jacobo, después de ella a otra princesa, Sofía de Hannóver, y después al hijo de ésta. La elección se debió a que ambas eran protestantes, y por odio al catolicismo se eliminó definitivamente del trono al hijo de Jacobo II, cuyo nacimiento fué la señal de la revolución de 1688.

A pesar de la simpatía de la reina Ana y de muchos *torys* por el pretendiente Estuardo, al morir aquélla de cumplió el Acta de Establecimiento: el hijo de Sofía, elector de Hannóver, fué coronado con el nombre de Jorge I (1714).

INGLATERRA
AL MORIR LA
REINA ANA

Durante el reinado de Ana, Inglaterra quedó unida a Escocia. Esta unión se preparó con la *unión personal* de ambos Estados: desde 1603, los Estuardos, reyes de Escocia, lo fueron también de Inglaterra, sin que los dos Estados estuvieran unidos. Así ocurre hoy con Dinamarca e Islandia, Estados independientes que tienen un mismo monarca.

Para alejar definitivamente toda posibilidad de que el hijo católico de Jacobo II llegara al trono inglés, lo que provocaría nuevas guerras, se convino en la fusión de ambos reinos. Escocia conservaba su iglesia nacional presbiteriana, sus leyes y sus tribunales. Pero no habría sino un parlamento, donde actuarían conjuntamente los lores y los diputados de ambos reinos. Todo se estipuló en el Acta de Unión, ratificada en 1707.

Un año antes de morir la reina, se había firmado el tratado

de Utrecht (1713). Inglaterra había sido llevada por Guillermo III a la guerra contra Luis XIV, pero comprendió la utilidad que podía obtener para su expansión colonial y comercial. Al firmarse la paz, pues, obtuvo Terranova, Acadia y los territorios de la bahía de Hudson quitados en América a Francia, y, en Europa, el peñón de Gibraltar, quitado a España.

Además, se hizo conceder por España importantes privilegios comerciales en las colonias de ésta: el monopolio del comercio de negros, o *asiento de negros*, y los barcos llamados *de permisión*, es decir, la facultad de enviar cada año un navío de comercio a cada uno de los grandes puertos de las colonias españolas de América.

Con esto y el contrabando que se hizo a la sombra de las autorizaciones legales, el comercio de Inglaterra fuera de Europa adquirió enorme importancia. Todo este intercambio estaba en manos de las compañías de comercio que prosperaron porque no estaban, como en Francia, bajo la tutela del Estado. La principal, la compañía de las Indias Orientales, pudo distribuir dividendos que llegaban al 380 por ciento. Londres, gran ciudad de más de 500.000 habitantes, se convirtió, como Amsterdam, en un depósito de mercaderías destinadas a la distribución de toda Europa, y fué, al mismo tiempo, un gran mercado financiero. El Banco de Inglaterra, institución oficial fundada en 1694, suministró al gobierno y al comercio los créditos necesarios.

Por su régimen y sus costumbres políticas, como por su actividad económica, Inglaterra se encamina por vías de un gran porvenir. Al mismo tiempo aparecen sabios y escritores, entre los que son característicos Newton y Locke.

Newton (1642-1727) es uno de los más grandes genios científicos. Después de largas investigaciones matemáticas —y no como lo quiere una tradición equivocada, por reflexiones sobre la caída casual de una manzana madura— descubrió que «los cuerpos celestes se atraen proporcionalmente a sus masas y en razón inversa al cuadrado de sus distancias». Esta es la famosa ley de la atracción o de la gravitación universal, con lo que parecía haberse resuelto el enigma del Universo.

Locke (1632-1704), médico, filósofo, político, fué el teorizador del régimen surgido de la revolución de 1688. En sus *Cartas sobre la tolerancia*, mostró que la religión debía ser considerada como un asunto personal, que la libertad podía ser, por lo tanto, acordada a todas las iglesias —salvo aquellas,

dice, que como el catolicismo, amenazan la seguridad del Estado —. En su *Tratado sobre el gobierno civil*, establece que el hombre tiene derechos naturales: la libertad y la propiedad; que todo gobierno era surgido de un contrato social, es decir, de una convención que los ciudadanos de un Estado han celebrado entre sí por interés común y que, por lo tanto, los gobiernos no eran sino delegados del pueblo soberano. Así estaban expuestas desde el siglo XVII las fórmulas que los filósofos franceses debían retomar y hacer triunfar en el siglo XVIII.

JORGE I (1714-1727), ocupó el trono a los cincuenta y cuatro años. Era un alemán de pura cepa. No comprendía una sola palabra de inglés, y, cuando quería entenderse con sus ministros, le era necesario emplear el latín. Su hijo Jorge II (1727-1760) comprendía el inglés, aunque no lo hablaba; uno y otro continuaron siendo electores de Hannóver, y a pesar de haber llegado a ser reyes de Inglaterra, pensaban más en su electorado que en su reino. Inglaterra sólo era para ellos, pretendía Pitt, más tarde ministro de Jorge II, «una dependencia de un electorado mendigo». Por necesidad, porque no comprendían o no podían hacerse comprender; y por gusto, porque les interesaba poco Inglaterra, Jorge I y Jorge II no asistían a las deliberaciones de los ministros y dejaban a éstos gobernar solos. Gracias a cuarenta y seis años de abstención real, se estableció el uso de que, en Inglaterra, *el rey reina pero no gobierna*.

Bajo el reinado de Carlos II se formaron, como WILLIAM PITT hemos visto, dos grandes partidos: los *torys*, que eran partidarios de que el poder del monarca fuera preponderante y fuerte en el Estado, y los *whigs*, que querían, por el contrario, la limitación de la autoridad real y la preponderancia del Parlamento. Lógicamente, los reyes debieron haberse apoyado en los *torys*; pero, como a muchos de éstos se les tachaba de ser partidarios secretos de los Estuardos, los primeros Jorges hubieron de recurrir a los *whigs*, que conservaron el poder sin interrupción de 1714 a 1760, hasta el advenimiento de Jorge III.

El más celebre de los ministros *whigs* fué *William Pitt*, uno de los nombres más gloriosos de la historia inglesa. Llegó a ser jefe de ministerio en 1757, al principio de la guerra de Siete Años. El resultado de los primeros combates había



ESCENA DE CAMPAÑA ELECTORAL.

Cuadro de HOGARTH. Museo Soane.

Durante el siglo XVIII el sistema electoral inglés era más o menos el mismo de la Edad Media. Los electores eran pocos; en algunas localidades, antes importantes pero despobladas entonces, los burgos podridos, sólo hubo tres o cuatro electores; el burgo de Old Sarum, por el que fué diputado el primer Pitt, tenía un solo elector. Esto hacía fácil la corrupción de los electores. Hogarth pintó escenas de la vida electoral. En éste aparece un elector cuyo voto «solicitan» un tory a su derecha, un whig a su izquierda; el primero lleva indumentaria de burgués, el otro de obrero. El elector recibe con ambas manos, con rostro satisfecho, el dinero que le ofrecen discretamente. A la derecha el candidato tory, cuya bolsa de monedas no está oculta, invita a la joven esposa de un elector influyente a que elija una alhaja entre las que lleva en su caja un vendedor ambulante. A la izquierda, el otro candidato, seguramente, sentado en una mesa fuma su pipa y cuenta el dinero de que dispone para distribuir. En primer plano, suspendido sobre los electores, un cuadro representa a Punch, el polichinela inglés, transformado en candidato, repartiendo a manos llenas el dinero que lleva en una carretilla.

sido adverso para los ingleses; pero la nación parecía indiferente y desmoralizada; verdad es que desde hacía algunos años ésta era presa de una violenta crisis de irreligión y de inmo-



UN PATIO DE POSADA INGLESA EN EL SIGLO XVIII.

Grabado de HOGARTH (1697 - 1764).

William Hogarth, célebre pintor y grabador inglés, fué uno de los raros artistas eminentes del siglo XVIII. Creador de la caricatura moral, a él se deben cuadros notables, no sólo por el buen humor del satírico, sino también por la observación escrupulosa que demuestran. Este cuadro representa la partida de unos viajeros en un coche público, primer esbozo de aquellas famosas diligencias que los ferrocarriles destronaron. Tienen mucha gracia los tipos que en él campean, ya por la actitud, ya por el traje. A la derecha, en la trasera del coche y hundida en los bártulos, una vieja fuma la pipa; delante, el postillón, que es un jorobadillo, cuyas botas le alcanzan las nalgas, solicita, sombrero en mano, anticipada propina del grueso viajero que se hace el sordo. A la izquierda, otro viajero busca en la bolsa los escudos que el posadero le reclama por el hospedaje, que encuentra bastante caro a pesar de las protestas del honrado reclamante. En el techo del coche, dos viajeros de imperial aguardan con paciencia el momento de la partida. De fijarnos en los pormenores de este cuadro, advertiremos el donairoso buen humor del artista.

ralidad. El abuso de las bebidas alcohólicas había llegado a ser un vicio nacional. En aquel pueblo, gangrenado por el juego y la disolución, hasta el patriotismo parecía muerto. «Si los

franceses llegan, decía un inglés, pagaré con gusto; pero antes de batirme prefiero que me lleve el Diablo.» Un estadista escribía con mucha pena: «Esto no es ya una nación.»

La influencia de Pitt fué decisiva en aquellos momentos críticos. Su persuasiva elocuencia y la integridad de sus costumbres le habían hecho popular. Patriota apasionado, quería la destrucción de los enemigos de Inglaterra, y, especialmente, la ruina de la potencia francesa. Tan orgulloso como patriota, decía: «Sé que puedo salvar el país, y sé que ningún otro hombre puede hacerlo.» Enérgico, en grado de hacer que lo condujeran casi moribundo a la Cámara de los Lores, para combatir un proyecto que juzgaba nefasto para Inglaterra, supo despertar las energías inglesas: «¡Sed un pueblo —decía—, y olvidad todas las cosas menos el interés público!» Lo escucharon, y cuando presentó su dimisión (1761), al cabo de cuatro años de ministerio, los ingleses le habían tomado a Francia el *Canadá*, la *India* y la casi totalidad de las colonias.

JORGE III Durante medio siglo (1714-1760) —como consecuencia de la inacción de Jorge I y Jorge II, extranjeros en sus reinos— el régimen parlamentario se mantuvo. Jorge III, en cambio, que era un verdadero inglés, pues había nacido y se había educado en Inglaterra, se propuso tomar él mismo la dirección del gobierno: ser su propio primer ministro. Para esto sólo debía reducirse la preponderancia del Parlamento, lo que lograría con la ayuda de los *torys*. Perdidas las esperanzas de que un Estuardo volviera al trono, apoyaron a Jorge III, porque quería, como los Estuardos, ejercer en la realidad los derechos de rey. Pero como la mayoría era *whig*, el rey compró primero a los electores, para que eligieran representantes, que le eran adictos; después compró a éstos para atraerlos y mantener su fidelidad.

Este fué el régimen que se llamó del *patronato de la Corona*. Cada día se hacía la lista de los diputados que debían ser premiados y los que debían ser castigados: aquéllos obtendrían los cargos lucrativos, éstos no. Más cínicamente todavía, en los días de debates importantes, el rey pagaba los votos por adelantado, en dinero contante y sonante. Algunas jornadas costaron hasta 25.000 libras esterlinas, varios millones de pesos.

El Ministerio no le fué menos adicto, pues logró desligarse pronto de los ministros whigs. Pero la política personal y autoritaria provocó primero el descontento, la resistencia, la in-

surrección y, finalmente, la independencia de los *Estados Unidos* (1774-1783).

En lo interior, el *asunto Wilkes* acarreó importantes reformas en el régimen electoral. Wilkes era un diputado, publicista talentoso aunque desacreditado, hábil para atraerse el apoyo popular. Quiso ser embajador y no lo logró; para vengarse fundó un diario y los ataques al rey acarrearón su prisión. Por vicios de forma salió en libertad, con todo Londres de su parte. La creencia en la necesidad de la inviolabilidad y de la libertad de prensa quedó robustecida con este episodio.

Algunos años después fué reelegido diputado, pero el Parlamento, a pedido del rey, lo excluyó de su seno. En tres meses fué reelegido tres veces, cada vez con más votos, después de cada exclusión. El Parlamento tuvo que proclamarlo electo. Triunfaba Wilkes, y un nuevo principio: el derecho de los electores a elegir sus representantes. El pueblo había derrotado al rey.

Todavía tuvo otras consecuencias este asunto. Pitt sostuvo en la Cámara de los Pares que los Comunes «no representaban al pueblo», y comenzó una campaña en pro de la reforma electoral. De allí arrancó también la libertad de la prensa para dar cuenta de los debates parlamentarios: desde entonces, la vida parlamentaria se encuentra bajo el contralor de la opinión pública. En aquellos días nació el *Times*, diario que aun subsiste, y el *Morning Post*, que desapareció en 1937.

El apoyo que los jefes reformistas prestaron a los insurrectos de América les quitó toda adhesión popular. En 1780, a consecuencia de una revuelta religiosa, Londres conoció días en que el populacho fué dueño de la ciudad. Se operó una reacción. Pero también hubo reacción contra el gobierno, a causa de los desastres de América. El Ministerio, dócil al monarca, que durante doce años lo había acompañado con obsecuencia, debió renunciar. *Era el fracaso del gobierno personal.*

Pero así como cayó ese gobierno, por falta de mayoría en el Parlamento, cayeron otros, hasta que el hijo de Pitt el *segundo Pitt*, se mantuvo sin mayoría, porque contaba con el apoyo de la opinión. Desarmó poco a poco a la oposición, disolvió el Parlamento y convocó a nuevas elecciones en que triunfó ampliamente. *El régimen parlamentario volvió a funcionar normalmente.*

LA TRANSFORMACIÓN DE INGLATERRA

Inglaterra veía así realizado su sueño de grandeza, pero no era ya la misma Inglaterra de comienzos del siglo. Su estructura social y su vida económica comienzan a transformarse profundamente. Antes, país de pequeños propietarios, de producción agrícola y ganadera, Inglaterra será ahora un país de grandes propietarios y de producción industrial.

La formación de los grandes dominios fué obra de los grandes señores y de los comerciantes enriquecidos. Aquéllos, en efecto, no fueron atraídos por la corte y vivieron en y de sus tierras. Los segundos adquirieron tierras porque quisieron tener los derechos y el prestigio de la aristocracia de la tierra. Unos y otros aborrecieron a los pequeños propietarios que habían sido antes la fuerza de Inglaterra, pero que en 1750 estaban en vías de desaparecer.

La población rural, privada de sus tierras, y no habiendo trabajo para todos en los grandes dominios, inició su emigración hacia las ciudades. Allí la esperaba la industria, necesitada de brazos.

Inglaterra tenía sus industrias textiles, muchas de ellas introducidas por emigrados extranjeros. Pero la técnica era rudimentaria.

El desarrollo industrial fué estimulado por una serie de perfeccionamientos técnicos, el primero de los cuales fué la lanzadera volante, inventada en 1733, que dos años más tarde se completa con la invención de la máquina de tejer. Por otra parte, un maestro de fragua halló un procedimiento que permitía tratar el mineral de hierro por medio de la hulla, con el mismo resultado que con el carbón de leña.

Estas invenciones levantaron resistencias. La plenitud de su eficacia no se alcanzará hasta fines del siglo, cuando se las perfeccione con otras mejoras, entre las cuales la principal fué la máquina a vapor de *Jaime Watt* (1736 - 1819).

Gracias a él, lo que era mero juguete de laboratorio, llegaba a ser un infatigable y dócil generador de fuerza; aquel perfeccionamiento equivalía a añadir millones de brazos al pueblo inglés, cuya potencia productora, acrecentada infinitamente, iba a convertirlo en el primer pueblo industrial del mundo.

CAPÍTULO XXIII

LOS BORBONES EN ESPAÑA

LOS PRIMEROS BORBONES

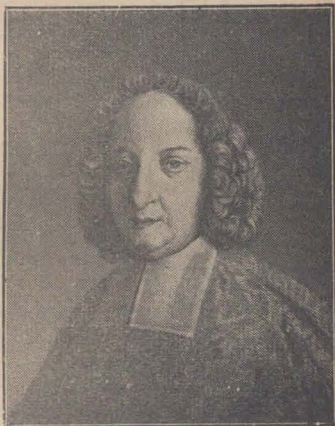
El siglo XVII había sido para España una época desastrosa, época de ruina, de caducidad. El siglo XVIII le llevó el consuelo de que tanto había menester; fué un siglo reparador, época de restablecimiento y de reformas.

El restablecimiento fué progresivo y casi ininterrumpido bajo el reinado de los tres primeros Borbones: *Felipe V* (1700 - 1746), nieto de Luis XIV, cuyo advenimiento provocó la guerra de Sucesión de España; *Fernando VI* (1746 - 1759), y, principalmente, *Carlos III* (1759 - 1788). Excepto el último, esos monarcas fueron personajes de muy mediano intelecto y apenas superiores a los últimos Habsburgo; el mérito de ellos, o, mejor dicho, la suerte, consistió en que encontraron buenos ministros para gobernar su reino. Felipe V tuvo a *Alberoni* y a *Patiño*; Fernando VI a *Carvajal* y al marqués de la *Ensenada*. Carlos III los tuvo mejores: *Aranda*, *Floridablanca* y *Campanes*.

Todos ellos fueron *reformadores* enérgicos; todos se esforzaron en sacudir la torpeza a que se abandonaba el pueblo español y al mismo tiempo en restablecer el prestigio de España en el mundo. Por consiguiente, las reformas en que habían puesto su empeño eran dobles: por una parte, quisieron que España trabajara, y de aquí que trataran de reanimar la agricultura, la industria y el comercio, y, por la otra, quisieran reorganizar el ejército y, especialmente, poseer una armada poderosa.

El primero de los reformadores, en cuanto a la fecha, el italiano Alberoni, fué también el que tuvo una vida política más singular y resonante.

Giulio Alberoni había nacido en 1664 en el ducado de Parma y Plasencia, que pertenecía a la familia Farnesio. Era de linaje muy humilde, como Mazarino y, como éste, ambicioso, activo y muy ducho en intrigas. Cuando se hubo hecho sacerdote para llegar mejor, se dedicó a la diplomacia, y actuó en Francia, en Inglaterra y en España. En 1714, como Felipe V perdiera su mujer, Luisa de Saboya, Alberoni logró hacer que contrajera segundas nupcias con la hija del duque de Parma, *Isabel Farnesio*. Desde aquel día, el humilde sacerdote italiano, fué verdadero dueño de la monarquía española. Entonces tenía cincuenta años: era hombre pequeño, grueso y feo; no tenía la menor noción de dignidad; para conservar los favores de la reina se rebajaba hasta prepararle con sus propias manos los guisos y golosinas del país natal. Empero, aquel «confeccionador de sopas», como le



ALBERONI (1664 - 1752).

Alberoni muestra su fisonomía de ambicioso obstinado y hábil; sus ojos, muy separados, bajo las cejas que se elevan, miran a lo lejos. Unía la imaginación a la vivacidad de espíritu y preparó vastos planes que no tuvo tiempo para realizar. Después de su fracaso pasó al servicio del papa.

llama un contemporáneo, tenía también talentos de hombre de estado, vasta inteligencia y actividad infatigable. «Mi actividad les hace estremecer —declaraba, hablando de los españoles—. Dicen que nosotros, los italianos, somos los únicos capaces de hacer morir de fatiga al género humano.»

La fortuna de Alberoni duró poco. Sólo permaneció en el poder cinco años, esto es, desde 1714 hasta 1719. Pero durante ese lustro se multiplicó, dirigiendo la administración y la diplomacia, creando, como Colbert, manufacturas reales y llamando a España obreros extranjeros, protegiendo el comercio

de los vinos, persiguiendo el contrabando colonial y, sobre todo, trabajando sin descanso para aumentar y organizar la marina española, restauró el puerto de Cádiz, creó el del Ferrol, fortificó a Barcelona y reconstituyó una armada. Orgulloso de su obra, decía a Felipe V: «Si Vuestra Majestad consiente en mantener su reino en paz durante cinco años, corre por cuenta mía hacer que sea la monarquía más poderosa de Europa.» Por cruel contradicción, el mismo Alberoni era quien conducía a España a la guerra, pues fueron suyos los planes tendientes a hacer que Austria devolviera a Felipe V las provincias italianas de que le había despojado en los tratados de Utrecht. El fracaso de esos planes motivó la desgracia definitiva de Alberoni (diciembre de 1719). Pero el movimiento reformista que provocó aquel ministro, no se detuvo ahí.

CARLOS III. En el reinado de Carlos III se llevaron a cabo reformas verdaderamente radicales y atrevidas.
SUS MINISTROS Carlos III (1759 - 1788), hijo de Felipe V y de Isabel Farnesio, se cuenta entre los mejores soberanos que ha tenido España. Bueno, afable, de costumbres sencillas y casi burguesas, tenía carácter recto, conciencia de sus deberes de monarca, y deseo sincero de hacer la felicidad de su pueblo. Le secundaron ministros de gran valer: tales fueron don Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de *Aranda*, gran señor, original y filántropo; don José Moniño y Redondo, conde de *Floridablanca*, magistrado prudente y hábil, y, por último, el economista y sabio don *Pedro Rodríguez Campomanes*, presidente de las Cortes y uno de los hombres que más esfuerzos han hecho por la regeneración de España.

Carlos III y sus ministros emprendieron la reconstitución de todas las piezas necesarias a una España nueva, más moderna y activa; a la reorganización del comercio, de la industria, del ejército y de la marina, unieron la reforma de la administración, la reforma de la instrucción pública, la represión de la mendicidad y la organización de la beneficencia. Pero la tentativa más interesante fué la de *emancipar el Estado de la influencia de la Iglesia*.

LA IGLESIA ESPAÑOLA En todo tiempo, el clero español había tenido influencia preponderante en el país. Su influencia databa de la época lejana en que bajo los reyes visigodos, la asamblea de los obispos gobernaba el Estado. Arruinada por la conquista árabe, la Iglesia de Espa-

ña había vuelto a encontrarse más poderosa que nunca después de la reconquista cristiana. En aquel pueblo español, cuya ardiente fe no se debilitaba, no costó al clero ningún trabajo establecerse sólidamente y mantener su dominación.

La población sacerdotal —prelados, sacerdotes y canónigos, monjes y religiosas, teólogos, sacristanes y acólitos diversos— alcanzaba a casi medio millón de miembros; número que no cesaba de aumentar. La fortuna de la Iglesia era inmensa, pues casi la quinta parte del suelo de España le pertenecía; y merece señalarse



CARLOS III (1716 - 1789).

Retrato pintado por R. MENGES
(1728 - 1779).

Museo del Prado.—Fotografía Lacoste.

Rafael Mengs, reputado pintor alemán, nacido en Bohemia (1728), fué primer pintor del Elector de Sajonia, director de la Academia pontifical del Capitolio de Roma, y por último, en 1761, llegó a ser primer pintor de la corte de Carlos III. Este retrato representa al monarca cuando tenía cincuenta años. Ninguno de los rasgos, cara larga, nariz recta con punta roma, denota el origen borbónico de este bisnieto de Luis XIV. Sus ojos azules, claros y muy vivos, son expresivos de inteligencia no común. Quinto hijo de Felipe V y de Isabel Farnesio, fué sucesivamente duque de Parma y de Plasencia (1731), rey de Nápoles y de Sicilia (1738) con el nombre de Carlos VII y, por último, rey de España (1759) por la muerte de su hermano paterno Fernando VI. Carlos III fué uno de los príncipes más interesantes de su tiempo, y el más notable de los reyes de España en el siglo XVIII. Pertenece a la serie de los soberanos «reformadores». Secundado por ministros enérgicos, Tanucci en Nápoles y Aranda y Floridablanca en España, hizo en todas partes útiles transformaciones. España le debió su brillante renovación económica en el interior y militar en el extranjero, principalmente en la guerra contra Inglaterra.

que, a pesar del empobrecimiento general del país continuaba siendo la Iglesia más rica de la cristiandad: el arzobispo de Toledo recibía una renta de trescientos mil ducados; la renta del monasterio de San Benito de Valladolid era aún más elevada, puesto que alcanzaba a cuatrocientos mil ducados. Además, el clero español seguía desempeñando un *papel político y social* considerable: gozaba, por favor de los reyes, de innumerables privilegios; sus tribunales funcionaban con actividad; dirigía universidades, colegios y hospitales, y tenía en los consejos de gobierno el puesto principal; por último, gracias a la *Inquisición*, ejercía una dictadura moral tan rigurosa como en la Edad Media: bajo el reinado de Felipe V, y en el espacio de treinta años, el Santo Oficio había dictado catorce mil fallos condenatorios, entre los cuales setecientos ochenta y dos a hoguera.

LA REFORMA DE CARLOS III Gozando de poder tan formidable, la Iglesia de España era como un Estado en el Estado. Es más: ejercía sobre el Estado una verdadera tutela. Carlos III, aunque soberano extremadamente piadoso, estaba convencido de que era de todo punto necesario *subordinar la Iglesia al Estado*, y en ello empleó todo su poder.

Los bienes de la Iglesia fueron respetados, pero en adelante sometidos al pago de impuestos. El clero conservó la administración de los hospitales, pero bajo la inspección de jueces civiles. Los obispos tuvieron que reconocer la autoridad del Consejo del Rey. Aunque no se suprimió la Inquisición, el poder jurisdiccional de ésta se limitó; se suavizó el rigor de su enjuiciamiento, y sus dictámenes y hasta sus sentencias quedaron subordinadas a la aprobación del rey: así el que de 1759 a 1788 sólo hubiera en totalidad cuatro ejecuciones capitales. La libertad de pensar no existía todavía, puesto que Olavide, intendente de Andalucía, fué condenado a ocho años de prisión a causa de sus relaciones con los filósofos; pero las puertas de las prisiones se abrían sin gran dificultad bajo aquel gobierno paternal, y Olavide no aguardó ocho años para refugiarse en Francia.

Para reducir la Iglesia española a mayor docilidad, importaba hacer que fuera *más independiente respecto del papado*. El golpe más tremendo que Carlos III dió a la influencia pontifical fué la *expulsión de los jesuitas*; éstos eran, en efecto,

desde el siglo XVI, los agentes más celosos y activos de la corte de Roma en todo el orbe cristiano, siguiendo el ejemplo de Portugal (1759) y de Francia (1764), hizo detener la misma noche a todos los jesuitas del reino (1767) y que los embarcaran con destino a los Estados Pontificios. Un real decreto abolió después la orden, y, para reemplazar sus establecimientos docentes, se fundaron colegios cuyos profesores fueron laicos.

REFORMAS EN
EL RÉGIMEN
COLONIAL

Los reyes de la casa de Austria no vieron en América sino una fuente de recursos para la Metrópoli, y los conquistadores, salvo excepciones, sólo la vieron como fuente de riqueza.

Los reyes borbónicos iniciaron la modificación de ese régimen: si las colonias de América se enriquecían, se enriquecería también España. Para gobernar bien a las colonias — con lo que se tendría un verdadero contralor político y económico — era indispensable centralizar el gobierno y hacerlo efectivo. Esto se lograría evitando que los funcionarios se excediesen en sus atribuciones.

Los principios franceses de la monarquía centralista fueron aplicados en España, creando los gobernadores intendentes, que después se crearon también en América. Esta sencilla creación transformó hondamente los hábitos de la colonia. Los virreyes quedaban encargados del gobierno político; los intendentes del administrativo, pero unos y otros eran nombrados directamente por el rey. Los cabildos, gobierno comunal de las ciudades, quedaban ahora en segundo plano.

Pero la reforma fundamental fué la del comercio libre, llamado así por comparación con el régimen anterior fuertemente monopolista. En efecto: el comercio «libre» lo era entre las colonias y la Metrópoli, exclusivamente, y aun entre éstas sólo podían hacerse entre 13 puertos de la Metrópoli y 24 de América. Lo principal del nuevo régimen fué la rebaja y aun la liberación de derechos aduaneros con que se trató de impulsar las industrias española y americana. Sin embargo, no se permitió a las colonias la producción de efectos que se importaban de España.

Las reformas alcanzaron a la cultura, que recibió un impulso extraordinario con la creación de institutos, publicación de periódicos, visitas de sabios, entrada de libros, etc.

Las mejoras económicas y culturales despertaron la con-

ciencia de las colonias y comenzaron a aparecer aquí y allá sublevaciones, algunas de indios que esperaban reconquistar la independencia, como la de Tupac Amarú en el Perú, y otras españolas en distintas ciudades. La revolución de las colonias inglesas, independizadas en 1776, y la Revolución francesa contribuyeron a inquietar los espíritus.

El conde de Aranda, ministro de Carlos III en París, después de firmar el tratado de paz que selló la libertad de los Estados Unidos propuso al rey una modificación del gobierno colonial: tres infantes serían coronados en Méjico, Nueva Granada y el Perú, y el rey de España sería coronado emperador. Así creía encontrar un medio para contener las tendencias emancipadoras que él veía próximas. No tuvo éxito su proyecto; ni otro posterior, ni uno de Godoy, presentado años después a Carlos IV, hijo de Carlos III.

Al cabo de un siglo de reformas, que las guerras interrumpieron frecuentemente, el gobierno del

RESULTADOS rras interrumpieron frecuentemente, el gobierno del
rey pudo alcanzar los resultados siguientes:

Desde el punto de vista *económico*, si la pobreza general no había desaparecido por completo, no era tanta como anteriormente. En la actividad nacional se había verificado una verdadera resurrección. La fabricación de paños, la industria sedera y la explotación de las abundantes minas del país habían adquirido gran importancia. El comercio colonial, casi decuplicado bajo el reinado de Carlos III, representaba más de doscientos millones. El acrecentamiento de la población era testimonio fehaciente de ese renacimiento económico: a principios del siglo había seis millones de habitantes, en 1788 subían éstos a unos once millones.

Desde el punto de vista *marítimo*, la armada española, reconstituída, contaba a fines del reinado de Carlos III con 163 barcos de guerra, entre los cuales 80 eran barcos de línea, con cuarenta mil hombres de equipaje. España había llegado a ser gran potencia naval, y como tal figuraba inmediatamente después de Inglaterra y Francia. Si no pudo recobrar a Gibraltar, por lo menos obtenía en 1783 la restitución de la isla de *Menorca* y de la *Florida*. Como potencia colonial, continuaba figurando en primera línea y, por consiguiente, a esa luz, era rival de Inglaterra.

Desde el punto de vista *político*, la nación española ya sin enojosa tutela y fuera de la influencia preponderante de

la alta aristocracia y, sobre todo, del clero, reducidos a desempeñar papel subordinado, se había constituido muy sólidamente para que temiera los peligros que amenazaban, en aquellos momentos, a la nación francesa.

Sin embargo, la obra estaba lejos de terminarse; además, la nación la había soportado con cierta resignación, más bien que aceptado con alegría. Carlos III, que se daba cuenta de ello, decía: «Mis súbditos hacen como los niños: lloran cuando se les lava». Así se explica que los resultados obtenidos no fueron todos durables, y que el mal gobierno del rey Carlos IV aventara bien pronto los felices efectos de los reinados precedentes.



CAPÍTULO XXIV

FRANCIA ANTES DE LA REVOLUCIÓN

Cuando murió Luis XIV en 1715, dejó para sucederle en el trono a un niño de cinco años, su bisnieto Luis XV. El reinado de Luis XV, que duró cincuenta y nueve años, puede dividirse en dos partes: la primera, desde 1715 hasta 1723, época de la *Regencia* del duque de Orleáns, célebre por la licencia de las costumbres y las especulaciones financieras; la segunda, a partir de 1723, época del *reinado personal*. En realidad, Luis XV abandonó el gobierno, durante su reinado personal, al *cardenal de Fleury*, anciano prudente y pacífico, y, después de la muerte de éste (1743), a *favoritos*, como la célebre *marquesa de Pompadour*, cuyos caprichos fueron móviles para nombrar y derribar ministros.

Los últimos treinta años del reinado de Luis XV fueron fatales para Francia y para el trono; para Francia, porque fué entonces cuando perdió el más hermoso imperio colonial del mundo; para el trono, porque puso en evidencia los vicios del régimen absolutista, labró de esa manera su descrédito y precipitó la hora de la Revolución.

LAW La situación financiera durante la Regencia, heredada del gobierno anterior y resultado de treinta años de guerra, era una de las peores que haya conocido Francia. Como los expedientes normales no mejoraron la situación con la rapidez que deseaba el regente, éste aceptó un plan novedoso que le expuso el escocés Juan Law.

La base de su proyecto era la creación de un Banco de Estado que recibiría dinero y, mediante un pequeño interés, obli-

gaciones comerciales, a cambio de las cuales entregaría *billetes de banco*. Éstos servirían de moneda, exactamente como si fuese oro o plata. El Banco, además, negociaría con los capitales que tendría en depósito.

Una iniciativa que, como se ve, ha sido realizada posteriormente, fracasó a causa de que Law era más un jugador audaz que un economista o un estadista. Creado primero como banco privado, con gran éxito, se lo transformó, antes de los tres años, en Banco de Estado.

Poco antes Law había fundado, con los fondos del Banco, una compañía para explotar la Luisiana, que a poco andar absorbió a todas las compañías similares y se vió entonces afluir a París a miles de personas que querían comprar acciones, con el dinero que habían obtenido vendiendo cuanto tenían. No era absurdo a los ojos de nadie, porque mediante esas acciones iban a ser explotadas las minas de oro y las rocas de piedras preciosas que se decía haberse descubierto en Luisiana.

Antes de un año de fundarse el Banco, Law resolvió adquirir para sus compañías *toda la deuda del Estado*. Era un negocio brillante para el Estado: tendría en lo sucesivo un solo acreedor y sólo pagaría el 3 % en lugar del 5 ó 6. Las acciones de las compañías llegaron a valer cuarenta veces su valor escrito.

Compradas a ese precio ya el interés resultaba ser ínfimo y algunas comenzaron a vender sus acciones con la misma fiebre con que las habían adquirido. Comenzada la venta se convirtió pronto en pánico. En febrero de 1720, el duque de Borbón recuperó en una sola vez 60 millones de oro, que retiró en tres coches. Pero como el papel que circulaba era seis veces superior al de la moneda metálica, debió recurrirse al curso forzoso. Las compañías arrastraron al Banco y al sistema. El autor de éste, que llegó a Francia con varios millones, murió en Venecia, en la miseria.

Sin embargo, Francia se encontró, después de liquidado todo, con que su deuda había disminuído; la Compañía de las Indias, en que Law había fusionado todas las compañías coloniales, sobrevivió al sistema y el impulso dado al comercio marítimo se mantuvo.

En cambio, aumentó la oposición a la monarquía y el orden social sufrió la influencia desmoralizadora que siempre tiene la obtención o la pérdida demasiado rápida de la fortuna.

CUANDO Fleury murió en 1743, *Luis XV* tenía treinta y tres años. Era tan guapo que, según el decir de uno de sus ministros, «en el momento de su consagración se parecía al Amor». Sus súbditos le tenían apasionado cariño. En 1745, como cayera enfermo en Metz, hombres y mujeres se precipitaron en las iglesias para rogar por él. En toda Francia hubo igual manifestación, y se cuenta que sólo en la sacristía de la catedral de París el pueblo pagó seis mil misas por su curación.

Pero jamás existió soberano tan indigno como él de tal abnegación y de tales manifestaciones de cariño. Tenía mala índole, era egoísta y duro. No carecía de inteligencia, pero era indolente y perezoso. Fué tanto más culpable cuanto que veía claramente la gravedad de la situación del reino y presentía una catástrofe próxima: «¡*La máquina, la buena máquina*, decía, *durará en buen estado tanto como nosotros!*», y satisfecho, porque estaba convencido de que no corría ningún riesgo, abandonó el cuidado del gobierno a sus ministros. Éstos podían verle media hora por semana para hablar de negocios. Raramente presidía un Consejo; sus ocupaciones eran la caza, los favoritos, la confección del café en las habitaciones de sus hijas, la tapicería, la lectura de los informes de la baja policía y la correspondencia privada que hacía interceptar. En 1750 —desconceptuado a ojos de su pueblo, éste se había apartado de él con desprecio y odio— durante unos motines que duraron cuatro días, que la policía no pudo reprimir y fué necesario que interviniera la tropa, los parisienses decían a voz en cuello que iban a atacar a Versalles y quemar el palacio. Desde entonces el odio que tenían a Luis XV era tan grande, que éste no se atrevía a entrar en París. El gobierno tampoco se atrevió, cuando murió el rey, a ordenar que el entierro pasara por la capital.

DESPILFARRO DE LA HACIENDA Luis XV no se asemejó a Luis XIV sino en aquello de querer ser el dueño único y absoluto del reino. Entendía usar y usó de su soberano poder según su antojo, y para satisfacer su capricho.

Su política de pasatiempos y de egoísmo, a lo cual se añadieron tres guerras importantes (1), provocaron la pronta y total *desorganización de la hacienda*. Nunca hubo tesoro público que se despilfarrara de manera más miserable. La casa del rey absorbía anualmente la mejor parte de las rentas del Estado,

(1) Ver páginas 247 y 249.

puesto que éstas apenas subían a 147 millones y los gastos del rey no bajaban de 68 a 70 millones. «Cuando se habla a Su Majestad de economía y supresión de los gastos de la corte — escribía d'Argenson—, vuelve la espalda al ministro que se expresa de ese modo. *La corte —añadía— es la tumba de la nación.*» Madame de Pompadour recibió treinta y seis millones en diecinueve años; otra favorita, dieciocho millones en tres años; cierto príncipe de la sangre recibía quinientas mil libras de pensión por año, y de una vez ciento cincuenta mil libras para que pagara sus deudas. Se gastaban dos millones en fuegos artificiales, como sucedió en 1751. Los ministros ya no encontraban medio de reparar el déficit. En las postrimerías del reinado, el abate Terray, encargado de la hacienda en 1770, y bien pronto apellidado *destripabolsillos*, echaba mano sin escrúpulo hasta del dinero depositado por particulares en las cajas del Estado. Como le censuraron estos procedimientos, el ministro contestó: «Eso pertenece al rey, y la necesidad lo justifica todo.»



LA MARQUESA DE POMPADOUR
(1721 - 1764).

Fotografía del pastel de Mauricio
QUINTÍN DE LA TOUR (1704 - 1788).
Museo de San Quintín.

La marquesa de Pompadour fué durante unos veinte años la verdadera soberana de Francia. El pastel que reproducimos es un estudio que La Tour, uno de los más grandes artistas, y seguramente el primero de los retratistas del siglo XVIII, dibujó para el célebre retrato que se conserva hoy en el museo del Louvre. Los contemporáneos han alabado el brillo de los ojos y la vivacidad inteligente de la fisonomía de madame de Pompadour. Todo esto se encuentra aquí.

LA OPOSICIÓN Bajo el reinado de Luis XV, el desorden de la hacienda pública, las humillaciones de la política exterior y los caprichos de la arbitrariedad, hacían patentes los vicios de la monarquía, además de que los *filósofos* —Francisco María Arouet de *Voltaire* y Juan Jacobo *Rousseau*— y los enciclopedistas —Dionisio *Diderot* el más eminente— combatían con encarnizamiento el despotismo y la intolerancia. La opinión estaba cada vez más irritada contra un gobierno tan estrechamente adicto a los viejos errores del absolutismo. Un abismo profundo se abría entre el pueblo y el trono: «El gobierno no es ya estimado ni respetado, escribía d'Argenson, en 1751, y todos a cual más hacen cuanto es preciso para perderse. El clero, los militares, los parlamentos y el pueblo alto y bajo, todos murmuran y se separan del gobierno, y tienen razón.» «La corte y la nación, escribía de nuevo en 1753, están demasiado distantes para que se avengan; cada día y cada hecho aumenta el desvío de estos dos enemigos.» «Sólo un milagro puede sacarnos del atolladero en que nos encontramos, escribía el ministro Bernís a su colega Choiseul. Nuestro sistema se descose por todas partes.»

El sentimiento de la iniquidad de los privilegios se propagaba en todas las clases de la sociedad. «¿Para qué conservar tanto la nobleza, decía d'Argenson, que no es más que la polla del gobierno, los zánganos de la colmena que se comen la miel sin haberla fabricado?» En el pueblo, entre la gente menesterosa, se empezaba a decir: «¿Por qué son los ricos los que pagan menos y los pobres los que pagan más? ¿Es que cada cual no debe pagar según lo que tiene?» El pueblo, por otra parte, empezaba a tener conciencia de su fuerza. Ya hemos visto que, desde 1750, habían estallado graves *motines* en París. A partir de dicha época, esos tumultos menudearon y llegaron a ser como una costumbre. En 1770, como aumentó el precio del pan, aparecieron en las calles carteles en extremo subversivos y revolucionarios. Entre las personas instruídas y, sobre todo, al corriente de las cosas, había muchos que preveían una próxima catástrofe. «La opinión camina, sube, aumenta, lo cual puede ser el principio de una *revolución nacional*», decía d'Argenson; y *Voltaire* escribía en 1764: «Todo lo que veo esparce las semillas de una revolución que llegará irremediabilmente. Estallará en la primera oportunidad, y entonces presenciaremos un famoso escándalo.»

El arte francés del siglo XVIII carece por completo de aquella reposada majestad, un tanto fría, que caracteriza las obras del siglo XVII. Agraciado, poético, henchido de fantasía y encantador, refleja las alegrías selectas y algo licenciosas de la alta sociedad. Watteau, autor del célebre cuadro «Fiestas galantes», pintó dos veces el Embarque para Citeres. El cuadro que está en el Louvre es un boceto del que existe en el Museo de Berlín. A la izquierda se ve la nave que conducirá a los amartelados pasajeros a aquella isla, cuya costa se columbra en el horizonte. La composición es muy expresiva; el paisaje, bañado en luz exquisita, tiene muy penetrante poesía.



WATTEAU (1684 - 1721).—EMBARQUE PARA CITERES.
Museo de Berlín.—Fotografía.

LAS COSTUM-
BRES Y LA
CIVILIZACIÓN
FRANCESAS

No obstante aquella época de trastornos y aquel mal gobierno, la civilización francesa fué más brillante que nunca, y, más aun que en los tiempos de Luis XIV, sirvió de modelo a toda Europa. Además, nunca como entonces tuvo tanta actividad la vida literaria y artística de Francia, y, como escribía un contemporáneo, «París fué en Europa lo que Grecia cuando las artes florecieron allí: París proveyó de escritores y artistas al resto del universo.

Entre los grandes artistas, se distingue Antonio *Watteau*, que fué un poeta en pintura, artista único, cuyos animados paisajes, frecuentemente melancólicos, ofrecen la seductora asociación de la realidad y de la ilusión.

Ese arte delicado del siglo XVIII es reflejo fiel de las costumbres de aquel tiempo. Por reacción contra la gravedad solemne de la corte de Luis XIV, se estaba presto a repeler las restricciones, y se quería que la existencia fuese fácil y amena. Las maneras habían llegado a ser sencillas y familiares. Jamás hubo tanto gusto por la vida de relación: entre la gente culta esa vida social alcanzó tal perfección, que nunca fueron como entonces tan brillantes las reuniones, ni se platicó en ellas con tanto ingenio; verdad es que allí se hacía gala de estar muy nutrido de ideas. El siglo XVIII francés realizó el ideal de la vida mundana: «Quien no vivió antes de 1789 —decía Talleyrand— no conoce las dulzuras del vivir».

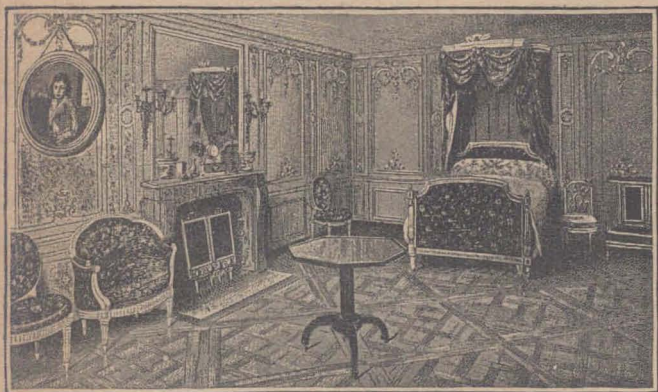
Más adelante estudiaremos la obra de los grandes escritores franceses, *Montesquieu*, *Voltaire*, *Diderot*, *Rousseau*, etc., que fueron casi todos filósofos y contribuyeron a transformar el espíritu público, sea presentando sociedades mejor organizadas o sociedades ideales, sea haciendo la crítica de las que los rodeaban.

LUIS XVI Y
MARÍA
ANTONIETA

La propaganda en favor de las nuevas ideas y el mal gobierno del rey Luis XV habían provocado en Francia, como se ha visto, creciente descontento. No obstante, si el rey —por sus vicios personales— era despreciado, el pueblo seguía teniendo confianza en la autoridad monárquica, y el advenimiento del joven rey *Luis XVI*, que se sabía era honrado y bueno, fué acogido con entusiasmo (1774).

Luis XVI, nieto de Luis XV, tenía veinte años; era grueso, pesado y robusto; tenía mucha afición por los ejercicios físi-

cos, la caza y la labor de cerrajero o herrero. Le adornaban, es cierto, grandes virtudes privadas, y le animaba el deseo sincero de hacer bien. Pero era ignorante, poco inteligente y tímido, y, sobre todo, por su incurable debilidad de carácter, estaba a merced de todas las influencias. Entre éstas, la más



UN DORMITORIO DE ESTILO LUIS XVI.

Dormitorio de María Antonieta en el Pequeño Trianón.
Fotografía Neurdein.

El solaz de la vida íntima y el gusto que en el siglo XVIII se tenía por el bienestar hicieron transformar la habitación: se atendió menos al aparato y más a la comodidad. La forma de los muebles tuvo más gracia y las habitaciones fueron más reducidas; molduras y paneles se pintaron con colores claros y suaves, y se adornaron con ligeras y caprichosas esculturas. Este dormitorio de reina, muy elegante, es tan sencillez que cualquier persona de buen gusto, aun cuando no sea acaudalada, puede tener uno igual; no se asemeja en nada al dormitorio solemne del rey Sol en el palacio de Versalles, que era reverenciado como un santuario.

durable y funesta para él, fué la que ejerció su mujer, María Antonieta.

María Antonieta, hija de la emperatriz María Teresa, era una mujer joven y hermosa, tan activa como tardo era su marido; pero ignorante también, y frívola, e impaciente cuando tropezaba con alguna contrariedad o sujeción. Aconsejada por unos cuantos cortesanos rapaces que la lisonjeaban y encontraban provecho en que continuaran los abusos, siguió el pa-

recer de aquéllos, fué enemiga de las reformas, e inconscientemente contribuyó a agravar la situación financiera y a precipitar la hora de la Revolución.

LA CRISIS FINANCIERA La situación de la hacienda pública, herencia que dejó Luis XV, era, en efecto, la que había de determinar la Revolución. Los gastos normales excedían en veintidós millones las recaudaciones previstas. El déficit era en realidad mucho mayor, puesto que ya se habían gastado setenta millones a cuenta de recaudaciones



LUIS XVI Y MARÍA ANTONIETA.

Fotografía de una medalla de la Casa de Moneda.

La medalla representa a Luis XVI y María Antonieta poco después de su advenimiento al trono, cuando Luis XVI tenía entre veinte y veinticinco años y María Antonieta entre diecinueve y veinticuatro. En el exergo se lee: Luis XVI, rey de Francia y de Navarra, María Antonieta de Austria, reina.

futuras, y se debían, además, doscientos treinta y cinco millones inmediatamente exigibles. El déficit total alcanzaba, pues, a trescientos treinta y cinco millones, esto es, a más de cien millones de dólares actuales. El abate Terray, ministro de Luis XV, sólo encontraba la solución en la bancarrota.

TURGOT

Luis XVI ocupó el trono animado de las mejores intenciones. Destituyó al abate Terray; designó para desempeñar el cargo a Roberto Jacobo *Turgot*, partidario de las nuevas ideas, reputado por su esclarecido talento y por la perfecta rectitud de su carácter.

Turgot pertenecía a la alta burguesía parisiense (1), había estudiado economía política, colaborado en la *Enciclopedia* y publicado una obra importante: *Reflexiones sobre la formación y la distribución de las riquezas*. Intendente del Lemosín desde 1761 hasta 1774, se propuso aplicar en esa administración sus ideas reformistas, y aun cuando no las aplicó por completo, logró en trece años convertir aquella provincia miserable en provincia próspera.

Nombrado interventor general, es decir, ministro de Hacienda, Turgot quiso hacer en grande en el reino, lo que había hecho en pequeño en el Lemosín, o lo que es lo mismo,

poner en práctica las reformas cuya utilidad habían demostrado los estudios de los economistas (2), e intentar, de acuerdo con los principios de Quesnay y de Gournay, el *experimento*



TURGOT (1727 - 1771).

Fotografía del retrato grabado por COCHIN (1715 - 1781).

En este hermoso retrato, Cochin, uno de los grabadores más delicados del siglo XVIII, ha logrado expresar las buenas dotes que adornaban a Turgot: entendimiento reflexivo, voluntad firme y rectitud. La frente es ancha, arqueada, espaciosa; en la boca hay cierto dejo de amargura. Turgot vió donde estaba el bien del país, comenzó a lograrlo, y fracasó por la saña de los privilegiados y por la debilidad del rey.

(1) Véase pág. 270.

(2) Íd. íd. íd.

de la libertad. Estaba convencido de que el resultado debía ser el restablecimiento del erario, la notable mejoría de las condiciones materiales de la vida, y, por consiguiente, la satisfacción de la opinión pública.

ECONOMÍAS Y REFORMAS Para «reducir los egresos a una suma menor que las recaudaciones», Turgot empezó por hacer *economías*. En particular puso empeño en *disminuir los dispendios de la corte*, a donde pasaba la mayor parte de las rentas del Estado.

Después se entregó por completo a las reformas. La primera que hizo fué en favor de la agricultura. El temor a la penuria había movido desde hacía varios siglos a reglamentar minuciosamente el comercio del trigo. Los comerciantes no podían vender ni comprar sino en días fijos y en mercados habilitados expresamente. Arbitrios o derechos exagerados impedían que el trigo pasara de una provincia a otra. De aquí que, en ciertos años, mientras el trigo se pudría en los graneros de las provincias que habían tenido cosecha abundante, se muriera de hambre en las provincias vecinas. Una ordenanza de 1774 proclamó *libre el comercio de granos* y abolió el portazgo.

Dos reformas capitales se efectuaron, además, en 1776. Una ordenanza *abolió las corporaciones* y sus reglamentos, que fijaban de manera estricta las condiciones de la fabricación; se estableció, pues, la libertad de industria; la otra *abolió el servicio real*, es decir, la obligación que tenían los campesinos de trabajar gratuitamente para hacer y mantener en buen estado los caminos. Todo trabajo de ese género debía pagarse en adelante, y se haría frente a ese gasto por medio de un tributo que se llamaría *subvención territorial*, que se impondría indistintamente a todos los propietarios, privilegiados y no privilegiados. Turgot sentaba así el principio de la igualdad en materia de impuestos.

CAÍDA DE TURGOT Las economías habían irritado a la corte. La ordenanza sobre los granos exasperó a los especuladores, quienes organizaron motines que, en verdad, fueron reprimidos fácilmente. La relativa a las corporaciones descontentó a los patronos de los talleres y a toda la gente rutinaria. La ordenanza sobre el servicio real y la subvención sublevó a los privilegiados. Los enemigos de Turgot eran, pues, innumerables y poderosos.

El ataque contra el ministro reformador lo dirigió María Antonieta, que se dió a derrocarlo con encarnizamiento. El rey, que veía el bien, pero que no tenía la fuerza de quererlo, resistió algún tiempo: «Sólo el señor Turgot y yo amamos al pueblo, decía». A la postre cedió a las instancias de su mujer,



MARÍA ANTONIETA Y JOSÉ II EN VERSALLES.

Fotografía de un grabado de DUCLOS.

El grabado representa a María Antonieta anunciando un indulto (mayo de 1777). El cuadro en que el artista colocó a la reina es la galería de los espejos, en Versalles. En el fondo, se ve una de las diecisiete grandes ventanas que dan luz y corresponden a otros tantos tableros de espejos. En el centro, está la reina y, al lado de ella, a su izquierda, su hermano, el emperador José II. Las faldas cortas, guarnecidas de volantes rectos, tienen la forma poco graciosa de una campana. El sombrero de la reina y el peinado de las damas de honor, verdaderos ramilletes de plumas, de flores y de frutas colocados sobre una verdadera montaña de cabellos, son ridículos. La peluca que llevan los hombres es más corta que la que se usaba en el tiempo de Luis XIV; está empolvada, y su remate es una trenza sujeta con un lazo de cinta.

y pidió a Turgot su dimisión (1776). Éste le había escrito algunos días antes estas líneas proféticas: «Señor, no olvidéis nunca que la debilidad fué quien puso la cabeza de Carlos I sobre un tajo».

CONVOCACIÓN
DE LOS ESTADOS
GENERALES

El fracaso de la política de economías y de reformas iba a traer inevitablemente la Revolución.
En efecto: después de la caída de Turgot, la crisis financiera fué agravándose de manera progresiva, y volvió a empezar el pillaje del erario; además, la guerra de América, que duró desde 1778 hasta 1783, aumentó los gastos y obligó al gobierno a recurrir a enormes empréstitos.

En 1786 el tesoro estaba exhausto; era imposible, por falta de crédito, apelar al empréstito. El ministro Calonne tomó una resolución heroica: como Turgot, le vino a la mente la idea de establecer un impuesto general que recayera tanto en los nobles como en los plebeyos; pero entonces el Parlamento, negándose a aceptar aquella ordenanza, declaró que el rey no tenía el derecho de establecer por su propia cuenta nuevos impuestos, y terminó *convocando los Estados Generales*. Se llamaba así *la asamblea de diputados de los tres órdenes de la nación*: clero, nobleza y estado llano. En los siglos XIV y XV, cuando no existía el censo permanente, los Estados Generales se habían reunido frecuentemente para votar subsidios para el trono. Pero después, a medida que la autoridad real fué afirmándose, los Estados Generales se reunían a intervalos cada vez más distantes. La última reunión remontaba al año 1614, en la época de la menor edad de Luis XIII.

La convocación de los Estados Generales, lanzada por el Parlamento, fué acogida con entusiasmo por la opinión pública. En vano trató el rey de quebrantar la oposición parlamentaria. El Parlamento, desterrado a provincias, fué recibido en ellas triunfalmente. En París hubo asonadas y motines: el pueblo insultaba a la reina, a la que llamaba *Madama déficit* o la *austriaca*, y arrastraba por los arroyos maniqués que representaban a las amigas de ésta. De París la agitación se propagó por toda Francia. El 25 de julio de 1788, seiscientos diputados de la nobleza, del clero y del estado llano de la provincia del Delfinado se reunieron en el castillo de Vizille, y redactaron una invitación a todas las provincias a que se

unieran para *resistir al despotismo y no pagar ningún impuesto* mientras los Estados Generales no fuesen convocados.

En aquellos momentos había en las cajas del Estado cuatrocientos mil francos en efectivo. Era preciso ceder o declarar la bancarrota. El rey cedió, y el 8 de agosto hizo anunciar que los Estados Generales se convocarían en el mes de mayo de 1789. Comenzaba la Revolución francesa.

CAPÍTULO XXV

EL DESPOTISMO ILUSTRADO EN PRUSIA, AUSTRIA Y RUSIA

EXPANSIÓN DE
LAS IDEAS
FRANCESAS EN
EUROPA

No sólo en Francia, sino también en toda Europa, se había trabajado en pro de las *nuevas ideas*. En efecto: la influencia francesa nunca fué más eficaz y profunda que en el siglo XVIII. En todos los países, las personas cultas leían y admiraban a los filósofos franceses. Soberanos y ministros los buscaban con interés y se complacían en cartearse con ellos. Voltaire fué a Potsdam, donde gozó de la privanza del rey de Prusia, y Diderot a San Petersburgo, donde lo recibió Catalina II.

Entre esos hombres de estado, admiradores de la filosofía francesa, hubo algunos que quisieron realizar el programa de los filósofos y que trataron de gobernar según la *razón* y en vista del *bien público*. La intención de ellos era establecer el reinado de las «luces»; pero como al mismo tiempo pretendían imponerlo a sus pueblos de grado o por fuerza, sin admitir que hubiera resistencias se dió al régimen que instituyeron el nombre de *despotismo ilustrado*.

DESPOTISMO
ILUSTRADO

En la segunda mitad del siglo XVIII, que fué cuando los filósofos franceses empezaron a tener mucho renombre, el despotismo ilustrado se puso de moda de un extremo a otro de Europa.

En Portugal, el marqués de *Pombal*, ministro poderoso durante más de veinticinco años, de 1750 a 1777, es célebre principalmente por la lucha que hubo de sostener contra los jesuitas, que hasta entonces habían sido los verdaderos dueños del país. El marqués se decidió a confiscar los bienes de los religiosos y embarcar a éstos por fuerza en barcos que los con-

dujeron a Civita Vecchia, en los Estados del Papa; después reemplazó las escuelas de los jesuitas con escuelas laicas, primarias y secundarias, y, por último, puso empeño en dar extensión a la enseñanza, sobre todo a la de las ciencias.

En España hemos visto que Carlos III y sus ministros, siguiendo el ejemplo de Pombal, expulsaron a los jesuitas y reemplazaron las escuelas de éstos con escuelas laicas. *Campo-manes*, discípulo de los economistas franceses, fué una especie de Turgot español; de acuerdo con los nuevos principios de libertad económica, suprimió los monopolios comerciales y autorizó el libre comercio con las colonias.

En Toscana, el archiduque austríaco *Leopoldo* suprimió los dispendios de la corte y abolió la tortura de la Inquisición. En Alemania, un príncipe de Baden abolió la servidumbre de los labriegos y un príncipe de la católica Baviera autorizó el libre ejercicio del culto protestante.

Los dos grandes soberanos del siglo XVIII, el rey de Prusia, *Federico II*, y la zarina *Catalina II*, impusieron en cierto modo el despotismo ilustrado. No obstante, vale advertir que *Catalina II* no se sirvió de la filosofía sino como medio de captar los elogios de los escritores franceses, pues, en verdad, estaba poco convencida. «Con vuestros grandes principios, escribía a Diderot en un momento de sinceridad, se harán buenos libros, pero mala tarea.» Por lo menos estableció la tolerancia religiosa, y para ella fué diversión el reunir anualmente en un banquete a los ministros de los diferentes cultos. *Federico II* también se servía de los principios filosóficos, aunque con moderación: como soberano fué más bien discípulo del *Rey Sargento* y del Gran elector que de Voltaire o de Diderot. Sin embargo, toleró todas las religiones, trató de desarrollar la instrucción, abolió el tormento y, aunque exigiendo obediencia ciega a las órdenes que daba, concedió a sus súbditos entera libertad de palabra escrita y hablada. «Mi pueblo y yo, decía, hemos hecho un arreglo; él puede decir todo lo que guste, y yo hacer todo lo que me venga en ganas.»

El brusco acrecentamiento territorial del Estado
PRUSIA prusiano es quizá el hecho más sorprendente del
 siglo XVIII.

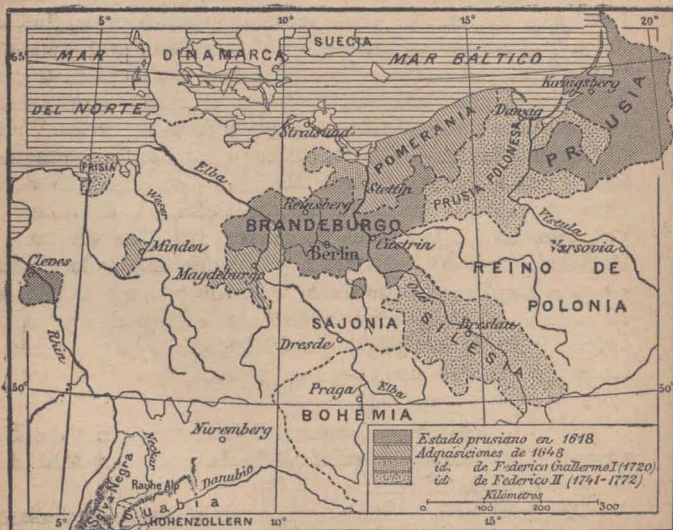
Prusia no es un Estado comprendido dentro de límites trazados por la naturaleza: es una idea realizada por una familia,

los Hohenzollern, y un ejército, «principio y fin de todas las cosas», según los Hohenzollern.

PROGRAMA DE LOS HOHENZOLLERN

Prusia carecía de defensas naturales, y de aquí la *creación del ejército*. Quisieron que ese ejército fuera numeroso, y de aquí su empeño en poblar las «comarcas y provincias desiertas» y la *organización de la colonización*. Quisieron que ese ejército fuera homogéneo, y de aquí el insistente propósito de hacer que los estados se convirtieran en un Estado, y el *establecimiento de la unidad administrativa*, previa a la unidad territorial.

En la prosecución de los diversos capítulos de ese programa en el que *todo partía del ejército e iba a parar al ejército*, no se dió tregua a partir de la segunda mitad del siglo XVII. Federico Guillermo, el *Gran Elector* (1640 - 1688), creó un ejército permanente, libertándose de Polonia: fué reconocido duque *soberano* de Prusia. Su hijo *Federico I* (1688 - 1713) compró al emperador Leopoldo el título de *rey de Prusia*, y desde entonces (1701) su Estado comenzó a llamarse *Reino de Prusia*.



FORMACIÓN DEL ESTADO PRUSIANO.

EL EJÉRCITO PRUSIANO El hijo de Federico I, *Federico Guillermo I*, fué un déspota brutal, pero soberano concienzudo. Tenía habilidad, era codicioso y, sobre todo, soldado por instinto, como lo indica su sobrenombre de *Rey Sargento*. Fué el verdadero fundador del poder militar de Prusia.

Federico Guillermo estableció la regla de que *todos los habitantes del país nacían para las armas*, cosa completamente nueva en el siglo XVIII. A pesar de esa circunstancia, ese ejército nacional fué un ejército aristocrático. Federico Guillermo escogió los oficiales entre la nobleza, pues no admitía que un simple soldado, fuera cual fuese su valor, pudiese subir a un grado superior al de alférez. No obstante, quiso que sus oficiales fueran instruídos, y organizó *escuelas de cadetes* para que conocieran bien el oficio.

Gracias a ejercicios repetidos mil veces, Federico Guillermo transformó sus soldados en *máquinas*, en autómatas vivos que ejecutaban los movimientos con tan sorprendente simultaneidad, que una compañía parecía formar un solo hombre.

Preparado con verdadera dilección durante más de treinta años de reinado, Federico Guillermo economizó ese ejército y no lo expuso en ningún conficto serio.

Federico Guillermo forjó el instrumento del poder prusiano, que había de utilizar su hijo Federico II.

FEDERICO II *Federico II* (1740 - 1786) fué el soberano más notable del siglo XVIII y uno de los que más contribuyeron a cambiar la faz de Europa.

Amó las letras y las ciencias. Fué uno de los hombres más cultivados de su tiempo. En su palacio de *Sans Souci*, en Potsdam, reunió una corte de literatos y sabios. Él mismo escribió —en francés— poesías, tratados filosóficos y políticos, y se carteó constantemente con Voltaire. Le gustaba también tocar la flauta y componer música. Empero, esas distracciones no le impedían pensar con preferencia en la política y en el ejército.

En política, los escrúpulos de conciencia no eran cosa embarazosa para él, y en esa materia, Federico II profesaba la in-moral doctrina de que el buen éxito legitima las violaciones del derecho. «En cuestión de reinos, escribía, se toma cuanto se puede, y jamás se comete error cuando no se está obligado a resarcir.»

Era embaucador, y consideraba que por el hecho de dar su

palabra no se comprometía sino en razón del provecho que podía sacar de ella. Llegó a ser tan estrictamente económico como su padre; amaba tanto como aquél «las realidades». Siguiendo su ejemplo, entendía ser el primer servidor del Estado. De aquí que se consagrara al trabajo con encarnizamiento, levantándose a las tres de la mañana en verano y a las cuatro en invierno, fatigando a cuatro secretarios «que trabajaban como negros», viéndolo todo, decidiéndolo todo personalmente, y siendo, por consiguiente, el ministro único y universal de la monarquía. Esa actividad no decayó un solo día; a esa labor se entregó hasta su muerte.

LAS CONQUISTAS **Federico II** fué el autor de la grandeza de Prusia, a la que anexó *Silesia*, quitada a Austria, y *Prusia polaca*, que arrebató a Polonia.



FEDERICO II (1712-1786).

Retrato pintado por A. GRAFF
(1736-1813).

Grabado por J. F. BAUDE (1738-1814). Graff fué un pintor suizo excelente y Bause un grabador alemán no menos distinguido. Este retrato es el de Federico II cuando tenía sesenta años poco más o menos. El rostro, algo enjuto ya, y las arrugas que lo surcan, son indicios de fatiga. La frente es muy ancha, y la barba firme y voluntariosa; lo que más llama la atención es la mirada penetrante, que es expresiva de inteligencia viva y de audacia; además, esa boca con labios apretados denota acrimonia rayana en la crueldad, y corazón nada expansivo. El rey es algo encorvado: ya lo era cuando joven, y este defecto físico, unido a su menguada estatura, exasperaba a su padre. Por economía, viste una casaca muy ajada; esa economía se convirtió, en los últimos años de su vida, en avaricia sórdida. Federico ostenta la placa del Águila Negra, orden real prusiana.

La cuestión de Silesia (1740-1765) ocupó los veintitrés primeros años de su reinado y originó tres guerras. De esas *tres guerras de Silesia*, las dos primeras correspondieron a la guerra de Sucesión de Austria; la tercera fué la de Siete Años, guerra en que Prusia hubo de hacer frente a una coalición de Austria, Francia y Rusia. Prusia salió extenuada de la lucha, pero triunfante (1).

La ocupación de Prusia polaca (1772) fué menos costosa.

Verdad que las negociaciones fueron laboriosas; pero no hubo batallas, y la unión del reino de Prusia con Brandeburgo empezó a realizar la unidad territorial de la monarquía.

Los veintitrés últimos años del reinado se emplearon en reparar los males que causó la guerra de Siete Años y en hacer que cobrara progresiva importancia el país así ensanchado. En primer lugar, Federico II rehizo el tesoro de guerra y el ejército, y reconstituyó los arsenales y los «almacenes de abundancia». Después, al igual de sus antepasados, colonizó; para ello estableció dos agencias permanentes, una en Hamburgo y otra en Francfort, que solicitaban inmigrantes; gracias a ellas, logró atraer unos trescientos mil, y hubo de fundar más de ochocientos pueblos. Tenía empeño en mejorar el cultivo de las tierras; hacía desecar inmensos pantanos, y en particular los de Custrín; estimulaba la industria y, por acrecimiento de la riqueza pública, duplicaba las rentas del Estado. Al mismo tiempo, cuidaba del desarrollo de la inteligencia de su pueblo, hecho raro en aquella época; abría escuelas y establecía la enseñanza obligatoria. Por último, para consolidar la obra de unificación, promulgó un código aplicable en toda la monarquía, que abrogó las legislaciones particulares.

Tantos esfuerzos obtuvieron los resultados siguientes: el Estado prusiano, que medía 120.000 kilómetros cuadrados al advenimiento de Federico, tenía casi 200.000 cuando murió éste; el número de habitantes había pasado de dos millones y medio a seis millones; el ejército, que había subido de ochenta mil hombres a ciento sesenta mil, estaba considerado, después de su resis-

(1) Véase pág. 247 y siguientes.

tencia victoriosa a las fuerzas coligadas de Austria, Francia y Rusia, como el mejor de Europa. En el arreglo de las grandes cuestiones internacionales, el rey de Prusia tuvo puesto al lado de los soberanos de Francia, Inglaterra, Austria y Rusia. Ese extraordinario encumbramiento del poder prusiano no había exigido medio siglo, y los súbditos de Federico II, con perfecto derecho, podían titularle Federico el *Único*.

AUSTRIA

AUSTRIA En el siglo XVIII se estableció el uso de aplicar a los estados en que reinaban los Habsburgo el nombre particular de uno de ellos: *Austria*. Considerablemente ensanchada (1699 a 1714) por anexiones en Hungría, Italia y Países Bajos, la monarquía austríaca parecía haber llegado a ser el Estado más poderoso de Europa. Ese poderío estuvo muy expuesto, a mediados del siglo XVIII, por causa de una *crisis de sucesión*. Amenazada de desmembramiento completo por la coalición que formaron Prusia, los príncipes alemanes, Francia y España (1741-1748), Austria escapó del peligro, gracias a la energía de su soberana *María Teresa* (1740-1780). Pasados los momentos críticos de las guerras, *María Teresa*, a ejemplo de Federico II, emprendió la reorganización y la unificación de sus numerosos estados.

LOS ESTADOS DE LA MONARQUÍA AUSTRIACA La monarquía austríaca era un verdadero congreso de principados y de reinos. Comprendía, en primer lugar, los que se llamaban *Estados hereditarios*: el archiducado de Austria, los ducados de Estiria, de Carintia y de Carniola, y en segundo lugar, los reinos de *Bohemia* y de *Hungría*; este último, y su anexo la Transilvania, eran posesiones de los turcos desde el siglo XVI, posesiones que perdieron al cabo de larga y porfiada lucha, *primer indicio de la decadencia del Imperio otomano y de su reflujó hacia los Balcanes*. A las citadas posesiones se habían añadido, en 1714, los *Países Bajos*, el *Milanesado* y el ducado de *Parma*, si no se cuentan el reino de Nápoles y la Cerdeña, porque los conservó breve tiempo. Por último, el jefe de la monarquía austríaca ceñía la *corona imperial de Alemania*, que los electores

mantenían, hacía ya cerca de tres siglos (1438), en la familia de Habsburgo. Con sus pueblos de todas razas y de todas lenguas: franceses, flamencos, italianos, alemanes, checos, magiares, croatas, serbios y rumanos, aquella monarquía era como una Europa en miniatura.



LA MONARQUÍA AUSTRIACA EN EL SIGLO XVIII.

Cada uno de los Estados tenía su capital, su gobierno y su dieta, cuyo concurso era indispensable al soberano para todo lo referente a tropas o dineros, así como también para la preparación de las leyes. Hungría tenía un verdadero Parlamento compuesto, como en Inglaterra, de dos Cámaras. Entre los múltiples estados de la monarquía, el único lazo que los unía estaba representado por el soberano, que era el mismo para todos ellos; por consiguiente, si llegaba a declararse una crisis

de sucesión, aquel gran cuerpo de la monarquía austríaca podía desmembrarse y caer en ruinas.

OS V Y LA
GMÁTICA
ANCIÓN

Ese peligro ya amenazaba a Austria a principios del siglo XVIII. Hasta entonces había habido siempre un heredero varón que recogiera la herencia. Pero el hijo del emperador Leopoldo, *José I*, sólo tenía hijas. Su hermano, *Carlos VI*, que le sucedió (1711-1740), tampoco tuvo varones. La *Pragmática Sanción*, dictada por *Carlos VI*, dió la sucesión a *María Teresa*, a costa de varios compromisos, pero para exigir su cumplimiento sólo tenía ochenta mil soldados en toda la extensión de la monarquía, y trescientos mil francos en el tesoro.

María Teresa tenía veintitrés años cuando sucedió a su padre. Desde su infancia se había formado altísima idea de la dignidad y el poder de su casa. Los Estados de la monarquía eran, a su juicio, un depósito de que era responsable ante Dios. De aquí que entendiera que su deber la obligaba a cuidarse personalmente del gobierno, y que, por esa razón, fuera el soberano más laborioso de su tiempo. Cuéntase que durante la noche precedente a su muerte habló mucho con su hijo *José II* de los asuntos de la monarquía, y que como *José* le suplicara que tomara algún descanso, ella le respondió: «Dentro de algunas horas debo comparecer ante el tribunal de Dios ¿y queréis que duerma?». Tenía inteligencia viva, voluntad fuerte y alma muy bien puesta, cualidades que conservó aún en las horas más desesperadas. Era buena, afectuosa y sencilla. *Federico II*, que fué durante veintitrés años su adversario, y al que ella soñó toda su vida con arruinarlo, ha escrito, sin embargo, que aquella soberana era «una gran mujer, honra de su sexo y de su trono», y «que realizó designios dignos de un gran hombre».

A TERESA

El reinado de *María Teresa* se inauguró, como se ha explicado, con una guerra: la de la Sucesión de Austria. *Carlos Alberto*, elector de Baviera, y el rey de España, *Felipe V*, atacaron a *María Teresa*, porque uno y otro pretendía tener derechos a la sucesión de Austria. Francia sostuvo a esos pretendientes, porque era tradicional que la política francesa tendiera esencialmente a destruir la casa de Austria. Las razones que tuvo

Federico II para atacarla se basaron en la fuerza del agresor y en la debilidad de la agredida.

De modo, pues, que en la guerra de Sucesión de Austria hubo realmente tres guerras distintas: una guerra austro-prusiana, otra austro-anglo-francesa y otra austro-española. De estas tres, la más importante fué la guerra austro-prusiana, porque su resultado esencial, la conquista de Silesia por la Prusia, hizo de esta última nación una gran potencia, modificó el equilibrio de los Estados alemanes y preparó una nueva guerra: la de Siete Años.



MARÍA TERESA (1717 - 1780).

Fotografía de un retrato existente en el Museo de Versalles, cuyo autor es desconocido.

LA GUERRA DE SUCESIÓN DE AUSTRIA

Los principios de la guerra fueron adversos a María Teresa, pero su energía y su habilidad salvaron la situación. En primer lugar, obtuvo de sus súbditos húngaros un socorro de cien mil hombres; después, desarmando a Federico II, a quien cedió la Sile-

Este retrato se hizo probablemente para María Antonieta, futura reina de Francia e hija de María Teresa, cuando ésta tenía sesenta años poco más o menos. La tez es sonrosada, con algunos toques de rojo que le dan más vida. La cabellera es cana; el dibujo de la nariz y de la barba es perfecto; la frente medio cubierta por el tocado de tul ligero, es ancha y despejada; los ojos son muy vivos y revelan inteligencia, voluntad reflexiva y carácter firme. Este retrato familiar evoca la abuela ágil, sencilla y bondadosa, que todo eso fué María Teresa.

sia, pudo emplear todas sus fuerzas contra Carlos Alberto. Esto le permitió sucesivamente recobrar la Bohemia, invadir Baviera y ocupar Munich, avanzar hasta el Rin y amenazar Alsacia y,

al mismo tiempo, concertar con Inglaterra y con Holanda una alianza.

Esos rápidos triunfos movieron a Federico II a firmar con Luis XV una nueva alianza en *París*. La muerte de Carlos Alberto, algunos meses más tarde, dió fin a la guerra de Sucesión propiamente dicha; a partir de entonces, los incentivos que animaron la contienda fueron *Silesia*, los *Países Bajos austríacos* e *Italia*.

El primer arreglo que se hizo fué el de *Silesia*. Federico II impuso a María Teresa la cesión definitiva de la *Silesia* (1745). En los *Países Bajos*, Luis XV tuvo que habérselas no con los ejércitos austríacos, sino con los de sus propios aliados, los angloholandeses. Los franceses conquistaron los *Países Bajos* en tres años. La invasión de Holanda y la toma de Maestrich (1748) determinaron a María Teresa y sus aliados a firmar la paz de *Aquitrán* (1748), una de las más humillantes y más torpes que Francia ha podido firmar nunca. Luis XV devolvía todas las conquistas hechas; a Federico II se le garantizaba la posesión de *Silesia*; María Teresa cedía *Parma* a don Felipe, segundo hijo de Isabel Farnesio. Cuando se conocieron en *París* las cláusulas del tratado, la indignación se manifestó violentamente: «¡Hemos trabajado para el rey de Prusia!», se exclamaba en todas partes.

LA INVERSIÓN DE LAS ALIANZAS

En 1748, cuando se firmó el tratado de paz en *Aquitrán*, las potencias estaban agrupadas de la manera siguiente: por un lado, Francia y Prusia; por otro, Austria, Inglaterra y Rusia. Ocho años después, en 1756, cuando principió la guerra de Siete Años, los grupos estaban constituídos así: de un lado, Inglaterra y Prusia, y de otro, Austria, Francia y Rusia. Esa *inversión de alianzas*, y especialmente la unión íntima de Francia y Austria, que había substituído a aquella política de dos siglos de lucha constante, fué uno de los acontecimientos que llamó más la atención de los contemporáneos. A María Teresa se debió en gran parte esa obra.

Para aislar a Federico II, separándolo de Luis XV, era menester en seguida, si ello era posible, que Austria concertara una alianza con Francia. Las circunstancias la precipitaron. En 1756 se supo en Versalles que el rey de Prusia acababa de firmar con Inglaterra un tratado por el cual se comprometía a defender el electorado de Hannóver, posesión per-

sonal del rey de Inglaterra. Luis XV, temiendo encontrarse aislado, se apresuró a firmar en *Versalles*, el mismo año, una alianza con Austria, alianza que debía ser funesta para Francia, puesto que la condujo a una guerra continental en la que sacrificó inútilmente las fuerzas que hubiera debido reservar para la guerra colonial contra Inglaterra.

GUERRA DE SIETE AÑOS María Teresa, entretanto, lograba concertar alianza con Isabel de Rusia, con Augusto III, elector de Sajonia y rey de Polonia, con el rey de Suecia y con la mayor parte de los príncipes alemanes, proponiéndose atacar a Federico II en 1757; pero éste, que estaba al corriente de los proyectos de María Teresa, tomó la ofensiva (1756), atacó y venció a los sajones.

La guerra, empezada de esa manera, tuvo sus peripecias en varias regiones de Alemania, pero el *teatro principal de la guerra fué Alemania del centro*. En los comienzos, prosiguiendo la ofensiva, Federico pudo llegar hasta Praga, en Bohemia. Después batió al ejército francoalemán y, un mes más tarde, al ejército austríaco.

Durante el resto de la guerra, Federico, hostigado al sur por los austríacos y al este por los rusos, tuvo que limitarse a la defensiva. En *Kunersdorf*, cerca de Francfort, sufrió Federico la más terrible derrota de su vida militar (1759). Pero los vencedores no aprovecharon la victoria, y al año siguiente pudo vencer a los austríacos en dos batallas importantes.

Poco después la muerte de la zarina Isabel y el advenimiento de Pedro III, completamente adicto a Federico, puso a su disposición las tropas rusas encargadas días antes de combatirle. Por otra parte, Francia se preparaba a firmar la paz con Inglaterra, María Teresa debió negociar la suya: esta paz se firmó en *Hubertsburgo* (1763) y permitió a Federico conservar la Silesia.

REFORMAS DE MARÍA TERESA Resignada con su suerte, María Teresa prosiguió la aplicación de aquellas reformas que habían de prestar más autoridad al soberano en cada uno de los Estados, y con ese fin creó los órganos de un gobierno central común que encaminaría el reino hacia la unidad. Obtuvo de las dietas que los impuestos destinados a los gastos del ejército se votaran para una década y no anualmente; estableció un *Tribunal de cuentas* que debía examinar los presupuestos de los diversos Estados, y un *Directo-*

rio del Interior, que había de vigilar las administraciones particulares de aquellos países. Por último, estableció la *unidad judicial*.

Es de notar que las reformas de María Teresa no fueron la prosecución de un plan sistemático y preconcebido. Dictadas por las necesidades del momento y las circunstancias, se aplicaron prudente y lentamente durante su reinado de cuarenta años, y no se impusieron en todas partes al mismo tiempo; en particular, no se pusieron en vigor en los Estados italianos, en los Países Bajos y en Hungría, países muy independientes y apegados a las libertades e instituciones tradicionales; pero, en el resto de la monarquía se comenzó a obedecer a un gobierno común. La *reorganización militar*, a la cual atendió hasta el fin de su reinado, debía permitir que Austria fuera el protagonista de la contienda armada entre Europa, por una parte, y Francia y la Revolución, por la otra.

El tipo más perfecto de déspota ilustrado fué
 JOSÉ II el emperador *José II* (1780-1790), hijo y sucesor de María Teresa.

Consagró los diez años de su reinado a intentar las reformas que le dictaba «la razón», palabra que José tenía constantemente en la boca. Autoritario y absoluto, quiso imponer dichas reformas a los diversos pueblos de la monarquía austríaca, sin tener en cuenta sentimientos, tradiciones y costumbres seculares. De aquí que chocara con una resistencia invencible.

José II intentó un triple reforma social, política y religiosa. «En nombre de la razón y de la humanidad» *abolio la servidumbre* «contraria a la dignidad y a la libertad humanas». Proclamó la igualdad de todos sus súbditos ante la ley y en materia de impuestos; «esto —decía Federico II—, arreglaba su filosofía y su tesoro». Sus reformas políticas tendieron a realizar la unidad de la monarquía austríaca, compuesta de estados con idiomas, raza e instituciones diferentes, y asegurar la autoridad absoluta del soberano. Como era emperador de Alemania y los habitantes de los Estados hereditarios eran en su mayoría alemanes, quiso que dichos Estados fueran un *Estado alemán*. Ordenó que el alemán fuera la lengua oficial de los húngaros, de los checos, de los croatas y de los italianos. Y como los húngaros protestaron, José les respondió: «Toda representación

debe apoyarse en argumentos irrefutables sacados de la razón. Si el reino de Hungría fuese el más importante de mis posesiones, no vacilaría en imponer su lengua a los demás países.» Abolió las antiguas autoridades locales e impuso a todas las partes de la monarquía un mismo régimen administrativo y funcionarios nombrados por él.

Soberano católico y sinceramente creyente, publicó un *edicto de tolerancia* que garantizaba la libertad de culto a los no católicos, y los capacitaba para ejercer todos los empleos.

Las reformas religiosas más importantes fueron las tendientes a afirmar la autoridad del soberano sobre la iglesia y colocar al clero bajo la dependencia del monarca. Como Carlos III de España, José II quería una Iglesia que estuviese sometida al papa en cuanto al dogma, pero cuyos miembros dependiesen enteramente de él.

Aplicando este principio, obligó a los obispos nuevamente instituidos a prestarle juramento antes de prestar juramento al papa. Prohibió que se publicara en sus estados ninguna bula pontifical sin su previo consentimiento. Además, se cerraron dos mil conventos, y los bienes confiscados se emplearon en seminarios donde se formarían los miembros del clero, y en crear más de mil quinientos curatos en el campo.

José II hizo más: atacó al mismo culto; quiso reglamentar el adorno de las iglesias, prohibir las exposiciones de reliquias y de imágenes, restringir las romerías y las procesiones, hacer que los cadáveres para ser enterrados se colocaran en sacos, en vez de ataúdes. Por último, proclamó la tolerancia religiosa para los protestantes de las dos confesiones y los griegos no unidos, tolerancia que comenzó a observarse en Austria, en Bohemia, en Hungría y en Bélgica desde fines del año 1781; empero, el monarca no se atrevió a establecer la absoluta igualdad de todas las confesiones religiosas.

Esas reformas prematuras y radicales provocaron violentas protestas en toda la monarquía, y, finalmente, porfiada resistencia en Hungría y una sublevación de los belgas en los *Países Bajos*. José II tuvo que revocar en esos dos países las ordenanzas de reformas (1790), sin que lograra dominar la revolución belga. Murió desanimado poco tiempo después, en el momento en que, en Francia, la Asamblea emprendía, en nombre de la soberanía nacional, una obra análoga a la suya.

RUSIA

Después de la formación de la potencia prusiana, el hecho capital de la historia de Europa en el siglo XVIII fué *la aparición de la potencia rusa*. Rusia, hasta entonces casi asiática, se presentó para tomar puesto entre las grandes potencias europeas, acontecimiento en el que hubo dos etapas: primero, con *Pedro el Grande* (1682-1725), destruyendo la dominación de Suecia en el Báltico, y después con *Catalina II* (1762-1796), suprimiendo el reino de *Polonia*. Pedro se propuso lograr que Rusia fuera políticamente europea, y, al mismo tiempo, modificar las costumbres del pueblo ruso e imponerle la civilización occidental.

LA ANTIGUA En el siglo XVIII, Rusia se llamaba *Moscovia*,
RUSIA nombre derivado de *Moscú*, su capital. La Moscovia
era *mucho más asiática que europea*. Las únicas relaciones que existían entre Europa y Rusia eran las de raza, porque los rusos, como los polacos, son *eslavos*, parientes de los checos y los servios, y las de religión, porque son *ortodoxos* como los griegos.

La organización y las costumbres eran completamente asiáticas. El soberano, llamado *Zar*, era considerado del mismo modo que los chinos consideraban al emperador, esto es, *padre* de sus súbditos. Su potestad era como la del padre en la familia antigua: ilimitada. «A Dios y a ti, Zar —decían los rusos—, todo es permitido en nuestros patrimonios.» No se hablaba del zar sin humillarse y tocar el suelo con la frente.

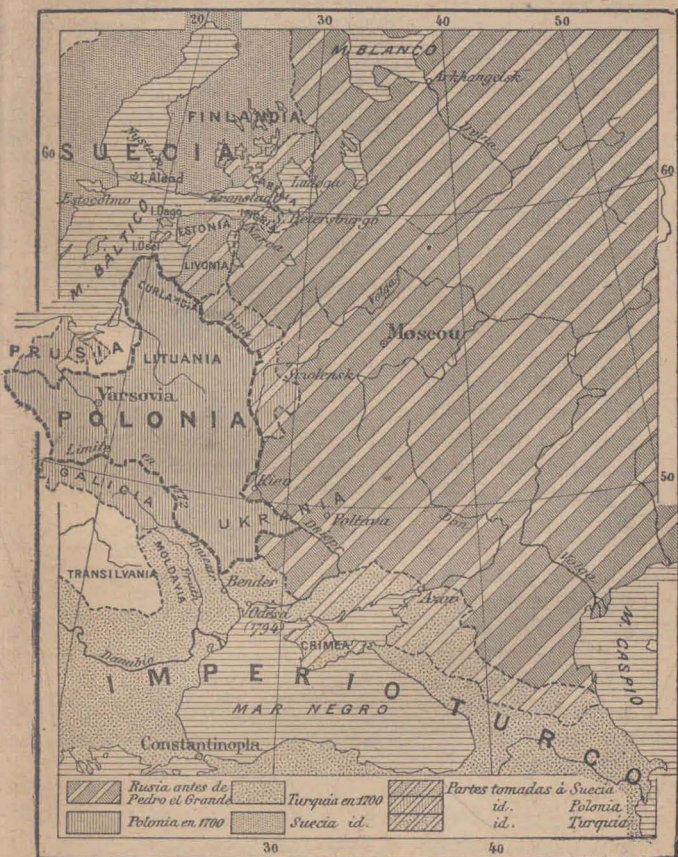
La sociedad comprendía dos clases de personas: los nobles o *boyardos*, que eran los propietarios del suelo, y los campesinos o *mujiks*, que eran siervos como los labriegos de Francia en la Edad Media. No había clase media o burguesa. La industria no existía; el comercio estaba casi enteramente en manos de los judíos, muy numerosos en las ciudades. Por último, en Moscú residía una *colonia de europeos*, comerciantes, artesanos, gente aventurera que había ido a país nuevo en busca de fortuna y que estaba confinada en un barrio especial.

Los moscovitas eran gente grosera y brutal, y la embriaguez, casi general, era el vicio nacional.

Desde principios del siglo XVI (1613), la corona pertenecía a la familia de los Romanof, que reinó en Rusia hasta 1917. En 1682 recayó en *Pedro I, el Grande*.

Los amigos europeos del joven Pedro *determinaron su vida*.

PEDRO
EL GRANDE



RUSIA Y SUS ENSANCHES EN EL SIGLO XVIII.

Le enseñaron el alemán, el holandés y algunos elementos de ciencias, especialmente la aritmética y la geometría, con lo cual le mostraron un poco la civilización occidental. Y se propuso imponer esta civilización a su imperio medio asiático. Mas, para ello era preciso que Rusia pudiera comunicarse fácil y libremente con el Occidente, lo que impedían Suecia, Polonia y Turquía.

En aquel proyecto había, pues, dos tareas que llevar a buen fin: *transformar interiormente a Rusia y modificar la situación exterior de ésta*. Al cumplimiento de ese doble trabajo se consagró Pedro I por completo durante los treinta y seis años de su reinado personal (1689-1725).

LUCHA CONTRA SUECIA El pri-
mer cuida-
do de Pe-
dro I fué

buscar la manera de establecer libres comunicaciones con Europa. Para ello le hacía falta poseer un

puerto en mar europeo, cosa que no podía adquirir sin atacar a Suecia, que le cerraba el Báltico, o a Turquía, que le cerraba el mar Negro.



PEDRO EL GRANDE (1672-1725).

Facsímil del retrato grabado por SAINT-AUBIN (1736-1807).

Claudio Enrique, conde de Saint Simon, que vió a Pedro el Grande en París (1717), lo describe a los cuarenta y cinco años: «de gran estatura —casi dos metros—, ancha frente, tez morena y encendida, ojos negros, hermosos, vivos y penetrantes; tenía una contracción nerviosa que, aunque no se repetía con mucha frecuencia, se advertía en los ojos y en el rostro, y entonces causaba espanto». Gastaba peluca de color de castaña, que no empolvaba; vestía traje obscuro, muy sencillo; su porte donairo-samente arrogante bastaba para que lo reconocieran.

Fracasó en su lucha contra ésta, pero tuvo mejor suerte contra Suecia. La contienda, que duró veintiún años (1700-1721), fué muy porfiada, porque Suecia, desde Gustavo Adolfo, era una potencia militar de primer orden, y porque el joven rey Carlos XII se mostró gran hombre de guerra. Pero en 1709, el ejército sueco, diezmado por el hambre y el frío, fué deshecho por los rusos en *Poltava*, y Carlos XII, para no caer prisionero, se vió obligado a refugiarse en Turquía.

Las consecuencias de la batalla de Poltava fueron considerables: el poder sueco se derribó de un golpe y para siempre, y *Rusia resultó ser el primer Estado del Norte*. Suecia tuvo que reconocer a Pedro la posesión de las *provincias bálticas*.

TRANSFORMA- Paralelamente a la acción de conquista, Pedro
N DE RUSIA se propuso transformar a Rusia. Para darse más exactamente cuenta de lo que faltaba a su país, hizo en 1697 un *viaje de estudio* a Europa. A su regreso, se puso inmediatamente a la obra. Resuelto a *modificar las costumbres*, impuso contribuciones a las barbas largas, a los cabellos largos y a los trajes largos, a éstos para que se pareciesen a los europeos.

Estimuló a la agricultura, investigación y laboreo de las minas, fundación de fábricas, apertura de canales, etc., acrecentando la importancia de Rusia, desarrollando su comercio y aumentando los recursos que el Zar podría aplicar a la acción exterior.

Las medidas más importantes y durables fueron las relativas al *orden político, administrativo y religioso*, pues unas tendieron a dar al Estado ruso una organización análoga a la de los principales Estados europeos, y otras a que el Zar fuera un monarca absoluto. Con esa mira, Pedro decretó que en lo sucesivo se considerarían únicamente nobles los que sirvieran al Zar. La Iglesia tenía a su cabeza un patriarca elegido por el clero: Pedro reemplazó al patriarcado por un colegio de obispos llamado *Santo Sínodo*, en que el soberano estaba representado por un *procurador general*. El Zar, al tener al clero en sus manos, dispuso de un nuevo elemento para imponerse a sus súbditos.

SAN .
PETERSBURGO

Una obra resume admirablemente toda la labor de Pedro el Grande: la *fundación de San Petersburgo*, llamado ahora Leningrado, para ser capital de Rusia. El lugar escogido por el Zar estaba en territorio tomado poco antes al enemigo en la orilla del Báltico, *camino de Europa*; grupo de islas bajas situadas en la desembocadura del Neva y pantanos, todo lo que hubo que dese-car, desmontar y urbanizar sin que se dispusiera del menor utensilio o herramienta. Los pobladores, que lo fueron por la fuerza, levantaron la ciudad bajo un régimen de terror. La voluntad del Zar, que dirigía los trabajos y contribuía frecuentemente con su persona, salvó todos los obstáculos. Sólo por haber fundado la ciudad de San Petersburgo, Pedro merecería el sobrenombre de *Grande* que le dió su pueblo después que firmó la paz con Suecia.

RESULTADOS

El knut o látigo, el hacha, la horca, la rueda y la vara fueron en manos de Pedro los instrumentos determinantes del progreso de Rusia. Cuantas resistencias hubo las venció por la fuerza. Federico II dijo acertadamente que Pedro el Grande había ejercido sobre su pueblo una acción semejante a la del agua fuerte en el metal. Esa acción, en lo político, fué muy profunda; cuando murió, Rusia figuraba entre las grandes potencias europeas. La acción civilizadora fué, sin embargo, completamente superficial. Si las apariencias habían mudado, el intelecto, los sentimientos y el carácter de la nación eran los mismos. El ropón largo había cedido al traje corto, pero Rusia continuaba siendo la misma Rusia de tiempo atrás.

CATALINA II

Los sucesores de Pedro el Grande, durante unos cuarenta años (1725 - 1762), fueron personajes poco notables. La mayor parte llegó al poder por la fuerza, puesto que Pedro había abolido las antiguas reglas de sucesión. Pedro III, nieto de Pedro el Grande, poco inteligente, afectaba despreciar a los rusos, y muy pronto fué impopular. Su esposa, *Catalina de Anhalt*, que él se proponía repudiar, se hizo proclamar zarina por la guarnición de San Petersburgo, y obligó a Pedro III a abdicar: cuatro días después encontraron a éste estrangulado en la cárcel.

Catalina II reinó treinta y tres años (1763 - 1796). Era no-

tablemente inteligente, enérgica y ambiciosa. No se conoce emperatriz que haya sido más astuta. Tenía mucha instrucción, conocía todas las obras de los grandes escritores franceses, y



CATALINA II (1729 - 1796).

Fotografía de un grabado de SAINT-AUBIN.

Catalina II lleva la corona imperial rodeada de una de laurel. Su perfil nada tiene de femenino, antes bien es varonil; si le ocultamos la cabellera creeríamos que es un hombre. Esa fisonomía corresponde exactamente con el carácter decidido y enérgico de la soberana. El general belga Carlos José, príncipe de Ligne, célebre por su ingenio, la llamaba Catalina el Grande.

era tan activa y laboriosa como sus contemporáneos Federico y María Teresa. Fué también admirable comedianta y practicó con notable habilidad el arte de hacerse valer. Supo lograr la amistad de los filósofos franceses Voltaire, Diderot, por ejemplo, dispensadores entonces de la fama. Y mientras en París los filósofos, ateniéndose a las apariencias, celebraban a la soberana liberal, en Rusia esa misma soberana hacía más penosa la servidumbre del mujik.

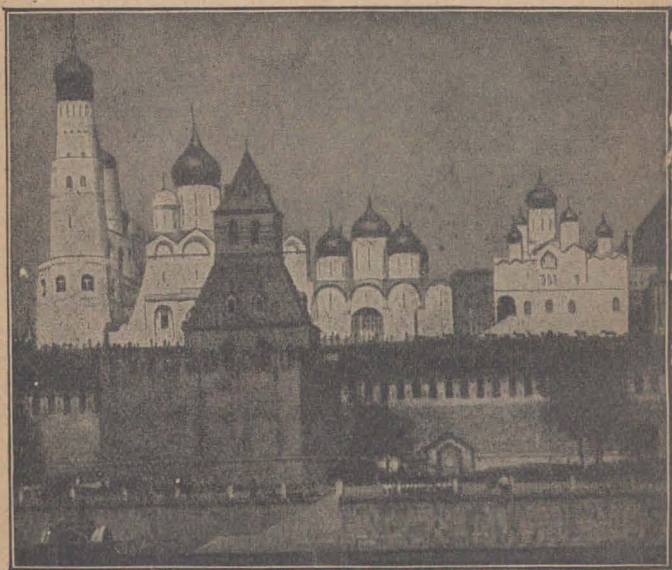
En el gobierno interior de Catalina no hubo nada verdaderamente im-

portante si no fueron sus esfuerzos por colonizar según el procedimiento prusiano, atrayendo extranjeros a las provincias meridionales de Rusia, las regiones de Ucrania y del Volga, admirablemente fértiles, pero inhabilitadas.

Fiel al pensamiento de Pedro el Grande, Catalina II se propuso hacer que Rusia entrara cada vez más en Europa, y, por consiguiente, en echar abajo las murallas turca y polaca, y extenderla hasta el Mediterráneo al sur y hasta las fronteras alemana y

LA POLÍTICA
EXTERIOR

austríaca al oeste. El éxito coronó sus esfuerzos en la parte del oeste, pues la *desmembración de Polonia*, destruída con la complicidad de Prusia y Austria (1722 - 1795), le permitió que su edificio tuviera una fachada con vista a Europa central. No pudo desmembrar a Turquía, porque las grandes potencias,



EL KREMLIN. LAS MURALLAS Y LAS IGLESIAS.

Fotografía Thiebaut.

El Kremlin no es un palacio, sino un conjunto de palacios y de iglesias, una ciudad fortificada en el centro de Moscú. Los zares anteriores a Pedro el Grande vivían en él casi constantemente encerrados. Al pie de la fortificación pasa el río Moscova.

inquietas por la rápida expansión de Rusia, se concertaron para detenerla en el camino.

Cuando Catalina murió en noviembre de 1796, a los sesenta y siete años de edad, dejaba a Rusia agrandada, por el oeste y por el sur, con territorios cuya superficie era casi igual a la de Francia, y cuya población no puede estimarse en menos de siete millones de habitantes.

EL REPARTO DE POLONIA

LA REPÚBLICA
DE POLONIA;
LÍMITES

Federico II y María Teresa, enemigos en 1762, estuvieron de acuerdo en 1772, esto es, diez años después, para cometer con Catalina II una estúpida violencia: la desmembración de Polonia.

Este Estado sin fronteras naturales era como una encrucijada de pueblos, si cabe la comparación: en el centro había polacos; al oeste, en la Prusia polaca, alemanes; al este, lituanos y rusos, y en todas partes, judíos. Cada grupo tenía su religión: los alemanes eran protestantes, los rusos ortodoxos; polacos y lituanos, que formaban la mayoría de la nación, eran católicos, Sólo el elemento católico contaba en el Estado: los *disidentes*, es decir, los ortodoxos y los protestantes, habían sido excluidos de las funciones públicas y no podían ejercer ningún derecho político.

LA SOCIEDAD
POLACA

La sociedad polaca, como la rusa, se dividía en dos clases: *nobleza y campesinos*. Éstos eran siervos y estaban regidos por el capricho de los nobles; exclusivamente sobre ellos caían los impuestos, no tenían ningún derecho, no podían salir de su condición, habitaban en chozas hechas de barro seco, iban mal vestidos, y su calzado consistía en una suela hecha con corteza de abedul: eran los seres más infortunados de Europa. Su miseria había pasado a ser proverbial: un intendente de Berry en un informe que envió a Luis XIV, queriendo pintar la pobreza de los habitantes, los declaraba «más desgraciados que los esclavos en Turquía o que los campesinos de Polonia».

En la nobleza, propietaria del suelo, podían distinguirse tres categorías de personas: en primer término los *magnates*, que eran dueños de provincias enteras y verdaderos soberanos que tenían una ciudad capital, un gobierno y un ejército. Después de los magnates estaba la *nobleza media*, veinte o treinta mil familias, cada una posesora de un pueblo o dos. Por último, había una *plebe nobiliaria*, si se puede decir así: casi millón y medio de hidalgos pobrísimos.

ORGANIZACIÓN POLÍTICA La república de Polonia tenía a su cabeza un rey. La Corona, que era primitivamente hereditaria, pasó a ser electiva en el siglo XVI, porque así convenía a la nobleza, pero el soberano era un personaje decorativo y, como se ha dicho, «un rey en pintura».

Al lado del rey había un *Senado* compuesto de los principales magnates; después una *Cámara de nuncios* o diputados de la media y pequeña nobleza; juntos formaban la Dieta. En el siglo XVII se estableció el uso de que toda decisión debía tomarse por unanimidad de votos. La oposición de uno solo bastaba para suspender y anular el acuerdo. Cuando un diputado oponía su *veto*, la Dieta se separaba para proseguir aisladamente sus sesiones, y se decía que estaba desgarrada, lo que ocurría frecuentemente. Era imposible gobernar en tales condiciones.

POLONIA Y SUS VECINOS Polonia estaba irremediabilmente destinada a desaparecer. Su ejército era pequeño, desorganizado, sin armas. Ya en el siglo XVII, y cuatro veces a principios del siglo XVIII, sus vecinos, suecos, prusianos, austríacos y rusos, habían pensado aprovechar su debilidad para desmembrarla. Catalina y Federico firmaron en 1764 un tratado de alianza y, después, una convención en la cual se comprometían a no permitir las reformas que prohibaban algunos nobles, y se hizo elegir rey a un joven polaco de la nobleza, favorito de Catalina, llamado *Estanislao Poniatowski*.

LOS RUSOS EN POLONIA Aunque Poniatowski pertenecía a una familia de reformistas, éstos persistieron en sus tentativas de reorganización. Catalina y Federico II pidieron a la Dieta la abrogación de algunas disposiciones, a lo que ésta se negó (1766). Las tropas rusas llegaron a Varsovia e impusieron su voluntad (1768).

Esa intervención exacerbó el orgullo nacional, pero Catalina sublevó los campesinos ortodoxos de Ucrania o Pequeña Rusia, los cuales dieron muerte a ciento cincuenta o doscientos mil polacos. La emperatriz, con el pretexto de defender al rey y la constitución contra los rebeldes, hizo que sus ejércitos entraran en Polonia.

Durante las operaciones en el sur, un grupo de polacos que huía de los rusos pasó la frontera y se refugió en una pequeña ciudad del territorio turco. Los rusos los persiguieron hasta allí

y pasaron a cuchillo una parte de la población musulmana (1768). El sultán, alentado por Francia, que veía en aquello una coyuntura favorable a Polonia, declaró la guerra a Rusia.

LA GUERRA TURCA Catalina, sin dejar de proseguir sus operaciones en Polonia, atacó atrevidamente a los turcos por tierra y por mar.

Por tierra, los rusos marcharon triunfalmente hasta atravesar el Danubio. Una insurrección griega, contra la dominación turca, promovida por los rusos, fracasó y fué ferozmente reprimida; pero la escuadra rusa destruyó casi enteramente a la turca (1770). Después de esa brillante victoria la escuadra rusa hubiera podido llegar hasta Constantinopla, pero sus jefes no se atrevieron a intentar esa aventura.

REPARTOS DE POLONIA Las derrotas de los turcos fueron la causa determinante del reparto de Polonia.

Las conquistas rusas inquietaron a Austria, que deseaba que el Danubio le perteneciera y que sus fronteras tocaran el Mar Negro. Se alió, pues, a los turcos, para contener a los rusos. Pero éstos y los austríacos se entendieron para arrancar, cada uno por su parte, un jirón del imperio turco. Para Federico II la ruptura del equilibrio era desventajosa, pero ese inconveniente se evitó dando a Rusia y Austria una indemnización de guerra en territorio polaco, porque entonces Federico, vecino de Polonia, pudo igualmente tomar su parte (1772).



POLONIA Y LOS REPARTOS.

« En nombre de la Santísima Trinidad, y para evitar la descomposición total de los Estados polacos, María Teresa tomaba la *Galizia*, con 2.600.000 habitantes; Federico la *Prusia*

polaca, menos Danzig, con 700.000 habitantes, y Catalina II la *parte de Lituania*, situada allende el Duna y el Dniéper, con 1.600.000 habitantes.

La Dieta polaca resistió durante un año el tratado, hasta que, ocupado casi todo el país por las tropas rusas, prusianas y austríacas, y sitiada ella en Varsovia, los diputados y el rey no tuvieron más remedio que acceder, resignarse a la desmembración de la patria y comprometerse, además, a no modificar la constitución polaca.

Esta última cláusula debía, veinte años después, facilitar a los cómplices de 1772 el medio de acabar por completo con Polonia. Una tentativa de la nobleza por reconquistar la independencia, acarreó el *segundo reparto* (1793). Nobles y campesinos sublevados hicieron prodigios, pero los infortunados polacos fueron derrotados. Rusia, Austria y Prusia fueron co-partícipes en la *tercera y total desmembración* (1795). (Véase el mapa.)

CONSECUENCIAS DEL REPARTO DE POLONIA

Los asuntos de Polonia, como se verá en la Historia Contemporánea, tuvieron grandísima importancia: ocupado el territorio polaco por las tres potencias del Norte, que estaban atentas ya a resolver los problemas que esos asuntos planteaban, ya a prevenir otros que se juzgaban más arduos y temibles, contribuyeron a la victoria final de la Revolución francesa en Europa. Además, la compliudad en el crimen creó estrecho y durable lazo entre Rusia, Prusia y Austria, que formaron una *triple alianza*, enemiga encarnizada de Francia durante el Imperio, que desde 1815 pretendió regir los destinos de Europa, y que, rota en diversas ocasiones y siempre restablecida, se deshizo definitivamente en nuestros días, después de 1878.

LA PAZ DE KAINARDJI

Después de la primera desmembración de Polonia en 1772, turcos y rusos firmaron la paz en *Kainardji*, pequeña ciudad de la actual Bulgaria (1774). Además de traspasos de territorios, el sultán se comprometía «a proteger constantemente la religión cristiana y sus iglesias», y a tomar en consideración, en todas circunstancias, las *representaciones* que pudiera hacerle Rusia, ora en favor de la iglesia griega, ora en favor de las poblaciones ortodoxas de las *provincias rumanas*. Estas últimas cláusulas debían tener *importancia capital* en la historia de Europa oriental. En efec-

to: a ella se debió que Rusia apareciera como la protectora natural, la próxima libertadora de los pueblos cristianos del imperio turco, esclavos de los musulmanes desde el siglo XV. Hacia ella volvieron, pues, los ojos, y en ellas pusieron todas sus esperanzas aquellos pueblos. El tratado de Kainardji dió a los rusos el medio que emplearon muchas veces, de intervenir en los negocios otomanos, y ha sido el origen de la *influencia inmensa que, en el siglo XIX, ejerció Rusia en los Balcanes.*

CAPITULO XXVI

LAS NUEVAS IDEAS.—FILÓSOFOS Y ECONOMISTAS.— TENTATIVAS REFORMISTAS

La importancia y, principalmente, la originalidad que para nosotros tiene el siglo XVIII, son debidas a la audacia intelectual que se manifestó en aquella época. Hubo entonces una profunda transformación en la manera de pensar. Los filósofos y los economistas, Montesquieu, Voltaire y Rousseau en primer término, difundieron en el público ideas nuevas, relativas a la libertad, a la tolerancia, a la igualdad, que demostraron *teóricamente* los vicios de la monarquía absoluta y de la organización social, cosa que, al mismo tiempo, los hechos demostraban *prácticamente*. Tanto los escritos de esos hombres como la deplorable administración del reino, prepararon la *Revolución francesa* de 1789. Leídos y admirados aquellos escritos en toda Europa, provocaron en varios Estados el movimiento reformista que hemos estudiado con el nombre de *despotismo ilustrado*.

I

FILÓSOFOS Y ECONOMISTAS

LAS ANTIGUAS IDEAS Hasta entonces se habían admitido como verdades demostradas e indiscutibles que la autoridad del monarca emanaba de Dios, de quien era representante en la tierra; que, por consiguiente, debiendo ser absoluta esa autoridad, el soberano podía disponer de los bienes, de la libertad y hasta de la vida de sus súbditos. Se admitía que los hombres, según que nacieran nobles o plebeyos, tuvieran derechos diferentes, que existiera desigualdad entre

ellos y que los unos gozaran de privilegios, en tanto que sobre los otros recayeran todas las cargas. Se admitía también que todos los súbditos debían pensar del mismo modo en los asuntos esenciales y que esa manera de pensar, particularmente en materia de religión, debía ser conforme a la del soberano. Por consiguiente, teniendo éste una religión, ésa y no otra debía ser la del Estado. En materia de industria, se creía que era necesario vigilar y guiar a artesanos y a fabricantes por medio de reglamentos minuciosos; que en materia de comercio se empobrecía el país cuando se compraban mercancías fuera de él, y que era preciso impedir la entrada de géneros extranjeros con pesados gravámenes de aduana.

De aquí que, en política, existiera el régimen *absolutista de derecho divino*; en la vida social, el régimen de la *desigualdad* de derechos y de deberes; en materia religiosa, el régimen de la *intolerancia*; en materia económica el de la *reglamentación* con designio *prohibitivo*. Tales eran los rasgos esenciales de la organización existente en los principales Estados de Europa.

ORÍGENES DE
LAS NUEVAS
IDEAS

La miseria general en Francia, en las postrimerías del reinado de Luis XIV, y la situación política en Inglaterra bajo los últimos Estuardos, despertaron las aptitudes críticas de los hombres de talento. En Francia, el gran ingeniero *Vauban*, en el *Diezmo real*, atacó los privilegios y la desigualdad en materia de impuestos; proclamó la participación obligatoria, para todos los súbditos, en los gastos del Estado «en proporción la renta o del beneficio industrial», y declaró «injusta y abusiva» la exención. *Fenelón*, arzobispo de Cambray, preceptor de un nieto de Luis XIV, declaró que el absolutismo era «un atentado contra los derechos de la fraternidad humana», y pidió que se instituyera un sistema de asambleas que representaran la nación y deliberaran con entera libertad sobre todos los asuntos públicos.

Sin embargo, el origen de la nueva filosofía debe buscarse en Inglaterra; allí, desde el siglo XVII, el antiguo régimen político y religioso, el de la monarquía absoluta y de la intolerancia, habían sido derrocados por dos revoluciones sucesivas. Para justificar sus actos y poner de acuerdo la teoría y la práctica, los ingleses se vieron en el caso de formular nuevos principios. El médico filósofo *Locke*, indagando en el *Ensayo sobre el gobierno civil* (1690) los orígenes

de los gobiernos, estableció que el hombre tenía *derechos naturales*, y que esos derechos primordiales eran la libertad y la propiedad; que el gobierno nacía de un *contrato social*, es decir, de una convención que los ciudadanos de un Estado firmaban entre sí y en interés propio y, sobre todo, para proteger sus derechos; por consecuencia, que la misión de los gobiernos consistía en ser delegados del pueblo, y que el principio fundamental era el principio de la *soberanía del pueblo*. En sus *Cartas sobre la tolerancia* (1690), Locke estudió el papel social de la religión y de la Iglesia; demostró que la primera debía considerarse como asunto privado; que el Estado, cuya función se limitaba a garantizar a todos los miembros de la comunidad política la igualdad de derechos, no debía intervenir para imponer una religión, antes bien debía *tolerarlas* todas. Como buen ciudadano inglés, Locke exceptuaba el catolicismo.

Los continuadores de Vaubán, Fenelón y Locke, **FILÓSOFOS Y ECONOMISTAS** fueron dos grupos de pensadores y publicistas: los *filósofos* y los *economistas*. Los filósofos se cuidaron especialmente de las instituciones políticas y de las creencias religiosas. Entre ellos hubo tres grandes escritores franceses que ejercieron muy profunda influencia: *Montesquieu*, *Voltaire* y *Rousseau*. Los economistas estudiaron los orígenes de la riqueza, las condiciones del trabajo, de la industria y del comercio, y los sistemas de tributos o impuestos. Los más célebres fueron los franceses *Quesnay* y *Gournay*, y el escocés *Adam Smith*.

MONTESQUIEU Carlos de Secondat, barón de la Brede y de Montesquieu (1689-1775), nació en el castillo de la Brede, cerca de Burdeos; pertenecía a la nobleza togada, fué consejero y luego presidente del Parlamento de la Guyena. Comenzó su carrera literaria con la publicación de las *Cartas Persas*, en 1721. En forma de correspondencia cruzada entre dos persas que visitaban a París y a sus amigos, aquello era una sátira muy aguda a la sociedad francesa, de sus costumbres y sus instituciones. Después de un viaje por Europa, una estada de dos años en Inglaterra y veinte años de trabajo continuo, publicó *El espíritu de las leyes* (1748), su obra maestra. Esta obra de filosofía política es un análisis sistemático y minucioso de todas las formas de gobierno, de

las condiciones en que surgen éstas y de los principios en que reposan Montesquieu presentaba como organización ideal la de la *monarquía inglesa*, que garantizaba a todos los ciudadanos la «libertad política»; establecía que debían existir, en un Estado bien organizado, tres poderes distintos y respectivamente independientes: el *legislativo*, el *ejecutivo* y el *judicial*, y que esta distinción es la garantía indispensable de la libertad; criticaba, además, a la monarquía francesa, en la que todos los poderes estaban confundidos; lanzaba la idea de que la autoridad real debía ser *limitada* y que los *representantes de la nación* debían *vigilarla*.

El espíritu de las leyes alcanzó éxito enorme, y en dieciocho meses se hicieron veintidós ediciones. Se dijo, y con razón, que «más que un libro fué un *gran acto histórico*». Las ideas que contenía inspiraron, en efecto, cuarenta años después, las primeras asambleas de la Revolución, y la célebre teoría de la separación de los poderes fué el principio que, a partir de 1789, dominó en la redacción de casi todas las constituciones.

VOLTAIRE (1694-1778) —su verdadero apellido era *Arouet*—, fué hijo de un antiguo notario y tesorero del Tribunal de Cuentas. En su juventud, tenía entonces veintiún años, hubo de ser víctima del régimen absolutista de su época, pues fué encarcelado en la Bastilla por una sátira contra Luis XIV, sátira cuyo autor no era él. Once años después, fué a parar por segunda vez a los calabozos de aquella cárcel por causa del caballero de Rohán, al cual había pedido reparación de cierto insulto. Al salir de la Bastilla tuvo que desterrarse en Inglaterra, donde residió tres años. Como Montesquieu, admiró la libertad de que gozaban los ingleses. Cuando regresó a Francia, publicó sus *Cartas filosóficas* o *Cartas sobre los ingleses*, en las cuales alababa la organización de un país, donde, decía, *el príncipe, poderoso para hacer el bien, tiene las manos atadas para hacer el mal*. Al mismo tiempo exponía las teorías de Locke; atacaba la arbitrariedad, la intolerancia religiosa y la autoridad del clero. El libro pareció subversivo y, por sentencia del Parlamento, fué quemado por el verdugo; Voltaire debió a la fuga no ser encarcelado por tercera vez.

Pasados veinte años, durante los cuales se ocupó con predilección de ciencias, de teatro, de historia, y obtuvo sucesiva-

mente el nombramiento de historiógrafo de Luis XV y de chambelán de Federico II, Voltaire, enriquecido, se estableció en *Ferney*, en una gran finca situada cerca del lago de Ginebra



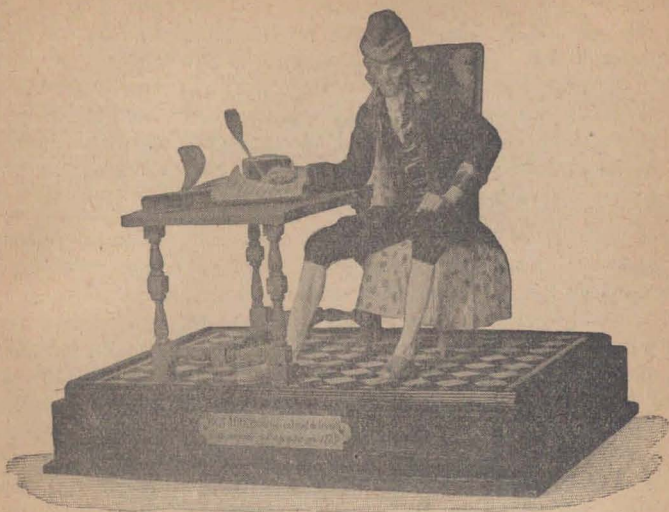
VOLTAIRE (1694 - 1778).

Por Houdon (1741 - 1828)

Museo de Angers.—Fotografía.

Esta obra escultórica data de 1778, es decir, de cuando Voltaire tenía ochenta y cuatro años. Houdon, uno de los maestros de la escultura francesa del siglo XVIII, ha trasladado maravillosamente en este busto, como en aquel admirable Voltaire sentado en un sillón, que se ve en el teatro de la «Comedia Francesa», la fisonomía sarcástica, el labio delgado y mordaz del más terrible burlón que ha existido. Ningún cincel ha producido una obra más expresiva y animada que este busto.

y casi en la frontera de Francia (1755). De esa manera le era fácil escribir y publicar a mansalva sus célebres diatribas. Pasaba ya de los sesenta años; sin embargo, nunca fué más prodigiosa su actividad; en aquel entonces ejerció en Europa una especie de soberanía intelectual que hizo se le llamara *el rey Voltaire*. Durante veintitrés años combatió contra la arbitrariedad, los abusos y las iniquidades judiciales; contra la tortura, crimen de la intolerancia, y contra la religión cristiana. En esa época de su vida publicó pocas obras que exigieran mucha consagración; pero escribió innumerables folletos inspirados por los acontecimientos del momento: su papel fué el del periodista más brillante y más mordaz que haya existido jamás. No construyó un determinado sistema político. Su ingenio se concretó exclusivamente a



VOLTAIRE EN SU MESA DE TRABAJO.

Estatueta de barro cocido y pintado, hecha en 1773.
Museo Carnavalet.

combatir: su obra fué sobre todo la de un demoleedor. En política, enseñó a no respetar la autoridad; en religión, a desdeñar todas las creencias.

El papel de Rousseau (1712 - 1778) en nada se parece al de los precedentes. Rousseau fué creador de un sistema político, y autor teórico de una nueva organización de la sociedad. Mientras Montesquieu y Voltaire, ambos pertenecientes a las clases privilegiadas, se limitaban a desear modificaciones políticas y a contener y restringir la arbitrariedad, Rousseau, hijo de un relojero de Ginebra, plebeyo cuya juventud fué muy penosa, basándose en sus propios padecimientos, dedujo que era necesario refundir totalmente el Estado y la sociedad. Expuso sucesivamente sus ideas en un discurso sobre el *Origen de la desigualdad entre los hombres* (1755) y en su obra capital, el *Contrato social* (1762). Como Locke, aunque de manera mas abstracta y más teórica, establecía el principio de que todos los hombres son iguales y

libres; que ninguna organización social y política puede tener por objeto otra cosa que no sea garantizar los derechos de cada cual; que, no obstante, cada individuo debe someterse al interés y a la voluntad de la mayoría; que *el pueblo es el único soberano*. Esas ideas de Rousseau tendían al establecimiento de la república; ellas debían aplicarse durante la Revolución y ellas son aún la parte substancial de las doctrinas socialistas.

LOS ECONOMISTAS Como los filósofos, los economistas se vieron impelidos, por causa de sus propios estudios, a condenar la organización existente.

Quesnay (1694-1774), médico de la Pompadour, que había pasado su juventud en el campo, estimaba que la agricultura era la única fuente de la riqueza; *Gournay* (1712-1759), comerciante, decía que esa fuente era la industria. Uno y otro habían observado que las muchas aduanas, los aranceles protectores y los reglamentos de las corporaciones, embarazaban la actividad del agricultor y del industrial. Ellos resumían sus observaciones en dos fórmulas análogas. *No gobernar ni reglamentar demasiado*, afirmaba *Quesnay*. *Dejar hacer y dejar pasar*, proclamaba *Gournay*. Ambos propiciaban, pues, un régimen de libertad económica.

Quesnay y *Gournay* tuvieron numerosos discípulos; dos de ellos fueron talentos superiores que sobrepasaron a sus maestros: en Francia, *Turgot*, y en Inglaterra *Adam Smith*. *Turgot*, teórico original y profundo, su principal mérito consistió en haber aplicado las nuevas ideas, primero durante quince años en su intendencia del Lemosín, y después, de manera más brillante, cuando fué ministro de Luis XVI. *Adam Smith*, profesor en Glasgow, expuso en su célebre tratado *La riqueza de las naciones* (1776), de la manera más completa, clara y docta, las nuevas doctrinas económicas. Dando más extensión a las doctrinas anteriores, estableció que la verdadera fuente de la riqueza es el trabajo en sus diferentes formas; pero, al igual de los economistas franceses, concluyó que el mejor medio de aumentar el bienestar general es dar amplia libertad a la agricultura, a la industria y al comercio.

A PROPAGANDA
FILOSÓFICA. LA
ENCICLOPEDIA Los filósofos y los economistas ejercieron, principalmente en Francia, una influencia enorme, no sobre el pueblo, demasiado ignorante cuando no poco instruido, sino sobre las clases selectas y, en particular, sobre la burguesía.

Los libros propagaron las nuevas ideas, cuyo éxito era tanto mayor cuanto más los perseguía el Parlamento y confiscaba la policía. Dichas ideas se propagaron gracias a los salones en los cuales se reunían, en días señalados, damas distinguidas, publicistas y demás personas de representación social, salones en que se celebraban veladas equivalentes a las conferencias actuales. Dichas ideas, en fin, se propagaron merced a la *Enciclopedia*.

Según los términos mismos del propósito que la anunciaba, la *Enciclopedia* fué «un cuadro general de los esfuerzos del intelecto humano en todos los géneros y en todos los siglos», *diccionario universal* que contenía no sólo noticias acerca de la confección de los adornos, sino también de estudios relativos a las organizaciones políticas, a las religiones, etc. *Diderot*, un filósofo, emprendió la publicación (1713-1784), y *Alembert*, un matemático, le ayudó (1717-1783); fueron colaboradores casi todos los publicistas, sabios renombrados y personas de reconocida competencia en los asuntos especiales que iban a tratar. *Voltaire* y *Montesquieu* escribieron para ella varios artículos. La *Enciclopedia* se editó no sin dificultades. Fué prohibida dos veces, y durante ocho años, *Diderot* no pudo publicar ninguna entrega. Empezada en 1751, la publicación se terminó en 1772, y comprendía veintiocho volúmenes. Las ideas directrices que ella vulgarizó podían resumirse así: la libertad individual, la libertad de pensar, de escribir y de imprimir; la libertad comercial e industrial; guerra a las ideas religiosas, a las que se consideraba como un obstáculo a la libertad.

CAPÍTULO XXVII

LAS GUERRAS COLONIALES

Desde 1742 hasta 1763, y paralelamente al conflicto austro-prusiano cuyo teatro era la Europa Central, Francia e Inglaterra hacían armas tanto en Europa como fuera de ella. La causa de la lucha fué la rivalidad económica y colonial, y el incremento, inquietante para el comercio marítimo y el imperio colonial inglés, del comercio marítimo y del imperio colonial francés. *En Europa*, como hemos visto, se batalló sucesivamente en los Países Bajos austríacos, cuando se disputaban la sucesión de Austria; en Hannóver y en Alemania renana, cuando la guerra de Siete Años. *Fuera de Europa*, el terreno de la lucha, en América del Norte, fué el *Canadá*, y en Asia, la *India*. El resultado definitivo, la destrucción del imperio colonial francés, lo consagró el *tratado de París* (1763), también llamado Pacto de Familia, atribuyendo a Inglaterra todo lo que pertenecía a Francia.

A fines del siglo XVI los ingleses, y a principios del XVII los franceses, quisieron seguir el ejemplo de portugueses y de españoles, probando a traficar con la India, como lo hacían los primeros, y, al mismo tiempo, conquistar tierras en América, como habían hecho los segundos. Ambos propósitos se llevaron a efecto en condiciones harto diferentes: el comercial, en vista de la India, fué obra que se hizo gracias a la *inciatiua privada*, puesto que se debió a cierto número de personas que, uniéndose con tal fin, formaron *sociedades o compañías*; el de la conquista de territorios americanos fué, por el contrario, obra en que intervinieron los *gobiernos*.

ORGANIZACIÓN
DE LAS
COMPAÑÍAS
COMERCIALES

Las compañías comerciales constituían sus fondos o capitales por medio de acciones y solicitaban de sus gobiernos el monopolio del tráfico con el país cuyas riquezas deseaban explotar. Al mismo tiempo, procuraban obtener que el soberano indígena les diera una *concesión*, es decir, cierta extensión de terreno en el cual fundaba una *factoría*.

El objeto principal de esas compañías era la importación de géneros; vendían poco al extranjero, pero compraban mucho para revender en sus almacenes y tiendas de Europa.

Las primeras tentativas comerciales de ingleses y franceses fueron simultáneas. La primera compañía inglesa para las operaciones de tráfico con las *Indias orientales* se constituyó en 1599, a fines del reinado de Isabel. La primera compañía francesa se fundó en 1604, bajo Enrique IV.

LA INDIA EN EL
SIGLO XVIII

A principios del siglo XVIII, la situación política en la India favoreció excepcionalmente las relaciones con los extranjeros y permitió que éstos tuvieran influencia hasta en política.

Aureng Zeb (1658-1707), soberano mogol de la India contemporáneo de Luis XIV, tan orgulloso como el Rey Sol, se calificaba de «señor del mundo, a cuya sombra debían guarecerse todos los hombres como debajo de un parasol». A su muerte empezó a desmembrarse el imperio. Los funcionarios del emperador, sus vasallos — *rajás*, *nababs*, etc. — empeñados en independizarse por completo, entraron en lucha a mano armada unos contra otros.

INCREMENTO DE
LA COMPAÑÍA
FRANCESA

Esa situación inspiró a algunos agentes de la compañía francesa la idea de transformar la representación que tenían. La compañía no seguiría siendo vasallo del jefe indígena, y su autoridad sería absoluta sobre las factorías; intervendría en las querellas de los príncipes indígenas; les vendería su apoyo y el concurso de sus soldados mediante dinero o importantes concesiones de territorios.

Por otra parte, la compañía fué apoderándose poco a poco del tráfico marítimo en las costas de la India, es decir, del cabotaje.

LAS COLONIAS Los primeros establecimientos coloniales de Inglaterra y de Francia fueron casi contemporáneas de sus primeras operaciones comerciales. Los ingleses fundaron su primera colonia, *Virginia*, en el centro de la costa de América del Norte, en 1584. Los franceses, en 1604, se establecieron más al norte, a orillas del río San Lorenzo, en la península de *Acadia* (1) o Nueva Escocia.

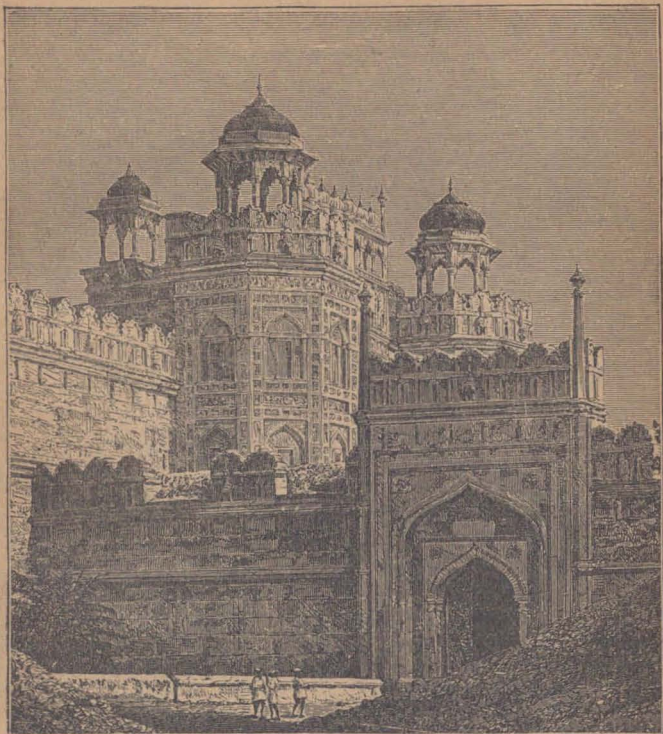
Después de un siglo y medio, las colonias francesas e inglesas — estas últimas más florecientes — se vieron envueltas en la lucha de sus metrópolis. Al motivo europeo vino a agregarse en América la necesidad de las colonias inglesas de ensancharse, a lo que se oponía la posesión por Francia de los territorios del interior. Los colonos ingleses percibían claramente esa situación y el peligro que presentaba para ellos: en América del Norte, como en la India, era inevitable un conflicto entre Francia e Inglaterra.

EL CONFLICTO DE 1743 A 1748 La lucha se empeñó indirectamente; comenzó por una guerra angloespañola, que los mercaderes ingleses impusieron a su gobierno porque los españoles pretendían impedir el contrabando que hacían en las colonias españolas de América del Sur. Por otra parte, Inglaterra sostenía a María Teresa en el Continente. Francia, aliada con España, y adversaria de María Teresa, fué arrastrada a la guerra contra Inglaterra. Luis XV la declaró en 1744.

En América del Norte sólo hubo un lance importante, cual fué la toma de Luisburgo por los ingleses en 1745. Los golpes más fuertes los dieron en la India *Dupleix* y *La Bourdonnais*.

Dupleix y *La Bourdonnais*, uno y otro al servicio de la compañía, eran hombres de muchísimo valer. *La Bourdonnais*, gobernador de la isla de Francia, había hecho de ese punto una de las más ricas posesiones de la compañía; con sus propios recursos había contruido y armado, además, una flota de guerra. Los franceses se apoderaron de Madras, pero consintieron en dejarla intacta mediante una indemnización de diez millones. Los ingleses, al firmarse la paz de Aquisgrán, recobraron la ciudad así salvada, en cambio de Luisburgo (1748).

(1) Véase el mapa de las colonias francesas e inglesas, pág. 277.



DELHI.—FRAGMENTO DE LA MURALLA Y PUERTA PRINCIPAL DEL PALACIO DEL GRAN MOGOL.

Reproducción de una fotografía.

El palacio está rodeado de una muralla de asperón rosado. En cada puerta hay dos torrecillas, y coronan las techumbres del palacio varios quioscos cuyas cúpulas son de mármol. La decoración interior era fantástica por su riqueza. Un platero parisiense, que visitó el palacio, estimaba en veintisiete millones el tapiz, tejido de hilos de oro y plata, que cubría el techo de la sala del trono. Éste era de oro macizo. El sillón representaba una cola de pavo real adornada de esmaltes y pedrería. El trono estaba colocado bajo una cúpula sostenida por doce columnas, y todo ello era de oro macizo. La cúpula tenía una franja de perlas. El conjunto, que estaba estimado en ciento cincuenta millones, era obra de Austín, platero de Burdeos.

CONQUISTAS
DE DUPLEIX

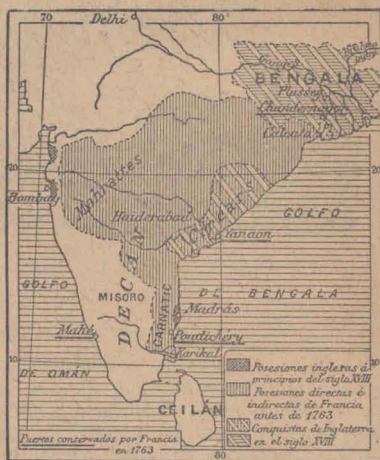
Firmada la paz, Dupleix continuó desarrollando la misma política, y durante unos seis años, de 1748 a 1754, desplegó incansable actividad.

En 1754, los territorios que pertenecían directamente a la compañía, o que estaban colocados bajo su influencia, ocupaban la anchura total de la India peninsular, desde el golfo de Bengala al golfo de Omán, y cubrían una superficie *dos veces mayor que la de Francia*, territorios poblados por unos treinta millones de habitantes.

PÉRDIDA DE
LA INDIA

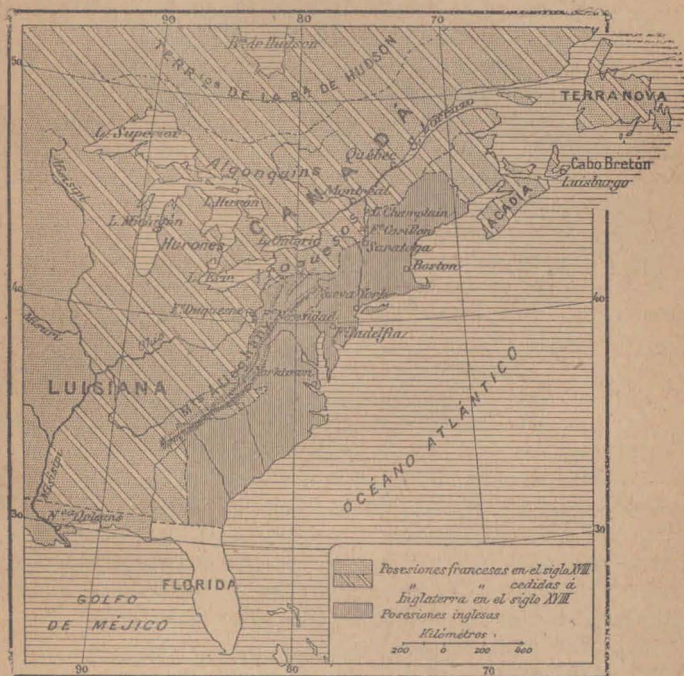
Desgraciadamente, la política de Dupleix, por ser onerosa, disgustaba a los accionistas franceses que entendían hacer el comercio y no la guerra, y deseaban recibir dividendos más que conquistar provincias. Por otra parte, los ingleses presentaban quejas muy amargas a Versalles y declaraban que Dupleix haría que inevitablemente volvieran a las hostilidades de antaño. Dupleix, llamado, fué reemplazado por Godeheu, gobernador ignorante, que apenas llegó a la India firmó con el gobernador inglés un tratado en el cual entrambas compañías se comprometían a renunciar a sus respectivos protectorados y derechos de soberanía sobre los príncipes indígenas. Ese tratado aparentemente equitativo, fué el peor error en que cayó la compañía francesa. Ésta, de una plumada, renunciaba a la India peninsular, mientras que la compañía inglesa, renunciando a todo, nada perdía, puesto que, excepto sus factorías, nada poseía (1754). Tan terrible sacrificio hecho a la paz no impidió que la guerra estallara al año siguiente.

Después de muchas vacilaciones, el gobierno francés envió



LA INDIA FRANCESA HACIA 1750.

a la India, en socorro de la compañía, tres mil hombres que pronto quedaron sitiados en Pondicheri, con cuya entrega (1761) terminó la dominación francesa en la India peninsular.



COLONIAS FRANCESAS E INGLESAS DE AMÉRICA DEL NORTE.

Conviene añadir que los ingleses ya habían empezado a extenderse por la India continental y que, aun antes de la capitulación de Pondicheri, el gobernador *Clive*, tomando por cuenta de la compañía inglesa la política de Dupleix, había inaugurado la conquista del interior.

PÉRDIDA DEL
CANADÁ

En América del Norte, la paz de Aquisgrán había parecido a todo el mundo mera tregua y no más. En efecto: dicho tratado no resolvía siquiera el litigio de fronteras entre el Canadá y las colonias inglesas, asunto grave, particularmente en el *valle de Ohío* que era el camino directo del Canadá a la Luisiana.

La lucha comenzó mientras los gobiernos de Francia e Inglaterra, ignorantes, creían estar en paz todavía.

Los ingleses hicieron esfuerzos vigorosos para apoderarse del Canadá tanto como los franceses para defenderlo, pero aquéllos tenían buena y abundante tropa, bien pertrechada, mientras los franceses carecían de todo. Para compensar tan débiles recursos había allí un gran hombre de guerra, el marqués de *Montcalm*, pero éste perdió la vida y su ejército y tuvo finalmente que rendir las armas y dejar el país en manos del enemigo.

EL PACTO
DE FAMILIA

La guerra se prolongó, aunque perdido el Canadá y la India, a causa de la intervención de España. En efecto, el duque de Choiseul había logrado que los Borbones de España y de Nápoles concertaran alianza con Luis XV (15 de agosto de 1761), convenio conocido con el nombre de *Pacto de Familia*.

El *Pacto de Familia* era la reiteración de pactos similares celebrados entre los Borbones. El *primero* fué el de 1734, que dió, por el tratado de Viena, el trono de Sicilia al duque de Parma y Toscana, futuro Carlos III de España.

Poco después, en guerra España e Inglaterra porque aquélla obstaculizaba el contrabando de ésta en América, entraron ambas, siempre enemigas, en la guerra de Sucesión de Austria. Entonces se firmó en Fontainebleu (1743) el *segundo* pacto de familia: el ducado que dejó Carlos para ser rey lo obtuvo su hermano Felipe.

La *política de familia* seguida por Francia y España pasó por una dura prueba antes de firmarse el *tercer* y más importante *pacto de familia*. En efecto: Inglaterra y Francia, que sostenían su guerra colonial y además la guerra europea de Siete Años, trataron de atraer a España. La indecisión terminó al subir Carlos III al trono y fué firmado el *Pacto* de 1761.

El 2 de enero del año siguiente Inglaterra declaró la guerra a España y antes de fin de año tenía en su poder La Habana y

Manila, ciudades coloniales de gran importancia económica y estratégica.

En cambio, España tuvo éxitos en Portugal y quitó a éste la Colonia del Sacramento (1762), ciudad fundada en 1680 por los portugueses, frente a Buenos Aires, para que fuera la base del contrabando que hacían con este puerto, y que en esos años retenía después de algunas alternativas. Pero era a Inglaterra, más activa contrabandista que Portugal, a la que molestaba particularmente esa desposesión. Una tentativa angloportuguesa de reconquista fracasó.

El resultado del pacto consistió en completar la ruina del imperio colonial francés, porque como los ingleses quitaron La Florida a los españoles, Luis XV para indemnizar a sus recientes aliados les transfirió la *Luisiana*, último jirón de América francesa.

La paz se firmó en París, en 1763. Luis XV abandonó a los ingleses el Canadá y todos los territorios de la orilla izquierda del Mississipí; renunció a sus pretensiones políticas sobre la India. En cambio, devolvieron cinco ciudades (Pondicheri, Chandernagor, Karikal, etc.) a la compañía con la condición de que quedaran perpetuamente desmanteladas y que Francia nunca pusiera en ellas la menor guarnición. Los ingleses, por otra parte, se limitaron a ceder a Francia casi todas las islas que ésta poseía anteriormente en las *Antillas*, y los establecimientos que antiguamente Richelieu y Colbert fundaron en la costa del Senegal, en África.

El tratado de París obligó a los ingleses a demoler las fortificaciones que habían levantado contra todo derecho en Honduras, pero obtuvieron libertad para comerciar el palo campeche; abandonarían sus conquistas en Cuba y Filipinas a cambio de La Florida y sus territorios al este y al oeste del Mississipí. España recibiría, como dijimos, la Luisiana, en compensación de La Florida. España les entregaría la isla de Menorca, una de las Baleares, y a Portugal la Colonia del Sacramento, si bien reconociendo los derechos de España sobre la provincia de Río Grande, hoy estado del sur del Brasil. Como esta última parte no fué cumplida, Carlos III comisionó al ilustre militar don Pedro de Cevallos, el mismo que conquistó La Colonia en 1762, para que hiciese respetar la jurisdicción española en Río Grande.

El éxito militar de Cevallos, que fué completo, pues se apoderó de la isla de Santa Catalina y de La Colonia, fué ma-

logrado por la diplomacia. Se disponía a atacar a Río Grande cuando supo que el tratado de San Ildefonso había terminado la lucha (1777). La Colonia sería española, a cambio de otros territorios en la zona lindante del norte del Uruguay.

El conflicto con Inglaterra parecía renacer a causa de los abusos que cometía en Honduras, de la ocupación de las Malvinas (1768), etc. Carlos III hubiera deseado ir a la guerra, pero a pesar del Pacto de Familia no contó con el apoyo de Francia. Los ingleses habían abandonado las Malvinas (1774) cuando la sublevación de las colonias inglesas de Norte América provocara otra guerra entre España e Inglaterra.

CAPÍTULO XXVIII

LA INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

ORÍGENES DE LA INSURRECCIÓN La insurrección de las colonias fué en buena parte una de las consecuencias de la guerra de Siete Años. En efecto: esa guerra había costado sumas enormes a Inglaterra; la deuda ascendía a tres mil quinientos millones, que harían hoy casi siete mil millones. Los impuestos habían subido tanto, que parecía imposible que pudieran aumentar más. Jorge III y sus ministros juzgaron que, en compensación de tantos sacrificios, los ingleses debían tratar de sacar de sus colonias los provechos comerciales correspondientes; asimismo, que las colonias debían soportar una parte de los tributos generales y, en particular, contribuir al sostenimiento de las guarniciones que las defendían. Por otra parte, las colonias inglesas en América del Norte habían obtenido los mayores beneficios. Los ministros ordenaron, pues, que se aplicaran rigurosamente las leyes que atribuían a los barcos ingleses el monopolio del comercio marítimo en las colonias. El Parlamento decidió, además, que los documentos legales y jurídicos para ser válidos en las colonias y en la metrópoli habían de estar escritos en papel sellado o, a falta de éste, llevar estampado en seco el sello o *timbre* de la nación. La venta de ese papel y la estampación del timbre quedaban reservadas al Estado, y por esa razón les dieron el nombre de *impuesto* del Timbre (1765). Su institución dió origen a prolongadas controversias cuyo carácter, jurídico durante ocho años, degeneró en reivindicaciones políticas, y, finalmente, en sublevación de las colonias (1774).

EL TIMBRE Y EL TÉ Las decisiones relativas al monopolio comercial no habían causado gran emoción a los norteamericanos, porque, dada la inmensa extensión de las costa, estaban seguros de poder, a pesar de las ordenanzas, practicar libremente el contrabando. No fué lo mis-

mo respecto del impuesto del timbre; los diputados que, con tal motivo, nombraron las diversas colonias, se reunieron en Filadelfia para protestar en nombre de las libertades inglesas. El hecho de haber salido de Inglaterra, decían ellos, no quitaba a los colonos el derecho de ser ingleses, antes bien entendían que conservaban en las colonias todos sus derechos de ciudadanos. Sentado este principio, el derecho más esencial del ciudadano inglés consistía en no pagar ningún impuesto si no había consentido en ello personalmente o por medio de sus representantes en la Cámara de los Comunes. Ahora bien: no teniendo los colonos representantes en el Parlamento, tampoco tenían el deber de pagar tributos.

Esta teoría fué aprobada y sostenida en el Parlamento inglés hasta por los whigs y, en particular, por Pitt. El impuesto del timbre fué suprimido (1767); mas, para reemplazarlo, impusieron gravámenes aduaneros a ciertas mercancías importadas de Inglaterra, entre las cuales figuraban el hierro, el papel, el vidrio, la pintura y el té. Los norteamericanos se concertaron para no comprar mercancías gravadas con derechos, y el comercio de importación de mercancías inglesas disminuyó de un tercio. Al cabo de tres años de lucha, el gobierno suprimió los derechos aduaneros, excepto los del té (1770). Los norteamericanos decidieron no dejar en adelante desembarcar el té en sus puertos, y como en 1773, tres barcos cargados de cajas de té entraron en el puerto de Boston, cierto número de colonos disfrazados de pieles rojas, los invadieron y arrojaron aquellos cargamentos al mar. El gobierno inglés, en represalia, declaró que mientras no se reembolsara el valor de las mercancías destruidas, el puerto de Boston permanecería cerrado al tráfico marítimo.

Boston solicitó en seguida el apoyo de las otras colonias. Los diputados, reunidos en Filadelfia, formaron un *Congreso* que, después de haber expuesto de nuevo y solemnemente en una *declaración de derechos* la teoría constitucional de los norteamericanos, ordenó oficialmente la prohibición de las mercancías inglesas y organizó una *liga legal de no importación*. Cada colonia eligió una junta que tenía mandato de vigilar a los comerciantes y a los pobladores; se decidió la formación de compañías de milicia para que auxiliaran las juntas de vigilancia, y se establecieron pequeños depósitos de armas en diferentes puntos.

El 19 de abril de 1775, un destacamento de tropas inglesas, enviado para que se apoderara de un depósito que había cerca de Boston, chocó con los milicianos; unos y otros tuvieron varias bajas. La guerra encendida con esta escaramuza duró ocho años (1775 - 1783).

LA DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA

Sin embargo, aunque estaban organizando un ejército, los norteamericanos seguían manifestando «que no tenían intención de sublevarse contra Inglaterra y establecer un Estado independiente.» Sólo un año más tarde, después de muchas vacilaciones, y siguiendo el ejemplo de la colonia de Virginia, el Congreso reunido en Filadelfia publicó el 4 de julio de 1766 la *Declaración de independencia*. Esta declaración, precedida de un preámbulo, a modo de exposición filosófica *de los derechos del hombre* y de los principios universales que son la base de la constitución de los estados, proclamaba en particular que todos los hombres han nacido iguales y libres, y que ningún gobierno existe sino gracias al consentimiento de los gobernados y a la sola voluntad de éstos. Finalmente, después de haber enumerado los agravios de los colonos norteamericanos contra el «rey de Gran Bretaña», la declaración terminaba de esta manera: «En consecuencia, nosotros, representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en congreso general, tomando por testigo de la rectitud de nuestras intenciones al Juez Supremo del mundo, y en nombre y por autoridad del pueblo de estas colonias, publicamos y declaramos que estas colonias unidas, son y deben ser estados libres e independientes.»

LA GUERRA

La guerra fué larga y muy azarosa. En primer lugar, los norteamericanos no tenían *gobierno central*, y aun cuando el Congreso era el lazo de unión entre aquellas colectividades, no tenía el poder de dar órdenes a los gobiernos autónomos de ningún Estado; en segundo lugar, no todos los norteamericanos aprobaban la proclamación de independencia: en los estados del centro, los comerciantes y los grandes hacendados en particular, eran *legitimistas*, es decir, partidarios de la fidelidad a Inglaterra. Además, no tenían armas, ni municiones, calzado, ni vestidos, ni dinero. Fué preciso emitir papel moneda; pero como éste no era dinero efectivo, sólo tenía curso como tal dentro de América. En fin, se tropezaron con grandísimas dificultades para poder for-

mar un ejército; los milicianos que lo componían se habían en-
ganchado voluntariamente, y sólo sentaban plaza por poco
tiempo, en general por seis meses; en consecuencia, los solda-
dos se iban del ejército en el momento en que empezaban a
estar instruídos y cuando podían prestar verdaderos servicios.

Empero, a los norteamericanos les cupo la dicha de tener
a Wáshington, de que los favorecieran las *condiciones del país*
y, por último, de que *Francia fuera su aliada*.

Jorge Wáshington, acaudalado colono de Virgina, estaba
entonces en la edad viril, pues tenía cuarenta y tres años, y
se había distinguido en la guerra del Canadá como oficial de
la milicia. Estas circunstancias hicieron que el Congreso le
diera el mando del ejército. Era enérgico, prudente, desintere-
sado y, sobre todo, tenaz e incapaz de desaliento. Después de
cada descalabro sabía reorganizar el ejército, y a fuerza de
perseverancia concluyó por formar un núcleo de tropas esco-
gidas. No era solamente un hombre de guerra: reunía también
las cualidades del estadista, y el Congreso hubo de felicitarse
muchas veces de haber escuchado sus consejos.

Los norteamericanos tuvieron en favor suyo el país, esto
es, el inmenso campo de operaciones que se extendía a más
de mil kilómetros, con pocos y malos caminos, con numerosos
ríos sin puentes que los atravesaran, con bosques vírgenes y
praderas vastísimas, lugares en que el enemigo no avanzaba
sino a duras penas y en los que le era imposible abastecere.

CAPITULACIÓN DE SARATOGA A esas dificultades, a esa complicidad del suelo,
debieron los norteamericanos, después de dos años
de combates frecuentemente desfavorables, el pri-
mer buen éxito que tuvieron. En el mes de octubre
de 1777, un ejército inglés, que bajó del Canadá por el lago
Champlain y que había agotado sus convoyes en el intermina-
ble trayecto por los bosques, se vió detenido por las lluvias
torrenciales y sitiados cerca de *Saratoga*. Acosado por el ham-
bre, tuvo que capitular sin combate.

INTERVENCIÓN DE FRANCIA Puede afirmarse que la capitulación de Saratoga
salvó la causa de los patriotas norteamericanos,
pues ese acontecimiento determinó al gobierno fran-
cés a coligarse con ellos. En Francia, desde el pri-
mer día se habían seguido con suma atención las fases del
conflicto entre Inglaterra y sus colonias. A raíz del tratado de

París, el ministro Choiseul empezó a trabajar activamente en rehacer el ejército y, sobre todo, la armada, con la idea de que el conflicto anglonorteamericano le presentaría oportunidad para un desquite. No obstante, el joven Luis XVI, sucesor de Luis XV, vaciló durante tres años, después de la proclamación de la independencia, en declararse abiertamente por los «insurrectos», nombre que se daba en París a los patriotas. Entre los ministros, unos, con *Turgot*, considerando el mal estado de la hacienda, combatían toda idea de guerra; otros, con el conde de *Vergennes*, ministro de Estado, pensaban por el contrario, y con razón, que era preciso a toda costa hacer que Francia saliera de la situación humillante en que la habían colocado el tratado de París y su propia inacción cuando el reparto de Polonia. En vista de tan contrarias opiniones, el gobierno francés se limitó al principio a facilitar secretamente dinero, armas y equipos a los norteamericanos. Jóvenes oficiales nobles y muchos cortesanos, entre ellos el marqués de Lafayette, fueron como voluntarios a ponerse a las órdenes de Wáshington.

Después de la capitulación de Saratoga, los partidarios de la guerra predominaron en Versalles. El sabio *Franklin*, enviado de los patriotas, firmó con Francia, el 6 de febrero de 1778, un tratado de comercio y uno de alianza. La guerra anglo-norteamericana resultó inmediatamente una guerra *anglofrancesa*. La habilidad de Vergennes la transformó en breve en una guerra *angloeuropea*. Vergennes obtuvo primero la alianza de España (1779); después aisló por completo a Inglaterra agrupando todas las potencias marítimas, por mediación de Catalina II, en una *liga de neutralidad armada*, destinada a limitar la autoridad arbitraria que los ingleses pretendían ejercer en todos los mares (1780).

La guerra se continuó, a la vez, en Estados Unidos, en las Antillas, en los mares europeos y en el océano Índico.

INTERVENCIÓN DE ESPAÑA La intervención de España fué primero secreta, mientras se preparaba la guerra. El objetivo de ésta era quitar a Inglaterra La Florida y los otros territorios del golfo de Méjico y destruir sus establecimientos en la América Central. En 1779 quedaba renovado el *Pacto de Familia* y declarada la guerra, esta vez con Portugal a favor, lo que significaba la falta de importantes bases de operaciones para la escuadra inglesa.

PAZ
DE VERSALLES

Wáshington, ayudado por tropas francesas, sitió en Yorktown (Virginia), al principal ejército inglés que se rindió (1781). Esa victoria decidió la independencia de los Estados Unidos.

Fuera de América, la guerra se hizo únicamente en el mar. La marina francesa, ahora bien armada y bien mandada, pudo hacer frente a la armada inglesa, que era y ha seguido siendo la primera del mundo.

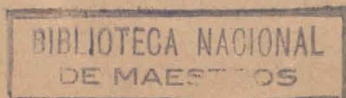
Sin embargo, fracasó el plan aliado de invadir Inglaterra. Tampoco Gibraltar fué tomado, pero otros triunfos obligaron a los ingleses a hacer proposiciones de paz a fines de 1782, proposiciones que en Francia se escucharon con gusto porque la nación andaba escasa de recursos pecuniarios. El resultado de esas negociaciones fué el *tratado de Versalles* (3 de septiembre de 1783). Los ingleses reconocían la independencia de los Estados Unidos; devolvían a Francia algunas islas en las Antillas y el Senegal, recobraba también la Luisiana, y a España se devolvían la isla de Menorca, la Florida y las costas usurpadas en Honduras y Campeche.

CONSECUENCIAS
DE LA GUERRA
DE AMÉRICA

Los resultados de la guerra de América del Norte no consistieron únicamente en el nacimiento de una nación, en la disminución del poderío inglés y en la restitución de algunas colonias a Francia y a

España. *Fué también un ejemplo que contribuyó a precipitar la Revolución.* Los franceses que habían combatido en Estados Unidos, volvieron penetrados de las ideas de libertad e igualdad, la *Declaración de los derechos del hombre* se propagó en el público, que la escuchó con complacencia, ya que condensaba en breves fórmulas las ideas expuestas por los grandes escritores del siglo XVIII, Montesquieu, Voltaire y Rousseau. A partir de entonces fué cosa muy frecuente que los burgueses razonaran acerca de los derechos de los ciudadanos y de la soberanía del pueblo.

Por otra parte, como la guerra costó mucho dinero, más de mil quinientos millones, el déficit aumentó y hubo que recurrir a empréstitos; la hacienda acabó de desorganizarse e hizo que fuera inevitable, urgente, que el rey de Francia, apelando a la nación, convocara los *Estados Generales*.



ÍNDICE

	Página
I. Época del Renacimiento	5
II. El Renacimiento italiano	11
III. El renacimiento de las artes en Italia	18
IV. Las artes y la literatura renacentista	21
V. El Renacimiento y el «siglo de oro» en España ..	31
VI. La «edad de oro» en la literatura española	35
VII. El renacimiento literario en Francia, Alemania e Inglaterra	42
VIII. El renacimiento artístico en Flandes, Holanda, Ale- mania y Francia	48
IX. El renacimiento artístico en España	54
X. Las grandes invenciones.—Los descubrimientos marítimos.—Los establecimientos coloniales ...	59
Las grandes invenciones	59
Los descubrimientos marítimos y los estable- cimientos coloniales	62
Los descubrimientos	66
XI. La Reforma	73
XII. La propagación de la Reforma	81
XIII. La reforma católica o Contrarreforma	87
XIV. Lucha entre las casas de Francia y Austria.—El imperio de Carlos V	94
Las guerras de Italia	94
Lucha entre las casas de Francia y Austria.	98
XV. Felipe II y la monarquía española.—Lucha contra Inglaterra.—Las guerras de religión en Francia	108
España bajo Felipe II	108
Lucha contra Inglaterra.—Isabel	117
XVI. Las guerras de religión en Francia y Alemania ..	123
XVII. La monarquía francesa en el siglo XVII	145
XVIII. Las revoluciones de Inglaterra	154

	Página
XIX. Luis XIV	171
La política exterior de Luis XIV.—La sucesión de España	183
XX. España bajo los últimos Habsburgos	190
XXI. Las Provincias Unidas	201
XXII. La preponderancia inglesa	207
XXIII. Los Borbones en España	216
XXIV. Francia antes de la Revolución	224
XXV. El «despotismo ilustrado» en Prusia, Austria y Rusia	238
Prusia	239
Austria	244
Rusia	252
XXVI. Las nuevas ideas.—Filósofos y economistas.—Ten- tativas reformistas	264
XXVII. Las guerras coloniales	272
XXVIII. La independencia de los Estados Unidos	281

*Se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos
Rodríguez Giles, Castro 920-922, Buenos Aires,
el 16 de abril de 1940.*

